

## Capítulo 8

Estructura y características de la población.

Estructura por sexo y edad.

¿Qué es una estructura por sexo y edad?

Edad.

Sexo.

Población estable y población estacionaria.

Proyecciones demográficas.

Impacto de la migración sobre la estructura por sexo y edad.

Impacto de inmigración a Estados Unidos.

Impacto de la migración interna dentro de una ciudad.

Impacto de la mortalidad sobre la estructura por sexo y edad.

Impacto a largo plazo de los cambios en la mortalidad.

Impacto a corto plazo de los cambios en la mortalidad.

Influencia de la fecundidad sobre la estructura por sexo y edad.

Tasa de dependencia.

El impacto de la fecundidad sobre la estructura por edad de la población norteamericana.

CDC: ¿Ahora o más adelante?

1975.- 1995.- 2015.- 2035.- 2055.

Resumen y conclusiones

## CAPITULO 8

# EXTRUCTURA DE LA POBLACIÓN POR SEXO Y EDAD

No se puede ver crecer a una población de la misma forma en que podemos ver como se va llenando un estadio de fútbol. Podemos percibir el cambio si dejamos un determinado lugar durante varios años y volvemos luego a él. Tendremos entonces la misma experiencia que cuando comparamos dos fotografías tomadas en distintos momentos del tiempo. La forma más usual, sin embargo, de observar los cambios demográficos consiste en considerar su efecto sobre la estructura por sexo y edad de un área, es decir, sobre el número de personas de cada sexo y edad existentes. Por ejemplo, si se han producido cambios recientes en la fecundidad, eso influirá sobre el número de niños que acudirá a la escuela elemental; por otro lado, los anteriores niveles de fecundidad o la migración reciente pueden afectar al número de nuevos apartamentos en construcción (o desocupados) para acoger a las familias jóvenes. En general es la interacción entre fecundidad, mortalidad y migración lo que produce la estructura por sexo y edad. Esta es un elemento clave en la vida de un grupo social: constituye, a la vez, un registro de la historia pasada y una anticipación de la futura.

Los procesos demográficos no sólo producen la estructura por sexo y edad sino que, a su vez, se ven afectados por ésta (proporcionando así un ejemplo más de lo complejo que se torna el mundo cuando lo contemplamos con mirada demográfica). Decir que los cambios en la estructura por sexo y edad afectan prácticamente a todas las instituciones sociales y representan un decisivo factor de cambio social no constituye una exageración excesiva. En este capítulo nos adentraremos en este complejo tema considerando en primer lugar el impacto de cada uno de los tres procesos demográficos sobre la estructura por sexo y edad, para luego pasar a examinar el impacto potencial de la estructura por sexo y edad sobre el cambio social a partir del análisis de dos posibles líneas de evolución de la población de Estados Unidos: la que supone conseguir el crecimiento cero de la población ahora, y la que supone conseguirlo más adelante.

## ¿QUÉ ES UNA ESTRUCTURA POR SEXO Y EDAD?

En sentido estricto, una estructura es algo que se levanta o construye. En ciencias sociales el término es utilizado en sentido más amplio para aludir a la red de interrelaciones existentes entre las distintas partes de una sociedad. El concepto estructura por edad y sexo combina, en realidad, ambas definiciones puesto que alude al número de personas de una determinada edad y sexo existente en la sociedad y se construye a partir del input que constituyen los nacimientos en la edad cero y de las defunciones y movimientos migratorios a cada edad.

La edad y el sexo inciden de forma importante sobre el funcionamiento de la sociedad, ya que

ésta asigna roles y, con frecuencia, organiza a sus miembros en grupos sobre la base de la edad y del sexo. Los jóvenes son tratados de modo distinto que los viejos, y de cada uno de estos dos grupos se esperan formas de conducta diferentes. Las mujeres son tratadas de forma distinta que los hombres y, nos guste o no, de unas y otros se esperan formas de comportamiento diferentes. Con independencia de nuestra posición ideológica acerca de la justicia o injusticia de tales distinciones lo cierto es que existen en todas las sociedades humanas conocidas. Por otro lado, en las edades más jóvenes y en las más avanzadas las personas dependen en mayor medida de las demás para su supervivencia; en consecuencia, las proporciones de individuos correspondientes a tales edades ejercen una influencia sobre el funcionamiento de la sociedad.

### **Edad**

Según sea la proporción de individuos correspondiente a las distintas edades se considera que una población es vieja o joven. En general, una población con más de, aproximadamente, el 35 por 100 de sus componentes en edades inferiores a los 15 años es considerada "joven", y una población con más del 10 por 100, aproximadamente, de sus miembros en edades de 65 o más años es considerada "vieja". Por otro lado, decimos que una población se rejuvenece cuando la proporción de jóvenes sobre el total aumenta; inversamente, decimos que envejece cuando aumenta la proporción de personas de edad sobre el total.

Las pirámides por edad y sexo permiten visualizar más claramente estas relaciones. La pirámide de base más ancha (la que tiene en realidad tanta forma de volcán como de pirámide corresponde a una población joven, caracterizada ante todo por una elevada fecundidad y con una tasa de crecimiento que implica la duplicación de su tamaño cada 18 años. La estructura de edad envejecida constituye el extremo opuesto: es el caso de la pirámide con forma casi rectangular que cuenta casi con el mismo porcentaje de personas en cada edad y que no experimenta aumento alguno en su tamaño.

### **Sexo**

Suele suponerse con frecuencia que en cada edad existe el mismo número hombres que de mujeres: en realidad, rara vez es ése el caso. La migración, la mortalidad y la fecundidad inciden, de forma diferente, en la creación de desigualdades en la razón (o ratio) hombres/mujeres, conocida como razón por sexo. Por ejemplo, en algunos casos la migración tiene más probabilidades de afectar a las mujeres (teniendo éstas así que ser sumadas o restadas de la estructura por sexo y edad) mientras que en otras situaciones quienes tienen más probabilidades de migrar son los varones, dando lugar así también a desigualdades en la estructura por edad y sexo.

La mortalidad crea desigualdades en la proporción de cada sexo, ya que, en cada edad los varones registran tasas de mortalidad superiores a las de las mujeres. El descenso de la mortalidad ha beneficiado a la población femenina en forma desproporcionada. Los países occidentales han pasado así a caracterizarse cada vez más por contar con más mujeres que hombres en los grupos de más edad. Por ejemplo, en 1975, en Estados Unidos había sólo 69 varones de 65 o más años por cada 100 mujeres de esas mismas edades; y con 85 años de edad sólo había 48 varones por cada 100 mujeres.

El Impacto más predecible sobre la razón varones/mujeres (o ratio por sexo) corresponde a la fecundidad, ya que prácticamente en todas las sociedades humanas conocidas suelen nacer más varones que mujeres. Quizá constituya esto un mecanismo de adaptación biológica para compensar, al menos en parte, la mayor mortalidad masculina. En Estados Unidos nacen, normalmente, 105 niños por cada 100 niñas, siendo esta razón niños/niñas ligeramente más elevada entre los blancos que entre los negros. A lo largo del tiempo se ha producido en ese país un aumento gradual de la razón entre sexos al nacer entre la población negra, probablemente como consecuencia de mejoras sanitarias.

Conviene señalar que las parejas quizá puedan, en un futuro no muy lejano, elegir el sexo de sus hijos. Resulta ya posible incidir sobre la proporción entre sexos, al nacer, de los animales vertebrados no mamíferos, y se están investigando diversas técnicas que permitan la aplicación de esos procedimientos a la población humana. El aborto selectivo, tras la identificación del sexo del feto, constituye un posible medio de incidir sobre la razón entre varones y hembras que nacen; sin embargo, otro método más ampliamente adaptable consiste en controlar los espermatozoos portadores del sexo masculino y del femenino. Westoff y Rindfuss (1974) piensan que si estos métodos llegan alguna vez a alcanzar una aceptación generalizada se producirá muy probablemente un aumento a corto plazo de la razón varones/hembras al nacer, ya que la preferencia por los varones, como primer hijo (y por más varones que hembras en el total de hijos), es muy frecuente en todo el mundo. Sin embargo, Westoff y Rindfuss llegan también a la

conclusión de que tras un período inicial de transición la proporción entre sexos al nacer terminaría probablemente por revertir al nivel natural de unos 105 varones por cada 100 mujeres, ya que las desventajas originadas por la presencia de demasiados, o demasiado pocos, miembros de cualquiera de los sexos serían controladas propiciando más nacimientos del sexo deficitario. Finalmente el resultado sería un retorno a un estado de cosas similar a la actual situación en Estados Unidos, donde el superavit de varones sobre hembras se mantiene a lo largo de las edades más jóvenes, hasta que la mayor mortalidad masculina empieza a hacer sentir su efecto. En Estados Unidos, por ejemplo, había en 1975 más varones que mujeres en todas las edades inferiores a 23 años; a partir de esa edad, sin embargo, y en todas las restantes, el número de mujeres era superior al de varones.

## **POBLACIÓN ESTABLE Y POBLACIÓN ESTACIONARIA**

La influencia a largo plazo de la mortalidad y de la fecundidad queda expresada, de forma particularmente clara en los modelos formales demográficos denominados población estable y población estacionaria. Una población estable es aquella en la que ni las tasas de natalidad específicas por edad, ni las tasas de mortalidad específicas por edad han experimentado variación alguna a lo largo de un periodo dilatado de tiempo. Una población estable lo es así en el sentido de que los porcentajes de personas de cada edad y sexo no varían en el tiempo. Ello no obstante, una población estable puede estar creciendo a una tasa constante (es decir, puede tener una tasa de natalidad más elevada que la tasa de mortalidad), o puede estar decreciendo a una tasa constante (si tiene una tasa de natalidad inferior a la de mortalidad), o bien puede permanecer incambiada (caso de que la tasa de natalidad sea igual a la de mortalidad). Este último supuesto corresponde a la población estacionaria. La población estacionaria constituye así un caso especial de población estable: todas las poblaciones estacionarias son estables, pero no todas las poblaciones estables son estacionarias.

Por razones analíticas se suele suponer que una población estable está cerrada a la migración. Desde 1760, fecha en que Leonhard Euler desarrolló por vez primera la idea de población estable, los demógrafos han utilizado este concepto para explorar el grado exacto de influencia de distintos niveles de mortalidad y de fecundidad sobre la estructura por sexo y edad. Dicho análisis es posible utilizando un modelo de población estable porque en él aparecen suavizados los altibajos en la estructura de edad creados por la migración y por las fluctuaciones en la tasa de mortalidad o en la de natalidad. Si los demógrafos no pudieran estudiar más que poblaciones reales, no sería posible llegar a detectar todas las relaciones mencionadas en páginas anteriores. Lo que en realidad hacen es examinar las poblaciones reales para luego aplicar, a esa realidad, uno de los modelos de población estable para así llegar a captar los procesos demográficos subyacentes que influyen sobre la estructura por edad y sexo de una población.

Los modelos de población estable resultan de enorme utilidad para comprender la dinámica de los procesos demográficos y constituyen una ayuda importante para el desarrollo de la teoría demográfica. Ahora bien, como lo que por lo general nos interesa es anticipar lo que ocurrirá en el mundo real, utilizamos nuestras teorías para elaborar proyecciones sobre el futuro de la población con las que intentar determinar lo que tiene más probabilidades de ocurrir.

## **PROYECCIONES DEMOGRÁFICAS**

Una proyección demográfica es el cálculo del número de personas que cabe esperar que vivan en una determinada fecha futura dado el número de personas vivas ahora y a partir de ciertos supuestos razonables respecto de las tasas de mortalidad y fecundidad específicas. Las proyecciones demográficas constituyen, en muchos sentidos, el instrumento más útil de los disponibles en el análisis demográfico. Al permitirnos ver cual podría ser el futuro tamaño y composición de la población a partir de distintos supuestos respecto de las variaciones en la mortalidad y en la fecundidad, hace posible una evaluación del curso más probable de los acontecimientos en años venideros. Asimismo, proyectando la población hacia el futuro, desde un punto concreto en el tiempo, podemos determinar las fuentes del cambio demográfico a lo largo del tiempo.

Para realizar una proyección demográfica se parte de una distribución (en frecuencias absolutas, no en porcentajes) por sexo y edad para un año-base concreto. Normalmente se utiliza como año-base un año para el que existan datos más completos y exactos; es decir, prototípicamente, un año censal. Además de esa distribución por sexo y edad necesitamos contar con tasas de mortalidad específicas por edad para ese año-base (es decir, una tabla de mortalidad para el año utilizado como base), tasas de fecundidad específicas por edad para ese año-base y,

de ser posible, tasas específicas por edad de inmigración y emigración. Los datos son agrupados generalmente en intervalos quinquenales, tales como 0-4 años, 5-9 años, 10-14 años, etc., lo cual facilita la relación de proyecciones de cinco en cinco años. Por ejemplo, si realizamos proyecciones tomando 1980 como año-base, y el año 2000 como año meta, elaboraremos proyecciones intermedias para 1985, 1990 y 1995.

Una vez obtenidos los datos para el año-base, y una vez determinado el año-meta, el paso siguiente consiste en realizar una serie de suposiciones sobre el curso futuro de cada componente del crecimiento demográfico entre ambos años. ¿Seguir disminuyendo la mortalidad? De ser así, ¿qué edad sería más afectada y qué magnitud tendrán los cambios? Y en cuanto a la fecundidad, ¿disminuir, permanecer estable o quizá aumentar en algunas edades y disminuir en otras? Si cabe esperar un cambio, ¿cómo ser de grande? ¿Cabe esperar un cambio en las tasas de emigración o de inmigración? Obsérvese que si la población que analizamos es la de todo un país, sólo tendremos en cuenta la migración internacional, mientras que si la proyección que preparamos se refiere a una provincia, comarca o municipio habremos de considerar tanto la migración interna como la internacional. Lo cierto es, sin embargo, que como normalmente no se dispone de datos adecuados sobre las migraciones éstas suelen ser ignoradas a menudo en las proyecciones demográficas.

El proceso de elaboración de una proyección demográfica comprende varios pasos y es realizado para cada intervalo (normalmente de cinco años, como ya ha que dado dicho) entre el año-base y el año-meta. En primer lugar, los datos referidos a la mortalidad específica por edad son aplicados a cada grupo quinquenal de edad de la población del año-base para estimar el número de supervivientes en ese grupo de edad a lo largo de los próximos cinco años. Por ejemplo, si había en Estados Unidos, en 1980, 10.820.000 mujeres con edades entre 20 y 24 años y si la probabilidad de supervivencia femenina desde los 20-24 años a los 25-29 es de 0,92 (según sabemos por la tabla de mortalidad), entonces en 1985 deber haber un total de 9.973.000 mujeres de 25 a 29 años. Este proceso de "supervivencia" de la población a lo largo del tiempo es calculado para todos los grupos de edad de la población del año-base. Las probabilidades de migración (caso de disponerse de tales datos) son aplicadas de esta misma manera.

En una proyección demográfica con intervalos quinquenales la función de la estimación de la fecundidad es doble: (1) calcular el número probable de niños nacidos durante cada intervalo quinquenal; y (2) calcular cuántos de tales recién nacidos fallecerán en cada intervalo quinquenal. La estimación del número de futuros nacimientos se obtiene multiplicando las correspondientes tasas de fecundidad específicas por edad por el número de mujeres en cada una de las edades fértiles. Se procede luego a sumar el número total de nacimientos, y se aplica a esa cifra la probabilidad de supervivencia entre el nacimiento y el final del intervalo quinquenal. La experiencia enseña que la conducta reproductiva suele cambiar (a más o a menos) más rápidamente de lo que tienden a pensar los demógrafos: en consecuencia, las proyecciones demográficas suelen ahora matizar sus pronósticos ofreciendo tres alternativas: una alta, una media y otra baja. La estimación alta parte del supuesto del descenso probable más bajo (o aumento más alto) de la fecundidad y se traduce lógicamente en un tamaño probable de población mayor. La estimación baja supone el descenso mayor (o el aumento menor) y se concreta en el más pequeño de los tamaños probables de la población proyectados. La proyección media refleja por lo general el curso de los acontecimientos que el demógrafo considera más probable. En suma, las diferencias entre las estimaciones alta, media y baja proceden básicamente de los distintos supuestos adoptados respecto del curso de la fecundidad. En consecuencia, a corto plazo prácticamente todas las diferencias se explican por diferencias en el número de personas jóvenes. Por ejemplo, en la proyección de la población de Méjico realizada por el U.S. Bureau of Census (1979e) la proyección alta para 1990 es de 102.349.000 habitantes mientras que la proyección baja es de 88.103.000. La diferencia entre ambas cifras (que supone una cantidad equivalente a la población de California) corresponde prácticamente en su totalidad a las edades de 0 a 14 años. Que Méjico termine acercándose más a la estimación alta o a la baja depende en buena medida del éxito que tenga la actual campaña para reducir en ese país la tasa de natalidad. Ahora bien, Méjico constituye también un ejemplo de país en el que la emigración exterior puede tener una gran influencia. Pasemos pues a considerar las formas en que la migración puede influir sobre la estructura por sexo y edad de una población.

## **IMPACTO DE LA MIGRACIÓN SOBRE LA ESTRUCTURA POR SEXO Y EDAD**

Una población que experimente una inmigración o una emigración netas (y prácticamente todas las poblaciones, salvo la población mundial en su conjunto, experimentan o una u otra) ver casi con seguridad alterada como consecuencia de ello su estructura por sexo y edad. Dado que la

inmigración ha sido especialmente importante en Estados Unidos, el caso de este país proporciona un buen ejemplo para iniciar nuestro análisis.

### **Impacto de la inmigración en Estados Unidos**

Podemos evaluar el impacto potencial de la migración internacional hacia Estados Unidos considerando la composición por sexo y edad de los inmigrantes en un año reciente. En la pirámide de edad correspondiente a los inmigrantes legales a Estados Unidos en 1975, destaca claramente el grupo de 20 a 29 años. En cada grupo de edad, los inmigrantes del sexo femenino superan a los del sexo masculino. El impacto de un grupo de casi 400.000 inmigrantes parece que debería ser impresionante y lleno de consecuencias sociales. Sin embargo Estados Unidos es una nación con más de 200 millones de habitantes y por ello, a corto plazo, unos cuantos cientos de miles en más o en menos no suponen mucha diferencia (pese a ser una cifra equivalente a la de los habitantes de la ciudad de Roma en la época imperial). Ahora bien, si tenemos en cuenta que salvo la población india nativa todos los norteamericanos son descendientes de inmigrantes, percibiremos claramente que, a largo plazo, el impacto de la inmigración sobre la población de Estados Unidos ha sido sustancial.

Desde un punto de vista económico la inmigración puede beneficiar a una sociedad, especialmente si quienes inmigran son básicamente adultos sin hijos. Cuando ése es el caso, otra sociedad (el área donante) corrió con los gastos de criar y educar a esos migrantes, mientras que el área receptora se beneficia de su productividad económica. De hecho, es justamente esta pérdida de la productividad económica de los adultos jóvenes la que tiende a crear tantos problemas en el área que éstos abandonan. Estas influencias de las migraciones tienden a ser mayores cuando se producen dentro de un mismo país, es decir, en el caso de las migraciones internas de una región a otra, de una provincia a otra, de una ciudad a otra o, incluso, de unas partes de una ciudad a otras distintas.

### **Impacto de la migración dentro de una ciudad**

En general es cierto que cuanto más precisamente se defina un área geográfica más probable resulta que su estructura por sexo y edad se haya visto afectada por la migración, y más probable asimismo resulta que la "personalidad" de ese área se vea afectada por (y por supuesto, que a su vez afecte a) la composición por sexo y edad. Como prueba de ello tenemos que, según los gráficos, la composición por sexo y edad de la población del estado de California es muy similar a la del conjunto de Estados Unidos. Ahora bien, si reducimos el campo óptico y dentro de California consideramos exclusivamente el caso de San Diego, aparecen variaciones locales debidas a la influencia, sobre todo, de la Marina, y también de la Universidad (hay tres universidades dentro del término municipal). Y si reducimos aún más nuestro campo óptico, centrándonos en zonas específicas de la ciudad, entonces las variaciones se hacen aún mayores, y empieza a emerger el carácter peculiar de cada barrio, modelado por una determinada composición por sexo y edad (que a su vez éste ha contribuido a modelar), y que a su vez afecta a (y se ve afectada por) la migración. Por supuesto, los efectos de los otros dos procesos demográficos (la mortalidad y la fecundidad) acompañan siempre a los de la migración.

## **EL IMPACTO DE LA MORTALIDAD SOBRE LA ESTRUCTURA POR SEXO Y EDAD**

### **Impacto a largo plazo de los cambios en la mortalidad**

La mortalidad se asemeja a la migración en que afecta a todas las edades y a ambos sexos, pero difiere en que la pauta que suelen seguir los fallecimientos tiende a ser la misma en todas las sociedades. En prácticamente todas las sociedades las edades más bajas y las más altas son las que registran mayor riesgo de defunción; asimismo, en las sociedades modernas (en las que la mortalidad materna es muy baja) los varones tienen, en todas las edades, más probabilidades de fallecer que las mujeres, acentuándose estas diferencias con la edad.

Y no sólo tiende a ser constante la pauta seguida por la mortalidad, sino que además cuando los niveles de ésta cambian, todas las edades se ven afectadas, si bien algunas en mayor medida que otras. La mejora en las condiciones sanitarias de una sociedad disminuye la mortalidad en todas las edades, si bien la tasa de mortalidad descenderá en forma desproporcionadamente mayor en las edades más bajas que en las más altas. De modo similar, cuando se produce una situación de hambruna o se declara una epidemia las tasas de mortalidad suben en todas las edades, pero una vez más los más jóvenes y los más viejos serán los más afectados.

El resultado final de esto es que una importante variación en el nivel de mortalidad de una sociedad tiene consecuencias mucho menos dramáticas para la composición por sexo y edad de una población que si dicho cambio se produce en la migración o, como vamos a ver, en la

fecundidad. A largo plazo, los cambios en la mortalidad no afectan por sí solos, de forma apreciable, la estructura por sexo y edad de una sociedad. Sin embargo, y en la medida en que un descenso en la mortalidad tiene alguna influencia, aunque pequeña, ésta consiste en un ligero rejuvenecimiento de la población: resultado algo paradójico, ya que a primera vista parece que una menor mortalidad debería tener el efecto de envejecer la población, al permitir que la gente viva más tiempo. Si no ocurre así es porque el descenso desproporcionadamente mayor de la mortalidad infantil tiende a producir el efecto opuesto. Este impacto del descenso de la mortalidad sobre la estructura por sexo y edad resulta claramente perceptible a corto plazo, siempre que no se produzca al mismo tiempo que un descenso en la fecundidad.

### **Impacto a corto plazo de los cambios en la mortalidad**

A corto plazo un descenso en los niveles de mortalidad puede incrementar de forma sustancial el número de jóvenes. Uno de los mejores estudios sobre este efecto es el análisis realizado por Arriaga (1970) de los países de América Latina, a partir de datos referidos a 11 países para los que existía información sobre el descenso de la mortalidad registrado desde 1930 hasta la década de 1960. Arriaga descubrió que de los 27 millones de personas que en el conjunto de los 11 países no hubieran estado vivas en la década de 1960 de no haberse producido, desde la de 1930, un descenso en la mortalidad, 16 millones, es decir, el 59 por 100 tenía menos de 15 años, (1970:103). En términos relativos, el descenso de la mortalidad en América Latina aumentó notoriamente la proporción de individuos en las edades más jóvenes, elevó ligeramente la de las edades más altas y redujo la de las edades medias (es decir, entre 14 y 64 años). En términos absolutos, sin embargo, aumentó en todas las edades el número de personas. El descenso de la mortalidad tuvo así un impacto similar al de un aumento de la fecundidad, al tiempo que contribuyó a que éste tuviera lugar.

Esta apariencia de un aumento de la fecundidad es, por supuesto, consecuencia del hecho de que una mayor proporción de niños sobreviva en cada edad de la infancia: es como si las mujeres estuvieran teniendo más hijos, contribuyendo así a ensanchar la pirámide de edad. La contribución que el descenso de la mortalidad realiza al aumento de la fecundidad consiste en que aumentan las probabilidades de que las mujeres (y sus cónyuges) sobrevivan a lo largo de su período reproductivo; en efecto, en condición de alta mortalidad una cierta proporción de mujeres moriría antes de dar a luz a todos los hijos que podría haber tenido. Cuando las tasas de mortalidad decrecen, aumenta la proporción de mujeres que vive para tener más hijos, siempre y cuando los cambios sociales no introduzcan motivaciones para limitar la fecundidad. El efecto sobre la fecundidad de un cambio en la mortalidad ha sido estudiado, entre otros, por Ridley (1967), quien ha podido demostrar que la mejora de las probabilidades de supervivencia aumenta el número de hijos tenidos por cada mujer, elevando también la tasa neta de reproducción.

Obsérvese que la única vez en que un cambio en la mortalidad da lugar a un cambio en la composición por sexo y edad de la población es cuando la variación en la mortalidad es diferente en diferentes edades. Si el cambio en las probabilidades de supervivencia de una edad a otra es exactamente igual en ambos sexos y en todos los grupos de edad, entonces la estructura por sexo y edad permanecer incambiada.

### **INFLUENCIA DE LA FECUNDIDAD SOBRE LA ESTRUCTURA POR SEXO Y EDAD**

Tanto la migración como la mortalidad pueden afectar a todas las edades y afectan en grado distinto a cada sexo. El impacto de la fecundidad es básicamente diferente. Para empezar, y como es obvio, tenemos que la fecundidad sólo añade individuos en la edad cero, pero ese efecto permanece en la población año tras año. Así si la tasa de natalidad experimentase súbitamente una caída en un año determinado (como, por ejemplo, ocurrió en Japón en 1966), ocurriría que, a medida que la cohorte nacida entonces fuera envejeciendo, siempre presentaría un tamaño menor que el de la cohorte inmediatamente anterior y (al menos en el caso japonés) que el de la inmediatamente siguiente. Si, por el contrario, la fecundidad aumenta, entonces cada grupo de edad más joven contar con más componentes que el inmediatamente anterior. Estas dos situaciones (fecundidad creciente y fecundidad decreciente) han ejercido una influencia importante en la estructura por sexo y edad de la población de Estados Unidos, como veremos más adelante.

En general, el impacto de los niveles de fecundidad es tan importante que, con exactamente el mismo nivel de mortalidad, la sola alteración del nivel de fecundidad puede producir estructuras por sexo y edad que abarquen toda la gama de situaciones posibles, desde las características de sociedades primitivas hasta las propias de sociedades altamente desarrolladas. Resulta claro que la importancia que el control de la fecundidad tiene en cualquier política demográfica difícilmente puede ser exagerada.

## **TASA DE DEPENDENCIA**

Un índice frecuentemente utilizado para medir el impacto social y económico de las distintas estructuras de edad es la tasa (o razón) de dependencia; es decir, la razón de la población en edades dependientes (o sea, los más viejos y los más jóvenes) respecto de la población en edad de trabajar. Cuanto mayor sea esta tasa, mayor el número de personas que cada individuo económicamente activo tiene que mantener; inversamente, cuanto menor sea, menos son las personas que dependen de cada individuo en edad de trabajar. Veamos un ejemplo.

Supongamos que una población de 100 personas cuente con 45 miembros menores de 15 años y con 3 mayores de 65; el resto estaría en las edades económicamente activas (15-64). Esta situación, dicho sea de paso, es similar a la de Méjico, uno de los países del mundo con más elevada fecundidad. Pues bien, como puede verse, en esta población hay 48 personas en edades dependientes (0-14 y 65+), frente a 52 personas en edad de trabajar: la tasa de dependencia es, por tanto, de  $48/52$ , es decir, 0,92. Esto significa que hay 0,92 dependientes por cada persona en edad de trabajar, lo que supone una carga bastante elevada, especialmente si tenemos en cuenta que en la mayoría de las sociedades no todos los que tienen edad de trabajar efectivamente trabajan.

Podemos comparar esta tasa de dependencia de 0,92 con la existente en una población de 100 personas en las que 25 tienen menos de 15 años, 9 tienen 65 o más años y el resto (66) se encuentra en edad de trabajar. Este es, por ejemplo, el caso de Estados Unidos. En esta situación la tasa de dependencia es de  $34/66$ , es decir, 0,52, lo que significa que cada persona en edad de trabajar tiene que mantener en esta población casi a la mitad de personas dependientes que en cambio tendría que mantener en Méjico.

La tasa de dependencia no refleja toda la complejidad que encierra una estructura de edad, pero constituye un indicador útil de la carga (o ausencia de carga) que determinadas estructuras de edad imponen sobre una población. Para los individuos que tienen familias grandes el impacto de una estructura de edad joven, por ejemplo, resulta fácil de percibir. Pero incluso para quienes no tienen hijos, o tienen pocos, el efecto de una tal estructura de edad se hace sentir a través de mayores impuestos para financiar la enseñanza, la atención sanitaria o las viviendas subvencionadas. Para los que están en el mundo de la empresa (ya sea pública o privada), una estructura de edad que incluye una elevada proporción de población dependiente puede significar que quienes trabajan pueden ahorrar menos, al tener que invertir en sus familias mayor parte de sus ingresos, al tiempo que el dinero de los impuestos tiene que ser empleado en proporcionar alimentos, vivienda y educación y no en financiar a la industria. Las consecuencias sociales y económicas de distintas estructuras de edad no necesitan, para manifestarse, la comparación de casos tan extremos como el de Estados Unidos y Méjico. Limitándonos simplemente al caso de Estados Unidos, podemos realizar comparaciones con situaciones pasadas y futuras que nos permiten descubrir que determinados cambios en la fecundidad han tenido un tremendo impacto sobre la estructura global de la sociedad norteamericana, y que incluso cambios muy pequeños podrían alterar en el futuro de forma significativa la naturaleza de su vida social y económica.

## **EL IMPACTO DE LA FECUNDIDAD SOBRE LA ESTRUCTURA POR EDAD DE LA POBLACIÓN NORTEAMERICANA**

En la historia reciente de la fecundidad en Estados Unidos (y al mismo tiempo la situación económica de esos años), por encima de los 55 ó 60 años los cambios que pudieran haberse producido tienden a quedar oscurecidos por la aceleración creciente, a esas edades, de la mortalidad, pero para las edades por debajo de esas cifras el efecto de la Depresión sobre la tasa de natalidad resulta claramente visible. Por ejemplo, las personas que en 1975 tenían entre 41 y 46 años nacieron entre 1931 y 1936, es decir, en el momento culminante de la Depresión. En aquellos años la tasa de natalidad era muy baja (por debajo del nivel de reemplazo). Además, desde 1921-25 la fecundidad había ido decreciendo. Si sólo miramos la distribución por edades de la población masculina, podríamos caer en la tentación de atribuir esos entrantes de la pirámide de edad a bajas ocurridas en la Segunda Guerra Mundial; una ojeada a la situación de la estructura de edad de la población femenina basta sin embargo para rechazar esa hipótesis: las mujeres no entraron en combate y sin embargo presentan los mismos entrantes en esas edades.

A finales de la década de 1930 la tasa de natalidad se recuperó algo, y, por supuesto, en las décadas de 1940 y 1950 tuvo lugar el "baby boom" a medida que la economía fue recuperándose tras la guerra mundial.

Cabe considerar como generación del "baby boom" aproximadamente a aquellos individuos que

en 1975 tenían entre 15 y 30 años. Tras 1960 la tasa de natalidad comenzó a declinar, viniendo a sumarse cada año a la población menos personas que el año anterior. Así, en 1975 había menos personas en el grupo de edad de 0 a 5 años que en cualquier otro grupo de edad inferior a 30 años. Ese perfil (revelador de una creciente escasez de nacimientos) constituirá un rasgo distintivo de la estructura por edad de la población norteamericana hasta mediados del siglo XXI. Durante todo ese tiempo servirá de recordatorio de la inflación, constricción del mercado de trabajo, escasez de energía y liberación de la mujer de finales de la década de 1960 y de la década de 1970 (como mínimo).

En 1975, en Estados Unidos, el 25 por 100 de la población tenía menos de 15 años (es decir, la población no era joven exactamente); al mismo tiempo, el 10 por 100 tenía 65 ó más años, lo cual colocaba a la población al borde mismo de lo que suele considerarse una población vieja (recuérdese lo dicho anteriormente en este capítulo). Esto puede resultar extraño al lector que haya podido oír decir, en años recientes, que Estados Unidos se había convertido en una sociedad dominada por valores Juveniles. Sin embargo, en 1975 los niños del “baby boom” andaban por los veinte años, constituyendo el grupo juvenil dominante (ya que como consecuencia del descenso de la fecundidad en la década de 1960 el número de individuos en los grupos de edad inferiores es menor). Este descenso en la fecundidad es el que, en realidad, ha envejecido a la población norteamericana. Se trata, pues, de un proceso que no tiene su raíz en nada que haya ocurrido al sector de m s edad.

Las distorsiones que cabe apreciar en la estructura por edad tienen algunas interesantes implicaciones de cara al futuro y en la próxima sección tendré ocasión de aludirlas al examinar dos proyecciones distintas acerca del posible curso futuro de las tasas de natalidad. Una de esas proyecciones parte del supuesto de una manipulación de las tasas de natalidad para conseguir el crecimiento demográfico cero (CDC) en la década de 1970, mientras que la otra presupone que la fecundidad se mantendrá incambiada en los niveles correspondientes a mediados de la década de 1970, desembocando así gradualmente (y no abruptamente) en el CDC.

### **CDC: ¿AHORA O MÁS ADELANTE?**

La inquietud pública acerca del crecimiento demográfico en Estados Unidos se mitigó considerablemente en la década de 1970, tras la conmoción de los años sesenta. No deja de ser interesante constatar que, en el período de mayor preocupación pública hacia 1966-70, la tasa de natalidad norteamericana había empezado ya a disminuir; la preocupación era así más bien una reacción tardía al “baby boom” (y quizá también al corolario de otras cuestiones sociales características de los años sesenta). Sin embargo, la disminución del interés en los Estados Unidos de los años setenta por los problemas demográficos fue prematura, ya que es casi seguro que la población norteamericana seguirá creciendo hasta comienzos del próximo siglo.

Con los actuales niveles de fecundidad, y con niveles de migración y de mortalidad relativamente incambiados, la población norteamericana dejará de crecer hacia el año 2010. En esa fecha la población contará con al menos 24 millones más que en 1975: es decir, se producirá un incremento equivalente a añadir un nuevo estado con una población como la de California (y eso que mi proyección es más bien conservadora). Hay quienes argumentan que el país ni puede ni debe tolerar la adición de 24 millones de personas y que el CDC debería ser alcanzado inmediatamente. ¿Cuáles son las posibles consecuencias de estas dos diferentes estrategias de crecimiento? La forma principal de apreciarlas consiste en comparar las estructuras por sexo y edad a que cada una de ellas podría dar lugar. En todo caso, y cualquiera que sea el curso futuro del crecimiento demográfico, los cambios en la estructura por sexo y edad jugarán un papel crucial en el desarrollo futuro de Estados Unidos.

Para captar estas cuestiones con mayor nitidez he realizado dos proyecciones para la población norteamericana desde 1975 hasta 2055. La primera proyección (CDC ahora) parte del supuesto de que a partir del año 1975 la población norteamericana deje de aumentar de tamaño. La segunda (CDC más adelante) se basa en el supuesto de que el CDC se producirá más adelante, como consecuencia de la continuación de los niveles de fecundidad de 1975. En aras de la simplicidad he ignorado el impacto de la migración internacional y he supuesto que las tasas de mortalidad continuarán en los niveles de 1975 (estos presupuestos son los que hacen que mis proyecciones resulten conservadoras).

### **1975**

Empecemos por situar las proyecciones en la perspectiva adecuada, repasando la situación en 1975. El descenso en la tasa de natalidad que siguió al “baby boom” obllgó a ciertos ajustes en varios sectores de la sociedad norteamericana. Durante los primeros años del “baby boom” había

escasez de aulas y de profesores, así que se construyeron nuevos colegios y se pusieron en marcha programas de formación del profesorado. La posterior caída de la natalidad llevó al desempleo a un gran número de maestros. Además, muchas empresas que habían obtenido grandes beneficios vendiendo productos para recién nacidos hubieron de replantearse su mercado. Los niños del "baby boom" habían crecido y no estaban teniendo tantos hijos como sus padres (ésta es, por cierto, la verdadera historia de por qué el champú para niños se convierte en champú de belleza para adultos). Por otro lado, al integrarse los niños del "baby-boom" en el mercado de trabajo en cantidades anualmente crecientes aumentaron las dificultades de la economía para proporcionar trabajo a todos; no es así sorprendente que durante la década de 1970 los niveles de desempleo fueran altos de forma persistente.

Por otro lado, en las edades medias (35-45 años) encontramos a las cohortes de personas más favorecidas de la historia de Estados Unidos. Nacieron durante la Depresión (lo cual, como se recordará, significa que su número total es reducido) y eran demasiado jóvenes para participar en la Segunda Guerra Mundial (aunque sí se vieron implicados en la guerra de Corea). Constituyen cohortes favorecidas, en primer lugar, en sentido económico, ya que entraron en el mercado de trabajo en una época de relativa expansión económica. Como además su número total era menor que el de cohortes anteriores, su integración laboral fue más rápida, encontrando además menos competencia para ascender en sus carreras. En conjunto la elevación experimentada por su nivel de vida desde la infancia hasta mediados de la edad adulta fue probablemente mayor que la de ninguna otra generación de norteamericanos.

En las edades más elevadas (cerca de la edad de jubilación, o después de ésta) el número de personas era mayor que en ninguna otra época. Los problemas creados por la generación del "baby boom" relegaron, sin embargo, a un segundo plano a las generaciones más viejas, carentes de la unidad política (aunque ciertamente no de la fuerza numérica) precisa para hacer sentir su voz en los procesos de toma de decisiones públicas. En cualquier caso, su creciente tamaño ha dado lugar a la construcción de nuevas residencias para jubilados, a la aparición de oportunidades laborales referidas a la población anciana y al temor de que el sistema de seguridad social pudiese entrar en bancarota.

De haberse conseguido en 1975 el CDC, ¿la estructura por edad y sexo sería, en 1995, más o menos problemática? Veámoslo.

## 1995

En ausencia de toda migración, el crecimiento demográfico cero significa que el número de nacimientos en un año determinado es igual al número de defunciones. Por supuesto, si en el caso de Estados Unidos tenemos en cuenta a los movimientos migratorios (que presentan un saldo favorable a la inmigración sobre la emigración) entonces tendrían que producirse menos nacimientos que defunciones para mantener el CDC. Por lo tanto, las distorsiones en la estructura de edad que para el año 1995 representan la distorsión mínima esperable en una estrategia de CDC-ahora. Dado que en Estados Unidos la mayoría de los fallecimientos corresponden a personas ancianas (como consecuencia del nivel de mortalidad de este país), el número de ancianos existentes en la población de 1975 constituye un buen indicador del número potencial de niños pequeños encontrables en 1995, el número de ancianos es pequeño en comparación con el número de personas en edad de tener hijos lo que supone que el número de niños por pareja habría de ser recortado drásticamente para igualarlo al número de personas fallecidas.

Entre las posibles consecuencias de una caída tan rápida de la fecundidad se encuentra el hecho obvio de que, tras la constricción en el mercado de la educación superior y tras el dramático descenso en el número de nuevas familias acaecido en los años ochenta, hacia 1995 no se produciría sino una ligera recuperación. Dado que el número de familias

grandes o en expansión estaría severamente recortado, la industria de la construcción se vería también afectada. Podría, sin embargo, producirse una demanda mayor de alojamientos y servicios especializados para ancianos, ya que el número de éstos habría aumentado en 1995. La existencia de un menor número de personas en las cohortes correspondientes a adultos jóvenes, junto con la perspectiva de un número aún menor de personas en las cohortes de edades más bajas, debería suponer una ventaja relativa para los adultos jóvenes a la hora de incorporarse al mercado de trabajo. Sin embargo, el experimentar una movilidad ascendente rápida probablemente les resulte muy difícil, ya que la generación del "baby boom" seguirá inundando el mercado laboral. Además el menor tamaño familiar puede muy bien traducirse en un sustancial aumento del número de mujeres en el mercado laboral, aumentando así la competencia por empleos y ascensos. El problema de la creación de puestos de trabajo y de oportunidades de realización profesional se verá además complicado por la dificultad de hacer crecer a la economía en una situación de no crecimiento demográfico. Los norteamericanos (especialmente los de clase

media) han solidado generalmente dar por supuesto el progreso económico, tendiendo a vivir como una privación la no subida de su nivel material de vida; sin embargo es posible que con el CDC la calidad de la vida haya de medirse en términos no materiales.

Es, por supuesto, probable que, tanto con CDC-ahora o con CDC-más adelante, el futuro de la sociedad norteamericana se caracterice por la búsqueda del progreso no material. La creciente demanda mundial de recursos crea obstáculos cada vez mayores a la capacidad de la sociedad norteamericana de lograr mejorar su nivel de vida. De hecho hay quien argumenta (por ejemplo, Hernández, 1974) que en Estados Unidos el progreso material es en realidad algo lateral, que no supone un verdadero aumento de la calidad de la vida. La sustitución de las galletas caseras por productos fabricados en serie, o la popularidad de las hamburguesas o de los juegos electrónicos, por ejemplo, representan cambios en los estilos de vida pero no necesariamente mejoras. La subida del nivel de vida quizá queda medida mejor por indicadores más convencionales como mejoras sanitarias, viviendas más confortables, más y mejor educación, y mayor capacidad de apreciación y creación artística. Con toda probabilidad en el futuro veremos cómo al menos una parte de la atención se centra, cada vez más, en estos aspectos de la calidad de la vida más que en la simple diversificación de los bienes y servicios de consumo.

Debería estar claro para el lector que a la altura de 1995 la única diferencia entre la proyección CDC-ahora y la proyección CDC-más adelante consiste en el número de personas menores de 20 años. En la proyección CDC-más adelante (basada en el mantenimiento de los niveles de fecundidad de 1975) se produce un ligero aumento, entre 1975 y 1985, en el número de nacimientos, lo que da lugar, en 1995, a un ligero aumento en el número de personas de 10 a 20 años. Esto es consecuencia del paso por las edades fértiles del saliente correspondiente en la pirámide de 1975 a las mujeres jóvenes: éstas eran en efecto tantas en 1975 que, incluso con una tasa de fecundidad total de menos de dos hijos por mujer, su fecundidad origina un aumento del número de nacimientos anuales. Esto quedaría compensado en la década 1985-95 por el número relativamente menor de mujeres jóvenes (nacidas en los años sesenta y setenta) que alcanzarían entonces sus edades reproductivas. Esta situación refleja el impulso del crecimiento demográfico: la alta fecundidad de una generación tiene un cierto impulso que se mantiene en el tiempo y da lugar a una alta fecundidad en la generación siguiente. Con todo, lo cierto es, sin embargo, que el número de nacimientos en la proyección CDC-más adelante es básicamente estable, dando lugar con toda probabilidad a unas mínimas dislocaciones sociales, políticas y económicas. El precio de esta estabilidad, por supuesto, es que la población seguirá creciendo. Según esta proyección, entre 1975 y 1995 la población de Estados Unidos pasaría de 214 a 235 millones de habitantes.

## **2015**

Hacia el año 2015 el número de ancianos (y por tanto el número aproximado de defunciones) aumentará cada año, abriendo así la posibilidad de un aumento en la fecundidad. En la proyección CDC-ahora la estructura de edad se ensancha por la base a medida que un nuevo "baby boom" comienza a reemplazar a la generación del viejo "baby boom" (la cual en el año 2015 ha alcanzado ya, en conjunto, la edad de jubilación).

El perfil social y económico de la sociedad sería entonces considerablemente distinto del actual: estaría caracterizado por el predominio de personas mayores, de edades medias y por una situación de transición hacia un mayor énfasis en las familias y en la juventud. Las parejas que, para conseguir el CDC, hubieron de tener un solo hijo tendrán ahora dos o tres nietos. La economía deber moverse a la vez en dos direcciones, para ajustarse al mismo tiempo a las demandas crecientes de la población infantil y a las crecientes necesidades de los ancianos. Cabe pensar que, en términos de conducta social, esta sociedad (dominada por los adultos de las edades medias superiores) sería bastante rígida. La tónica dominante, en efecto, entre 1975 y 2015 sería la disminución en las probabilidades de comportamientos innovadores por parte de la juventud, como consecuencia del incremento de la razón adultos/niños y el consiguiente probable aumento del control social.

En la proyección CDC-más adelante la población habría alcanzado en el año 2015 los 237 millones, aproximadamente. Esto supone un aumento del 11 por 100 respecto de la población de 1975, pero inferior al 1 por 100 respecto de la de 1995. En esta fecha más o menos (en realidad, cinco años antes, es decir, en 2010) la población habría dejado finalmente de crecer (es decir, habría alcanzado el CDC), para a partir de ahí iniciar una disminución muy lenta de su tamaño. La estructura de edad sugiere la existencia de una población dominada, en términos numéricos, por personas en las edades medias superiores. Pero a diferencia de la población en la proyección CDC-ahora, la población en la proyección CDC-más adelante tendría una composición por edad bastante equilibrada. La edad media de la población sería cada vez más alta, pero este proceso sería gradual y no se vería perturbado por la necesidad de una reorientación juvenil (como ocurre

en cambio en esa fecha a la población de la proyección CDC-ahora).

### **2035 y 2055**

En el año 2035 la proyección CDC-ahora daría lugar a una estructura de edad, entre los 0 y los 59 años, muy similar a la de un país subdesarrollado. Cada año, durante 60 años, el número de recién nacidos habría sido cada vez mayor para compensar el número creciente de fallecimientos originado por el aumento de la población de más edad. Esta pauta continuaría, en realidad, durante cinco años más. Ahora, en 2035, el número de niños pequeños (0-4 años) supera al existente en 1975, contribuyendo así a incrementar el tamaño de la población dependiente, ya abultado como consecuencia del número de personas en edad de jubilación. En el año 2035 todos los miembros de la generación del “baby boom” se habrían muerto o jubilado: los jubilados, por otra parte, podrían representar una enorme fuerza social y política en la sociedad norteamericana. Su influencia sobre la sociedad se vería aumentada por el hecho de que la edad de jubilación habría tenido que ser prácticamente eliminada, para evitar crear una falta de mano de obra.

Aun cuando dominada aún por las personas de edad, la sociedad norteamericana del año 2035 tendría que empezar a pensar en el futuro (por ejemplo, en su situación en el año 2055) cuando los adultos jóvenes pasasen de nuevo a tener una influencia destacada, como tenían en 1975, sobre la economía, la política y el tejido social del país.

En el año 2055 los Estados Unidos estarían haciendo frente a un nuevo “baby boom”, poniéndose así de nuevo en marcha la rueda del ciclo de la fecundidad. Este ciclo seguiría repitiéndose mientras la política demográfica estadounidense estuviese centrada en el mantenimiento del CDC. No resulta, sin embargo, difícil suponer, a la luz de lo que llevamos visto, que esa dinámica de cambios masivos, cada diez o veinte años, en el número de personas en cada grupo de edad habría llevado antes de esta fecha al abandono de la política de CDC en aras de la estabilidad económica, política y social. Por ejemplo, el impacto económico de las fluctuaciones a lo largo del tiempo de la estructura de edad resulta perceptible si nos fijamos en la tasa de dependencia. En el caso de la proyección CDC-ahora, en los 40 años que separan 1995 y 2035 la tasa de dependencia prácticamente se duplica para luego, en otros veinte años (es decir, de 2035 a 2055), bajar a un nivel inferior al de 1975. Esta pauta tendría como consecuencia una serie cíclica de déficits y superávits de plazas escolares, de plazas en los asilos de ancianos, de puestos de trabajo para los jóvenes, de bienes de consumo, etc.

En el caso de la proyección basada en la idea del CDC-más adelante, la estructura por sexo y edad continúa, con los años, suavizando su perfil. La población experimenta un énfasis decreciente respecto de los niños y un predominio creciente de las personas de edades medias y avanzadas. La amplia mayoría de la población se encuentra en edad de trabajar lo cual, en el terreno económico, supone una situación más ventajosa que la de la proyección CDC-ahora. Las tasas de dependencia en la proyección CDC-más adelante son siempre más bajas que en la proyección CDC-ahora a partir del año 2015, y sobre todo en el año 2035, fecha en la que la diferencia a este respecto entre las dos proyecciones es especialmente grande.

Podemos así concluir que los cambios abruptos en los niveles de fecundidad requeridos para hacer posible el CDC-ahora producen con el tiempo distorsiones duraderas en la estructura de edad que pueden crear constantes problemas de ajuste para la sociedad. Este dilema es el mismo que la sociedad norteamericana hubo de encarar con la generación del baby boom. Al principio se presentaron los problemas de la escolarización y del empleo; el futuro estará caracterizado por problemas de consumo económico (encontrar casa, conseguir un ascenso, etc.); finalmente, acabarán presentándose los problemas de la jubilación y de una seguridad social sobrecargada.

### **RESUMEN Y CONCLUSIONES**

La estructura por sexo y edad de una sociedad constituye un aspecto sutil, a menudo ignorado, de la estructura social de un país. El número de personas existentes en cada edad y en cada sexo constituye un factor importante de cara a la organización y funcionamiento de la sociedad. La estructura por sexo y edad está determinada por completo por la interacción de las tres variables demográficas. La migración puede tener un impacto sustancial, dado que la población migrante tiende a concentrarse en determinados grupos de edad: además, y por lo que hace al sexo, la migración es con frecuencia selectiva. A la mortalidad corresponde el impacto menor a corto plazo sobre la distribución por sexo y edad; pero cuando experimenta una caída brusca (como por ejemplo en los países menos desarrollados) su impacto se traduce en un rejuvenecimiento de la población. Al mismo tiempo el descenso de la mortalidad influye sobre la estructura por sexo de la población de edad avanzada al originar un número cada vez mayor de mujeres que de hombres.

Los cambios en la fecundidad son los que, por lo general, producen los cambios mayores en la

estructura por edad de una sociedad. Un descenso de la fecundidad envejece la población, y un aumento la rejuvenece. El aumento de la fecundidad tiende también a producir un mayor número de varones que de mujeres, dado que en general nacen más niños que niñas. Por ejemplo, según las Naciones Unidas, en 1974, en el mundo, la población masculina superaba en 10 millones a la femenina. Esto era debido a que el mantenimiento de altos niveles reproductivos había dado lugar a una estructura por edad de la población mundial claramente juvenil, en la que el predominio, entre los recién nacidos, de los varones daba lugar a la existencia de una mayoría de varones en el total general.

El análisis de dos pautas alternativas de posible cambio futuro de la población de Estados Unidos (la alternativa CDC-ahora y la alternativa CDC-más adelante) nos ha permitido apreciar el impacto que el cambio en la fecundidad puede tener sobre la estructura por sexo y edad e, indirectamente, sobre la estructura global de la sociedad. Resulta razonable suponer que las distorsiones en la estructura de edad podrían dar lugar a cambios en la organización económica, en la situación política y en la estabilidad social.

## **SOCIOLOGÍA DE LA POBLACIÓN**

### **John R. Weeks**

#### **Capítulo 9**

Características

Raza y etnia

Educación

Ocupación

Ingresos

Matrimonio y divorcio

Defunción y divorcio

Genocidio racial

DOCUMENTO: Importancia decreciente de la religión como característica demográfica.

Resumen y conclusiones

### **CARACTERÍSTICAS POBLACIONALES Y OPORTUNIDADES VITALES**

¿Qué supone, en Estados Unidos, ser negro? En términos de oportunidades vitales puede significar que las probabilidades de tener un nivel educativo alto, una ocupación prestigiosa, buenos ingresos y un matrimonio estable sean menores que si se es blanco. Estas diferencias en cuanto a oportunidades vitales no son reflejo de las características personales del individuo, ya sea éste blanco, negro o amarillo, sino que constituyen indicadores de la organización social y económica de la sociedad; es decir, reflejan las características demográficas que contribuyen a definir una sociedad.

En este capítulo analizaremos algunas de las más importantes de tales características, como raza y etnicidad, nivel educativo, ocupación, ingresos y estado civil. El análisis de estas últimas cuatro características será realizado, por otro lado, en términos de la pertenencia racial o étnica, tratando de establecer con detalle la medida en que el hecho de pertenecer, en Estados Unidos, a uno u otro grupo racial o étnico incide sobre las propias oportunidades vitales. Una razón importante para tomar conciencia de tales diferencias en las oportunidades vitales es que guardan una estrecha relación con diferencias en el comportamiento demográfico (especialmente con el reproductivo). En Estados Unidos, como en otros lugares del mundo, la mayor natalidad registrada por algunos grupos se ha convertido en una cuestión con trascendencia política. El capítulo concluye con un análisis del genocidio racial.

#### **RAZA Y ETNIA**

La población blanca domina la sociedad norteamericana no sólo política sino también demográficamente: representa, en efecto, el 87 por 100 de la población total (según datos referidos a 1978 del U.S. Bureau of Census, 1979d), mientras que la población negra supone el 12 por 100, constituyendo el grupo minoritario más amplio.

A lo largo del último medio siglo el peso relativo de la población negra sobre la población total ha ido aumentando lentamente, a partir del 10 por 100, aproximadamente, que representaba en 1920 (Farley, 1970). En tiempos de la Revolución americana los negros suponían cerca del 20 por 100 de la población norteamericana, pero el fin del comercio de esclavos junto con la masiva inmigración europea alteraron en el siglo XIX la proporción existente entre la población blanca y la negra.

Con la posterior ralentización (al menos en términos relativos) de la inmigración internacional la mayor tasa de incremento natural de la población negra ha podido reflejarse en un creciente peso relativo de ésta sobre la población total.

El segundo grupo minoritario en importancia, en Estados Unidos, es el constituido por la población de origen hispánico. Se trata de una categoría acuñada por el Census Bureau (Oficina del Censo) para agrupar a aquellas personas que «indican que ellas mismas, o sus antepasados, proceden de Méjico, Puerto Rico, Cuba, España o de algún país hispano-hablante de Centro o Suramérica» (U.S. Bureau of Census, 1976a:37). Las personas de origen hispánico pueden pertenecer a distintas razas, pero la mayoría está clasificada como población blanca. Este grupo representa el 5 por 100 de la población total norteamericana.

La raza y la etnicidad son características que frecuentemente se traducen en desventajas

políticas y económicas para unos grupos respecto de otros. En Estados Unidos así ha sido ciertamente en el caso de la población negra, que representa más del 90 por 100 de la población no-blanca. Dichas desventajas se reflejan en esperanzas de vida más cortas (véase Capítulo 6) y en ingresos medios más bajos, incluso a igualdad de nivel educativo y ocupacional con la población blanca. Paradójicamente, esta situación de desventaja puede quedar reflejada incluso en la existencia, entre la población negra con alto status social, de familias más pequeñas que las de la población blanca de niveles equivalentes: tener una familia pequeña puede ser parte del mayor sacrificio requerido a los negros para alcanzar el mismo nivel socioeconómico que los blancos. Una de las razones principales para tener una familia reducida es hacer posible una educación más prolongada.

## EDUCACIÓN

Si bien existen distintas teorías explicativas de las menores probabilidades que los miembros de grupos minoritarios tienen, en Estados Unidos, de alcanzar un nivel educativo tan elevado como el de la población blanca, el hecho en sí mismo parece estar fuera de discusión. En 1978, una persona negra y con más de 24 años tenía en dicho país un 48 por 100 de probabilidades de haber completado la enseñanza secundaria, probabilidades que en cambio eran del 68 por 100 en una persona de esa misma edad pero blanca. Una persona de origen hispánico, por su parte, tenía en ese mismo año y a esa misma edad tan sólo un 41 por 100 de probabilidades de haber terminado la educación secundaria (U.S. Bureau of Census, 1979g). Por supuesto, los datos referidos a personas de 25 ó más años no permiten percibir con claridad los recientes esfuerzos realizados en Estados Unidos por mejorar la calidad (y cantidad) de la educación ofrecida a los miembros de los grupos minoritarios. La consideración, en cambio, de los sectores más jóvenes (por ejemplo, los comprendidos entre los 20 y 24 años) permite comprobar el resultado de esos esfuerzos.

Tenemos, en efecto, que una persona de 20-24 años blanca tenía en 1977 un 85 por 100% de probabilidades de haber completado la enseñanza secundaria, frente a un 75 por 100 en el caso de una persona negra y un 61 por 100 en el de una de origen hispánico: entre la población más joven el nivel educativo global es más elevado, pero siguen persistiendo las diferencias raciales y étnicas. Estas se hacen especialmente grandes en el caso de la educación universitaria. En 1977 tenían casi un tercio más de probabilidades que los negros y los hispánicos de contar, a los 20-24 años, con alguna educación universitaria.

Entre 1970 y 1975 todos los grupos experimentaron un aumento en el porcentaje de bachilleres, pero las mejoras fueron claramente mayores entre los negros que entre la población de origen hispánico. De hecho, el desnivel educativo entre blancos y negros se redujo sensiblemente durante ese lustro, prolongando así una pauta iniciada tiempo atrás; la población de origen hispánico, en cambio, perdió terreno en ese área respecto de la población total. Por ejemplo, a lo largo de ese período se produjo un aumento de 8 puntos de porcentaje en las probabilidades de terminar la enseñanza secundaria entre los varones blancos, frente a un aumento de 10 puntos entre los negros pero de tan sólo 4 puntos entre los hispánicos. Con todo, hacia 1978 el porcentaje de jóvenes (de 18-19 años) blancos e hispánicos matriculados en la Universidad era prácticamente el mismo: 23 y 24 por 100, respectivamente. Entre los varones blancos de 18-19 años el porcentaje de individuos matriculados en la Universidad alcanzaba en esa fecha el 36 por 100, es decir, una cifra superior a la registrada entre negros e hispánicos (U.S. Bureau of Census, 1979g).

Otro grupo discriminado que, en Estados Unidos, ha realizado progresos en el terreno educativo es el de las mujeres. Durante largo tiempo tanto hombres como mujeres mejoraron, de forma regular, sus niveles educativos, si bien por lo general los hombres terminaban contando con más años de educación formal que las mujeres. En 1960, casi en el cenit del «baby boom», el 60 por 100 de las mujeres norteamericanas de 25 a 34 años habían completado la enseñanza secundaria, frente al 56 por 100 de los varones de esas mismas edades (según datos del U.S. Bureau of Census, 1976b). Parece ello indicar que en esa fecha el nivel educativo de las mujeres era superior al de los varones (véase Tabla 9.1.). En 1977, en cambio, el 82 por 100 de las mujeres de 25 a 34 años tenían el título de bachiller, frente al 85 por 100 de los varones de esas edades, lo que parece indicar que las mujeres empezaban, en esa fecha, a quedar rezagadas en el terreno educativo.

Lo que estos datos no permiten ver es la medida en que hombres y mujeres continúan su educación más allá del bachillerato en busca de mejores oportunidades profesionales. En 1960, es cierto, el número de bachilleres era ligeramente mayor entre las mujeres que entre los varones: pero en cambio sólo el 13 por 100 de las mujeres con el bachillerato terminado

conseguía a su vez un título universitario, porcentaje que entre los varones con título de bachiller ascendía al 26 por 100. Sin embargo, en 1977 las mujeres habían mejorado su situación educativa hasta el punto que, en esa fecha, había un 24 por 100 de probabilidades de que un bachiller femenino, con 25-34 años, fuese también licenciada universitaria. Para los varones de las mismas edades las probabilidades eran del 32 por 100, lo que significaba una diferencia mucho menor de la existente en 1960 entre hombres y mujeres. Por otro lado, tenemos que en 1977 cuanto más baja la edad, menor la diferencia: a los 5-29 años, el 31 por 100 de los varones con título de bachiller eran también licenciados universitarios, mientras que entre las mujeres de esas edades el porcentaje era del 25 por 100; en edades más jóvenes (20-24 años) tenemos que el 36 por 100 de los varones y el 33 por 100 de las mujeres con título de bachiller habían completado al menos dos años de universidad.

La realidad parece ser así que a lo largo de los años sesenta y setenta las mujeres fueron reduciendo diferencias con los hombres en el terreno de la educación superior, lo cual parece razonable inferir que guarda alguna relación con la posposición del matrimonio y el descenso en la fecundidad. Para las mujeres, como para todo el mundo, reducir las diferencias educativas es importante porque el nivel educativo constituye un indicador decisivo del tipo de ocupación a que se puede aspirar, varones blancos tienen casi dos veces más probabilidades que los negros de ser trabajadores de cuello blanco. Concretamente, en Estados Unidos, en 1975, el 52 por 100 de los blancos (de 16 o más años) empleados, lo estaban en trabajos de cuello blanco frente al 31 por 100 de los negros y el 33 por 100 de los hispánicos (U.S. Bureau of Census. 1 976a).

La ocupación constituye una característica especialmente importante pues es, sin discusión, el aspecto más definitorio, en una sociedad industrializada, de la identidad social de una persona. De ella cabe inferir el nivel educativo y de ingresos, y el lugar y tipo de residencia, es decir, el estilo de vida en general. Constituye además un indicador de status social en la medida en que refleja la posición de cada persona en la jerarquía social. Desde un punto de vista social, la ocupación es tan importante que a menudo es la primera (y en ocasiones la única) cosa que un extraño nos pregunta cuando le conocemos. Se trata en efecto de algo que proporciona información sobre el tipo de conducta esperable de nosotros, así como del tipo de comportamiento esperable de los demás a nuestro respecto. Aunque al lector que crea que «todos somos personas» le resulte difícil aceptarlo, lo cierto es que no hay ninguna sociedad en la que todo el mundo sea tratado exactamente igual.

Dado que en cada país existen literalmente miles de ocupaciones diferentes, se hace preciso algún criterio que permita agruparlas en unas cuantas categorías. El Bureau of Census ofrece un esquema clasificatorio que divide a las ocupaciones en diez categorías mutuamente excluyentes.

La primera categoría ocupacional (por lo general la más prestigiosa) es la de «Profesionales, técnicos y similares» (entendiéndose por "similares" las ocupaciones de igual categoría), que agrupa a médicos, abogados, catedráticos de universidad, ingenieros, etc. En Estados Unidos, en 1977, casi el 15 por 100 de los hombres y mujeres blancos, el 14 por 100 de las mujeres de color y el 10 por 100 de los varones de color se encontraban comprendidos en esta categoría.

La segunda categoría («Gerentes y administradores, excepto los agrícolas») comprende a la mayor parte de los funcionarios estatales, al personal directivo de banca a los gerentes de tiendas y comercios y a ocupaciones similares. En 1977 un norteamericano blanco tenía un 15 por 100 de probabilidades de encontrarse en esta categoría, mientras que un norteamericano negro sólo tenía un 6 por 100. Vienen después los «Vendedores», categoría que no requiere mayor explicación, y luego los «administrativos», entre los que se incluyen la mayoría de las ocupaciones de cuello blanco de menor rango, tales como cajeros de banco o contables.

Las ocupaciones precitadas pertenecen todas a la amplia categoría de las ocupaciones llamadas de cuello blanco. En 1977 agrupaban en Estados Unidos al 42 por 100 de la población activa masculina blanca, pero sólo al 27 por 100 de la de color. La mayor parte de las restantes ocupaciones forman parte del grupo genérico de los trabajadores de cuello azul, incluyendo a «Oficios y similares» (carpinteros, fontaneros, etc.). Es ésta una categoría que abarca a una amplia variedad de ocupaciones es la que cuenta con mayor número de varones. Otras ocupaciones de cuello azul son las de «Operarios», que incluye a la mayoría de los obreros industriales; «Operadores de medios de transporte», que incluye a los conductores de camiones y autobuses, y los «Trabajadores no agrícolas», como los obreros de la construcción. Finalmente, las dos categorías restantes no son exclusivamente ni de cuello blanco ni de cuello azul: «Trabajadores de servicios», tales como empleados de lavanderías, y «Trabajadores agrícolas», que incluye por igual a gestores, supervisores y trabajadores.

Sería un error, por supuesto, fijarse sólo en los varones, pues la participación de la mujer en la población activa y el status de su ocupación tienen efectos demográficos independientes,

sobre todo respecto de la natalidad. En 1977 en Estados Unidos las mujeres con 25 o más años económicamente activas representaban más del tercio de la población activa total. Sin embargo, la distribución de las mujeres por niveles ocupacionales pone de relieve la existencia de importantes divergencias respecto de la pauta correspondiente a los varones. Un mayor porcentaje de mujeres que de varones de color eran profesionales o trabajadores técnicos, mientras que entre los blancos los porcentajes correspondientes a ambos sexos eran prácticamente los mismos. Esto es sin embargo engañoso: hay que tener en cuenta que las principales sub-categorías dentro de este grupo son las de enfermero/a y maestro/a de escuela elemental, es decir, ocupaciones dominadas por mujeres pero a menudo consideradas de menor prestigio (e ingresos) que las profesiones dominadas por los hombres. La categoría «administrativos» acoge a una de cada tres mujeres blancas y a una de cada cuatro mujeres de color. Existen asimismo altas proporciones de mujeres en el sector servicios. En general puede verse que entre los varones existe una mucho mayor diversificación ocupacional que entre las mujeres. Como el lector sin duda habrá supuesto, esta pauta no es peculiar de Estados Unidos sino que, prácticamente, es universal.

Una de las principales características distintivas de todo nivel ocupacional es la cantidad de educación formal requerida para poder acceder a él. La estrecha relación existente entre ocupación y educación queda reflejada en el hecho de que en 1970 casi las dos terceras partes de todos los profesionales y técnicos eran licenciados universitarios, así como más de la cuarta parte de todos los gerentes y administradores. En cambio, sólo uno de cada 100 trabajadores de cuello azul contaba con un título universitario (U.S. Bureau of Census, 1970:231). Dado que los miembros de los grupos minoritarios tienen menos probabilidades que los blancos de alcanzar niveles educativos elevados, sus probabilidades de tener ocupaciones de alto prestigio son asimismo menores. Por otro lado tienen, sencillamente, menos probabilidades de tener siquiera trabajo.

En 1975 la tasa de desempleo entre la población negra de más de 16 años era de casi el 15 por 100, es decir, el doble que la registrada entre la población blanca (8 por 100) y algo más que la correspondiente a la población de origen hispánico (13 por 100, U.S. Bureau of Census, 1976a). Como es bien sabido, los niveles de desempleo son particularmente elevados entre quienes no terminan la enseñanza secundaria: ahora bien, en 1974, entre los jóvenes de 20-24 años, la tasa de desempleo para los negros que habían abandonado, sin completar, sus estudios de bachillerato era dos veces y media superior a la de los blancos en la misma titulación (28 por 100 frente a 11 por 100. Véase U.S. Bureau of Census, 1975c). Estas diferencias en empleo y status ocupacional se traducen, por supuesto, en desigualdades de ingresos entre los miembros de una y otra raza.

## **INGRESOS**

La desigual distribución de la renta en la sociedad norteamericana no constituye ningún secreto. En 1977, en Estados Unidos, al 5 por 100 más rico de todas las familias correspondía el 16 por 100 de la riqueza total de la nación, mientras que el 40 por 100 más pobre sólo contaba con el 19 por 100. Ciertamente esta situación representa una ligera nivelación con respecto de la existente en 1947, cuando el 5 por 100 más alto copaba el 18 por 100 de la riqueza y el 40 por 100 más bajo sólo el 17 por 100 (U.S. Bureau of Census, 1979m). Como puede verse, el cambio ha sido ciertamente reducido. Sin embargo no hay que confundir distribución de la renta con nivel absoluto de ingresos. Desde por lo menos la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos han experimentado un proceso de movilidad económica estructural; es decir, la nación en su conjunto se ha hecho más rica aun cuando la distribución relativa de la renta haya experimentado pocas variaciones. Entre 1950 y 1977 la renta mediana en dólares constantes (es decir, manteniendo constante el poder adquisitivo) casi se duplicó en Estados Unidos: de un valor equivalente al de 8.356 dólares de 1977, registrado en 1950, pasó a un valor de 16.009 dólares en 1977; es decir, experimentó un aumento del 92 por 100 en tan sólo 27 años. Ello supone que en cuanto a ingresos la situación de la familia media norteamericana era dos veces mejor en 1977 que en 1950. Sin embargo, la situación de la familia media había empeorado en 1977 respecto de su situación en 1950.

Una consecuencia de este aumento a largo plazo en la renta ha sido el cambio que se ha producido en el desfase entre los ingresos de blancos y negros. En 1950 la familia media negra contaba con una renta media anual inferior en 3.968 dólares a la de la familia media blanca (calculada en dólares de 1977). En 1960 el desnivel era de 5.430 dólares, es decir, mayor en tamaño aun cuando en términos porcentuales la renta de la población negra había experimentado un aumento del 38 por 100, frente a un aumento del 37 por 100 en la de la

población blanca.

En 1970 este desnivel entre las rentas medias de las familias blancas y negras había subido a 5.805 dólares (a pesar del hecho de que la renta de las familias negras había experimentado un incremento del 56 por 100 decenal, y la de las familias blancas, sólo del 34 por 100) y en 1977, fecha en que los ingresos se estabilizan, la diferencia ascendía a 6.598 dólares. La población negra se ha encontrado así en la extraña situación de ver cómo en términos porcentuales su renta crecía más deprisa que la de los blancos al tiempo que en números absolutos quedaba cada vez más rezagada. Este es uno de los paradójicos resultados de la movilidad estructural, es decir, de esa situación en la que toda una sociedad experimenta una movilidad ascendente. Se trata de la única ocasión en que un grupo puede mejorar su situación social y económica sin hacerlo a costa de otro grupo. Al cesar la movilidad estructural cesó asimismo la mejora en términos relativos de la situación de la población negra. A partir de ahí, en efecto, todo aumento en la renta hubiera supuesto la puesta en práctica de una política deliberada y consciente de redistribución de la renta entre los distintos grupos étnicos.

Para cualquier individuo en concreto, el nivel de ingresos es por supuesto el resultado de muchos y distintos factores, pero sobre todo de su nivel educativo y ocupacional. La educación facilita la obtención de ingresos elevados al permitir al individuo convertir su nivel educativo en éxito ocupacional. Pero incluso dentro de cada nivel ocupacional sigue siendo cierto que a mayor nivel educativo mayor nivel de ingresos. En algunas ocupaciones la mejora del propio nivel educativo (siguiendo cursos de ampliación, consiguiendo grados académicos más avanzados, etc.) constituye uno de los principales medios de ascender en la escala retributiva de una organización.

La relación global positiva entre ingresos y educación es tan perfecta como pudiera imaginarse: a cada nivel más elevado educativo corresponde un nivel medio de ingresos más alto. En el caso de los varones, el seguir estudios universitarios durante al menos cinco años significa unos ingresos medios anuales superiores en 6.500 dólares a los de quienes tras el bachillerato no siguen estudiando. En el caso de las mujeres la diferencia es de 5.000 dólares. Un estudio realizado en la Universidad de Michigan puso de relieve que, entre una amplia gama de variables, la cantidad de educación recibida constituye por sí sola el factor predictivo más claro del status ocupacional y del nivel de ingresos.

Ahora bien, en el caso de una persona de raza negra existen muchas probabilidades de que ella (o al menos su padre o madre) estén ganando menos dinero del que obtendrían, a igualdad de las demás condiciones, en el caso de ser de raza blanca. Por ejemplo, en 1977 la renta de las familias negras en que el cabeza de familia sólo tenía estudios de bachillerato era inferior en unos 4.000 dólares a la de una familia blanca equivalente. En las familias cuyo cabeza de familia tenía titulación universitaria la renta era asimismo superior en unos 4.000 dólares en las de raza blanca que en las de raza negra (U.S. Bureau of Census. 1979m). ¿Por qué estas diferencias? Una razón puede muy bien ser la discriminación, factor difícil de olvidar (y también de medir) a la hora de explicar el hecho de que los miembros de un grupo étnico minoritario ganen menos dinero que los blancos a pesar de detentar niveles educativos y ocupacionales comparables.

Hauser y Featherman (1974) han realizado un valioso intento de medir (aun cuando de forma indirecta e inferencial) el efecto de la discriminación. Según indican, en 1962 los varones blancos de 35-44 años ganaban por término medio 3.755 dólares más al año que los varones negros de esas mismas edades. En 1972 la diferencia entre los ingresos medios había pasado a ser de 3.195 dólares. Si se controlan estas diferencias por factores tales como la situación familiar (educación del padre, ocupación del padre, antecedentes campesinos), número de hermanos (en la medida en que una familia demasiado grande pudiera significar una merma de oportunidades), educación del entrevistado y nivel ocupacional no se consigue dar cuenta de ellas en su totalidad. Seguramente en 1962 y en 1972 casi el 40 por 100 de las diferencias de renta quedaban sin explicar. Ello lleva a estos autores a conjeturar que la discriminación es, probablemente el factor ausente en el análisis

## **MATRIMONIO Y DIVORCIO**

La capacidad del cabeza de familia para proveer a las necesidades económicas de la familia suele ser aludida, desde distintas perspectivas, a la hora de determinar la probabilidad del matrimonio primero y, una vez contraído éste, del divorcio. El matrimonio puede tener lugar antes y más fácilmente si el cabeza de familia (típicamente, pero no siempre, el varón) tiene un trabajo bien remunerado. Si el empleo es inseguro o el sueldo demasiado escaso el resultado puede ser el divorcio o la separación (en forma, por ejemplo, de abandono de la familia, llamado a veces "divorcio de los pobres"). La consideración de la historia de la formación y disolución de

los matrimonios en Estados Unidos viene, en general, a prestar apoyo a estas ideas.

En 1890 más de un tercio de todas las mujeres de 14 o más años (34 por 100) y casi la mitad de todos los varones (144 por 100) estaban solteros. Entre 1890 y 1960 el celibato fue cada vez menos frecuente a medida que las mujeres, y sobre todo los hombres, contraían matrimonio a edades más tempranas. Tan sólo a partir de la década de 1960 ha vuelto a resurgir la pauta del matrimonio aplazado, pero sin alcanzar, ni entre las mujeres ni entre los varones, los niveles anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Los cambios en la popularidad del matrimonio temprano han sido básicamente iguales entre blancos y negros (Farley, 1970), si bien en general era más probable la soltería en los blancos que en los negros.

La edad cada vez más baja, a lo largo del siglo XX, de contraer matrimonio ha sido, probablemente, resultado de la mejora en el nivel de vida que ha supuesto, para los varones, una más temprana independencia económica (precondición ésta de gran importancia para poder contraer matrimonio en la mayoría de los países occidentales. Véase Davis, 1972a). Por otro lado, la mayor difusión y disponibilidad de las técnicas anticonceptivas han contribuido a hacer que el matrimonio no sea ya sinónimo de paternidad casi segura; ello ha facilitado que las parejas se casen antes, en la seguridad de no verse inmediatamente abrumados con el peso de una descendencia.

Sin embargo, desde la década de 1960, la ralentización del crecimiento económico, junto con la dura competencia por los puestos de trabajo originada por la entrada en edad laboral de la generación del "baby boom", ha hecho que resulte más ventajoso para las parejas aplazar el matrimonio para poder así sacar el máximo partido a las oportunidades educativas y de promoción. Una vez casados, las parejas perciben más ventajas en tener una familia pequeña. Las mujeres, por su parte, encuentran preferible, si desean seguir una carrera propia (posibilidad ésta que sólo recientemente se ha abierto a las mujeres casadas), tener pocos hijos, o ninguno (véase Capítulo 13).

En general, en Estados Unidos la sanción social contra los matrimonios tempranos ha ido suavizándose a medida que el bienestar económico de la población se ha incrementado, las leyes reguladoras del divorcio (y las presiones sociales en su contra) se han flexibilizado y ha aumentado el control de la fecundidad. Por otro lado, el control de la fecundidad ha incidido sobre el atractivo del matrimonio temprano: la posibilidad de una relación sexual regular sin riesgo de embarazo puede implicar un menor sentimiento de obligación formal en las parejas jóvenes. De ahí que recientemente los matrimonios tiendan a posponerse.

Existen aún diferencias reales en la probabilidad de contraer matrimonio según la raza, pese a que los cambios, a lo largo del tiempo, han sido similares en los distintos grupos étnicos norteamericanos. En efecto, un blanco tiene más probabilidades de estar casado, y de seguir viviendo con su mujer, que un negro, y en consecuencia, menores probabilidades de estar divorciado o viudo. Si nos fijamos, por ejemplo, en los varones de 25 a 29 años, encontramos que en Estados Unidos, en 1978, el 66 por 100 de los blancos estaban casados y vivían con su esposa, frente a tan sólo el 43 por 100 de los negros. En el caso de las mujeres blancas y negras la diferencia es aún mayor: 72 por 100 frente a 41 por 100, respectivamente (U.S. Bureau of Census, 1979e). A esas edades la viudedad no es, realmente, un problema, pero sí lo es la separación y el divorcio: en 1978 el 8 por 100 de los varones blancos de esas edades estaban divorciados o separados, frente al 16 por 100 de los varones de color. También aquí la diferencia es mayor en el caso de las mujeres: una de cada diez mujeres blancas estaba separada o divorciada, frente a una de cada cinco mujeres de color. Comparaciones similares pueden ser realizadas para otros grupos de edad, pero me he centrado en la población de 25 a 29 años porque se trata de las edades en que resulta especialmente probable que la pareja cuente con niños que puedan resultar afectados por la estabilidad (o falta de estabilidad) del matrimonio.

Quizá el aspecto más preocupante de la inestabilidad sea su posible influencia negativa sobre la vida de los niños. A este respecto cabe señalar que en 1978, en Estados Unidos, el 84 por 100 de los niños blancos menores de 18 años que no estaban aún casados seguían viviendo con su padre y madre; en cambio, menos de la mitad (44 por 100) de los niños negros de esas mismas edades vivían en esa fecha con sus dos padres (U.S. Bureau of Census, 1979e). El 13 por 100 de los niños blancos vivían con su madre sólo, mientras que entre los niños negros este porcentaje ascendía al 42 por 100. Entre la población negra el porcentaje de niños que viven con su padre y madre ha disminuido desde 1970, lo que indica una estabilidad matrimonial en este sector de la población menor incluso en 1978 que en 1970. Muy posiblemente esto guarde relación con la ralentización en el aumento de la renta de población negra a partir de comienzos de la década de 1970, como hemos visto antes.

## **DEFUNCIÓN Y DIVORCIO**

La mayor frecuencia actual del divorcio en Estados Unidos refleja muchas cosas, entre ellas el debilitamiento del control ejercido por los hombres sobre las mujeres y la mayor duración general de la vida, factores ambos susceptibles de generar mayor conflictividad matrimonial. Según se ha estimado, maridos y mujeres viven hoy día juntos nueve años más, por término medio, que a principios de siglo (suponiendo que permanezcan casados hasta el fallecimiento de uno de ellos. Véase Glick y Parke, 1965). En 1857, en Estados Unidos, las probabilidades de que un marido de 25 años y una mujer de 22 siguiesen ambos vivos cuando esta segunda cumpliese los 65 años eran tan sólo de 27 por 100, entre las parejas casadas cien años más tarde, es decir, en la década de 1950, estas probabilidades habían pasado a ser exactamente el doble.

Algunos matrimonios que antaño hubieran sido disueltos por la muerte lo son hoy por el divorcio. Esto se desprende con claridad del hecho de que la tasa anual combinada de disolución matrimonial tanto por fallecimiento de uno de los cónyuges como por divorcio se haya mantenido llamativamente constante durante más de un siglo. En el Gráfico 9.3 puede verse que la tasa global de disolución matrimonial ha permanecido sustancialmente incambiada entre 1860 y 1970: a medida que ha disminuido la viudedad ha aumentado, proporcionalmente, el divorcio.

En Estados Unidos el nivel ocupacional (que es un indicador razonable respecto de la estabilidad laboral y del nivel de ingresos) y el propio nivel de ingresos tienden a guardar relación con la probabilidad de disolución matrimonial. En la Tabla 9.4 puede verse el porcentaje de personas empleadas en cada nivel ocupacional que, hacia 1970., habían tenido al menos una experiencia de inestabilidad matrimonial. Los agricultores y empresarios agrícolas, tanto varones como mujeres, son los que registraban un nivel de inestabilidad matrimonial más bajo. Pero dejando a un lado su caso, cabe observar una clara tendencia a que los varones con ocupaciones de alto prestigio tengan matrimonios más estables que los varones con ocupaciones de prestigio bajo. Por ejemplo, el 16 por 100 de los profesionales habían tenido experiencia de inestabilidad matrimonial, frente al 25 por 100 de los operadores de medios de transporte (camioneros y similares). Entre las mujeres no se registra una pauta clara, pero en general puede verse que, como en el caso de los varones, las trabajadoras de cuello blanco tienen menos probabilidades que las de cuello azul de haber tenido un matrimonio inestable. En los niveles de status superiores, las mujeres empleadas tienen más probabilidades que los varones de haber tenido un matrimonio inestable. Aquí cabe especular con dos posibles relaciones de causa-efecto. En aquellas ocupaciones que requieren un nivel sustancial de competencia y preparación (como es el caso de muchas de las comprendidas en los niveles profesionales y empresariales) no es infrecuente que las exigencias del trabajo se traduzcan en stress familiar como consecuencia del conflicto de roles entre las obligaciones como esposa y las obligaciones profesionales. Tendríamos así que, en ese tipo de situaciones, el trabajo puede ser fuente de problemas matrimoniales. Por otro lado, probablemente es más frecuente que en los niveles más bajos de la escala ocupacional las mujeres que trabajan lo hagan justamente porque la inestabilidad matrimonial les ha forzado a ello.

Aunque existe una relación inversa entre nivel ocupacional y disolución matrimonial, como acabamos de ver, lo cierto es que estas diferencias han tendido a atenuarse a lo largo del tiempo, a medida que las tasas de divorcio en los status superiores han ido aumentando (Glick, 1975). Dichos niveles de status siguen siendo los que registran mayor proporción de matrimonios estables (al menos en un sentido formal), pero lo hacen en menor medida que en el pasado.

Las diferencias raciales en cuanto a ocupación e ingresos son coherentes, en general, con la pauta de inestabilidad matrimonial registrada en Estados Unidos. Por ejemplo, un varón blanco con una edad de 25 a 29 años en 1979, y casado al menos una vez, tenía en esa fecha un 11 por 100 de probabilidades de que su primer matrimonio hubiese acabado ya, frente a un 38 por 100 de probabilidades en el caso de una mujer negra de esa misma edad (U.S. Bureau of Census, 1980. tabla 1). Las probabilidades correspondientes a las mujeres blancas y a los varones negros (14 y 25 por 100, respectivamente) se sitúan entre esos dos niveles extremos.

## **GENOCIDIO RACIAL**

El que, en comparación con los blancos, los negros registren en Estados Unidos niveles más bajos de éxito escolar, de status ocupacional, de ingresos y de estabilidad matrimonial ha sido atribuido a veces al hecho de que, por término medio, las familias negras son más grandes que

las blancas. Aunque el estudio de Hauser y Featherman (1974) antes mencionado pone en entredicho esta idea, no deja de ser cierto que, en promedio, la población negra tiene más hijos que la blanca. Por otro lado también es verdad que los programas de control de natalidad han sido dirigidos, en forma desproporcionada, hacia la población de color (Kammeyer et al., 1975). El más bajo status de la población negra, en Estados Unidos, unido al intenso esfuerzo gubernamental por proporcionarle medios de controlar la natalidad ha dado pie para que se emplee la cuestión del genocidio racial. ¿Están acaso los blancos tratando de impedir que los negros sigan aumentando en número?

Antes de considerar esta cuestión, veamos los datos disponibles respecto del tamaño familiar. En 1978 las mujeres blancas con edades entre 18 y 44 años tuvieron un promedio de 1.519 hijos por cada mil de ellas, mientras que las mujeres negras de esas mismas edades habían dado a luz a un promedio de 2.034 niños por cada mil mujeres, es decir, una cifra superior en un 34 por 100 a la de las blancas. En 1978 las mujeres negras tuvieron, en cada edad, casi medio hijo más que las mujeres blancas (U.S. Bureau of Census, 1979). Y lo que es más, las mujeres negras esperaban tener un número de hijos mayor que el esperado por las blancas.

El nivel educativo es la característica demográfica con más probabilidades de influir sobre la fecundidad; pues bien, incluso a igualdad de nivel educativo los negros tienen más hijos que los blancos (con la sola excepción que más adelante veremos). Por ejemplo, en 1978 las mujeres negras de 25 a 34 años que habían terminado el bachillerato tuvieron menos hijos que las mujeres negras que no lo habían terminado, pero más que las mujeres blancas con título de bachiller. La relación es la misma en el caso de las mujeres con estudios universitarios.

Pero esto no es todo. Según datos detallados del Censo de 1970, las mujeres negras con título universitario tienen progresivamente menos hijos que sus homólogas blancas. Desde los 30-34 años en adelante, las universitarias de raza negra tienen, en promedio dos o menos hijos cada una, es decir, un tamaño de familia que supone entre el 77 y el 87 por 100 del tamaño de familia alcanzado por las mujeres blancas con título universitario de esas mismas edades. La explicación para este desfase en la fecundidad de ambos grupos parece clara. Como consecuencia de la discriminación, para una mujer negra el conseguir, primero, y el sacar partido, después, a su título universitario supone mayores sacrificios que para una mujer blanca. A lo largo de la historia, uno de los sacrificios más importantes que la gente ha hecho para lograr salir adelante ha consistido en reducir su tamaño familiar: claramente, ésta es la estrategia adoptada por la población negra.

Esas mujeres constituyen, sin embargo, una excepción, ya que los niveles de reproducción y de crecimiento global son más altos entre la población negra que entre la blanca. En 1978 la población negra norteamericana estaba creciendo a una tasa (1,6 por 100 anual) dos veces mayor que la población blanca (0,8 por 100 anual) (US. Bureau of Census. 1979.d). Con esos niveles la población negra se duplicaría en 44 años, y la blanca en 88.

Estos superiores niveles de crecimiento, debidos fundamentalmente a una mayor fecundidad, producen naturalmente una estructura de edad más joven entre los negros que entre los blancos, que se refleja en una tasa de dependencia de 0,60 para la población negra, en 1978, frente a otra de sólo 0,51 para la población blanca. Esta mayor carga demográfica puede crear dificultades económicas a las familias negras: sin embargo hay quienes siguen creyendo que en el número está la fuerza. Según Weisbord (1973), el argumento de que el aumento del poder negro en la sociedad estadounidense depende de la cantidad de personas de color ha estado circulando desde la década de 1920. Weisbord señala que para los portavoces de algunos movimientos negros nacionalistas y revolucionarios la planificación familiar y el aborto constituyen parte de una conspiración contra la población afro-americana que buscaría mantener a los negros en su lugar limitando su número. Cita este autor un artículo de Dick Gregory publicado en 1971 en *Ebony* en el que, como «respuesta al genocidio» (este era el título del artículo), se aconseja «ocho niños negros -y otro en camino»

Las voces que con más estridencia aluden al genocidio son las de varones negros jóvenes (Weisbord. 1973: Darity et al.. 1971), no las de las mujeres, que son quienes tienen que gestar esos niños requeridos por una política de aumento numérico. Las mujeres negras han rechazado abiertamente la idea de que el control de la natalidad es una forma de genocidio (Pohíman. 1973:453): pero el rechazo más sutil se ha producido bajo la forma de una creciente eficacia en el uso de los medios anticonceptivos por parte de las mujeres negras (sobre todo las menores de 30 años. Véase Westoff 1976a), Los datos proporcionados por la National Survey of Family Growth (Encuesta nacional de crecimiento familiar) realizada en 1973, ponen de manifiesto que existen pocas diferencias en cuanto a uso de técnicas anticonceptivas entre mujeres negras y blancas de 15 a 24 años (Westoff, 1976b): en consecuencia, las tasas de

fecundidad correspondientes a la población negra decrecieron casi dos veces más deprisa que las correspondientes a la población blanca a lo largo de la década de 1960 (Westoff, 1976a).

A pesar de (o quizá a causa de) este rápido descenso de la fecundidad de la población negra, existen datos que indican que la cuestión del genocidio racial sigue constituyendo un problema latente. En un estudio realizado en 1971 por Darity, casi la mitad de todos los varones negros menores de 30 años entrevistados se mostraron de acuerdo con la frase: «fomentar el uso por parte de los negros del control de natalidad es comparable a tratar de eliminar a este grupo de la sociedad». En todo caso, los varones negros parecen haber sido consecuentes con sus ideas: Westoff (1976b) indica que en 1973 los varones negros destacaban de forma llamativa por su rechazo de toda medida preventiva del embarazo. En 1973, en efecto, las probabilidades de haber recurrido a la esterilización eran ocho veces mayores entre los varones blancos que entre los negros (24 veces mayores en el específico grupo de los varones de 15 a 24 años), y las probabilidades de haber utilizado un condón tres veces mayores. Por supuesto, no hay una evidencia sólida que permita vincular las actitudes respecto del genocidio racial con el uso de métodos anticonceptivos, pero la relación entre ambos no deja de ser intrigante.

Aunque resulta imposible saber si el temor de un genocidio racial es real o no, se trata en todo caso de una cuestión que no se ha planteado sólo en Estados Unidos. Muchos países subdesarrollados hacen un uso destacado de esta idea en sus relaciones con los países desarrollados; por otro lado, se trata de una cuestión que ocupa un lugar central a la hora de determinar la política a seguir para fomentar el desarrollo económico.

En Estados Unidos, como en otros muchos países, las oportunidades vitales de los individuos difieren en alguna medida según su raza o pertenencia étnica. Como ya he indicado, los blancos representan el 87 por 100 de la población y son quienes tienen además las mayores probabilidades de conseguir un alto nivel educativo, un empleo, una ocupación de alto prestigio y un matrimonio estable. Cada uno de estos factores está también en relación con el hecho de que los blancos tienden a tener familias más pequeñas que los negros. A causa de este hecho (y quizá de otros) los programas de control de la natalidad son a menudo orientados más hacia la población negra que hacia la blanca, lo cual hace pensar en un posible genocidio racial a muchos negros, especialmente a los varones jóvenes.

Aunque no hay apenas pruebas para sugerir que los programas de control de la natalidad estén inspirados por la idea del genocidio racial, muchos piensan que su temor de que así sea es legítimo: podría sencillamente tratarse de una forma de mantener bajo control a los grupos minoritarios. A medida que la ayuda exterior norteamericana ha ido vinculándose cada vez más a la puesta en práctica de una política demográfica, esta suspicacia respecto de los programas de control de natalidad se ha introducido en las relaciones entre Estados Unidos y los países del Tercer Mundo. La relación entre crecimiento demográfico y desarrollo económico se ha convertido en el centro de un debate mundial.

## **RESUMEN Y CONCLUSIONES**

Las características demográficas proporcionan importantes orientaciones sobre la vida social y económica de una sociedad. Su importancia en el estudio de las poblaciones deriva del hecho de que suelen guardar una estrecha relación con los procesos demográficos, influyendo sobre, y a la vez siendo influidas por, la fecundidad (como hemos visto en este capítulo), la mortalidad y la migración. Las diferencias en características tales como la raza, la etnia, la educación, la ocupación, el nivel de ingresos y el estado civil reflejan variaciones en las oportunidades vitales de los individuos. En este capítulo hemos considerado las distintas oportunidades vitales según la raza y la pertenencia étnica en la Norteamérica contemporánea.

La distribución de las características poblacionales en Estados Unidos indica que si se es de raza negra el nivel educativo alcanzado puede ser menor que si se es de raza blanca: asimismo, las posibilidades de no encontrar trabajo son mayores y en el caso de encontrarlo, lo más probable es que se trate de una ocupación menos prestigiosa que la que se conseguiría caso de ser blanco. Los negros no constituyen, por supuesto, el único grupo que, en Estados Unidos, se encuentra en desventaja: en este capítulo hemos considerado también las diferencias, en cuanto a oportunidades vitales, de la población de origen hispánico, o de las mujeres de cualquier raza.

A finales de la década de 1960, y en los primeros años setenta, la población negra (sobre todo los adultos jóvenes) empezó a identificarse con los países subdesarrollados del Tercer Mundo, trazando analogías entre su situación y la de quienes viven en zonas antaño colonizadas por los europeos y dominadas aún políticamente por otros países (véase Blauner, 1972). La analogía se extiende asimismo a las tasas de crecimiento (más altas entre la población negra

que entre la blanca) y al hecho de que un importante porcentaje de población negra (sobre todo los varones) perciben el control de la natalidad como parte de una conspiración genocida. Quienes abogan en favor de que los negros adopten técnicas de control de la natalidad suelen hacerlo desde la idea malthusiana de que los individuos sólo pueden mejorar sus oportunidades vitales teniendo familias pequeñas, de tamaño manejable. Esta no es una cuestión que interese sólo en Estados Unidos: por el contrario, se encuentra en la base del debate sobre la relación existente entre el crecimiento demográfico y el desarrollo económico, como veremos en el próximo capítulo.

## Capítulo 10

Crecimiento poblacional y desarrollo económico

¿Qué es el desarrollo económico?

Crecimiento económico y desarrollo económico

Las bases estadísticas del debate

Las bases ideológicas del debate

¿Constituye el crecimiento demográfico un estímulo para el desarrollo económico?

¿Carece el crecimiento demográfico de toda relación con el desarrollo económico?

¿Resulta el crecimiento demográfico perjudicial para el desarrollo económico?

El desarrollo económico como fuente de cambios demográficos

Impacto de las tasas de crecimiento demográfico sobre el desarrollo económico.

Implicaciones del debate para la formulación de políticas de actuación

El caso de Méjico

El análisis de Coale y Hoover

¿Que es lo que ha ocurrido?

Implicaciones para la política demográfica

## CRECIMIENTO POBLACIONAL Y DESARROLLO ECONÓMICO

¿Constituye el control del crecimiento poblacional un paso previo necesario para el desarrollo económico? Los países desarrollados, como por ejemplo Estados Unidos, argumentan que los países subdesarrollados no lograrán salir del círculo vicioso de la pobreza si no logran poner bajo control su crecimiento demográfico. Por su parte los países subdesarrollados, y de modo especial los que cuentan con gobiernos socialistas, insisten en dejar de lado la cuestión demográfica, ya que desde su punto de vista la causa de su pobreza relativa se encuentra en la explotación económica y la dominación política que sobre ellos ejercen los países desarrollados. La Conferencia Mundial de la Población, celebrada en Bucarest en 1974, y a la que asistieron representantes gubernamentales de todo el mundo, se caracterizó, justamente, por este debate. Se discutió entonces un "plan de acción mundial" en el que los países desarrollados deseaban que se diese una alta prioridad a los programas de planificación familiar para tratar así de combatir el grave obstáculo para el desarrollo económico que potencialmente, según ellos, podría llegar a constituir el crecimiento demográfico. Esta propuesta fue sin embargo derrotada por una interesante coalición entre países católicos y socialistas, quedando finalmente considerablemente rebajada la importancia del crecimiento poblacional como impedimento para la mejora de la condición humana. El Plan de Acción respecto de la Población Mundial finalmente adoptado restó un compromiso tan vago y omnicompreensivo que en poca, por no decir ninguna, medida contribuyó a resolver el debate.

La cuestión de si el desarrollo económico se ve afectado por el crecimiento demográfico (y, en caso afirmativo, en qué medida), subyacente en los debates de la Conferencia Mundial de la Población, sigue constituyendo una de las cuestiones de interés más actual en nuestro mundo contemporáneo. La posición que los gobernantes adopten al respecto influirá de forma decisiva sobre el tipo de política demográfica y de desarrollo que propugnen. En este capítulo examinaremos varias facetas de esta polémica, teniendo siempre en cuenta la medida en que cada aspecto de la cuestión puede conducir a alternativas de actuación diferentes. El capítulo se abre con un examen del concepto, ya mencionado pero aún no analizado, de desarrollo económico. A continuación examinaremos tres ángulos distintos del debate: (1) el crecimiento demográfico constituye un estímulo para el desarrollo económico; (2) el crecimiento demográfico no es un factor que guarde una relación importante con el desarrollo económico, y (3) el crecimiento demográfico es un obstáculo para el desarrollo económico. Examinaremos las implicaciones, de cara a la toma de decisiones de cada una de estas posiciones y concluiremos con una breve consideración del caso de México para ilustrar algunos de los conceptos y de las líneas de actuación analizados en el capítulo.

### ¿QUÉ ES EL DESARROLLO ECONÓMICO?

La definición más frecuente de desarrollo económico es que significa un aumento en la renta media, definida por lo general como renta per cápita, o por persona. Una idea estrechamente

relacionada con ésta es que el desarrollo económico tiene lugar cuando aumenta el output por trabajador; ahora bien, dado que un mayor output debería significar mayores ingresos, puede verse que se trata en realidad de las dos caras de una misma moneda. Ahora bien, una persona que, para hacer frente al aumento de precios, desempeñe, en un año, dos trabajos a la vez no mejorará necesariamente de situación económica: si acaso, conseguirá que ésta no empeore. Así pues, una definición más ajustada de desarrollo económico es la que alude a un aumento en la renta real, es decir, a un aumento en la cantidad de bienes y servicios que en realidad se pueden adquirir.

Un aspecto importante del desarrollo es, en efecto, que supone una mejora del bienestar de las personas. Y esto es algo que incluye más dimensiones que un simple incremento de la productividad: incluye un correlativo aumento de la capacidad de los individuos de consumir (bien comprando, bien teniendo a disposición) las cosas necesarias para mejorar su nivel de vida. Esta lista de mejoras puede incluir mayores ingresos, un empleo estable, más educación y mejor salud y alimentación, consumo de más alimentos y mejores viviendas, un aumento de servicios públicos tales como agua, electricidad, transportes, actividades recreativas y protección policial y contra incendios.

## **CRECIMIENTO ECONÓMICO Y DESARROLLO ECONÓMICO**

La expresión crecimiento económico alude a un aumento en la cantidad total de riqueza de una nación (o de cualquier otra unidad de análisis) sin tomar en consideración el número total de sus componentes, mientras que el concepto de desarrollo económico pone en relación dicho aumento de riqueza con el total de personas integrantes de la unidad que lo experimenta. Por ejemplo, en 1976 la renta total nacional era, en Estados Unidos, de 1.504.776.000.000 dólares (es decir, un billón y medio de dólares). Para los 215 millones de estadounidenses existentes en esa fecha esto suponía una renta media anual de 6.995 dólares por persona. En Suecia, en 1976, la renta nacional era "sólo" de 66.000 millones, pero como el número de suecos era muy inferior al de norteamericanos (superando apenas los 8 millones) la renta media per cápita era superior en Suecia (8.044 dólares) que en Estados Unidos.

En contraste con estos dos países ricos tenemos a un país como la India, cuya renta total estimada en 1976 era de 81.000 millones de dólares; esta cifra era superior a la correspondiente a Suecia, pero como el total de población de la India (más de 600 millones de personas) era también muy superior al de Suecia, la renta anual per cápita quedaba reducida a tan sólo 132 dólares. Así pues, a cada norteamericano "medio" (si tal cosa existe) corresponde una riqueza 53 veces superior a la del Indio "medio". La renta nacional de la India, medida en dólares constantes (para controlar el Impacto de la Inflación), era un 52 por 100 más alta en 1974 que en 1960, pero como entre ambas fechas la población aumentó con similar rapidez la renta per cápita aumentó sólo en un 13 por 100 a lo largo de esos catorce años. Entre 1974 y 1976 la renta nacional disminuyó ligeramente en la India y la renta per capita pasó de 140 dólares en 1974 a 132 dólares en 1976.

Hasta aquí hemos considerado el desarrollo económico en términos de ingresos o rentas medias; ahora bien, dichos valores medios esconden a menudo desigualdades y disparidades en la distribución de la renta. Puede en efecto ocurrir que el aumento per cápita en la productividad beneficie sólo a unos pocos, y no a toda la población. De hecho, según algunos economistas, sólo la concentración de ingresos puede dar lugar al ahorro de dinero bastante para permitir ulteriores inversiones y un mayor crecimiento económico. Kuznets (1965), por ejemplo, ha sugerido que la desigualdad de ingresos es característica de la primera fase del desarrollo económico, cuando la formación de capital resulta de tan crucial importancia: sólo más adelante es posible un mejor reparto de la renta. Podría establecerse una analogía aproximada con el caso de una familia que quisiera "desarrollarse económicamente" comprando una casa: como los miembros de esa familia tendrían que ahorrar para pagar la entrada y los gastos de compra, probablemente tendrían que pasarse de cosas que les gustaría poder adquirir, ya que todo el dinero disponible sería destinado a la compra de la casa. Sólo después de haberla comprado la familia dejaría de tener que sacrificarse y su renta podría distribuirse más entre sus miembros. La analogía no es perfecta, pero sirve para ilustrar algo que los primeros empresarios industriales sabían muy bien: es preciso posponer el consumo si se quiere reinvertir los ingresos para generar más crecimiento.

El crecimiento económico implica a menudo la introducción de máquinas cuyo trabajo resulta más eficiente y más barato que el de las personas, pudiendo ello conducir a una paradójica situación en la que se produzca un aumento de la renta per cápita del país (es decir, en la que tenga lugar un proceso de crecimiento económico), al tiempo que el nivel de vida real de casi toda la población experimente un descenso (es decir, sea de una ausencia general de desarrollo económico). Bauer (1972) ha estudiado esta diferencia entre crecimiento y desarrollo observando que la paradoja opuesta (descenso de la renta per cápita, pero aumento del nivel de vida como

consecuencia de una redistribución de la renta) puede también darse. Por supuesto, en este último ejemplo sólo se produce un verdadero desarrollo económico si la mejora en el nivel de vida puede ser mantenida.

En suma, el concepto de desarrollo económico, en su sentido más amplio, alude al aumento sostenido del bienestar socio-económico de una población. La medición del desarrollo económico constituye sin embargo un importante problema, ya que los datos disponibles se refieren, en su mayoría, solamente a los niveles de ingresos y no a la distribución de los mismos. Tenemos así que utilizar esos datos para inferir la naturaleza de los cambios que puedan estar teniendo lugar en una sociedad. En realidad si pudiéramos medir con exactitud el desarrollo económico tal y como aquí lo he definido, todo el debate sobre su relación con el crecimiento demográfico podría quedar resuelto.

## **LAS BASES ESTADÍSTICAS DEL DEBATE**

Existe una asociación estadística casi incuestionable entre desarrollo económico y crecimiento demográfico: cuando uno cambia, tiende a hacerlo también el otro. Ahora bien, y como el lector sin duda ya sabe, dos cosas pueden estar relacionadas entre sí sin que por ello una haya de ser causa de la otra. Por otro lado, cabe pensar que las pautas de causa y efecto experimenten cambios a lo largo del tiempo. ¿Contribuye el crecimiento demográfico a promover el desarrollo económico? ¿La asociación entre crecimiento demográfico y desarrollo económico constituye únicamente una coincidencia? ¿O constituye acaso el crecimiento demográfico un obstáculo para el desarrollo económico? Este es el debate planteado.

El problema estriba en que los datos actualmente disponibles se prestan a una variedad de interpretaciones. En general, los países en los que los niveles medios de renta son bajos tienden a presentar tasas elevadas de crecimiento demográfico. Entre los 105 países con tasas de crecimiento poblacional similares o superiores a la media mundial (2,0 por 100), 90 (es decir, el 86 por 100) contaban con una renta per cápita inferior a 1.000 dólares anuales. En 1965, Kuznets definió como subdesarrollados a los países con una renta per cápita inferior a 100 dólares, según el nivel de precios de los años 1952-54 (1965:176). Aceptando que entre esa fecha y 1979 se produjera, aproximadamente, una duplicación de los precios, tendríamos que considerar en 1979 como subdesarrollado (y no simplemente como menos desarrollado, que es un término más general) a todo país con una renta per cápita inferior a 200 dólares. Pues bien, según esta definición contaríamos con 24 países subdesarrollados, de los cuales 22 (es decir, el 92 por 100) tienen poblaciones con un ritmo de crecimiento igual o superior a la tasa media mundial.

Inversamente, los países con alto nivel de renta tienden a presentar tasas de crecimiento demográfico bajas; de los 33 países con una renta media de 3.000 dólares o más, 26 tienen tasas de crecimiento poblacional inferiores a la media mundial. La relación, sin embargo, no es perfecta: hay seis países, con grandes recursos petrolíferos, que presentan niveles altos de renta y altas tasas de crecimiento demográfico; en cambio hay siete países (básicamente del sur de Europa y del Caribe) que tienen tasas de crecimiento bajas y también bajos niveles de ingresos. Resulta claro que una baja tasa de crecimiento demográfico no garantiza un alto nivel de renta, y viceversa. Por otro lado, datos como éstos que consideramos, referidos a un momento concreto en el tiempo, no pueden ser utilizados para establecer relaciones de causa/efecto, sin que hasta la fecha nadie haya logrado elaborar un conjunto convincente de datos que permita establecer la validez de una u otra posición. En consecuencia, los datos pueden ser objeto de interpretaciones muy diversas, según las inclinaciones ideológicas de cada uno.

## **LAS BASES IDEOLÓGICAS DEL DEBATE**

Así pues, el debate en torno a la relación entre crecimiento demográfico y desarrollo económico presenta tres ángulos. En el primer ángulo se encuentran, fundamentalmente, los nacionalistas (es decir, los que tratan de liberar a sus países de la explotación económica y política de naciones más poderosas), cuyo argumento básico es que el crecimiento demográfico estimula el desarrollo económico. Un corolario usual de esta perspectiva nacionalista es que a mayor número de personas, mayor productividad y mayor poderío.

En el segundo ángulo encontramos a los marxistas, cuyo argumento es que la injusticia social y económica es resultado, a la vez, de la ausencia (o lentitud) del desarrollo económico y de la creencia -errónea- de que existe un problema poblacional. La perspectiva marxista mantiene así que no existe relación de causa/efecto alguna entre crecimiento demográfico y desarrollo económico: la pobreza, el hambre y otros problemas referidos al bienestar social, asociados con la ausencia de desarrollo económico, son resultado de la existencia de instituciones sociales y

económicas injustas, y no del crecimiento demográfico.

Finalmente, en el tercer ángulo se encuentran los antagonistas históricos de los marxistas, es decir, los neo-malthusianos, quienes por supuesto defienden la tesis de que el crecimiento demográfico, de no ser controlado, borrar toda posible mejora económica. La diferencia entre Malthus y los neo-malthusianos es que el primero se oponía al control de natalidad, mientras que los segundos abogan con fuerza en favor de su utilización como freno preventivo del crecimiento poblacional.

### **¿Constituye el crecimiento demográfico un estímulo para el desarrollo económico?**

En muchas zonas de África y, de forma especial, en América Latina, se escuchan voces nacionalistas que abogan por el crecimiento demográfico como un medio de crear el estímulo y la mano de obra precisos para desarrollar los recursos nacionales, fomentando así el avance económico. Países como Brasil y Ecuador, por ejemplo, son presentados a veces como infra-poblados en relación con la potencial riqueza de sus recursos naturales.

Quizá el exponente más conocido de la idea de que el crecimiento demográfico constituye la chispa que prende la mecha del desarrollo económico es el economista agrícola británico Colín Clark. Clark insiste en que, a largo plazo, una población creciente tiene más probabilidades que una población estacionaria o decreciente de conducir al desarrollo económico. Señala el caso de la historia de Europa, donde la Revolución Industrial y el aumento en la producción agrícola se vieron acompañados, de forma casi general, por el crecimiento demográfico. El argumento de Clark se basa en la tesis de que el crecimiento poblacional constituye la fuerza motivadora que da lugar a la puesta en cultivo de las tierras baldías, a la desecación de pantanos y a la puesta a punto de nuevas técnicas de cultivo, de fertilización y de irrigación, es decir, a la aparición de "revoluciones" en la agricultura. El núcleo central de la argumentación de Clark, que es formulado también por Boserup (1965) y que ha sido a menudo repetido en todo el mundo (sobre todo por la Iglesia católica), queda adecuadamente sintetizado en la siguiente cita:

"El crecimiento demográfico es la única fuerza capaz de hacer cambiar a estas comunidades sus métodos y de, a largo plazo, transformarlas en sociedades mucho más avanzadas y productivas. El mundo tiene inmensos recursos físicos, agrícolas y minerales aún sin utilizar. En las sociedades industriales los efectos económicos beneficiosos de la existencia de mercados amplios y en expansión son muy claros. Los principales problemas creados por el crecimiento demográfico no son los de la pobreza, sino los derivados del incremento excepcionalmente rápido de la riqueza en ciertas regiones favorecidas que cuentan con una población en expansión, de la atracción hacia las mismas de corrientes migratorias y del ensanchamiento incontrolable de sus ciudades" (Clark, 1967, prefacio).

Esta misma línea de razonamiento forma parte de la estrategia para el desarrollo propugnada por Hirschman, cuya argumentación es la siguiente: (1) Un aumento en el tamaño de la población reducirá el nivel de vida de la misma salvo que sus componentes reorganicen sus vidas para incrementar la producción. (2) Un "postulado psicológico fundamental" es que la gente se resistirá a un descenso en su nivel de vida. (3) (...) la resistencia de la comunidad a ver disminuido su nivel de vida origina un aumento en su capacidad de controlar su entorno y de organizarse para el desarrollo. El resultado es que ahora la comunidad es capaz de explotar oportunidades de crecimiento económico que ya existían antes pero que no se utilizaban" (1958:177).

De hecho la tesis de que el crecimiento demográfico resulta beneficioso para el desarrollo económico tiene algún fundamento. En Europa y Estados Unidos hay pruebas suficientes para sugerir que el desarrollo puede haberse visto estimulado por el crecimiento de la población. En efecto, algunos historiadores ven en el descenso de la tasa de mortalidad de la Europa pre-industrial, (asociado en parte a la desaparición de la peste y quizá también a la introducción de la patata) el detonador de la Revolución Industrial. Dicha reducción en la tasa de mortalidad habría dado lugar a un crecimiento demográfico que, a su vez, habría aumentado la demanda de recursos. El caso del ferrocarril en Estados Unidos, que abrió la frontera y aceleró el desarrollo de los recursos proporciona un ejemplo análogo de cómo el crecimiento demográfico puede influir sobre el desarrollo económico. Fishlow (1965) ha demostrado que el ferrocarril (que contribuyó a acelerar el desarrollo económico de los estados occidentales de la Unión) era quien seguía a los individuos en su marcha hacia el oeste -y no al revés.

Aunque la historia pueda enseñarnos que el crecimiento demográfico tuvo un efecto beneficioso en el desarrollo de los países que hoy tienen un alto grado de industrialización, las estadísticas muestran, por otro lado, la existencia de diferencias muy importantes entre la experiencia europeo-norteamericana y la de los países menos desarrollados actuales. En líneas generales puede decirse que estos últimos no están siguiendo los pasos de los países actualmente desarrollados. Por ejemplo, los países menos desarrollados tienen un punto de partida, en cuanto a nivel de vida,

mucho más bajo que el que tuvieron Europa o Estados Unidos en la fase inicial de su desarrollo económico. Además Kuznets (1972) ha mostrado que, aunque la tasa de crecimiento económico en muchos países subdesarrollados ha sido, recientemente, más elevada de lo que lo fue en períodos comparables de la historia de los países desarrollados, el crecimiento poblacional es también en los primeros significativamente mayor: sus tasas de crecimiento demográfico son mucho mayores de lo que lo fueron nunca en los países europeos o norteamericanos (quizá con la excepción del periodo colonial de la historia de Norteamérica). En realidad las tasas de crecimiento demográfico del mundo subdesarrollado carecen prácticamente de paralelo en la historia de la humanidad.

Resulta así que el crecimiento demográfico puede haber contribuido a estimular el desarrollo económico en los países desarrollados al forzar a los hombres a salir de su torpor natural y al inducir la innovación y el cambio tecnológico, o al acelerar la sustitución de la mano de obra por trabajadores más preparados. Los países menos desarrollados de la actualidad, sin embargo, no precisan de ningún tipo de estímulo interno para ser innovadores. En el mundo que les rodea pueden percibir los frutos del desarrollo económico: ello les lleva de forma casi natural a desear participar de ellos en la mayor medida posible (situación ésta que suele ser designada como revolución de las expectativas crecientes). Los habitantes de los actuales países menos desarrollados saben lo que es el desarrollo económico y estudiando la historia de los países hoy muy industrializados pueden percibir cómo, al menos en el pasado, se podía llegar a alcanzarlo. En todo caso parece poco probable que el crecimiento demográfico siga siendo necesario como detonador, aunque en realidad existen pocas pruebas sólidas en favor de una u otra postura.

Saber que otros son más ricos no constituye, necesariamente, un incentivo suficiente para mejorar económicamente, la propia vida, y aun cuando lo constituyera, los medios de lograrlo pueden estar fuera de alcance. Y en este punto es donde los marxistas toman la palabra.

#### **¿Carece el crecimiento demográfico de toda relación con el desarrollo económico?**

El diagnóstico marxista de la cuestión es que los problemas demográficos desaparecerán cuando se resuelvan otros problemas y que el desarrollo económico puede producirse con rapidez en una sociedad socialista. Marx y Engels creían que cada país, en cada período histórico, tiene su propia ley de la población y que el desarrollo económico guarda relación con la estructura político-económica de la sociedad y en modo alguno con el crecimiento demográfico. En realidad, el argumento de Marx parece ser que el que la población de un país crezca o no a medida que éste avanza económicamente depende de la naturaleza de su organización social. En una sociedad capitalista explotadora la clase dirigente podría tener interés en fomentar el crecimiento demográfico para así mantener bajo el nivel salarial; en un sistema socialista, en cambio, ese interés no existiría. Para los socialistas cada miembro de la sociedad nace con los medios para proveer a su propia subsistencia; en consecuencia, el desarrollo económico debería beneficiar en forma proporcional a cada persona. La única razón para que así no ocurra es que la sociedad esté organizada para explotar a los trabajadores, permitiendo a los capitalistas obtener grandes beneficios a costa de parte de lo que aquéllos deberían en realidad ganar.

En tiempos recientes varios líderes de países menos desarrollados han argumentado que ésa es justamente la manera en que funciona el sistema económico mundial. Se acusa a los países desarrollados occidentales de comprar materias primas a un precio barato a los países en vías de desarrollo, vendiéndoles en cambio a un precio caro productos manufacturados, colocándoles así, de forma permanente, en situación de endeudamiento y dependencia. Se sugiere además que si el poder económico de los países desarrollados pudiera ser reducido, y el de los países en vías de desarrollo reforzado, el impulso que el desarrollo adquiriría en estos últimos disiparía problemas tales como el hambre y la pobreza que en la actualidad se atribuyen a la existencia de una población excesiva. En ese momento el problema demográfico desaparecería porque, sencillamente, no es realmente un problema. La posición socialista es así que una vez resueltos todos los demás problemas sociales (y en primer lugar los de raíz económica) los propios individuos se encargan de resolver con toda facilidad cualquier posible problema demográfico, caso de existir éste. Esta era claramente la actitud de Friedrich Engels, quien en 1981 escribía en una carta: "si en un determinado estadio la sociedad comunista se ve obligada a regular la producción de seres humanos (...) ser precisamente esa sociedad, y sólo ésa, la que podrá realizarlo sin dificultad".

Los defensores de este punto de vista disponen de algunas pruebas a su favor. En la Rusia de los años veinte, tras la revolución comunista, Lenin abolió la legislación anti-abortista y las restricciones legales al divorcio para favorecer la liberación de la mujer; el resultado fue un descenso bastante rápido de la tasa de natalidad (demasiado rápido incluso, en opinión del gobierno soviético, que en los años treinta volvió a ilegalizar el aborto). En Cuba la respuesta

demográfica ante un gobierno marxista fue exactamente la opuesta: poco después de la revolución de 1959 la tasa bruta de natalidad aumentó del 27 por 1.000 en 1958 al 37 por 1.000 en 1962. El demógrafo cubano Juan Pérez de la Riva ha explicado que tras la revolución desapareció el paro en el campo, se abrieron nuevas oportunidades en las ciudades y un exuberante optimismo condujo al descenso de la edad de contraer matrimonio y al abandono de la planificación familiar. Desde entonces la tasa de natalidad ha vuelto a descender hasta niveles similares a los que se daban antes de la revolución como consecuencia del establecimiento, por el gobierno de Castro, de clínicas de planificación familiar que intentaban evitar los abortos ilegales y ayudar a las mujeres a prevenir embarazos no queridos.

Los datos referidos a países marxistas como Rusia, Cuba y, por supuesto, China, sugieren la conclusión de que una revolución puede alterar el panorama demográfico de un país; la relación, sin embargo, de éste con el desarrollo económico sigue siendo borrosa. Por ejemplo, de esos tres países Rusia es claramente el más desarrollado económicamente y es asimismo el que tiene la tasa más baja de crecimiento poblacional. Sin embargo, la renta media parece ser superior en Cuba que en China pese a tener China una tasa menor de crecimiento demográfico. Por supuesto, con estos ejemplos no se puede dar por zanjada la cuestión, ya que los neo-malthusianos cuentan también con datos que parecen apoyar sus puntos de vista.

### **¿Resulta el crecimiento demográfico perjudicial para el desarrollo económico?**

En el mundo industrializado el argumento neo-malthusiano de que el crecimiento rápido de la población constituye un obstáculo para el desarrollo económico tiene una amplia aceptación. En su formulación básica, se trata de una proposición muy simple: cualquiera que sea la razón por la que una economía empieza a crecer el crecimiento no se traduce en desarrollo económico si la población no crece más despacio de lo que lo hace la economía. A este respecto cabe establecer una analogía con el caso de un pequeño negocio: un tendero, por ejemplo, sólo obtendrá beneficios si sus gastos (es decir, los costes generales) resultan inferiores a sus ventas brutas. Para una economía la adición de nuevas personas implica gastos (o costes generales demográficos), ya que es preciso proporcionarles alimentos, vestidos, alojamiento, educación y otros bienes y servicios: si los costes demográficos igualan o superan al producto nacional bruto, entonces no podrá producirse ninguna mejora (o beneficio) en el nivel global de vida.

Veamos algunas cifras que ilustran gráficamente este punto. Entre 1960 y 1976 la renta nacional aumentó en México en un fenomenal 163 por 100. Ahora bien, durante ese mismo período el tamaño de la población aumentó en más de un tercio y como consecuencia de ello la renta per cápita aumentó, entre dichas dos fechas, tan sólo en un 54 por 100, aproximadamente. Es decir, el crecimiento demográfico absorbió el 67 por 100 del incremento total de la renta nacional. Durante ese mismo período la renta nacional aumentó en Estados Unidos en un 73 por 100, pero sólo el 33 por 100 de ese incremento quedó absorbido por el aumento de la población. Así la renta per cápita aumentó en Estados Unidos entre esas dos fechas en un 49 por 100, es decir, en un porcentaje prácticamente idéntico al registrado en México. Pero para conseguir ese mismo aumento la economía norteamericana sólo hubo de crecer la mitad que la economía mexicana. Por supuesto, conviene recordar que la renta per cápita constituye sólo un promedio; evidentemente, no todo el mundo participó por igual, tanto en México como en Estados Unidos, de ese aumento de la riqueza total.

La situación parece así muy sencilla: si las poblaciones tuvieran un crecimiento más lento, el desarrollo económico podría producirse con mayor facilidad. Los neomalthusianos llegan así a la conclusión de que el crecimiento demográfico resulta perjudicial para el desarrollo económico. Este punto de vista está tan extendido en las sociedades occidentales que merece una consideración más detallada que contemple los dos lados de la relación.

### **El desarrollo económico como fuente de cambios demográficos**

Hasta aquí sólo he considerado un lado de la relación existente entre crecimiento demográfico y desarrollo económico: las consecuencias sobre el cambio económico del cambio demográfico. Pero si queremos llegar a comprender a fondo la idea de que el crecimiento demográfico constituye un obstáculo para el desarrollo económico tenemos que tener también en cuenta el otro lado de la moneda. La mayor parte de los datos disponibles parecen sugerir que fue el desarrollo económico el que originó el descenso de la mortalidad y el que, con el tiempo, contribuyó a motivar el descenso de la fecundidad en los países industrializados. En otras palabras, el desarrollo económico constituyó, primero, un estímulo para el aumento de la tasa de crecimiento demográfico, y después un estímulo para su disminución. Esta es la relación que subyace en la teoría de la transición demográfica y la que los marxistas aducen para refutar la posición neo-malthusiana.

Esta doble relación entre crecimiento demográfico y desarrollo económico fue señalada con claridad en 1958 por Ansley Coale y Edgar Hoover en un estudio que ha tenido un impacto sin precedentes en la teoría y en la investigación sobre crecimiento demográfico y desarrollo económico. Señalan estos autores que el desarrollo económico originó un descenso de la mortalidad en los países desarrollados, y que asimismo fue el desarrollo económico de esos países el que dio lugar a un descenso de la mortalidad en el resto del mundo. Esto es cierto tanto si el lector acepta, como si no lo hace, mi anterior sugerencia de que el crecimiento demográfico puede haber estimulado, inicialmente, el crecimiento económico que condujo a la Revolución Industrial. Lo importante aquí es que la teoría de la transición demográfica sugiere que el mismo desarrollo económico que redujo las tasas de mortalidad contiene en su seno la motivación precisa para que las parejas reduzcan su fecundidad. Ahora bien, dado que en los países menos desarrollados las tasas de mortalidad han disminuido como resultado del desarrollo económico ajeno, ¿por qué esperar que en los mismos aparezca la motivación para limitar la fecundidad sin una intervención similar desde el exterior? Y lo que es más importante aún, ¿por qué preocuparnos porque la fecundidad descienda o no? ¿Qué diferencia supone para el bienestar futuro de una población el continuar con tasas altas de natalidad y bajas de mortalidad? Para los neomaltusianos la respuesta es, por supuesto, que supone una diferencia muy grande.

### **Impacto de las tasas de crecimiento demográfico sobre el desarrollo económico:**

El crecimiento demográfico puede suponer una diferencia respecto de la cantidad de recursos consumidos en el mundo, respecto del precio a pagar por cosas como la comida o la gasolina y respecto del espacio físico disponible para cada uno de nosotros. El crecimiento de la población en cualquier lugar del mundo puede incluso amenazar la calidad de nuestra propia existencia, además de inhibir la mejora de las condiciones de vida en aquellos países que se debaten por lograr desarrollarse económicamente bajo el peso de un número de habitantes creciente día a día. En realidad, como mínimo son tres los aspectos del cambio demográfico que pueden afectar al curso del desarrollo económico: la tasa de crecimiento poblacional, el tamaño de la población y la estructura de edad de la misma.

El punto de partida del desarrollo económico es la inversión de capital. El capital representa un stock de bienes que se utiliza para la producción de otros bienes y no para su disfrute inmediato. El capital puede consistir, ciertamente, en el dinero gastado en maquinaria pesada o en una línea de montaje: pero resulta más adecuado concebirlo con un carácter más genérico, que incluya todo cuanto es invertido hoy para producir un rendimiento mañana. Enfocado así comprende no sólo equipamientos y construcciones, sino también inversiones en educación, sanidad, y en general, la acumulación y aplicación de conocimientos. Para que una economía crezca, el nivel de inversión de capital tiene que crecer. Por lo tanto, cuanto más alta sea la tasa de crecimiento demográfico mayor habrá de ser la tasa de inversión; esto es lo que Leibenstein (1957) ha designado como el listón demográfico. Si una población crece tan deprisa que desborda la tasa de inversión entonces se verá atrapada en un ciclo vicioso malthusiano de pobreza; el crecimiento económico habrá sido bastante para alimentar más bocas, pero no para escapar de la miseria.

El problema se complica porque, en los países que hoy registran un rápido crecimiento de la población, la pobreza es ya muy elevada, haciendo así imposible el ahorro del dinero preciso para la realización de las inversiones requeridas para impulsar el crecimiento rápido de la economía. Además, la mayoría de los actuales países menos desarrollados tienen un pasado de colonización y dependencia de otros países respecto de su situación económica y política. Esto ha supuesto a menudo no sólo el descuido de los problemas económicos, sino también una mayor preparación de los líderes nativos para la confrontación política que para la gestión económica. La consecuencia es una fuerte dependencia del capital extranjero, es decir, del dinero ganado y ahorrado por naciones más ricas y con menor crecimiento demográfico. En dichas naciones la inversión inicial de capital requerida para lograr el desarrollo fue, por supuesto, mucho menor en términos relativos de la que hoy es necesaria. Esto se debe a varias razones, incluyendo entre ellas el hecho de que los países desarrollados partieron con tasas de crecimiento poblacional considerablemente menores y no tuvieron que integrarse en un sistema económico mundial muy avanzado que requiriese, para poder competir en él, altos niveles de tecnología.

El esfuerzo de los países menos desarrollados actuales por mejorar económicamente se enfrenta a un conjunto de circunstancias mundiales distintas de las que hubieron de afrontar en su momento los países hoy desarrollados. Muchas de estas circunstancias constituyen probablemente (aunque no necesariamente) vallas a salvar. La energía constituye un ejemplo: ¿de dónde obtenerla? La agricultura, la industria, el transporte y la vida diaria requieren, por supuesto, grandes cantidades de energía. Originariamente el agua, la madera y el carbón constituyeron recursos cuya conversión en energía resultaba barata, pero el mundo actual depende cada vez en mayor medida

del petróleo, y el precio de éste, como es sabido, ha aumentado dramáticamente desde los primeros años de la década de 1970. Los países más afectados son, obviamente, los que además de estar menos desarrollados cuentan con pocos recursos energéticos propios. Sólo si los países productores de petróleo invirtieran sus beneficios en esos países más afectados podrían éstos mantener el crecimiento de sus economías. Un marxista argumentaría que esta cuestión no tiene nada que ver con el crecimiento de la población, ya que en un mundo comunista los recursos serían distribuidos de manera justa entre quienes los necesitan. Un neo-malthusiano, por su parte, indicaría que con independencia del orden económico prevaleciente en una nación o en el mundo, la existencia de un crecimiento demográfico rápido hará más difícil para la economía, que un crecimiento demográfico lento, el lograr salir adelante.

### **Impacto del tamaño de la población sobre el desarrollo económico:**

A medida que una población aumenta de tamaño, la capacidad de acopiar recursos para el desarrollo puede hacerse progresivamente menor. Y esto se aplica tanto a las naciones individuales como al mundo en su conjunto. Podemos imaginar que toda actividad económica habría de cesar en el mundo cuando se alcanzase una situación en la que a cada persona no correspondiese más que el sitio preciso para poder mantenerse en pie, pero en realidad el límite se encuentra en un punto muy anterior. Pero ¿cómo cuánto de anterior? Esta es una cuestión aún sin resolver pero que ha sido objeto de amplia reflexión cada vez que los investigadores han tratado de definir el tamaño óptimo de población para el mundo o para un determinado país. Tratar de determinar el tamaño óptimo supone indagar el tamaño que una población puede alcanzar antes de que el nivel de vida comience a reducirse.

Existe un reconocimiento general de que el tamaño está asociado con economías de escala: es decir, tanto la existencia de demasiada población, como de demasiada poca, puede retrasar por igual el desarrollo económico. El mundo está en mucha mejor situación económica con cuatro mil millones de habitantes que con mil millones. La General Motors puede producir un automóvil a mejor precio que un individuo particular precisamente porque son tantos los automóviles que vende que puede permitirse instalar costosas cadenas de montaje que reducen los costes de producción por unidad. Dando por sentado que a veces una mayor cantidad resulta más económica lo cierto es, sin embargo, que una población puede llegar a ser demasiado grande para ser eficiente, o tan grande que, a un determinado nivel de vida, agotar sus recursos. Alcanzado ese punto puede decirse que ha superado su capacidad de sostenimiento, es decir, que ha desbordado el tamaño de población que en teoría podría ser mantenido indefinidamente a un nivel de vida determinado.

La capacidad de sostenimiento variará, lógicamente, en función del nivel de vida escogido para la población mundial: cuanto más bajo sea éste, mayor el número de personas que pueden ser mantenidas indefinidamente. Por otro lado, si el nivel de vida deseado es demasiado elevado, la capacidad de sostenimiento puede quedar desbordada, iniciándose una pérdida progresiva de recursos que puede desembocar en el agotamiento de éstos. En este caso, la capacidad de sostenimiento a largo plazo se ve mermada. Por ejemplo, si todos los actuales pobladores del mundo nos conformásemos con vivir como el campesino medio del sur de Asia el número de habitantes que el mundo podría sostener sería considerablemente mayor que si todos aspirásemos en cambio a vivir como los miembros del consejo de administración de la General Motors. En realidad es altamente dudoso que el mundo contenga los recursos precisos para permitir a cuatro mil millones de habitantes tener un nivel de vida cercano al de un ejecutivo del mundo de la empresa bien situado.

La investigación empírica más cuidada y conocida acerca del tamaño óptimo de la población mundial es el informe del Club de Roma, "Los límites del crecimiento" (Meadows

1972:1974), que se plantea cuál es el tamaño de la población que permitiría al mundo maximizar el bienestar socio-económico de sus habitantes.

Tras elaborar un modelo de simulación por ordenador de varias pautas de crecimiento demográfico y de inversión de capital para el desarrollo de recursos, los autores del estudio llegaron a la conclusión de que la población mundial es tan grande, y consume recursos a un ritmo tan prodigioso, que para el año 2100 los habrá agotado, produciéndose entonces el colapso de la economía mundial y la caída en picado del tamaño de la población mundial. La introducción en el modelo del supuesto más optimista lleva al equipo dirigido por Meadows a las siguientes conclusiones:

"Los recursos están completamente explotados, lográndose reciclar el 75 por 100 de los utilizados. La generación de contaminación se reduce a la cuarta parte de la registrada en 1970. El rendimiento de la tierra se duplica y se ponen a disposición de la población mundial medios efectivos de controlar la natalidad. El resultado es la obtención temporal de una población constante con una renta mundial per cápita cercana a la actual en Estados Unidos. Por último, y

pese a todo, el crecimiento industrial se detiene, la tasa de mortalidad aumenta al agotarse los recursos, la contaminación se acumula y la producción de alimentos disminuye" (1972:147).

Este era sin duda el pronóstico más pesimista sobre el impacto del tamaño de la población en el desarrollo económico desde la publicación del libro de Ehrlich, "Population Bomb"(1968), en el que el hambre y la guerra a escala mundial son presentadas como resultado casi inevitable del continuo aumento de la población mundial. Se trataba sin duda de una variación más sobre el tema malthusiano de la tendencia, por parte del crecimiento demográfico, a desbordar los recursos. Tomada al pie de la letra podría resultar tan descorazonadora como para invitar a pensar que no vale la pena seguir preocupándose: la población mundial ya existente es demasiado grande y tiene adquirido ya un impulso para nuevos incrementos tan fuerte que impide toda mejora continuada en la condición de los hombres. Sin embargo, el estudio demuestra la posibilidad de que, para el mundo en su conjunto, la población óptima presente un tamaño no superior al actual.

Las implicaciones de este estudio no dejan de ser chocantes. Meadows analiza la necesidad de un "equilibrio dinámico" entre población y capital simultáneo a un florecimiento de "otras actividades humanas deseables y satisfactorias: educación, arte, música, religión, investigación científica básica, deporte e instituciones sociales". Esto ofrece poco consuelo a los países que aún no se han desarrollado, ya que lo que para ellos implica es que deben dajar de crecer demográficamente y tener la esperanza de que se produzca una redistribución de la renta por parte de los países más ricos.

Antes de tomar demasiado en serio estas tenebrosas predicciones, detengámonos un momento a considerar la idea de que en la estela del colapso económico se producirá un descenso de la población. Van de Walle (1975) ha señalado que el modelo contenido en Limits to Growth parte del supuesto de la reversibilidad histórica: es decir, que las tasas de mortalidad podrían aumentar en el futuro del mismo modo en que disminuyeron en el pasado. Van de Walle considera que ésta es una suposición sin fundamento: nuestros conocimientos de nutrición y dietética no se perderían, como tampoco perderíamos nuestra capacidad de reorganizar la vida a partir de niveles de vida diferentes que mantuviesen el mismo nivel sanitario pese a contar con menores recursos alimenticios.

La aterradora imagen malthusiana de ingentes cantidades de personas agotando los recursos disponibles, resulta sin duda abrumadora y tiende así a impedir ver otras consecuencias negativas más sutiles (y con muchas más probabilidades de convertirse en problemas reales que el hambre, la guerra o el colapso económico a escala mundial) que el crecimiento demográfico tiene para el desarrollo económico. Me refiero a las consecuencias asociadas a la estructura de edad de las poblaciones que tienen un crecimiento demográfico rápido.

#### **Impacto de la estructura de edad sobre el desarrollo económico:**

Una población que crece rápidamente tiene una estructura de edad joven. Esto significa que una proporción relativamente elevada de la población se encuentra en edades jóvenes. Esto tiene dos importantes consecuencias económicas: por un lado, la estructura de edad afecta al nivel de dependencia; por otro, dificulta la generación del ahorro preciso para las inversiones en la industria y para la creación de los puestos de trabajo a ofrecer al número, siempre creciente, de jóvenes que alcanzan la edad laboral.

Dependencia: Un tema importante en el estudio de Coale y Hoover (1958) sobre el desarrollo económico, ya mencionado, es que una alta tasa de crecimiento demográfico lleva a una situación en que la razón entre personas en edad de trabajar y personas dependientes (es decir, o demasiado jóvenes o demasiado viejas para trabajar) es mucho menor que si la población tuviera un crecimiento menor. Esto significa que en una sociedad cuya población crece rápidamente cada persona que trabaja tiene que producir más (es decir, tiene que trabajar más) simplemente para mantener el mismo nivel medio de vida que en una sociedad con un menor crecimiento demográfico. Esto, por otro lado, resulta obvio: un padre con seis hijos tiene que ganar más dinero que un padre con sólo tres hijos si quiere que su familia tenga el mismo nivel de vida que la de este último. Pero hay algo más. Un país depende, al menos en parte, del ahorro que se produce en su interior para generar las inversiones de capital con las que permitir la expansión de su economía, cualquiera que sea su sistema político. Con una estructura de edad muy joven, el dinero tiende a ser canalizado hacia la satisfacción de las necesidades de un mayor número de personas (comida, etc.) más que hacia el ahorro. Como Kelley ha indicado, una estructura de edad muy envejecida puede dar lugar asimismo a bajos niveles de ahorro, ya que los jubilados por lo general detraen dinero, y no lo aportan.

#### **Incorporación a la fuerza de trabajo:**

En una población que crece, el número de futuros nuevos integrantes de la fuerza de trabajo

crece también cada año, a medida que cada grupo de jóvenes alcanza la edad de trabajar. Para que haya desarrollo económico el número de nuevos puestos de trabajo debe, al menos, guardar proporción con el número de personas que los buscan. La expansión del empleo guarda relación, por supuesto, con el crecimiento de la economía que, a su vez, depende de una inversión de más difícil generación cuando la estructura de edad es joven.

La existencia de altas tasas de crecimiento demográfico tienen una consecuencia adicional. La combinación de la existencia de familias más grandes (cuyo cuidado es, típicamente, responsabilidad de la madre) con la de una competición más dura por los empleos disponibles perjudicar, con toda probabilidad, al empleo femenino. Como ha mostrado Ester Boserup (1970), los trabajos que desempeñan las mujeres, en la mayor parte de las sociedades, son los que no quieren los hombres; cuando la tasa de crecimiento demográfico es alta, el nivel de desempleo tiende también a ser alto, y en consecuencia disminuyen los trabajos rechazados por los hombres. Cabe sospechar que esto constituya un nuevo camino conducente al ciclo vicioso de pobreza nacional. En efecto, si la fecundidad es alta y la mortalidad baja, las mujeres tendrán familias grandes y pocas probabilidades de empleo; sin la perspectiva de encontrar trabajo las mujeres tendrán pocos incentivos para optar por un estilo de vida que excluya el matrimonio y la procreación, quedando así atrapadas en las redes de la familia.

## **IMPLICACIONES DEL DEBATE PARA LA FORMULACIÓN DE POLÍTICAS DE ACTUACIÓN**

He intentado, hasta aquí, resumir los aspectos principales de las tres posiciones principales existentes en el debate mundial en torno al crecimiento demográfico y al desarrollo económico. En última instancia, por supuesto, cada una de dichas posiciones ha de ser puesta en relación con el hecho de que el crecimiento demográfico no puede persistir por mucho tiempo, con independencia de su impacto a corto plazo sobre el desarrollo económico. A largo plazo la tasa de crecimiento demográfico acabará por ser de cero porque el planeta sencillamente no puede tolerar un crecimiento indefinido. Por otro lado, parece fuera de discusión que resulta claramente preferible que la mitigación de la tasa de crecimiento de la población mundial se deba más a un descenso de la tasa de natalidad que a un aumento de la de mortalidad. Así pues, si se quiere maximizar la condición humana, la fecundidad tendrá que acabar disminuyendo. Ninguna de las tres perspectivas que hemos analizado es incompatible con el descenso a largo plazo de la fecundidad; cada una de ellas, sin embargo, enfoca de manera diferente el tratamiento a dar, a corto plazo, a la tasa de natalidad.

Quien considere que el crecimiento demográfico es bueno para el desarrollo de la sociedad será con toda probabilidad pro-natalista y considerará que el control de la natalidad debe ser aplazado hasta que su país haya aumentado su población. Para un marxista con toda probabilidad el único uso razonable del control de la natalidad es permitir liberar a la mujer de la dominación masculina. Para un neo-malthusiano la planificación familiar constituirá, con toda probabilidad, un paso previo necesario para el desarrollo económico: unos cuantos dólares gastados en planificación familiar equivalen, para él, a cien dólares de inversión industrial. En otras palabras, para un neo-malthusiano resulta menos costoso y económicamente más ventajoso gastar dinero en evitar nacimientos que en tratar de criar y de encontrar trabajo a un mayor número de personas.

## **EL CASO DE MÉXICO**

En su ya clásico estudio sobre crecimiento demográfico y desarrollo económico Coale y Hoover (1958) consideraron brevemente el caso de México dedicando básicamente su atención al caso de la India. A diferencia de la India (que ha sido el primer país del mundo que ha institucionalizado los programas de planificación familiar como parte de la política nacional del gobierno), México ha mantenido hasta fechas muy recientes una política oficial pronatalista. Dado que México ha registrado, de forma regular, una de las tasas de incremento natural de la población más elevadas del mundo, resulta sin duda de gran interés preguntarse si el crecimiento demográfico ha constituido allí un estímulo o un obstáculo para el desarrollo económico, y cuál ha sido la posición gubernamental respecto de la política demográfica.

### **El análisis de Coale y Hoover**

El análisis realizado por Coale y Hoover en 1958 tomaba como punto de partida un momento en que la población mejicana experimentaba ya un crecimiento rápido como consecuencia del descenso de la mortalidad y del mantenimiento de la fecundidad a un nivel elevado. En efecto, el crecimiento de la población mejicana se remonta como poco hasta 1930, cuando la mortalidad empezó a disminuir. Hacia 1955 la esperanza de vida al nacer (para ambos sexos) era de unos 53

años. Este equivalía a una tasa bruta de mortalidad de 14 por 1.000; la tasa de incremento natural, por otro lado, era de 30 por 1.000 o del 3 por 100, es decir, muy por encima de la media mundial. Coale y Hoover realizaron proyecciones del futuro tamaño de la población mexicana sobre la base de suponer que la mortalidad decrecería progresivamente, de modo que hacia 1985 la esperanza de vida al nacer fuera de 70 años. Establecieron tres proyecciones diferentes, cada una de ellas basada en un supuesto distinto acerca de la evolución futura de la fecundidad: (1) que ésta permaneciera incambiada; (2) que disminuyera en un 50 por 100 entre 1955 y 1980; y (3) que disminuyera en un 50 por 100 entre 1965 y 1980. A continuación examinaron el distinto impacto de cada una de las proyecciones sobre el crecimiento y desarrollo económico futuro.

En 1955 México tenía unos 31 millones de habitantes y la población proyectada para 1970 era de 50 millones; sólo en el caso de producirse un descenso espectacular de la fecundidad entre 1955 y 1970 el total de población previsto para esta fecha podría ser menor. Para Coale y Hoover a mayor tasa de crecimiento demográfico y a mayor tamaño de la población, mayores dificultades para el desarrollo económico. Según ellos, de mantenerse la alta tasa de incremento poblacional: (1) México podría tener dificultades en mantener la auto-suficiencia agrícola; (2) las exportaciones habrían de ser reducidas; (3) la importancia de artículos de consumo aumentaría a costa de los bienes de capital; y (4) la inversión extranjera disminuiría también como consecuencia de la incertidumbre acerca del crecimiento económico introducida por la alta tasa de crecimiento económico. En general, más personas significan más consumo, menos inversión y, por último, un nivel más bajo de renta per cápita. Cuanto menor sea la tasa de fecundidad, con más rapidez aumentar el out-put per cápita, sencillamente porque se puede utilizar más dinero para el desarrollo de la economía en vez de para el mantenimiento de la población. Coale y Hoover no encontraron razón alguna para esperar un descenso de la fecundidad en México, al menos no como resultado de una acción gubernamental. La única posibilidad que a este respecto veían se basaba en el hecho de que más de un tercio de la población mexicana era urbana, y la fecundidad urbana es menor que la rural. En líneas generales el análisis de Coale y Hoover sugería que el crecimiento demográfico constituiría en México un importante factor disuasorio del desarrollo económico. ¿Ha sido así en realidad?

### **¿Qué es lo que ha ocurrido?**

El censo mexicano de 1970 arrojó un total de población de unos 51 millones, es decir, un millón más que la estimación máxima realizada por Coale y Hoover a partir de la población de 1955. La mortalidad descendió ligeramente más deprisa de lo que habían supuesto; según sus estimaciones la esperanza de vida al nacer de los varones mexicanos sería, en 1970, de 61 años: la curva real fue 64 años. Predijeron el mantenimiento de la alta fecundidad y según su modelo, hacia el año 1970 la tasa anual de crecimiento demográfico sería del 3,4 por 100 anual: la tasa real en ese año fue del 3,3 por 100. Con toda probabilidad la emigración hizo que la tasa de crecimiento resultara menor de lo que, de otra forma, hubiese sido. En 1979 la población de México era estimada en unos 66 millones, con una tasa anual de crecimiento del 2,6 por 100, aproximadamente.

Si bien es verdad que los niveles de fecundidad registrados en las ciudades son menores, en México, que los registrados en las áreas rurales, ello no significa que la fecundidad no sea elevada en las zonas urbanas. Según el censo de 1970, en la ciudad de México las mujeres de 35 a 39 años habían tenido ya, en promedio, más de cuatro hijos. En 1978 la tasa de fecundidad total correspondiente al país en su conjunto era de 5,18, lo que supone un descenso sustancial respecto del valor de 6,69 referido a 1960, e incluso un descenso sorprendente respecto de la tasa de 6,03 registrada en 1975. Pese a todo, se trataba aún de una tasa de fecundidad total muy superior a la registrada en Estados Unidos, e iba acompañada de tasas globales de crecimiento demográfico tan elevadas como antes. ¿Cuál ha sido su relación con el desarrollo económico?

Hemos visto ya en este capítulo cómo la tasa de crecimiento económico ha sido muy elevada en México (de hecho, más elevada que en Estados Unidos, si bien los niveles de renta per cápita siguen siendo mucho más bajos que en este país). Sin embargo, el mejicano medio tenía en 1976 una situación económica mejor en un 53 por 100 a la de 1960: así pues si utilizamos este criterio podemos decir que pese al rápido crecimiento de la población, estaba teniendo lugar un proceso de desarrollo económico. Pero ¿se trata de algo que podrá mantenerse?

### **Implicaciones para la política demográfica**

No es en modo alguno seguro que el crecimiento demográfico esté reteniendo el desarrollo económico de México pero la sospecha de que así sea ciertamente existe. El gobierno mexicano tiene esta misma sospecha y así, en 1973, dio el primer paso hacia el control de la población. En 1970 el presidente Luis Echeverría incluyó en su campaña electoral una política pro-natalista, pero en 1973 dicha orientación fue abandonada y el gobierno puso en marcha un programa de

planificación familiar voluntaria. En enero de 1974 la Constitución mexicana fue modificada para garantizar a cada pareja el derecho a planificar libremente su familia. Centenares de clínicas en todo el país ofrecen información y ayuda para controlar la natalidad. La población mejicana ha reaccionado con una rapidez sorprendente ante estas medidas. En una situación de inflación, recesión y altos niveles de desempleo los mexicanos han recurrido de forma espectacular a la anticoncepción para limitar sus cargas familiares reduciendo el número de hijos. En 1977 casi un millón de personas adoptaron por primera vez técnicas anticonceptivas (fundamentalmente la píldora) en comparación con los sólo 44.000 que en 1972 (año en que se produjo el cambio de actitud gubernamental en este terreno) utilizaron por vez primera esas técnicas. El resultado ha sido que entre 1970 y 1978 la tasa de natalidad específica por edad disminuyó en un 28 por 100 entre las mujeres de 35 a 39 años, en un 17 por 100 entre las de 25 a 29 años, y en un 18 por 100 entre las de 20 a 24 años. Si bien sigue siendo cierto que sólo el 26 por 100 de las mujeres utilizan anticonceptivos, los cambios en la fecundidad están claramente en marcha. Pero por supuesto la batalla está lejos de haber terminado en México. La tasa de natalidad, aun cuando decreciente, sigue siendo alta y entre 1980 y el año 2000 la población mexicana pasar de 71 a 131 millones de habitantes, simplemente como resultado de la dinámica de crecimiento implícita en el número de los ya nacidos. Incluso con un descenso rápido de la fecundidad la población de México no dejar de crecer hasta bien entrado el siglo XXI. Y para esa fecha su tamaño podría fácilmente ser superior al de la población de Estados Unidos. No hace falta decir que para entonces la economía mejicana habrá puesto en uso todos sus recursos.

## Capítulo 10

Crecimiento poblacional y desarrollo económico

¿Qué es el desarrollo económico?

Crecimiento económico y desarrollo económico

Las bases estadísticas del debate

Las bases ideológicas del debate

¿Constituye el crecimiento demográfico un estímulo para el desarrollo económico?

¿Carece el crecimiento demográfico de toda relación con el desarrollo económico?

¿Resulta el crecimiento demográfico perjudicial para el desarrollo económico?

El desarrollo económico como fuente de cambios demográficos

Impacto de las tasas de crecimiento demográfico sobre el desarrollo económico.

Implicaciones del debate para la formulación de políticas de actuación

El caso de Méjico

El análisis de Coale y Hoover

¿Que es lo que ha ocurrido?

Implicaciones para la política demográfica

## CRECIMIENTO POBLACIONAL Y DESARROLLO ECONÓMICO

¿Constituye el control del crecimiento poblacional un paso previo necesario para el desarrollo económico? Los países desarrollados, como por ejemplo Estados Unidos, argumentan que los países subdesarrollados no lograrán salir del círculo vicioso de la pobreza si no logran poner bajo control su crecimiento demográfico. Por su parte los países subdesarrollados, y de modo especial los que cuentan con gobiernos socialistas, insisten en dejar de lado la cuestión demográfica, ya que desde su punto de vista la causa de su pobreza relativa se encuentra en la explotación económica y la dominación política que sobre ellos ejercen los países desarrollados. La Conferencia Mundial de la Población, celebrada en Bucarest en 1974, y a la que asistieron representantes gubernamentales de todo el mundo, se caracterizó, justamente, por este debate. Se discutió entonces un "plan de acción mundial" en el que los países desarrollados deseaban que se diese una alta prioridad a los programas de planificación familiar para tratar así de combatir el grave obstáculo para el desarrollo económico que potencialmente, según ellos, podría llegar a constituir el crecimiento demográfico. Esta propuesta fue sin embargo derrotada por una interesante coalición entre países católicos y socialistas, quedando finalmente considerablemente rebajada la importancia del crecimiento poblacional como impedimento para la mejora de la condición humana. El Plan de Acción respecto de la Población Mundial finalmente adoptado restó un compromiso tan vago y omnicompreensivo que en poca, por no decir ninguna, medida contribuyó a resolver el debate.

La cuestión de si el desarrollo económico se ve afectado por el crecimiento demográfico (y, en caso afirmativo, en qué medida), subyacente en los debates de la Conferencia Mundial de la Población, sigue constituyendo una de las cuestiones de interés más actual en nuestro mundo contemporáneo. La posición que los gobernantes adopten al respecto influirá de forma decisiva sobre el tipo de política demográfica y de desarrollo que propugnen. En este capítulo examinaremos varias facetas de esta polémica, teniendo siempre en cuenta la medida en que cada aspecto de la cuestión puede conducir a alternativas de actuación diferentes. El capítulo se abre con un examen del concepto, ya mencionado pero aún no analizado, de desarrollo económico. A continuación examinaremos tres ángulos distintos del debate: (1) el crecimiento demográfico constituye un estímulo para el desarrollo económico; (2) el crecimiento demográfico no es un factor que guarde una relación importante con el desarrollo económico, y (3) el crecimiento demográfico es un obstáculo para el desarrollo económico. Examinaremos las implicaciones, de cara a la toma de decisiones de cada una de estas posiciones y concluiremos con una breve consideración del caso de México para ilustrar algunos de los conceptos y de las líneas de actuación analizados en el capítulo.

### ¿QUÉ ES EL DESARROLLO ECONÓMICO?

La definición más frecuente de desarrollo económico es que significa un aumento en la renta media, definida por lo general como renta per cápita, o por persona. Una idea estrechamente

relacionada con ésta es que el desarrollo económico tiene lugar cuando aumenta el output por trabajador; ahora bien, dado que un mayor output debería significar mayores ingresos, puede verse que se trata en realidad de las dos caras de una misma moneda. Ahora bien, una persona que, para hacer frente al aumento de precios, desempeñe, en un año, dos trabajos a la vez no mejorará necesariamente de situación económica: si acaso, conseguirá que ésta no empeore. Así pues, una definición más ajustada de desarrollo económico es la que alude a un aumento en la renta real, es decir, a un aumento en la cantidad de bienes y servicios que en realidad se pueden adquirir.

Un aspecto importante del desarrollo es, en efecto, que supone una mejora del bienestar de las personas. Y esto es algo que incluye más dimensiones que un simple incremento de la productividad: incluye un correlativo aumento de la capacidad de los individuos de consumir (bien comprando, bien teniendo a disposición) las cosas necesarias para mejorar su nivel de vida. Esta lista de mejoras puede incluir mayores ingresos, un empleo estable, más educación y mejor salud y alimentación, consumo de más alimentos y mejores viviendas, un aumento de servicios públicos tales como agua, electricidad, transportes, actividades recreativas y protección policial y contra incendios.

## **CRECIMIENTO ECONÓMICO Y DESARROLLO ECONÓMICO**

La expresión crecimiento económico alude a un aumento en la cantidad total de riqueza de una nación (o de cualquier otra unidad de análisis) sin tomar en consideración el número total de sus componentes, mientras que el concepto de desarrollo económico pone en relación dicho aumento de riqueza con el total de personas integrantes de la unidad que lo experimenta. Por ejemplo, en 1976 la renta total nacional era, en Estados Unidos, de 1.504.776.000.000 dólares (es decir, un billón y medio de dólares). Para los 215 millones de estadounidenses existentes en esa fecha esto suponía una renta media anual de 6.995 dólares por persona. En Suecia, en 1976, la renta nacional era "sólo" de 66.000 millones, pero como el número de suecos era muy inferior al de norteamericanos (superando apenas los 8 millones) la renta media per cápita era superior en Suecia (8.044 dólares) que en Estados Unidos.

En contraste con estos dos países ricos tenemos a un país como la India, cuya renta total estimada en 1976 era de 81.000 millones de dólares; esta cifra era superior a la correspondiente a Suecia, pero como el total de población de la India (más de 600 millones de personas) era también muy superior al de Suecia, la renta anual per cápita quedaba reducida a tan sólo 132 dólares. Así pues, a cada norteamericano "medio" (si tal cosa existe) corresponde una riqueza 53 veces superior a la del Indio "medio". La renta nacional de la India, medida en dólares constantes (para controlar el Impacto de la Inflación), era un 52 por 100 más alta en 1974 que en 1960, pero como entre ambas fechas la población aumentó con similar rapidez la renta per cápita aumentó sólo en un 13 por 100 a lo largo de esos catorce años. Entre 1974 y 1976 la renta nacional disminuyó ligeramente en la India y la renta per capita pasó de 140 dólares en 1974 a 132 dólares en 1976.

Hasta aquí hemos considerado el desarrollo económico en términos de ingresos o rentas medias; ahora bien, dichos valores medios esconden a menudo desigualdades y disparidades en la distribución de la renta. Puede en efecto ocurrir que el aumento per cápita en la productividad beneficie sólo a unos pocos, y no a toda la población. De hecho, según algunos economistas, sólo la concentración de ingresos puede dar lugar al ahorro de dinero bastante para permitir ulteriores inversiones y un mayor crecimiento económico. Kuznets (1965), por ejemplo, ha sugerido que la desigualdad de ingresos es característica de la primera fase del desarrollo económico, cuando la formación de capital resulta de tan crucial importancia: sólo más adelante es posible un mejor reparto de la renta. Podría establecerse una analogía aproximada con el caso de una familia que quisiera "desarrollarse económicamente" comprando una casa: como los miembros de esa familia tendrían que ahorrar para pagar la entrada y los gastos de compra, probablemente tendrían que pasarse de cosas que les gustaría poder adquirir, ya que todo el dinero disponible sería destinado a la compra de la casa. Sólo después de haberla comprado la familia dejaría de tener que sacrificarse y su renta podría distribuirse más entre sus miembros. La analogía no es perfecta, pero sirve para ilustrar algo que los primeros empresarios industriales sabían muy bien: es preciso posponer el consumo si se quiere reinvertir los ingresos para generar más crecimiento.

El crecimiento económico implica a menudo la introducción de máquinas cuyo trabajo resulta más eficiente y más barato que el de las personas, pudiendo ello conducir a una paradójica situación en la que se produzca un aumento de la renta per cápita del país (es decir, en la que tenga lugar un proceso de crecimiento económico), al tiempo que el nivel de vida real de casi toda la población experimente un descenso (es decir, sea de una ausencia general de desarrollo económico). Bauer (1972) ha estudiado esta diferencia entre crecimiento y desarrollo observando que la paradoja opuesta (descenso de la renta per cápita, pero aumento del nivel de vida como

consecuencia de una redistribución de la renta) puede también darse. Por supuesto, en este último ejemplo sólo se produce un verdadero desarrollo económico si la mejora en el nivel de vida puede ser mantenida.

En suma, el concepto de desarrollo económico, en su sentido más amplio, alude al aumento sostenido del bienestar socio-económico de una población. La medición del desarrollo económico constituye sin embargo un importante problema, ya que los datos disponibles se refieren, en su mayoría, solamente a los niveles de ingresos y no a la distribución de los mismos. Tenemos así que utilizar esos datos para inferir la naturaleza de los cambios que puedan estar teniendo lugar en una sociedad. En realidad si pudiéramos medir con exactitud el desarrollo económico tal y como aquí lo he definido, todo el debate sobre su relación con el crecimiento demográfico podría quedar resuelto.

## **LAS BASES ESTADÍSTICAS DEL DEBATE**

Existe una asociación estadística casi incuestionable entre desarrollo económico y crecimiento demográfico: cuando uno cambia, tiende a hacerlo también el otro. Ahora bien, y como el lector sin duda ya sabe, dos cosas pueden estar relacionadas entre sí sin que por ello una haya de ser causa de la otra. Por otro lado, cabe pensar que las pautas de causa y efecto experimenten cambios a lo largo del tiempo. ¿Contribuye el crecimiento demográfico a promover el desarrollo económico? ¿La asociación entre crecimiento demográfico y desarrollo económico constituye únicamente una coincidencia? ¿O constituye acaso el crecimiento demográfico un obstáculo para el desarrollo económico? Este es el debate planteado.

El problema estriba en que los datos actualmente disponibles se prestan a una variedad de interpretaciones. En general, los países en los que los niveles medios de renta son bajos tienden a presentar tasas elevadas de crecimiento demográfico. Entre los 105 países con tasas de crecimiento poblacional similares o superiores a la media mundial (2,0 por 100), 90 (es decir, el 86 por 100) contaban con una renta per cápita inferior a 1.000 dólares anuales. En 1965, Kuznets definió como subdesarrollados a los países con una renta per cápita inferior a 100 dólares, según el nivel de precios de los años 1952-54 (1965:176). Aceptando que entre esa fecha y 1979 se produjera, aproximadamente, una duplicación de los precios, tendríamos que considerar en 1979 como subdesarrollado (y no simplemente como menos desarrollado, que es un término más general) a todo país con una renta per cápita inferior a 200 dólares. Pues bien, según esta definición contaríamos con 24 países subdesarrollados, de los cuales 22 (es decir, el 92 por 100) tienen poblaciones con un ritmo de crecimiento igual o superior a la tasa media mundial.

Inversamente, los países con alto nivel de renta tienden a presentar tasas de crecimiento demográfico bajas; de los 33 países con una renta media de 3.000 dólares o más, 26 tienen tasas de crecimiento poblacional inferiores a la media mundial. La relación, sin embargo, no es perfecta: hay seis países, con grandes recursos petrolíferos, que presentan niveles altos de renta y altas tasas de crecimiento demográfico; en cambio hay siete países (básicamente del sur de Europa y del Caribe) que tienen tasas de crecimiento bajas y también bajos niveles de ingresos. Resulta claro que una baja tasa de crecimiento demográfico no garantiza un alto nivel de renta, y viceversa. Por otro lado, datos como éstos que consideramos, referidos a un momento concreto en el tiempo, no pueden ser utilizados para establecer relaciones de causa/efecto, sin que hasta la fecha nadie haya logrado elaborar un conjunto convincente de datos que permita establecer la validez de una u otra posición. En consecuencia, los datos pueden ser objeto de interpretaciones muy diversas, según las inclinaciones ideológicas de cada uno.

## **LAS BASES IDEOLÓGICAS DEL DEBATE**

Así pues, el debate en torno a la relación entre crecimiento demográfico y desarrollo económico presenta tres ángulos. En el primer ángulo se encuentran, fundamentalmente, los nacionalistas (es decir, los que tratan de liberar a sus países de la explotación económica y política de naciones más poderosas), cuyo argumento básico es que el crecimiento demográfico estimula el desarrollo económico. Un corolario usual de esta perspectiva nacionalista es que a mayor número de personas, mayor productividad y mayor poderío.

En el segundo ángulo encontramos a los marxistas, cuyo argumento es que la injusticia social y económica es resultado, a la vez, de la ausencia (o lentitud) del desarrollo económico y de la creencia -errónea- de que existe un problema poblacional. La perspectiva marxista mantiene así que no existe relación de causa/efecto alguna entre crecimiento demográfico y desarrollo económico: la pobreza, el hambre y otros problemas referidos al bienestar social, asociados con la ausencia de desarrollo económico, son resultado de la existencia de instituciones sociales y

económicas injustas, y no del crecimiento demográfico.

Finalmente, en el tercer ángulo se encuentran los antagonistas históricos de los marxistas, es decir, los neo-malthusianos, quienes por supuesto defienden la tesis de que el crecimiento demográfico, de no ser controlado, borrar toda posible mejora económica. La diferencia entre Malthus y los neo-malthusianos es que el primero se oponía al control de natalidad, mientras que los segundos abogan con fuerza en favor de su utilización como freno preventivo del crecimiento poblacional.

### **¿Constituye el crecimiento demográfico un estímulo para el desarrollo económico?**

En muchas zonas de África y, de forma especial, en América Latina, se escuchan voces nacionalistas que abogan por el crecimiento demográfico como un medio de crear el estímulo y la mano de obra precisos para desarrollar los recursos nacionales, fomentando así el avance económico. Países como Brasil y Ecuador, por ejemplo, son presentados a veces como infra-poblados en relación con la potencial riqueza de sus recursos naturales.

Quizá el exponente más conocido de la idea de que el crecimiento demográfico constituye la chispa que prende la mecha del desarrollo económico es el economista agrícola británico Colín Clark. Clark insiste en que, a largo plazo, una población creciente tiene más probabilidades que una población estacionaria o decreciente de conducir al desarrollo económico. Señala el caso de la historia de Europa, donde la Revolución Industrial y el aumento en la producción agrícola se vieron acompañados, de forma casi general, por el crecimiento demográfico. El argumento de Clark se basa en la tesis de que el crecimiento poblacional constituye la fuerza motivadora que da lugar a la puesta en cultivo de las tierras baldías, a la desecación de pantanos y a la puesta a punto de nuevas técnicas de cultivo, de fertilización y de irrigación, es decir, a la aparición de "revoluciones" en la agricultura. El núcleo central de la argumentación de Clark, que es formulado también por Boserup (1965) y que ha sido a menudo repetido en todo el mundo (sobre todo por la Iglesia católica), queda adecuadamente sintetizado en la siguiente cita:

"El crecimiento demográfico es la única fuerza capaz de hacer cambiar a estas comunidades sus métodos y de, a largo plazo, transformarlas en sociedades mucho más avanzadas y productivas. El mundo tiene inmensos recursos físicos, agrícolas y minerales aún sin utilizar. En las sociedades industriales los efectos económicos beneficiosos de la existencia de mercados amplios y en expansión son muy claros. Los principales problemas creados por el crecimiento demográfico no son los de la pobreza, sino los derivados del incremento excepcionalmente rápido de la riqueza en ciertas regiones favorecidas que cuentan con una población en expansión, de la atracción hacia las mismas de corrientes migratorias y del ensanchamiento incontrolable de sus ciudades" (Clark, 1967, prefacio).

Esta misma línea de razonamiento forma parte de la estrategia para el desarrollo propugnada por Hirschman, cuya argumentación es la siguiente: (1) Un aumento en el tamaño de la población reducirá el nivel de vida de la misma salvo que sus componentes reorganicen sus vidas para incrementar la producción. (2) Un "postulado psicológico fundamental" es que la gente se resistirá a un descenso en su nivel de vida. (3) (...) la resistencia de la comunidad a ver disminuido su nivel de vida origina un aumento en su capacidad de controlar su entorno y de organizarse para el desarrollo. El resultado es que ahora la comunidad es capaz de explotar oportunidades de crecimiento económico que ya existían antes pero que no se utilizaban" (1958:177).

De hecho la tesis de que el crecimiento demográfico resulta beneficioso para el desarrollo económico tiene algún fundamento. En Europa y Estados Unidos hay pruebas suficientes para sugerir que el desarrollo puede haberse visto estimulado por el crecimiento de la población. En efecto, algunos historiadores ven en el descenso de la tasa de mortalidad de la Europa pre-industrial, (asociado en parte a la desaparición de la peste y quizá también a la introducción de la patata) el detonador de la Revolución Industrial. Dicha reducción en la tasa de mortalidad habría dado lugar a un crecimiento demográfico que, a su vez, habría aumentado la demanda de recursos. El caso del ferrocarril en Estados Unidos, que abrió la frontera y aceleró el desarrollo de los recursos proporciona un ejemplo análogo de cómo el crecimiento demográfico puede influir sobre el desarrollo económico. Fishlow (1965) ha demostrado que el ferrocarril (que contribuyó a acelerar el desarrollo económico de los estados occidentales de la Unión) era quien seguía a los individuos en su marcha hacia el oeste -y no al revés.

Aunque la historia pueda enseñarnos que el crecimiento demográfico tuvo un efecto beneficioso en el desarrollo de los países que hoy tienen un alto grado de industrialización, las estadísticas muestran, por otro lado, la existencia de diferencias muy importantes entre la experiencia europeo-norteamericana y la de los países menos desarrollados actuales. En líneas generales puede decirse que estos últimos no están siguiendo los pasos de los países actualmente desarrollados. Por ejemplo, los países menos desarrollados tienen un punto de partida, en cuanto a nivel de vida,

mucho más bajo que el que tuvieron Europa o Estados Unidos en la fase inicial de su desarrollo económico. Además Kuznets (1972) ha mostrado que, aunque la tasa de crecimiento económico en muchos países subdesarrollados ha sido, recientemente, más elevada de lo que lo fue en períodos comparables de la historia de los países desarrollados, el crecimiento poblacional es también en los primeros significativamente mayor: sus tasas de crecimiento demográfico son mucho mayores de lo que lo fueron nunca en los países europeos o norteamericanos (quizá con la excepción del periodo colonial de la historia de Norteamérica). En realidad las tasas de crecimiento demográfico del mundo subdesarrollado carecen prácticamente de paralelo en la historia de la humanidad.

Resulta así que el crecimiento demográfico puede haber contribuido a estimular el desarrollo económico en los países desarrollados al forzar a los hombres a salir de su torpor natural y al inducir la innovación y el cambio tecnológico, o al acelerar la sustitución de la mano de obra por trabajadores más preparados. Los países menos desarrollados de la actualidad, sin embargo, no precisan de ningún tipo de estímulo interno para ser innovadores. En el mundo que les rodea pueden percibir los frutos del desarrollo económico: ello les lleva de forma casi natural a desear participar de ellos en la mayor medida posible (situación ésta que suele ser designada como revolución de las expectativas crecientes). Los habitantes de los actuales países menos desarrollados saben lo que es el desarrollo económico y estudiando la historia de los países hoy muy industrializados pueden percibir cómo, al menos en el pasado, se podía llegar a alcanzarlo. En todo caso parece poco probable que el crecimiento demográfico siga siendo necesario como detonador, aunque en realidad existen pocas pruebas sólidas en favor de una u otra postura.

Saber que otros son más ricos no constituye, necesariamente, un incentivo suficiente para mejorar económicamente, la propia vida, y aun cuando lo constituyera, los medios de lograrlo pueden estar fuera de alcance. Y en este punto es donde los marxistas toman la palabra.

#### **¿Carece el crecimiento demográfico de toda relación con el desarrollo económico?**

El diagnóstico marxista de la cuestión es que los problemas demográficos desaparecerán cuando se resuelvan otros problemas y que el desarrollo económico puede producirse con rapidez en una sociedad socialista. Marx y Engels creían que cada país, en cada período histórico, tiene su propia ley de la población y que el desarrollo económico guarda relación con la estructura político-económica de la sociedad y en modo alguno con el crecimiento demográfico. En realidad, el argumento de Marx parece ser que el que la población de un país crezca o no a medida que éste avanza económicamente depende de la naturaleza de su organización social. En una sociedad capitalista explotadora la clase dirigente podría tener interés en fomentar el crecimiento demográfico para así mantener bajo el nivel salarial; en un sistema socialista, en cambio, ese interés no existiría. Para los socialistas cada miembro de la sociedad nace con los medios para proveer a su propia subsistencia; en consecuencia, el desarrollo económico debería beneficiar en forma proporcional a cada persona. La única razón para que así no ocurra es que la sociedad esté organizada para explotar a los trabajadores, permitiendo a los capitalistas obtener grandes beneficios a costa de parte de lo que aquéllos deberían en realidad ganar.

En tiempos recientes varios líderes de países menos desarrollados han argumentado que ésa es justamente la manera en que funciona el sistema económico mundial. Se acusa a los países desarrollados occidentales de comprar materias primas a un precio barato a los países en vías de desarrollo, vendiéndoles en cambio a un precio caro productos manufacturados, colocándoles así, de forma permanente, en situación de endeudamiento y dependencia. Se sugiere además que si el poder económico de los países desarrollados pudiera ser reducido, y el de los países en vías de desarrollo reforzado, el impulso que el desarrollo adquiriría en estos últimos disiparía problemas tales como el hambre y la pobreza que en la actualidad se atribuyen a la existencia de una población excesiva. En ese momento el problema demográfico desaparecería porque, sencillamente, no es realmente un problema. La posición socialista es así que una vez resueltos todos los demás problemas sociales (y en primer lugar los de raíz económica) los propios individuos se encargan de resolver con toda facilidad cualquier posible problema demográfico, caso de existir éste. Esta era claramente la actitud de Friedrich Engels, quien en 1981 escribía en una carta: "si en un determinado estadio la sociedad comunista se ve obligada a regular la producción de seres humanos (...) ser precisamente esa sociedad, y sólo ésa, la que podrá realizarlo sin dificultad".

Los defensores de este punto de vista disponen de algunas pruebas a su favor. En la Rusia de los años veinte, tras la revolución comunista, Lenin abolió la legislación anti-abortista y las restricciones legales al divorcio para favorecer la liberación de la mujer; el resultado fue un descenso bastante rápido de la tasa de natalidad (demasiado rápido incluso, en opinión del gobierno soviético, que en los años treinta volvió a ilegalizar el aborto). En Cuba la respuesta

demográfica ante un gobierno marxista fue exactamente la opuesta: poco después de la revolución de 1959 la tasa bruta de natalidad aumentó del 27 por 1.000 en 1958 al 37 por 1.000 en 1962. El demógrafo cubano Juan Pérez de la Riva ha explicado que tras la revolución desapareció el paro en el campo, se abrieron nuevas oportunidades en las ciudades y un exuberante optimismo condujo al descenso de la edad de contraer matrimonio y al abandono de la planificación familiar. Desde entonces la tasa de natalidad ha vuelto a descender hasta niveles similares a los que se daban antes de la revolución como consecuencia del establecimiento, por el gobierno de Castro, de clínicas de planificación familiar que intentaban evitar los abortos ilegales y ayudar a las mujeres a prevenir embarazos no queridos.

Los datos referidos a países marxistas como Rusia, Cuba y, por supuesto, China, sugieren la conclusión de que una revolución puede alterar el panorama demográfico de un país; la relación, sin embargo, de éste con el desarrollo económico sigue siendo borrosa. Por ejemplo, de esos tres países Rusia es claramente el más desarrollado económicamente y es asimismo el que tiene la tasa más baja de crecimiento poblacional. Sin embargo, la renta media parece ser superior en Cuba que en China pese a tener China una tasa menor de crecimiento demográfico. Por supuesto, con estos ejemplos no se puede dar por zanjada la cuestión, ya que los neo-malthusianos cuentan también con datos que parecen apoyar sus puntos de vista.

### **¿Resulta el crecimiento demográfico perjudicial para el desarrollo económico?**

En el mundo industrializado el argumento neo-malthusiano de que el crecimiento rápido de la población constituye un obstáculo para el desarrollo económico tiene una amplia aceptación. En su formulación básica, se trata de una proposición muy simple: cualquiera que sea la razón por la que una economía empieza a crecer el crecimiento no se traduce en desarrollo económico si la población no crece más despacio de lo que lo hace la economía. A este respecto cabe establecer una analogía con el caso de un pequeño negocio: un tendero, por ejemplo, sólo obtendrá beneficios si sus gastos (es decir, los costes generales) resultan inferiores a sus ventas brutas. Para una economía la adición de nuevas personas implica gastos (o costes generales demográficos), ya que es preciso proporcionarles alimentos, vestidos, alojamiento, educación y otros bienes y servicios: si los costes demográficos igualan o superan al producto nacional bruto, entonces no podrá producirse ninguna mejora (o beneficio) en el nivel global de vida.

Veamos algunas cifras que ilustran gráficamente este punto. Entre 1960 y 1976 la renta nacional aumentó en México en un fenomenal 163 por 100. Ahora bien, durante ese mismo período el tamaño de la población aumentó en más de un tercio y como consecuencia de ello la renta per cápita aumentó, entre dichas dos fechas, tan sólo en un 54 por 100, aproximadamente. Es decir, el crecimiento demográfico absorbió el 67 por 100 del incremento total de la renta nacional. Durante ese mismo período la renta nacional aumentó en Estados Unidos en un 73 por 100, pero sólo el 33 por 100 de ese incremento quedó absorbido por el aumento de la población. Así la renta per cápita aumentó en Estados Unidos entre esas dos fechas en un 49 por 100, es decir, en un porcentaje prácticamente idéntico al registrado en México. Pero para conseguir ese mismo aumento la economía norteamericana sólo hubo de crecer la mitad que la economía mexicana. Por supuesto, conviene recordar que la renta per cápita constituye sólo un promedio; evidentemente, no todo el mundo participó por igual, tanto en México como en Estados Unidos, de ese aumento de la riqueza total.

La situación parece así muy sencilla: si las poblaciones tuvieran un crecimiento más lento, el desarrollo económico podría producirse con mayor facilidad. Los neomalthusianos llegan así a la conclusión de que el crecimiento demográfico resulta perjudicial para el desarrollo económico. Este punto de vista está tan extendido en las sociedades occidentales que merece una consideración más detallada que contemple los dos lados de la relación.

### **El desarrollo económico como fuente de cambios demográficos**

Hasta aquí sólo he considerado un lado de la relación existente entre crecimiento demográfico y desarrollo económico: las consecuencias sobre el cambio económico del cambio demográfico. Pero si queremos llegar a comprender a fondo la idea de que el crecimiento demográfico constituye un obstáculo para el desarrollo económico tenemos que tener también en cuenta el otro lado de la moneda. La mayor parte de los datos disponibles parecen sugerir que fue el desarrollo económico el que originó el descenso de la mortalidad y el que, con el tiempo, contribuyó a motivar el descenso de la fecundidad en los países industrializados. En otras palabras, el desarrollo económico constituyó, primero, un estímulo para el aumento de la tasa de crecimiento demográfico, y después un estímulo para su disminución. Esta es la relación que subyace en la teoría de la transición demográfica y la que los marxistas aducen para refutar la posición neo-malthusiana.

Esta doble relación entre crecimiento demográfico y desarrollo económico fue señalada con claridad en 1958 por Ansley Coale y Edgar Hoover en un estudio que ha tenido un impacto sin precedentes en la teoría y en la investigación sobre crecimiento demográfico y desarrollo económico. Señalan estos autores que el desarrollo económico originó un descenso de la mortalidad en los países desarrollados, y que asimismo fue el desarrollo económico de esos países el que dio lugar a un descenso de la mortalidad en el resto del mundo. Esto es cierto tanto si el lector acepta, como si no lo hace, mi anterior sugerencia de que el crecimiento demográfico puede haber estimulado, inicialmente, el crecimiento económico que condujo a la Revolución Industrial. Lo importante aquí es que la teoría de la transición demográfica sugiere que el mismo desarrollo económico que redujo las tasas de mortalidad contiene en su seno la motivación precisa para que las parejas reduzcan su fecundidad. Ahora bien, dado que en los países menos desarrollados las tasas de mortalidad han disminuido como resultado del desarrollo económico ajeno, ¿por qué esperar que en los mismos aparezca la motivación para limitar la fecundidad sin una intervención similar desde el exterior? Y lo que es más importante aún, ¿por qué preocuparnos porque la fecundidad descienda o no? ¿Qué diferencia supone para el bienestar futuro de una población el continuar con tasas altas de natalidad y bajas de mortalidad? Para los neomaltusianos la respuesta es, por supuesto, que supone una diferencia muy grande.

### **Impacto de las tasas de crecimiento demográfico sobre el desarrollo económico:**

El crecimiento demográfico puede suponer una diferencia respecto de la cantidad de recursos consumidos en el mundo, respecto del precio a pagar por cosas como la comida o la gasolina y respecto del espacio físico disponible para cada uno de nosotros. El crecimiento de la población en cualquier lugar del mundo puede incluso amenazar la calidad de nuestra propia existencia, además de inhibir la mejora de las condiciones de vida en aquellos países que se debaten por lograr desarrollarse económicamente bajo el peso de un número de habitantes creciente día a día. En realidad, como mínimo son tres los aspectos del cambio demográfico que pueden afectar al curso del desarrollo económico: la tasa de crecimiento poblacional, el tamaño de la población y la estructura de edad de la misma.

El punto de partida del desarrollo económico es la inversión de capital. El capital representa un stock de bienes que se utiliza para la producción de otros bienes y no para su disfrute inmediato. El capital puede consistir, ciertamente, en el dinero gastado en maquinaria pesada o en una línea de montaje: pero resulta más adecuado concebirlo con un carácter más genérico, que incluya todo cuanto es invertido hoy para producir un rendimiento mañana. Enfocado así comprende no sólo equipamientos y construcciones, sino también inversiones en educación, sanidad, y en general, la acumulación y aplicación de conocimientos. Para que una economía crezca, el nivel de inversión de capital tiene que crecer. Por lo tanto, cuanto más alta sea la tasa de crecimiento demográfico mayor habrá de ser la tasa de inversión; esto es lo que Leibenstein (1957) ha designado como el listón demográfico. Si una población crece tan deprisa que desborda la tasa de inversión entonces se verá atrapada en un ciclo vicioso malthusiano de pobreza; el crecimiento económico habrá sido bastante para alimentar más bocas, pero no para escapar de la miseria.

El problema se complica porque, en los países que hoy registran un rápido crecimiento de la población, la pobreza es ya muy elevada, haciendo así imposible el ahorro del dinero preciso para la realización de las inversiones requeridas para impulsar el crecimiento rápido de la economía. Además, la mayoría de los actuales países menos desarrollados tienen un pasado de colonización y dependencia de otros países respecto de su situación económica y política. Esto ha supuesto a menudo no sólo el descuido de los problemas económicos, sino también una mayor preparación de los líderes nativos para la confrontación política que para la gestión económica. La consecuencia es una fuerte dependencia del capital extranjero, es decir, del dinero ganado y ahorrado por naciones más ricas y con menor crecimiento demográfico. En dichas naciones la inversión inicial de capital requerida para lograr el desarrollo fue, por supuesto, mucho menor en términos relativos de la que hoy es necesaria. Esto se debe a varias razones, incluyendo entre ellas el hecho de que los países desarrollados partieron con tasas de crecimiento poblacional considerablemente menores y no tuvieron que integrarse en un sistema económico mundial muy avanzado que requiriese, para poder competir en él, altos niveles de tecnología.

El esfuerzo de los países menos desarrollados actuales por mejorar económicamente se enfrenta a un conjunto de circunstancias mundiales distintas de las que hubieron de afrontar en su momento los países hoy desarrollados. Muchas de estas circunstancias constituyen probablemente (aunque no necesariamente) vallas a salvar. La energía constituye un ejemplo: ¿de dónde obtenerla? La agricultura, la industria, el transporte y la vida diaria requieren, por supuesto, grandes cantidades de energía. Originariamente el agua, la madera y el carbón constituyeron recursos cuya conversión en energía resultaba barata, pero el mundo actual depende cada vez en mayor medida

del petróleo, y el precio de éste, como es sabido, ha aumentado dramáticamente desde los primeros años de la década de 1970. Los países más afectados son, obviamente, los que además de estar menos desarrollados cuentan con pocos recursos energéticos propios. Sólo si los países productores de petróleo invirtieran sus beneficios en esos países más afectados podrían éstos mantener el crecimiento de sus economías. Un marxista argumentaría que esta cuestión no tiene nada que ver con el crecimiento de la población, ya que en un mundo comunista los recursos serían distribuidos de manera justa entre quienes los necesitan. Un neo- malthusiano, por su parte, indicaría que con independencia del orden económico prevaleciente en una nación o en el mundo, la existencia de un crecimiento demográfico rápido hará más difícil para la economía, que un crecimiento demográfico lento, el lograr salir adelante.

### **Impacto del tamaño de la población sobre el desarrollo económico:**

A medida que una población aumenta de tamaño, la capacidad de acopiar recursos para el desarrollo puede hacerse progresivamente menor. Y esto se aplica tanto a las naciones individuales como al mundo en su conjunto. Podemos imaginar que toda actividad económica habría de cesar en el mundo cuando se alcanzase una situación en la que a cada persona no correspondiese más que el sitio preciso para poder mantenerse en pie, pero en realidad el límite se encuentra en un punto muy anterior. Pero ¿cómo cuánto de anterior? Esta es una cuestión aún sin resolver pero que ha sido objeto de amplia reflexión cada vez que los investigadores han tratado de definir el tamaño óptimo de población para el mundo o para un determinado país. Tratar de determinar el tamaño óptimo supone indagar el tamaño que una población puede alcanzar antes de que el nivel de vida comience a reducirse.

Existe un reconocimiento general de que el tamaño está asociado con economías de escala: es decir, tanto la existencia de demasiada población, como de demasiada poca, puede retrasar por igual el desarrollo económico. El mundo está en mucha mejor situación económica con cuatro mil millones de habitantes que con mil millones. La General Motors puede producir un automóvil a mejor precio que un individuo particular precisamente porque son tantos los automóviles que vende que puede permitirse instalar costosas cadenas de montaje que reducen los costes de producción por unidad. Dando por sentado que a veces una mayor cantidad resulta más económica lo cierto es, sin embargo, que una población puede llegar a ser demasiado grande para ser eficiente, o tan grande que, a un determinado nivel de vida, agotar sus recursos. Alcanzado ese punto puede decirse que ha superado su capacidad de sostenimiento, es decir, que ha desbordado el tamaño de población que en teoría podría ser mantenido indefinidamente a un nivel de vida determinado.

La capacidad de sostenimiento variará, lógicamente, en función del nivel de vida escogido para la población mundial: cuanto más bajo sea éste, mayor el número de personas que pueden ser mantenidas indefinidamente. Por otro lado, si el nivel de vida deseado es demasiado elevado, la capacidad de sostenimiento puede quedar desbordada, iniciándose una pérdida progresiva de recursos que puede desembocar en el agotamiento de éstos. En este caso, la capacidad de sostenimiento a largo plazo se ve mermada. Por ejemplo, si todos los actuales pobladores del mundo nos conformásemos con vivir como el campesino medio del sur de Asia el número de habitantes que el mundo podría sostener sería considerablemente mayor que si todos aspirásemos en cambio a vivir como los miembros del consejo de administración de la General Motors. En realidad es altamente dudoso que el mundo contenga los recursos precisos para permitir a cuatro mil millones de habitantes tener un nivel de vida cercano al de un ejecutivo del mundo de la empresa bien situado.

La investigación empírica más cuidada y conocida acerca del tamaño óptimo de la población mundial es el informe del Club de Roma, "Los límites del crecimiento"(Meadows

1972:1974), que se plantea cuál es el tamaño de la población que permitiría al mundo maximizar el bienestar socio-económico de sus habitantes.

Tras elaborar un modelo de simulación por ordenador de varias pautas de crecimiento demográfico y de inversión de capital para el desarrollo de recursos, los autores del estudio llegaron a la conclusión de que la población mundial es tan grande, y consume recursos a un ritmo tan prodigioso, que para el año 2100 los habrá agotado, produciéndose entonces el colapso de la economía mundial y la caída en picado del tamaño de la población mundial. La introducción en el modelo del supuesto más optimista lleva al equipo dirigido por Meadows a las siguientes conclusiones:

"Los recursos están completamente explotados, lográndose reciclar el 75 por 100 de los utilizados. La generación de contaminación se reduce a la cuarta parte de la registrada en 1970. El rendimiento de la tierra se duplica y se ponen a disposición de la población mundial medios efectivos de controlar la natalidad. El resultado es la obtención temporal de una población constante con una renta mundial per cápita cercana a la actual en Estados Unidos. Por último, y

pese a todo, el crecimiento industrial se detiene, la tasa de mortalidad aumenta al agotarse los recursos, la contaminación se acumula y la producción de alimentos disminuye” (1972:147).

Este era sin duda el pronóstico más pesimista sobre el impacto del tamaño de la población en el desarrollo económico desde la publicación del libro de Ehrlich, “Population Bomb”(1968), en el que el hambre y la guerra a escala mundial son presentadas como resultado casi inevitable del continuo aumento de la población mundial. Se trataba sin duda de una variación más sobre el tema malthusiano de la tendencia, por parte del crecimiento demográfico, a desbordar los recursos. Tomada al pie de la letra podría resultar tan descorazonadora como para invitar a pensar que no vale la pena seguir preocupándose: la población mundial ya existente es demasiado grande y tiene adquirido ya un impulso para nuevos incrementos tan fuerte que impide toda mejora continuada en la condición de los hombres. Sin embargo, el estudio demuestra la posibilidad de que, para el mundo en su conjunto, la población óptima presente un tamaño no superior al actual.

Las implicaciones de este estudio no dejan de ser chocantes. Meadows analiza la necesidad de un “equilibrio dinámico” entre población y capital simultáneo a un florecimiento de “otras actividades humanas deseables y satisfactorias: educación, arte, música, religión, investigación científica básica, deporte e instituciones sociales”. Esto ofrece poco consuelo a los países que aún no se han desarrollado, ya que lo que para ellos implica es que deben dajar de crecer demográficamente y tener la esperanza de que se produzca una redistribución de la renta por parte de los países más ricos.

Antes de tomar demasiado en serio estas tenebrosas predicciones, detengámonos un momento a considerar la idea de que en la estela del colapso económico se producirá un descenso de la población. Van de Walle (1975) ha señalado que el modelo contenido en Limits to Growth parte del supuesto de la reversibilidad histórica: es decir, que las tasas de mortalidad podrían aumentar en el futuro del mismo modo en que disminuyeron en el pasado. Van de Walle considera que ésta es una suposición sin fundamento: nuestros conocimientos de nutrición y dietética no se perderían, como tampoco perderíamos nuestra capacidad de reorganizar la vida a partir de niveles de vida diferentes que mantuviesen el mismo nivel sanitario pese a contar con menores recursos alimenticios.

La aterradora imagen malthusiana de ingentes cantidades de personas agotando los recursos disponibles, resulta sin duda abrumadora y tiende así a impedir ver otras consecuencias negativas más sutiles (y con muchas más probabilidades de convertirse en problemas reales que el hambre, la guerra o el colapso económico a escala mundial) que el crecimiento demográfico tiene para el desarrollo económico. Me refiero a las consecuencias asociadas a la estructura de edad de las poblaciones que tienen un crecimiento demográfico rápido.

#### **Impacto de la estructura de edad sobre el desarrollo económico:**

Una población que crece rápidamente tiene una estructura de edad joven. Esto significa que una proporción relativamente elevada de la población se encuentra en edades jóvenes. Esto tiene dos importantes consecuencias económicas: por un lado, la estructura de edad afecta al nivel de dependencia; por otro, dificulta la generación del ahorro preciso para las inversiones en la industria y para la creación de los puestos de trabajo a ofrecer al número, siempre creciente, de jóvenes que alcanzan la edad laboral.

Dependencia: Un tema importante en el estudio de Coale y Hoover (1958) sobre el desarrollo económico, ya mencionado, es que una alta tasa de crecimiento demográfico lleva a una situación en que la razón entre personas en edad de trabajar y personas dependientes (es decir, o demasiado jóvenes o demasiado viejas para trabajar) es mucho menor que si la población tuviera un crecimiento menor. Esto significa que en una sociedad cuya población crece rápidamente cada persona que trabaja tiene que producir más (es decir, tiene que trabajar más) simplemente para mantener el mismo nivel medio de vida que en una sociedad con un menor crecimiento demográfico. Esto, por otro lado, resulta obvio: un padre con seis hijos tiene que ganar más dinero que un padre con sólo tres hijos si quiere que su familia tenga el mismo nivel de vida que la de este último. Pero hay algo más. Un país depende, al menos en parte, del ahorro que se produce en su interior para generar las inversiones de capital con las que permitir la expansión de su economía, cualquiera que sea su sistema político. Con una estructura de edad muy joven, el dinero tiende a ser canalizado hacia la satisfacción de las necesidades de un mayor número de personas (comida, etc.) más que hacia el ahorro. Como Kelley ha indicado, una estructura de edad muy envejecida puede dar lugar asimismo a bajos niveles de ahorro, ya que los jubilados por lo general detraen dinero, y no lo aportan.

#### **Incorporación a la fuerza de trabajo:**

En una población que crece, el número de futuros nuevos integrantes de la fuerza de trabajo

crece también cada año, a medida que cada grupo de jóvenes alcanza la edad de trabajar. Para que haya desarrollo económico el número de nuevos puestos de trabajo debe, al menos, guardar proporción con el número de personas que los buscan. La expansión del empleo guarda relación, por supuesto, con el crecimiento de la economía que, a su vez, depende de una inversión de más difícil generación cuando la estructura de edad es joven.

La existencia de altas tasas de crecimiento demográfico tienen una consecuencia adicional. La combinación de la existencia de familias más grandes (cuyo cuidado es, típicamente, responsabilidad de la madre) con la de una competición más dura por los empleos disponibles perjudicar, con toda probabilidad, al empleo femenino. Como ha mostrado Ester Boserup (1970), los trabajos que desempeñan las mujeres, en la mayor parte de las sociedades, son los que no quieren los hombres; cuando la tasa de crecimiento demográfico es alta, el nivel de desempleo tiende también a ser alto, y en consecuencia disminuyen los trabajos rechazados por los hombres. Cabe sospechar que esto constituya un nuevo camino conducente al ciclo vicioso de pobreza nacional. En efecto, si la fecundidad es alta y la mortalidad baja, las mujeres tendrán familias grandes y pocas probabilidades de empleo; sin la perspectiva de encontrar trabajo las mujeres tendrán pocos incentivos para optar por un estilo de vida que excluya el matrimonio y la procreación, quedando así atrapadas en las redes de la familia.

### **IMPLICACIONES DEL DEBATE PARA LA FORMULACIÓN DE POLÍTICAS DE ACTUACIÓN**

He intentado, hasta aquí, resumir los aspectos principales de las tres posiciones principales existentes en el debate mundial en torno al crecimiento demográfico y al desarrollo económico. En última instancia, por supuesto, cada una de dichas posiciones ha de ser puesta en relación con el hecho de que el crecimiento demográfico no puede persistir por mucho tiempo, con independencia de su impacto a corto plazo sobre el desarrollo económico. A largo plazo la tasa de crecimiento demográfico acabará por ser de cero porque el planeta sencillamente no puede tolerar un crecimiento indefinido. Por otro lado, parece fuera de discusión que resulta claramente preferible que la mitigación de la tasa de crecimiento de la población mundial se deba más a un descenso de la tasa de natalidad que a un aumento de la de mortalidad. Así pues, si se quiere maximizar la condición humana, la fecundidad tendrá que acabar disminuyendo. Ninguna de las tres perspectivas que hemos analizado es incompatible con el descenso a largo plazo de la fecundidad; cada una de ellas, sin embargo, enfoca de manera diferente el tratamiento a dar, a corto plazo, a la tasa de natalidad.

Quien considere que el crecimiento demográfico es bueno para el desarrollo de la sociedad será con toda probabilidad pro-natalista y considerará que el control de la natalidad debe ser aplazado hasta que su país haya aumentado su población. Para un marxista con toda probabilidad el único uso razonable del control de la natalidad es permitir liberar a la mujer de la dominación masculina. Para un neo-malthusiano la planificación familiar constituirá, con toda probabilidad, un paso previo necesario para el desarrollo económico: unos cuantos dólares gastados en planificación familiar equivalen, para él, a cien dólares de inversión industrial. En otras palabras, para un neo-malthusiano resulta menos costoso y económicamente más ventajoso gastar dinero en evitar nacimientos que en tratar de criar y de encontrar trabajo a un mayor número de personas.

### **EL CASO DE MÉXICO**

En su ya clásico estudio sobre crecimiento demográfico y desarrollo económico Coale y Hoover (1958) consideraron brevemente el caso de México dedicando básicamente su atención al caso de la India. A diferencia de la India (que ha sido el primer país del mundo que ha institucionalizado los programas de planificación familiar como parte de la política nacional del gobierno), México ha mantenido hasta fechas muy recientes una política oficial pronatalista. Dado que México ha registrado, de forma regular, una de las tasas de incremento natural de la población más elevadas del mundo, resulta sin duda de gran interés preguntarse si el crecimiento demográfico ha constituido allí un estímulo o un obstáculo para el desarrollo económico, y cuál ha sido la posición gubernamental respecto de la política demográfica.

#### **El análisis de Coale y Hoover**

El análisis realizado por Coale y Hoover en 1958 tomaba como punto de partida un momento en que la población mejicana experimentaba ya un crecimiento rápido como consecuencia del descenso de la mortalidad y del mantenimiento de la fecundidad a un nivel elevado. En efecto, el crecimiento de la población mejicana se remonta como poco hasta 1930, cuando la mortalidad empezó a disminuir. Hacia 1955 la esperanza de vida al nacer (para ambos sexos) era de unos 53

años. Este equivalía a una tasa bruta de mortalidad de 14 por 1.000; la tasa de incremento natural, por otro lado, era de 30 por 1.000 o del 3 por 100, es decir, muy por encima de la media mundial. Coale y Hoover realizaron proyecciones del futuro tamaño de la población mexicana sobre la base de suponer que la mortalidad decrecería progresivamente, de modo que hacia 1985 la esperanza de vida al nacer fuera de 70 años. Establecieron tres proyecciones diferentes, cada una de ellas basada en un supuesto distinto acerca de la evolución futura de la fecundidad: (1) que ésta permaneciera incambiada: (2) que disminuyera en un 50 por 100 entre 1955 y 1980: y (3) que disminuyera en un 50 por 100 entre 1965 y 1980. A continuación examinaron el distinto impacto de cada una de las proyecciones sobre el crecimiento y desarrollo económico futuro.

En 1955 México tenía unos 31 millones de habitantes y la población proyectada para 1970 era de 50 millones; sólo en el caso de producirse un descenso espectacular de la fecundidad entre 1955 y 1970 el total de población previsto para esta fecha podría ser menor. Para Coale y Hoover a mayor tasa de crecimiento demográfico y a mayor tamaño de la población, mayores dificultades para el desarrollo económico. Según ellos, de mantenerse la alta tasa de incremento poblacional: (1) México podría tener dificultades en mantener la auto-suficiencia agrícola: (2) las exportaciones habrían de ser reducidas; (3) la importancia de artículos de consumo aumentaría a costa de los bienes de capital: y (4) la inversión extranjera disminuiría también como consecuencia de la incertidumbre acerca del crecimiento económico introducida por la alta tasa de crecimiento económico. En general, más personas significan más consumo, menos inversión y, por último, un nivel más bajo de renta per cápita. Cuanto menor sea la tasa de fecundidad, con más rapidez aumentar el out-put per cápita, sencillamente porque se puede utilizar más dinero para el desarrollo de la economía en vez de para el mantenimiento de la población. Coale y Hoover no encontraron razón alguna para esperar un descenso de la fecundidad en México, al menos no como resultado de una acción gubernamental. La única posibilidad que a este respecto veían se basaba en el hecho de que más de un tercio de la población mexicana era urbana, y la fecundidad urbana es menor que la rural. En líneas generales el análisis de Coale y Hoover sugería que el crecimiento demográfico constituiría en México un importante factor disuasorio del desarrollo económico. ¿Ha sido así en realidad?

### **¿Qué es lo que ha ocurrido?**

El censo mexicano de 1970 arrojó un total de población de unos 51 millones, es decir, un millón más que la estimación máxima realizada por Coale y Hoover a partir de la población de 1955. La mortalidad descendió ligeramente más deprisa de lo que habían supuesto; según sus estimaciones la esperanza de vida al nacer de los varones mexicanos sería, en 1970, de 61 años: la curva real fue 64 años. Predijeron el mantenimiento de la alta fecundidad y según su modelo, hacia el año 1970 la tasa anual de crecimiento demográfico sería del 3,4 por 100 anual: la tasa real en ese año fue del 3,3 por 100. Con toda probabilidad la emigración hizo que la tasa de crecimiento resultara menor de lo que, de otra forma, hubiese sido. En 1979 la población de Méjico era estimada en unos 66 millones, con una tasa anual de crecimiento del 2,6 por 100, aproximadamente.

Si bien es verdad que los niveles de fecundidad registrados en las ciudades son menores, en México, que los registrados en las áreas rurales, ello no significa que la fecundidad no sea elevada en las zonas urbanas. Según el censo de 1970, en la ciudad de México las mujeres de 35 a 39 años habían tenido ya, en promedio, más de cuatro hijos. En 1978 la tasa de fecundidad total correspondiente al país en su conjunto era de 5,18, lo que supone un descenso sustancial respecto del valor de 6,69 referido a 1960, e incluso un descenso sorprendente respecto de la tasa de 6,03 registrada en 1975. Pese a todo, se trataba aún de una tasa de fecundidad total muy superior a la registrada en Estados Unidos, e iba acompañada de tasas globales de crecimiento demográfico tan elevadas como antes. ¿Cuál ha sido su relación con el desarrollo económico?

Hemos visto ya en este capítulo cómo la tasa de crecimiento económico ha sido muy elevada en México (de hecho, más elevada que en Estados Unidos, si bien los niveles de renta per cápita siguen siendo mucho más bajos que en este país). Sin embargo, el mejicano medio tenía en 1976 una situación económica mejor en un 53 por 100 a la de 1960: así pues si utilizamos este criterio podemos decir que pese al rápido crecimiento de la población, estaba teniendo lugar un proceso de desarrollo económico. Pero ¿se trata de algo que podrá mantenerse?

### **Implicaciones para la política demográfica**

No es en modo alguno seguro que el crecimiento demográfico esté reteniendo el desarrollo económico de México pero la sospecha de que así sea ciertamente existe. El gobierno mexicano tiene esta misma sospecha y así, en 1973, dio el primer paso hacia el control de la población. En 1970 el presidente Luis Echeverría incluyó en su campaña electoral una política pro-natalista, pero en 1973 dicha orientación fue abandonada y el gobierno puso en marcha un programa de

planificación familiar voluntaria. En enero de 1974 la Constitución mexicana fue modificada para garantizar a cada pareja el derecho a planificar libremente su familia. Centenares de clínicas en todo el país ofrecen información y ayuda para controlar la natalidad. La población mejicana ha reaccionado con una rapidez sorprendente ante estas medidas. En una situación de inflación, recesión y altos niveles de desempleo los mexicanos han recurrido de forma espectacular a la anticoncepción para limitar sus cargas familiares reduciendo el número de hijos. En 1977 casi un millón de personas adoptaron por primera vez técnicas anticonceptivas (fundamentalmente la píldora) en comparación con los sólo 44.000 que en 1972 (año en que se produjo el cambio de actitud gubernamental en este terreno) utilizaron por vez primera esas técnicas. El resultado ha sido que entre 1970 y 1978 la tasa de natalidad específica por edad disminuyó en un 28 por 100 entre las mujeres de 35 a 39 años, en un 17 por 100 entre las de 25 a 29 años, y en un 18 por 100 entre las de 20 a 24 años. Si bien sigue siendo cierto que sólo el 26 por 100 de las mujeres utilizan anticonceptivos, los cambios en la fecundidad están claramente en marcha. Pero por supuesto la batalla está lejos de haber terminado en México. La tasa de natalidad, aun cuando decreciente, sigue siendo alta y entre 1980 y el año 2000 la población mexicana pasar de 71 a 131 millones de habitantes, simplemente como resultado de la dinámica de crecimiento implícita en el número de los ya nacidos. Incluso con un descenso rápido de la fecundidad la población de México no dejar de crecer hasta bien entrado el siglo XXI. Y para esa fecha su tamaño podría fácilmente ser superior al de la población de Estados Unidos. No hace falta decir que para entonces la economía mejicana habrá puesto en uso todos sus recursos.

## Capítulo 12

Crecimiento poblacional y urbanización

¿Qué se considera urbano?

Componentes demográficos de la urbanización

La migración interna del campo a la ciudad

Incremento natural

Migración urbana

Reclasificación

Metropolitanización

Impacto de los procesos poblacionales sobre la urbanización

Orígenes

Migración a las ciudades

Proporción entre sexos en las ciudades

Urbanización y mortalidad

Urbanización y fecundidad

Un ejemplo mejicano

Impacto de la urbanización sobre las condiciones de vida

El proceso de suburbanización en Estados Unidos

Segregación residencial

Otros aspectos del entorno urbano

El impacto de la aglomeración urbana

Resumen y conclusiones

## CRECIMIENTO POBLACIONAL Y URBANIZACIÓN

La mayoría de los norteamericanos vive, y nació, en ciudades y esto es algo que comparten con la mayor parte de los habitantes del mundo occidental, hay quien percibe a la ciudad como algo obvio y natural, hay quien la maldice y hay quien encuentra su encanto irresistible; pero no hay nadie que niegue que la vida urbana constituye el núcleo mismo de la civilización industrial occidental. Las ciudades, por supuesto, no son algo nuevo, y su influencia sobre la vida social tampoco constituye un rasgo distintivo de nuestra época; lo que sí es un fenómeno reciente en la historia humana es la amplia eclosión actual de la vida urbana, es decir, el explosivo crecimiento de la población urbana. Hay que tener en cuenta que a comienzos del siglo XIX menos del 3 por 100 de la población mundial vivía en ciudades, mientras que en la actualidad lo hace el 40 por 100. Según distintas proyecciones, a finales de este siglo uno de cada dos habitantes del planeta vivirá en áreas urbanas.

Este rápido proceso de urbanización, o redistribución de individuos desde el campo a la ciudad, constituye uno de los fenómenos demográficos más significativos de la historia del mundo, tan importante al menos como la propia «explosión» demográfica. ¿Cuáles son los componentes demográficos de la urbanización y cuáles son las consecuencias demográficas para la sociedad de esa cada vez mayor concentración de personas en las zonas urbanas? Estas son las preguntas en torno a las cuales se articula este capítulo. La ciudad está claramente implicada en una amplia variedad de problemas, cuestiones y logros en todas las sociedades, pero mi intención aquí no es efectuar un repaso a la historia de la vida en la ciudad (tema que podría llenar, y de hecho ha llenado, volúmenes enteros). Mi objetivo es más bien proporcionar al lector una perspectiva demográfica sobre la urbanización. Para ello empezaré por un análisis de los componentes demográficos de la urbanización dedicando especial atención a la forma en que migración, mortalidad y fecundidad interactúan con el proceso de urbanización, y enfatizando el papel de la vida urbana

en la reducción de la fecundidad. Por último consideraré la cuestión de si la urbanización puede, o no, tener tantos efectos malos como buenos: en otras palabras, si la aglomeración resulta o no dañina para la existencia humana. Antes, sin embargo, de entrar de lleno en el contenido del capítulo, definamos brevemente lo urbano.

### **¿QUÉ SE CONSIDERA URBANO?**

Podemos definir como urbano al lugar en que se concentran personas cuyas vidas se organizan en torno a actividades no agrícolas. La característica esencial de lo urbano en esta definición es la de ser no agrícola. Un pueblo agricultor con 5.000 habitantes no debería así ser considerado urbano, mientras que una colonia de artistas que contase con 2.500 habitantes puede muy bien ser designado, con toda corrección, como lugar urbano. Como puede apreciarse, el concepto de lo «urbano» tiene cierta complejidad. Se trata, en efecto, de un concepto que está en función de: (1) el puro y simple tamaño de la población, (2) del espacio, (3) de la proporción o ratio de la población respecto del espacio (densidad o concentración), y (4) de la organización social y económica.

La investigación demográfica rara vez abarca, desgraciadamente, todos esos ingredientes. Las limitaciones de los datos disponibles, y en ocasiones simplemente la conveniencia, suelen llevar a los investigadores (y a la burocracia estatal también) a definir a un lugar como urbano simplemente en base al tamaño de la población. Así, lugares con 2.000, 5.000, 10.000 o más (y en ocasiones menos) habitantes son a veces considerados como urbanos a efectos de una determinada investigación. Por supuesto, cada uno de estos topes arbitrarios presupone la existencia de importantes variaciones en la conducta humana. Aunque a primera vista los conceptos de área rural y área urbana parezcan constituir una dicotomía, en realidad forman un continuo en uno de cuyos extremos podríamos situar a un aborigen cazador-recolector, y en el otro al ocupante de un apartamento en Manhattan. Entre ambos se encontraría una variedad de niveles diferentes. Sugiero, por ejemplo, al lector que la próxima vez que viaje desde la ciudad al campo (o al revés) trate de decidir dónde colocaría esa arbitraria línea divisoria entre ambos.

Otra característica esencial de lo urbano es que la vida social y económica se encuentra organizada en torno a actividades no agrícolas. Ello supone el reconocimiento explícito de que las personas urbanas organizan sus vidas de forma distinta que las personas rurales. Estas diferencias de comportamiento quedan generalmente recogidas en el término “urbanismo”, que alude al estilo de vida del habitante de la ciudad (sobre esto volveremos más adelante). Veamos ahora los aspectos demográficos del proceso mediante el cual una sociedad se transforma de rural en urbana, es decir, del proceso de urbanización.

### **COMPONENTES DEMOGRÁFICOS DE LA URBANIZACIÓN**

La urbanización alude al cambio en la proporción de miembros de una población que vive en lugares urbanos. Se trata de una medida relativa que puede variar desde el 0 por 100 si una población es enteramente agrícola, al 100 por 100, si una población es enteramente urbana. La urbanización puede ser resultado de la migración interna del campo a la ciudad, del incremento natural, de la migración urbana internacional, de la reclasificación como urbanos de lugares rurales o de una combinación de estos procesos.

### **LA MIGRACIÓN INTERNA DEL CAMPO A LA CIUDAD**

La migración de individuos dentro de un mismo país desde lugares rurales a lugares urbanos corresponde a la definición clásica de urbanización ya que constituye

la forma más obvia en que intuitivamente puede ser visualizado el trasvase de población del campo a la ciudad. Sin lugar a dudas en los países desarrollados la migración desde el campo a la ciudad constituye una fuerza básica en el proceso de urbanización. A lo largo del tiempo la población agrícola de esos países ha tendido a decrecer en números absolutos así como en términos relativos, pese a haberse producido un crecimiento global de la población. En los países menos desarrollados sin embargo, la migración desde el campo a la ciudad es importante en términos absolutos pero no implica una consiguiente despoblación de las áreas rurales. Ello se debe, por supuesto, a la diferencia existente entre las tasas de incremento natural de los países menos desarrollados y las de los países desarrollados.

### **Incremento natural**

Aun cuando no tenga lugar una redistribución física de personas desde las áreas rurales a las urbanas, la proporción de miembros de cualquier población residente en entornos urbanos aumentará si la tasa de incremento natural es mayor en ellos que en las zonas rurales. Esta situación rara vez se da, pero merece la pena conocer porque la situación justamente inversa es la responsable de la inexistencia de un proceso rápido de urbanización en muchos países en vías de desarrollo a pesar de darse en ellos tasas elevadas de migración desde el campo a la ciudad. Cuando en las zonas rurales la tasa de incremento natural es muy elevada, la migración a las ciudades puede simplemente contribuir a mantener relativamente equilibrada la población rural y urbana, más que a incrementar la proporción correspondiente a esta última.

### **Migración urbana internacional**

Aunque generalmente no se le concede gran importancia la migración internacional contribuye también a incrementar el nivel de urbanización, ya que la mayoría de los migrantes internacionales tienden a dirigirse a las ciudades del país de acogida cualquiera que fuese su lugar de residencia en el país de origen. Desde la perspectiva pues, del área receptora, el impacto de la migración internacional supone incrementar la población urbana sin efectuar en cambio, ninguna adición significativa a la población rural, haciendo así que aumente la proporción sobre el total correspondiente a la primera. En el caso de Estados Unidos la mayoría de los inmigrantes terminan ciertamente convirtiéndose en residentes urbanos. Por ejemplo en dicho país, en 1970, el 91 por 100 de la población nacida en el extranjero vivía en ciudades, frente al 71 por 100 de la población nativa. Una situación similar se ha registrado en América Latina, sobre todo en Argentina, Uruguay, Chile y Venezuela.

### **Reclasificación**

Resulta también posible la urbanización in situ. Esto ocurre cuando, debido a la migración, al incremento natural o a ambos, el número absoluto de habitantes de un lugar se hace tan grande que alcanza o supera el tamaño mínimo establecido convencionalmente para distinguir las localidades urbanas de las rurales. Obsérvese que la reclasificación es más un fenómeno administrativo que otra cosa: se basa en la definición unidimensional (a partir del tamaño solamente) de lo urbano, sin incorporar ningún concepto adicional referido a la actividad económica y social. Por supuesto, lo más probable es que, a medida que un lugar aumente en tamaño absoluto, experimente al mismo tiempo una diversificación económica y social, desapareciendo actividades agrícolas y apareciendo actividades de carácter más urbano. Esto tiende a formar parte del cambio social que tiene lugar allí donde se produce un incremento del tamaño de la población: en efecto, una población agrícola puede alcanzar con rapidez un tamaño rebosante, y en tales condiciones el atractivo de las actividades de tipo urbano (tales como la industria, el comercio y los servicios) resulta incrementado.

## **Metropolitanización**

En algunos países como Estados Unidos, las ciudades han alcanzado un tamaño tan grande, y su influencia se ha extendido a tal distancia que se utiliza a veces la distinción entre condados metropolitanos y no metropolitanos más que la distinción más vaga, pero aún útil, entre urbanos y rurales.

En 1977 el 72 por 100 de la población de Estados Unidos vivía en áreas metropolitanas cuya superficie equivalía al 14 por 100 del territorio total del país. Desde 1950 la superficie correspondiente a las áreas metropolitanas ha pasado a duplicarse exactamente en Estados Unidos, en correspondencia a la casi duplicación de la propia población metropolitana. No obstante el proceso de metropolitanización parece haberse estabilizado. Por ejemplo entre 1970 y 1974 aparecieron 21 nuevas áreas metropolitanas, frente a ninguna en el periodo 1974-1977. De hecho su crecimiento demográfico tomado en conjunto se ha detenido prácticamente.

## **IMPACTO DE LOS PROCESOS POBLACIONALES SOBRE LA URBANIZACIÓN**

### **Orígenes**

Las primeras ciudades no fueron muy grandes, ya que la mayoría de ellas no eran demográficamente autosuficientes. La antigua ciudad de Babilonia pudo haber tenido 50.000 habitantes. Atenas posiblemente 80 000 y Roma quizá hasta 500.000; pero, dichas ciudades eran solo islotes urbanos en un mar de ruralidad. Constituían el símbolo de la civilización, centros visibles sobre los que se escribía sobre los que hablaban los viajeros y lo suficientemente grandes como para poder ser, siglos más tarde, excavados por los arqueólogos. Nuestra visión de la historia antigua está desfigurada por el hecho de que nuestro conocimiento de los detalles de la vida social se limita fundamentalmente a las

ciudades, pese a que podemos estar seguros de que la población residente en las mismas representaba solamente una mínima fracción de la población total.

Las primeras ciudades tenían que renovar constantemente sus efectivos con migrantes procedentes de sus alrededores, ya que en ellas las tasas de mortalidad eran generalmente más altas, y las de natalidad más bajas, que en el campo, dando así lugar a un saldo anual favorable a las defunciones sobre los nacimientos. El carácter demográficamente autosuficiente de las zonas urbanas modernas tuvo su origen en la transformación de las economías basadas en la agricultura (que tenían sus centros de producción en el campo) en economías basadas en la manufactura (localizados en la ciudad). El control de la economía facilitó en gran medida a las ciudades el dominio político sobre las áreas rurales, garantizando así su propia subsistencia económica. Un período crucial de transición en este proceso tuvo lugar entre 1500 y 1800, aproximadamente, con el descubrimiento de nuevas tierras, el auge del mercantilismo (que se basaba más en los productos manufacturados que en la tenencia de tierras) y el inicio de la Revolución Industrial. Todos estos acontecimientos estaban fuertemente entrelazados, dando lugar a una diversificación comercial que significó un poderoso estímulo para la economía europea. Durante este período se edificaron las bases de la posterior industrialización, pese a todo seguía tratándose de un período pre-industrial y en gran medida pre-urbano. Durante esa época, por ejemplo, las ciudades inglesas tenían una tasa de crecimiento sólo ligeramente superior a la de la población total: por consiguiente la proporción de población urbana sobre el total aumentaba muy lentamente. Entre 1500 y 1800, Londres pasó de tener 80.000 habitantes a contar con algo más de un millón, lo cual representa una tasa media anual de crecimiento considerablemente inferior al 1 por 100. Asimismo, durante ese mismo período de 300 años, la población londinense pasó de representar el 2 por 100 de la población total inglesa a suponer el 10 por 100, aumento éste ciertamente significativo pero en modo alguno llamativo. En el año 1801 sólo el 18 por 100 de la población inglesa residía en ciudades de 30.000 o más habitantes, y casi las dos terceras partes

de dichos residentes urbanos se concentraban en Londres. Así pues en vísperas de la Revolución Industrial, Europa era, como el resto del mundo, predominantemente agraria.

En esa época ni Inglaterra ni ningún otro país, experimentaron una urbanización rápida dado que la industria no había crecido aún lo suficiente como para requerir la existencia de una población urbana sustancial. Por otro lado, las ciudades no podían aún mantener el tamaño de su población a través, exclusivamente, del incremento natural. El despegue del proceso de urbanización no se produjo hasta el siglo XIX, en estrecha sincronización con la industrialización y el descenso de la mortalidad que abrió el camino al crecimiento demográfico.

Las antiguas ciudades de Roma y Tenochtitlan (capital del imperio azteca en Méjico) no basaban obviamente su atractivo en la industria, sino en el hecho de que este sistema de organización social permitía producir el excedente alimenticio necesario para mantener a una amplia población urbana (empleada fundamentalmente en actividades administrativas artísticas y de servicios). De modo similar, el crecimiento de la ciudad de Londres, hasta alcanzar el millón de habitantes en 1801, fue debido más a los prolegómenos de la industrialización (al comercio y a las actividades financieras, por ejemplo) que a la propia industrialización.

A medida que fue teniendo lugar el desarrollo económico las ciudades crecieron porque se convirtieron en lugares económicamente eficientes. Por ejemplo, los centros comerciales reúnen en un mismo lugar a vendedores y compradores de bienes y servicios. De forma similar los centros industriales reúnen a las materias primas, a los trabajadores y al capital financiero necesario para la producción provechosa de bienes. Políticamente los centros urbanos son también eficientes ya que centralizan el poder permitiendo así una administración más eficaz de las bases sobre las que éste se sustenta. Las ciudades, en suma, permiten un desempeño más eficaz de las funciones de la sociedad que el que sería posible alcanzar si la población estuviera dispersa en el espacio. Como acertadamente escribe Mumford (1968): «No hay, en efecto, ninguna actividad urbana que no haya sido desempeñada con éxito en unidades aisladas en un entorno rural. Pero existe una función que sólo la ciudad puede realizar: la síntesis y sinergia de las múltiples y separadas partes, poniéndolas continuamente en contacto en un lugar de encuentro común donde es posible la relación directa cara a cara. El papel de la ciudad, pues, es incrementar la variedad, la velocidad, el alcance y la continuidad de las relaciones humanas».

La eficacia de las ciudades se debe en parte a que reducen los costes al reunir tanto a productores como a consumidores de una gran variedad de bienes y servicios. Al reducir los costes las ciudades permiten que aumenten los beneficios de la industria. Esos beneficios se traducen en mayores niveles de vida, por lo que no resulta sorprendente que, a medida que las ciudades se han industrializado, sus tasas de mortalidad hayan disminuido.

Las tasas de incremento natural son más altas en las ciudades de los países en vías de desarrollo de lo que lo fueron nunca en las de los países desarrollados y otro tanto ocurre con las tasas de incremento de la población rural. Así pues y dado que sigue dándose una sustancial migración desde el campo a la ciudad la transformación de los países menos desarrollados en sociedades predominantemente urbanas se está produciendo a un ritmo muy rápido. Dado que las interrelaciones entre urbanización, por un lado, y migración, mortalidad y fecundidad por otro, han experimentado algunos cambios a lo largo del tiempo merece la pena detenerse a considerarlas.

### **Migración a las ciudades**

De no haber sido por la migración, las ciudades del siglo XIX no habrían aumentado el tamaño de su población. En realidad, en ausencia de toda migración el predominio de las defunciones sobre los nacimientos habría dado lugar a una desurbanización. Por supuesto la migración se produjo porque el desarrollo

económico creó la demanda de una población humana que se satisfizo mediante la progresiva despoblación del campo. Las ciudades industriales fueron las que atrajeron mayores contingentes humanos, si bien las ciudades comerciales, incluso en países no industriales, generaron también una demanda de mano de obra, creando así oportunidades para que los individuos pudieran trasladarse desde las zonas rurales a las urbanas. Las ciudades de la mayoría de los países colonizados atestiguan este hecho. Por ejemplo a la migración se debe entre el 75 y el 100 por 100 del crecimiento total de las ciudades latino-americanas en el siglo XIX. En el sur de Asia y en África occidental el crecimiento de las ciudades fue estimulado también por los contactos comerciales con una economía europea en expansión. Por supuesto en los países altamente industrializados y urbanizados la población agrícola es tan reducida que el crecimiento demográfico de las ciudades (y también de los propios países) depende ahora del incremento natural de las áreas urbanas más que de la migración.

Aunque en sí misma constituye un importante fenómeno, la migración guarda también relación con la fecundidad, ya que los migrantes tienden a ser adultos jóvenes en edades reproductivas. Por otro lado, los migrantes procedentes de zonas rurales suelen terminar alcanzando niveles de fecundidad que son más reducidos que los prevalecientes en sus zonas de procedencia, pero más elevados que los típicos del entorno urbano a que se han trasladado. Por supuesto, el impacto sobre la fecundidad de la migración depende en alguna medida de que en la misma predominen los varones o las mujeres (o ninguno de los dos).

### **Proporción entre sexos en las ciudades**

En Norte y Suramérica y en Europa las mujeres tienden a ser más móviles que los hombres mientras que en África y Asia son más los hombres que las mujeres quienes migran desde las zonas rurales a las urbanas. Las diferencias en la proporción entre sexos de los migrantes vienen determinadas fundamentalmente por las oportunidades existentes de empleo para las mujeres. Entre las regiones del mundo en vías de desarrollo, América Latina es la única en la que el número de mujeres, en la corriente migratoria, supera al de hombres; se trata también de una zona en la que las oportunidades de empleo para las mujeres son mejores en las ciudades que en el campo (véase Boserup. 1970). La pauta predominante en la organización del trabajo agrícola en Europa, Norteamérica y Suramérica ha sido que el hombre realice la mayor parte del trabajo extra-doméstico, quedando las mujeres relegadas básicamente a los quehaceres domésticos, en cambio, en África y Asia, (incluyendo a los países árabes y a la India) la mujer ha tenido generalmente un papel más prominente en el trabajo agrícola cotidiano (y de modo especial en las empresas comerciales asociadas con los mercados de productos agrícolas, etc). Por lo tanto, parece una tesis razonable que, a medida que una economía se desarrolla y aumentan las oportunidades en las ciudades, las mujeres serán más sensibles que los hombres a dichas oportunidades si están implicadas menos activamente en la mano de obra agrícola. Por ejemplo, en los países de Europa, Norteamérica y Suramérica en que la actividad agrícola de las mujeres es reducida, las ciudades presentan una proporción entre sexos claramente feminizada.

### **Urbanización y mortalidad**

Según estimaciones de Davis (1973), la esperanza media de vida al nacer en la ciudad sueca de Estocolmo era en 1861-70 de sólo 28 años, sin embargo, para el conjunto de Suecia la esperanza de vida en esa época era de 45 años. Hemos visto ya en el Capítulo 6 que la capacidad de resistir a la muerte ha sido transmitida por los países industriales al resto del mundo, iniciándose en las ciudades el control de la mortalidad para, desde ellas, extenderse a las zonas rurales. Esta pauta de difusión del control de la mortalidad fue similar en los que hoy son países desarrollados, pero con una importante diferencia: cuando la mortalidad disminuye como respuesta al

desarrollo económico se producen a la vez cambios estructurales que tienden a reducir también la fecundidad, pero cuando el control de la mortalidad se introduce con independencia del desarrollo económico, deja de existir una fuente común para el descenso de la mortalidad y de la fecundidad, y así, mientras que la mortalidad decrece, la fecundidad permanece estable. El resultado es que en los países menos desarrollados, los niveles de fecundidad son hoy más elevados (tanto en las zonas rurales como en las urbanas) de lo que lo fueron en los que hoy son países desarrollados cuando éstos se encontraban en un momento comparable en el proceso de descenso de la mortalidad.

### **Urbanización y fecundidad**

Es casi un axioma en demografía que los niveles de fecundidad urbanos son más bajos que los rurales. Y por supuesto es asimismo cierto que la fecundidad es más elevada en los países menos desarrollados que en los desarrollados. Si juntamos estas dos generalizaciones podemos concluir que la fecundidad urbana será menor que la rural en los países menos desarrollados, pero mayor que la fecundidad urbana registrada en los países desarrollados. En las ciudades de los países menos desarrollados la alta fecundidad tiende en parte a persistir porque el entorno urbano es allí menos hostil a la reproducción que en épocas anteriores en otras regiones. Los países menos desarrollados cuentan a menudo con sistemas de seguridad social, viviendas subvencionadas, educación gratuita y clínicas infantiles y de maternidad accesibles. En todo caso la menor fecundidad que por regla general suele registrarse en los entornos urbanos merece algún mayor análisis.

Por lo general cabe pensar que las personas residentes en áreas urbanas diferirán claramente en sus formas de comportamiento de las residentes en entornos rurales. En el terreno demográfico tan importantes y obvias son en efecto, esas diferencias que el desnivel entre la fecundidad urbana y la rural constituye uno de los temas más sólidamente documentados en la literatura demográfica.

En Estados Unidos, en 1940, existían diferencias sustanciales en el número de hijos por mujer, según su lugar de residencia. Las mujeres residentes en zonas rurales, por ejemplo, tenían en cada edad a partir de los 19 años el doble, como mínimo, de hijos que las mujeres residentes en zonas urbanas.

En las zonas rurales, tener una familia grande puede ser útil (por la mano de obra que proporciona), pero aun cuando no fuera así, una forma de hacer frente al excesivo número de miembros es fomentar la migración hacia la ciudad. Una vez allí, los problemas potenciales de tener una familia grande se hacen más tangibles; además la vida urbana ofrece más alternativas a la vida familiar que la vida rural. En décadas recientes la antigua amplia divergencia entre los niveles urbanos y rurales de fecundidad se ha reducido a medida que la fecundidad en las zonas rurales ha disminuido en relación con la de las zonas urbanas. Ello refleja la creciente dependencia de las zonas rurales respecto de la producción y del estilo de vida urbanos.

Aunque la diferencia entre la fecundidad urbana y rural no sea ya, en Estados Unidos, la que solía ser, sigue sin embargo existiendo. En 1978 la fecundidad seguía registrando, en efecto, sus valores más elevados en las áreas rurales.

### **Un ejemplo mejicano**

Lo ocurrido en Izinizunizan, pequeño pueblo mejicano, puede servirnos de ilustración respecto del impacto de los procesos demográficos sobre la urbanización. Durante casi 400 años la población de Izinizunizan se mantuvo estable en torno a los 1.000 habitantes (Foster, 1967). A mediados de la década de 1940, es decir, aproximadamente en la época en que Foster comenzó a estudiar dicho pueblo, el tamaño de la población comenzó a aumentar lentamente como consecuencia del descenso experimentado desde finales de la década de 1930 por la tasa de

mortalidad. En 1940 la población contaba con 1.077 habitantes, la tasa de mortalidad era de 30 por 1.000 y la de natalidad de 47 por 1.000, lo que suponía una tasa de incremento natural del 17 por 1.000. Durante algún tiempo tuvo lugar una emigración en pequeña escala a nivel local para mantener el equilibrio entre la población y los recursos limitados del entorno, pero hacia 1950 la tasa de mortalidad había pasado a ser de sólo 17 por 1.000 mientras que la de natalidad había aumentado, como consecuencia de la mejora en la atención médica que redujo la incidencia de los abortos involuntarios y de la mortalidad fetal. Así en 1950 el pueblo contaba ya con 1.336 habitantes (Foster, 1967). Hacia 1970 la población se había nivelado en torno a los 2.200 habitantes (es decir, un año dos veces mayor que el de 1940); sin embargo de no ser porque la migración opera prácticamente como drenaje de todo el incremento natural registrado en Tzintzuntzan, su población volvería a duplicarse en unos 20 años.

¿Y qué es lo que tiene que ver el crecimiento de la población en un pequeño pueblo mejicano con la urbanización? La respuesta por supuesto, es que dio lugar a un movimiento migratorio hacia las ciudades: el 70 por 100 de todas las personas que abandonan Tzintzuntzan se dirigen a entornos urbanos, siendo la Ciudad de Méjico (situada a unos 370 kilómetros de distancia) el destino más frecuente. En el Capítulo 2, al examinar la teoría del cambio y respuesta demográficos, señalé que una de las primeras respuestas demográficas ante la presión poblacional es la migración. Pues bien, en Méjico, como en la mayoría de los países del mundo, la ciudad constituye su punto de llegada. Por otro lado, las características demográficas de los que marchan a la ciudad son las esperables: tienden a ser más jóvenes con un nivel educativo ligeramente mayor un mayor status ocupacional y espíritu más innovador que los no migrantes.

Para los tzinuntzeños, la migración a Ciudad de Méjico ha supuesto la elevación del nivel de vida de las familias que migraron, una alteración de la concepción del mundo tanto de adultos como de niños (en el sentido de un mayor espíritu de independencia y afán de logro) e, indirectamente, la “urbanización” del pueblo que dejaron atrás. Este último efecto se debe al hecho de que tener amigos y parientes en Ciudad de Méjico significa, para los habitantes del pueblo, adquirir conciencia de que forman parte de un mundo más amplio. Todos estos factores, en conjunto, hacen más fácil para cada generación de tzintzuntzenos la migración a Ciudad de Méjico, ya que éstos saben lo que allí pueden esperar hallar y a quién pueden recurrir en busca de ayuda.

El proceso de disminución de la mortalidad y de migración hacia las ciudades comenzó en Tzintzuntzan a finales de la década de 1930, cuando un proyecto gubernamental dotó al pueblo de agua corriente, electricidad y una carretera asfaltada que lo conectó con el mundo exterior (Kemper y Foster, 1975). En fechas más recientes. la política gubernamental de expansión del sistema escolar puede haber tenido el efecto de fomentar la migración, al elevar el nivel de aspiraciones de los individuos.

No obstante, lo que por ahora falta en el proceso de urbanización de los tzintzuntzenos es un descenso perceptible en la fecundidad. Poco se sabe acerca de la fecundidad de los que emigraron, pero entre los que permanecieron en el pueblo la fecundidad sigue siendo alta. Un factor fundamental en la reducción de la fecundidad de los emigrantes es que las mujeres encuentren trabajo. En Méjico. sin embargo, la tasa de participación femenina en la población activa es muy baja, por lo cual cabe pensar que dicho efecto sea mínimo. En líneas generales el impacto demográfico de la migración femenina es, por supuesto, doble, ya que cada mujer que emigra a la ciudad se lleva también allí consigo a sus posibles hijos. Si es económicamente activa, su nivel de fecundidad será más reducido que el de las mujeres que no trabajan y ello contribuirá a amortiguar el impacto de su migración. Sin embargo, si las mujeres jóvenes no pueden encontrar trabajo, aumentarán las probabilidades de que se casen y se dediquen a la familia y los hijos (como veremos en el Capítulo 13). Esto parece

ser, por ejemplo, lo ocurrido en Chile en la década de 1950, cuando se produjo un aumento sustancial en la tasa de natalidad de las áreas metropolitanas, y en cambio un aumento apenas perceptible en la de las zonas rurales. En efecto, entre 1952 y 1960 la tasa de fecundidad general aumentó de 3,42 a 4,46 en Santiago, la capital de Chile, mientras que en las zonas no urbanas aumentó solamente de 4,76 a 5,05. Una importante razón para este aumento de la tasa de natalidad parece haber sido el hecho de que el lento crecimiento de la economía (en relación con el incremento de la población entre 1952 y 1960) redujo las oportunidades laborales de las mujeres (Weeks, 1970). A medida que la proporción de mujeres integradas en la población activa disminuye, aumenta la proporción de las que se dedican exclusivamente a la vida familiar, con el consiguiente aumento de la fecundidad.

Hasta ahora he considerado los inputs demográficos sobre el proceso de urbanización, analizando la forma en que mortalidad, migración y fecundidad interactúan para producir el crecimiento de la ciudad y la transformación de la sociedad rural en urbana. Pero, ¿cuáles son las consecuencias de la urbanización para las condiciones de vida de los hombres?

## **IMPACTO DE LA URBANIZACIÓN SOBRE LAS CONDICIONES DE VIDA**

Las ventajas de las ciudades son, por supuesto, las que las hacen atractivas y las que por ejemplo explican, al menos parcialmente, la transformación de Estados Unidos desde una sociedad predominantemente rural a otra fundamentalmente urbana en el espacio de unas pocas generaciones. El impacto negativo de la urbanización sobre la condición humana representa el conjunto de consecuencias no queridas que impiden que la ciudad sea todo lo atractiva que, de otra forma, podría ser.

Las ventajas de la ciudad se han traducido por lo general en un nivel de ingresos más elevado para sus habitantes que para los campesinos. De hecho tiende incluso a ser cierto que cuanto mayor la ciudad, más elevados los ingresos de sus habitantes. Esta diferencia en los niveles retributivos ha constituido, y sigue constituyendo, incuestionablemente una motivación fundamental para trasladarse a las ciudades y permanecer en ellas. Lo cual no equivale a decir que la gente prefiera necesariamente vivir en la ciudad; lo contrario puede, en realidad, ser más cierto. A lo largo de la historia norteamericana ha sido frecuente la denuncia de los vicios y miserias de la vida urbana y la ciudad ha sido a menudo comparada desventajosamente con la existencia pastoril (véase Fiseher, 1976: cap. 2). Por supuesto, los individuos reconocen las ventajas de la ciudad, y los norteamericanos prefieren vivir cerca de una ciudad, aunque no dentro de ella. En un estudio se indica que en las encuestas de opinión realizadas desde 1948 se detecta que una amplia mayoría de norteamericanos indican preferir vivir en zonas rurales o en ciudades y pueblos pequeños. Sin embargo, cuando, en 1971, Zuiehes y Fuguitt añadieron por primera vez una pregunta en el cuestionario referida al deseo de residir cerca de una ciudad grande, dichas preferencias rurales generales se hicieron más específicas. En efecto, según los datos de su encuesta, el 61 por 100 de todas las personas que declararon preferir vivir en zonas rurales o en ciudades pequeñas indicaron asimismo el deseo de no residir más lejos de 30 millas (unos 50 kilómetros) de un centro urbano. En general los norteamericanos aspiran, a la vez, a la libertad de espacio que ofrece el campo y a las ventajas económicas y sociales de la ciudad. Las zonas suburbanas constituyen, por supuesto, la solución de compromiso.

### **El proceso de suburbanización en Estados Unidos**

#### **Segregación residencial**

En 1899 Adna Weber observó que las ciudades norteamericanas estaban empezando a suburbanizarse, es decir, a crecer en sus zonas circundantes. Sin

embargo, hasta la década de 1920 el proceso de suburbanización no tomó realmente impulso. Rawley (1972) ha señalado que entre 1900 y 1920 la gente seguía concentrándose en el centro de las ciudades: sólo después de 1920 las zonas suburbanas comenzaron a aumentar de forma regular en población con mayor rapidez que el centro de las ciudades. Dos factores guardan relación con la suburbanización: el deseo de los norteamericanos de vivir en las zonas menos congestionadas situadas en las afueras, y la posibilidad de hacerlo (resultado, esto último, del aumento en el nivel general de riqueza y de la existencia de autobuses y automóviles. Vid. Tobin. 1976).

Estos dos medios de transporte han introducido un componente de flexibilidad geográfica impensable cuando quienes marchaban a residir a las zonas suburbanas dependían exclusivamente del tranvía para trasladarse desde sus hogares a su lugar de trabajo en la ciudad.

Desde los años veinte hasta la década de 1960 el proceso de suburbanización prosiguió su desarrollo gradual en Estados Unidos (y, de hecho, en la mayor parte de las ciudades del mundo). El impacto al respecto del automóvil queda gráficamente reflejado en el dato siguiente: en 1975, en Estados Unidos, el 85 por 100 de cuantos trabajaban acudían a su trabajo en automóvil (turismo, camión o furgoneta). Por término medio los trabajadores norteamericanos recorren una distancia de unos 15 kilómetros hasta llegar a su lugar de trabajo, invirtiendo en ello, en promedio, 20 minutos (1979). Con el tiempo, sin embargo, el viaje cotidiano desde el suburbio a la ciudad, sobre el que tanto se ha escrito, ha cedido el lugar al traslado cotidiano desde una zona suburbana a otra distinta a medida que muchas empresas han ido adoptando la pauta general de abandonar el centro urbano. En 1975, por ejemplo, el 12 por 100 de cuantos trabajaban viajaban diariamente desde una zona suburbana al centro urbano, 25 por 100 desde una zona suburbana a otra, 5 por 100 desde el centro urbano a alguna zona suburbana, siguiendo el resto alguna otra pauta distinta.

En la década de 1970 el proceso de suburbanización experimentó una innovación: crecimiento más allá de los suburbios. Como señalé en el Capítulo 7, en los años setenta cesó el vaciado de las áreas no metropolitanas en Estados Unidos, pasando éstas por el contrario a experimentar un nuevo vigor, llegando incluso a crecer tan deprisa como las zonas suburbanas (en términos porcentuales, ya que no en números absolutos). Una parte al menos de este crecimiento quizá corresponda a un proceso de ulterior suburbanización de la élite suburbana. Esta hipótesis puede quedar en parte confirmada por el hecho de que quienes se mudan a las áreas no metropolitanas suelen tener un nivel más elevado de ingresos que quienes lo hacen a las zonas metropolitanas (U.S. Bureau of Census, 1979k). Por otro lado ocurre que a lo largo de los últimos años han ido disminuyendo las diferencias, en cuanto a características socio-demográficas, entre los residentes en el centro urbano y los residentes en las zonas suburbanas. Así pues, quizá algunos individuos hayan considerado que para poder diferenciarse de los demás debían irse a vivir más allá de las zonas suburbanas. De forma más general cabe asimismo asociar esta pauta con el proceso de huida de la población blanca y de segregación residencial.

Aunque el suburbio se ha convertido en un elemento legendario de la sociedad norteamericana el proceso de suburbanización ha sido protagonizado casi exclusivamente por la población blanca. Por ejemplo, en 1970 en 15 grandes zonas estudiadas por Farley (1976), el 58 por 100 de la población blanca vivía en los suburbios, frente a sólo el 17 por 100 de la población no blanca. A medida, por otro lado, que crecían las zonas suburbanas, la composición racial de la población residente en el centro de las ciudades experimentó asimismo cambios espectaculares. Desde los años treinta, en efecto, la proporción de blancos residentes en el centro urbano ha ido disminuyendo progresivamente, mientras aumentaba de forma acusada la proporción de negros, sencillamente, mientras la población blanca se suburbanizaba, la población negra experimentaba un rápido proceso de urbanización.

Entre 1910 y 1930 tuvo lugar un importante proceso migratorio de población negra

desde el sur hacia las ciudades del Norte y del Oeste. La población urbana negra creció a lo largo de dichos 20 años en más de un 3 por 100 anual. Al tiempo que la población rural experimentaba una disminución no sólo en términos relativos, sino también en términos absolutos. Las razones de esta migración desde las zonas rurales eran fundamentalmente de orden económico. El descenso experimentado en la demanda mundial de los productos agrícolas sureños proporcionó el factor de expulsión. Operaron también factores de atracción tales como la demanda de mano de obra existente en las ciudades del Norte y del Oeste, demanda que podía ser satisfecha a bajo coste con la emigración desde el Sur de población negra. Durante la Depresión la urbanización de la población negra experimentó una ralentización, pero al comienzo de la Segunda Guerra Mundial la mitad de la población negra norteamericana vivía ya en ciudades (la población blanca había alcanzado ese mismo nivel de urbanización 30 años antes). Tras la Segunda Guerra Mundial la urbanización (y consiguiente desruralización) de la población negra reemprendió su marcha a un ritmo superior incluso al registrado tras la Primera Guerra Mundial. Así, en 1960, la población negra era urbana en un 58 por 100 en el Sur y en un 95 por 100 en el Norte y en el Oeste. Esta urbanización reciente se debe no sólo a la recuperación de la economía tras la guerra, sino también al hecho de que al haberse restringido severamente la migración internacional (véase Capítulo 7) aparecieron para los negros oportunidades en el mercado de trabajo que antes eran aprovechadas por los emigrantes europeos.

La concentración de población negra en las zonas centrales más viejas dentro de las ciudades se ve agravada por el hecho de que su tasa de incremento natural es más elevada que la de la población blanca (véase Capítulo 9). Dado que en Estados Unidos la tasa de mortalidad tiende a ser sólo ligeramente más elevada entre los negros que entre los blancos (véase Capítulo 6), dicha mayor tasa de incremento natural se explica exclusivamente por la existencia de un alto nivel de fecundidad entre la población negra residente en el centro de las ciudades. La consecuencia de este proceso de urbanización de los negros, de sus tasas urbanas de incremento natural y de la relativamente mayor suburbanización de los blancos es una mayor segregación dentro de las áreas urbanas entre las poblaciones blanca y negra.

La segregación de los individuos en barrios distintos sobre la base de sus diferentes características sociales (tales como raza, ocupación o nivel de ingresos) constituye un rasgo muy frecuente en las sociedades humanas. En Estados Unidos, sin embargo, la segregación residencial a partir de la raza es mucho más intensa que la segregación a partir de cualquier otro rasgo. Por ejemplo, Farley (1976), ha demostrado que tanto dentro de las áreas predominantemente blancas como de las predominantemente negras existe un grado sustancial de segregación residencial a partir de rasgos tales como el nivel educativo, la ocupación o el nivel de ingresos y esto tanto en el centro como en los suburbios. La ciudad de Detroit proporciona a este respecto un ilustrativo ejemplo: en 1970 habría sido preciso hacer cambiar de residencia a más de un tercio de todos sus habitantes (tanto blancos como negros) con titulación universitaria para lograr una distribución residencial equilibrada en todas las zonas de la ciudad, de los licenciados universitarios. En cambio habría sido preciso hacer cambiar de zona de residencia al 91 por 100 de todos los licenciados universitarios de raza negra para lograr una situación de integración residencial racial de los titulados universitarios (Farley, 1976).

Los componentes demográficos de la suburbanización no explican, por supuesto, la segregación residencial; simplemente señalan su existencia. Una de las explicaciones más aceptadas se basa en la idea de que «la ordenación de status se efectúa en la sociedad a través de la imposición de distancias sociales» (Berry et al., 1976:249). El status social de los negros norteamericanos ha sido, históricamente, más bajo que el de los blancos. Dicha ordenación de status solía ser mantenida simbólicamente a través de mecanismos tales como uniformes, alojamientos separados, etc., que eran lo suficientemente obvios como para permitir la existencia

de una distancia social aun cuando negros y blancos viviesen en estrecha cercanía física. Sin embargo, a medida que la población negra fue abandonando el Sur trasladándose a las zonas urbanas industriales, muchos de tales símbolos negativos de status quedaron también atrás. En consecuencia la segregación espacial viene a servir de medio para mantener la distancia social allí donde la "etiqueta" es decir, el reconocimiento de los símbolos denotativos de distancia social, ha quedado diluida. Así pues, a medida que los negros han mejorado su nivel educativo y de ingresos y su status ocupacional, los blancos han conseguido mantener la distancia social a través de la segregación residencial facilitada por la suburbanización.

¿Cambiará esta situación en el futuro? Probablemente no. La población negra estadounidense está experimentando en la actualidad un aumento en su tasa de suburbanización, pero el número real, en términos absolutos, de negros que se mudan a los suburbios sigue siendo pequeño. Por otro lado las pautas de segregación residencial tienden a persistir incluso en los suburbios. Farley ha señalado que «resulta difícil imaginar que se produzcan cambios abruptos en estas pautas en el futuro inmediato» (1976:36). Berry y sus coautores se han hecho eco de esta idea, indicando que «resulta improbable que en los años venideros tenga lugar una integración residencial sustancial por raza tanto en los centros de las ciudades como en las zonas suburbanas» (1976:262).

### **Otros aspectos del entorno urbano**

No todo el mundo recela de las ciudades. Sus partidarios pueden constituir una minoría, pero una minoría sin duda selecta dentro de la sociedad norteamericana (otro tanto cabe decir respecto de otras sociedades). Las personas que más tienden a preferir vivir en ciudades son más jóvenes mejor educadas y con ocupaciones de status más elevado que las que prefieren vivir fuera de las áreas metropolitanas. Este proceso selectivo resulta indicativo de lo que la ciudad ofrece: educación, ocupaciones de status elevado y oportunidades de movilidad social, sobre todo para los más jóvenes.

Estas características son justamente las que, en muchos lugares del mundo, hacen aún más deseable la migración hacia la ciudad. En Africa, por ejemplo, la educación ha constituido la clave de la movilidad social, y según distintas encuestas ésta es justamente una de las motivaciones más importantes para emigrar del campo a la ciudad (Hance, 1970). El amor que norteamericanos y europeos parecen sentir por el campo no es compartido en Africa. Según Hance (1970: 18), muchos africanos «en cuanto tienen siquiera una educación primaria consideran que el trabajo agrícola (o incluso a veces cualquier trabajo físico) no constituye ya una ocupación apropiada. De hecho, parte de la juventud africana percibe la vida del campesino, en la que el individuo se encuentra sometido a fuerzas físicas ajenas a su control, como la más miserable que pueda existir, mientras que la vida urbana parece ofrecer la liberación y el rápido avance social».

Si bien es cierto que las ciudades ofrecen oportunidades culturales y económicas no encontrables en ningún otro lugar, sus habitantes a veces contraponen dichas ventajas a uno de los inconvenientes más unánimemente percibidos en la creciente urbanización: la aglomeración.

### **El impacto de la aglomeración urbana**

Durante siglos la aglomeración humana en las ciudades resultó sin lugar a dudas perjudicial para la salud. El amontonamiento de personas dentro de viviendas insalubres en ciudades sucias contribuyó a elevar la tasa de mortalidad. Por otro lado, y como a menudo es el caso, a medida que las ciudades fueron alcanzando tamaños sin precedentes en la Europa del siglo XIX la mortalidad se dejó sentir entre sus habitantes con fuerza desigual. Entre los económicamente bien situados la mortalidad disminuyó más deprisa. Las zonas en que se amontonaban personas con ingresos

más bajos quedaron en cambio marcadas «por el nauseabundo olor de la enfermedad, por el vicio y el crimen» (Weber, 1899:414).

Cuando los primeros estudiosos de los efectos de la urbanización (como por ejemplo Weber y Bertillon) hablaban de aglomeración y sobreaglomeración tenían en la cabeza un concepto de densidad relativamente simple: número de personas por habitación, o por manzana o por kilómetro cuadrado. Weber señala así que el Censo de Inglaterra de 1891 «considera que existe sobre-aglomeración en todos los alojamientos ordinarios que tienen más de dos ocupantes por habitación, incluyendo dormitorios y cuartos de estar» (1899:416). Para Weber el remedio para los efectos nocivos (sic) de la aglomeración de personas es sencillo: «la existencia de una cierta cantidad de aire y espacio para cada ocupante de una habitación evitará algunos de los peores efectos del amontonamiento: la abundancia de agua, una buena pavimentación y el alcantarillado harán que las condiciones sanitarias sean buenas».

La delincuencia y el vicio se asocian a menudo a la vida urbana. Lo cierto en todo caso es que, en Estados Unidos al menos, las tasas de criminalidad son más elevadas en la ciudad que en el campo. Pero ¿qué es lo que hay en la aglomeración de personas que pueda explicar las diferencias de conducta social encontrables entre las zonas urbanas y las rurales? La respuesta a esta cuestión requiere previamente una definición más específica del término «aglomeración».

La definición más simple de aglomeración es esencialmente demográfica y alude a la densidad: relación entre el número de personas y el espacio físico. A medida que son más y más las personas que ocupan un área determinada aumenta la densidad en la misma y por consiguiente la aglomeración. En esas condiciones, ¿qué cambios cabe esperar en la conducta? En un texto publicado en 1905, Georg Simmel sugirió que la aglomeración produce «una intensificación de la estimulación nerviosa» (1905:48) que origina una situación de stress a la que la gente se adapta reaccionando cerebral y no emocionalmente. «Ello supone que los habitantes de la ciudad tienden a convertirse en personas intelectualizadas, racionales, calculadoras y emocionalmente despegadas las unas de las otras» (Fiseher, 1976:30). Tenemos así un primer esbozo del concepto de «urbanismo» (entendido en el sentido de que la aglomeración urbana origina cambios en la conducta), concepto utilizado frecuentemente con implicaciones negativas.

Quizá la formulación más famosa de las consecuencias negativas de la ciudad se encuentre en el artículo de Louís Wirth "Urbanism as a Way of Life" (1938). En dicho artículo, Wirth sostenía que el resultado del urbanismo es el aislamiento y la desorganización de la vida social, Para este autor la densidad fomenta la impersonalidad y la explotación de unas personas por otras, Durante dos décadas nadie cuestionó la tesis de Wirth. Como ha señalado Hawley, «en un breve artículo Wirth condicionó así la interpretación de la densidad para toda una generación de científicos sociales» (1972:524). La idea de que el aumento de la densidad de población tiene efectos secundarios nocivos quedó en un segundo plano durante algún tiempo para resurgir con fuerza considerable en los años sesenta a raíz de un informe realizado por Calhoun sobre la conducta de ratas de laboratorio en condiciones de aglomeración.

**La aglomeración entre ratas:** Aun cuando Calhoun había iniciado en 1947 sus estudios sobre los efectos de la aglomeración en las ratas, no fue sino en 1958 cuando inició sus experimentos más famosos (cuyos resultados fueron publicados en 1962). En un granero situado en Rockville, en el estado de Maryland, Calhoun diseñó una serie de experimentos en los que varias poblaciones de ratas podían moverse libremente en condiciones que hacían posible su observación detallada pero sin ninguna influencia humana en la conducta de cada una de ellas con los demás.

Calhoun construyó cuatro compartimentos, cada uno de ellos con todos los accesorios precisos en la vida normal de las ratas, separados por mamparas electrificadas. Inicialmente ocho crías de rata fueron colocadas en cada compartimento y cuando se hicieron adultas Calhoun instaló rampas entre cada

compartimento. A partir de ahí el experimento adquirió una dinámica propia en cuanto a los efectos del crecimiento de la población en una superficie limitada. Normalmente las ratas tienen una forma de organización social bastante simple, consistente en grupos de 10 a 12 individuos, ordenados jerárquicamente, que defienden un mismo territorio. Generalmente un macho domina el grupo y el status de cada miembro del grupo se refleja en la cantidad de territorio que se le concede.

Cuando las 32 ratas iniciales se convirtieron en 60, uno de los machos dominantes se adueñó de cada uno de los dos compartimentos extremos, estableciendo harenes de 8 a 10 hembras. Las ratas restantes quedaron agrupadas en los dos compartimentos centrales, donde surgieron problemas de congestión en los comederos. Cuando la población pasó de 60 a 80 ratas las pautas de conducta degeneraron en lo que Calhoun denominó un «colapso de comportamiento»: la aglomeración de animales dio lugar a graves distorsiones de la conducta. El comportamiento siguió siendo sustancialmente normal en los dos compartimentos de los extremos en los que cada macho dominante defendía su territorio durmiendo al pie de la rampa, pero en los dos compartimentos centrales se produjeron importantes cambios en la conducta sexual, en la referida al anidamiento y en la referida al territorio. Algunos machos se hicieron sexualmente pasivos; otros por el contrario se hicieron sexualmente hiperactivos, persiguiendo inmisericordemente a las hembras. Las hembras mostraron síntomas de desorganización en sus hábitos de anidamiento construyendo nidos muy deficientes, dejando mezclarse a las camadas y perdiendo la pista de sus crías. La mortalidad de éstas aumentó significativamente. Por último los machos parecieron haber perdido su sentido de la territorialidad. Al no tener espacio que defender, los machos de los dos compartimentos centrales sustituyeron al territorio por el tiempo y así tres veces al día se peleaban en torno al comedero.

Cabe resumir el estudio de Calhoun diciendo que entre las ratas por él estudiadas, la aglomeración (es decir, el incremento en el número de ratas dentro de una superficie fija) dio lugar a la disrupción de importantes funciones sociales y a la desorganización social. Estos cambios en la conducta social se presentaron asociados a síntomas de stress psicológico, como por ejemplo cambios en el sistema hormonal como consecuencia de los cuales resultaba difícil a las hembras llevar sus embarazos a término y cuidar de las crías. La importante pregunta que cabe ahora plantear es: ¿cabe interpretar este comportamiento de las ratas como una indicación de cuál podría ser la respuesta a la aglomeración por parte de los humanos?

**Los humanos a nivel macro social:** Las graves distorsiones de la conducta observadas por Calhoun en las ratas no han sido nunca observadas entre seres humanos. Sin embargo, estudios recientes parecen sugerir que a nivel grupal (o macro social) el aumento de la densidad poblacional (como resultado, fundamentalmente, del crecimiento del tamaño de la población) tiene algunas consecuencias predecibles entre los humanos. Por ejemplo, Mayhew y Levinger (1976:98) señalan que a medida que aumenta el tamaño de una población cabe esperar que lo haga también la proporción de interacciones violentas: «las oportunidades estructurales para el homicidio, el robo o el asalto violento aumentan en tasa creciente con cada aumento del agregado poblacional». Sencillamente, hay más personas con las que tener conflictos y al mismo tiempo es cada vez menor la proporción de personas sobre las que ejercemos un control social directo (que podría disminuir las probabilidades de que un conflicto derivara en violencia). El aumento del tamaño poblacional lleva a una mayor superficialidad y transitoriedad en las interacciones humanas, es decir, a un mayor anonimato. Según Mayhew y Levinger «dado que los seres humanos son por naturaleza organismos finitos, que disponen de una cantidad finita de tiempo que dedicar al flujo total de señales y estímulos que reciben, el resultado inevitable es que la cantidad media de tiempo que pueden dedicar a un volumen de contactos cada vez mayor (...) es una función decreciente del tamaño del grupo. Esto es algo que ocurrirá solamente por azar» (1976:100).

Dado que ninguna persona tiene tiempo para desarrollar relaciones personales

intensas (es decir, relaciones primarias) más que con unos pocos individuos, cuanto mayor sea el número de éstos que entren en su vida menor será la proporción de ellos con los que pueda mantener un trato intenso. Esto da lugar a menudo a una situación de stress personal generado por el hecho de tener que estar continuamente escogiendo entre la amplia masa de contactos humanos posibles. A mayor número de individuos, mayor la variedad de expectativas que los demás mantienen respecto de mí, y de obligaciones que yo tengo hacia ellos. Los problemas derivados justamente de no tener bastante tiempo para tratar a todos los que deberíamos tratar, y de la existencia de expectativas contradictorias respecto de nuestro comportamiento se traducen en la aparición de una "tensión de rol", es decir, en la conciencia de la dificultad de cumplir con las obligaciones del propio rol. La mayoría de los problemas derivados del tamaño de la población parecen darse sobre todo en las grandes zonas metropolitanas, y allí es en todo caso donde revisten mayor intensidad. Pero también las comunidades rurales experimentan un incremento en la densidad de la interacción social a medida que aumentan de tamaño.

Dado que el crecimiento de la población está asociado con una más intensa interacción, el no crecimiento de la misma debería suponer un alivio de la situación. En un estudio sobre el impacto del no crecimiento sobre las áreas metropolitanas norteamericanas Rust, en efecto, pudo observar que dichas comunidades cuentan a menudo con intensos lazos de relación de carácter religioso, familiar y étnico. En las mismas «la incidencia de enfermedades debidas al stress es baja. Su nivel de influencia es mínimo. La vivienda es barata y abundante y en muchos casos ocupada en propiedad» (1975:2t8).

A la hora de considerar los efectos de la aglomeración no basta con fijarse en el tamaño y en la densidad de la población. La aglomeración es más un proceso que un estado de cosas. Se trata, por naturaleza, de algo que es más una experiencia personal que una simple cuestión de densidad humana (Baum y Davis. 1976). En otras palabras si la aglomeración es nociva es porque dos personas que en otras circunstancias pueden tener reacciones similares reaccionan en cambio de forma diferente cuando se encuentran inmersas en una aglomeración. La forma en que reaccionamos ante una concentración creciente de gente depende de dos cosas: de que percibamos dicha situación como una aglomeración y de nuestra experiencia personal previa en situaciones similares. Esta dimensión del fenómeno de la aglomeración corresponde así a un nivel individual o micro-social.

**Los humanos al nivel microsocial:** Desde Weber a Calhoun los estudios sobre la aglomeración pusieron el énfasis en un concepto de densidad definido en base a dos variables: espacio físico y población. Los trabajos posteriores de Somer (1969) y Hall (1966) añadieron el concepto de espacio personal al concepto de espacio físico. La idea del espacio personal viene a ser que cada uno de nosotros vive inmerso en una especie de burbuja que nos separa de los demás y en la que cualquier intromisión nos origina tensión. Esta burbuja de espacio personal es un fenómeno socialmente definido, y por tanto varía en tamaño de una culturas a otras. Por ejemplo, mientras charlan amistosamente dos turcos estarán casi cara con cara, mientras que dos norteamericanos se mantendrán al menos a un metro de distancia uno de otro.

La lista de estudios sobre las reacciones de la gente ante la violación de su idea del espacio personal (es decir, de sus expectativas respecto del grado de acercamiento físico personal de los otros) es ya bastante larga (véase al respecto Fiseher, 1976). La gente no experimenta necesariamente tensión en un vagón de metro o en un ascensor congestionado porque esto es algo con lo que uno se puede esperar encontrar, pero un individuo experimentará sin duda incomodidad si una persona desconocida se sitúa pegada a él en un ascensor en que ambos fuesen los únicos ocupantes o si alguien se le sienta justamente al lado en una biblioteca, un restaurante o un parque en el que no hubiese nadie más. En todos esos casos se produce una violación del espacio personal: la otra persona ha actuado de una forma no usual que nos produce incomodidad. Ahora bien, mientras haya alguna escapatoria

posible será fácil mitigar nuestra sensación de incomodidad y tensión. Esto nos lleva a añadir un nuevo elemento a la definición de aglomeración: el tiempo.

La aglomeración alude al número de personas por espacio por unidad de tiempo utilizamos a menudo el término congestión para designar situaciones de muy alta densidad que se producen durante espacios de tiempo relativamente cortos, por ejemplo, el tráfico en horas punta, los comedores colectivos a mediodía o los grandes almacenes en vísperas de fiesta. Precisamente este tipo de congestión es el que daba lugar al "colapso del comportamiento" estudiado por Caihoro una congestión ante la que no hay escapatoria la importancia de que exista una posibilidad de escapatoria es que proporciona una forma inmediata de aliviar la ansiedad o el estrés a que pudiera dar lugar un creciente nivel de aglomeración. En otras palabras, permite un retorno inmediato a una situación de menor aglomeración. Sin embargo a medida que la gente marcha a vivir a las ciudades o que aumenta el tamaño de la familia con el nacimiento de hijos, el nivel absoluto de aglomeración experimentado diariamente a nivel personal puede aumentar disminuyendo al tiempo las posibilidades de escapatoria.

Sin lugar a dudas los factores culturales contribuyen a definir el grado de aglomeración que un individuo puede tolerar sin experimentar sus efectos nocivos. Resulta asimismo importante distinguir entre los conceptos de alta densidad (que es fundamentalmente lo que hemos estado considerando aquí) y de sobreaglomeración (que suele ser definido como un número excesivo de personas por habitación). De hecho la mayor parte de los investigadores parten del supuesto de que cuanto mayor el número de personas por hogar, mayor el número de obligaciones y exigencias y por tanto mayor la sensación de aglomeración. Al objeto de comprobar los efectos de dicha aglomeración personal (definida simplemente como el número de personas por habitación). En 1979 realizaron una encuesta en Chicago a una muestra de 2.035 entrevistados. Entre otras cosas hallaron que cuanto mayor el nivel de aglomeración mayor su impacto negativo sobre las relaciones hostiles dentro del hogar y, en general, sobre la salud mental de sus miembros. Esta relación se mantenía inalterada aun controlando los datos por factores tales como la raza, el sexo, la edad, la educación, el nivel de ingresos y el estado civil.

A pesar de la aparente validez del análisis realizado por Gove y sus colaboradores, su conclusión de que la aglomeración tiene un efecto nocivo sobre la conducta humana constituye más la excepción a la regla que la regla misma. La mayoría de los investigadores, en efecto, no han tenido, por lo general, éxito al intentar establecer ese tipo de relación.

¿Por qué resulta tan difícil establecer más pruebas del daño fisiológico y psicosociológico que produce la aglomeración? Probablemente por la capacidad del ser humano para salir adelante, es decir, para adaptarse a nuevas estructuras. Es en realidad durante ese proceso de adaptación cuando aparece la ansiedad y el estrés. Si la aglomeración resulta nociva para la existencia humana lo más probable es que sea el proceso de aglomeración, más que la alta densidad en sí misma, lo que origine ese efecto pernicioso. Así las cosas el proceso de aglomeración puede ser percibido de la misma forma que cualquier otro proceso de cambio (social, demográfico, etc.). El fallecimiento de una persona querida nos exige un esfuerzo de adaptación. Asimismo, el nacimiento de un hijo origina problemas de reorganización familiar y la migración requiere el aprendizaje de toda una serie de nuevas actividades sociales. La aglomeración de personas en las ciudades no constituye así un fenómeno peculiar. En realidad, resulta improbable que sea más dañino para la existencia humana que cualquiera de los otros cambios que experimentamos en nuestras vidas.

## **RESUMEN Y CONCLUSIONES**

La urbanización es el proceso mediante el cual una sociedad pasa de depender básicamente del campo a hacerlo básicamente de la ciudad. Se trata de un proceso

que acompaña casi siempre estrechamente al desarrollo económico. Esto, por sí solo, basta para sugerir la estrecha conexión teórica existente entre la urbanización y los procesos demográficos. Aunque la migración desde el campo hacia la ciudad constituye un aspecto básico de la urbanización, la mortalidad y la fecundidad guardan también con ésta una importante relación, a la vez como causas y como consecuencias. La presión demográfica creada en las zonas rurales por el descenso de la mortalidad y las oportunidades económicas ofrecidas por las ciudades han estado, históricamente, vinculadas a la urbanización. Por otro lado en la actualidad la mortalidad tiende generalmente a ser más baja en las ciudades que en las zonas rurales, lo que permite la existencia de tasas de incremento natural urbano superiores a las registradas en el pasado.

El desarrollo de los países industrializados está lleno de ejemplos de cómo la vida urbana contribuye a generar las dos primeras de las tres precondiciones señaladas por Ansley Coale para que pueda producirse un descenso en la fecundidad: la aceptación de la elección calculada como un elemento en las decisiones personales sobre el tamaño familiar y la percepción de ventajas en tener familias pequeñas (véase Capítulo 5). Los niveles de fecundidad son aún menores en las ciudades norteamericanas que en las zonas rurales; pero en las ciudades de los países menos desarrollados la fecundidad urbana, pese a ser inferior a la rural, es a menudo mucho mayor que la que se registra en las ciudades del mundo desarrollado. El resultado es que en los países del tercer mundo las ciudades están creciendo muy rápidamente sin que ello conlleve una variación proporcional del porcentaje de personas residentes en entornos urbanos. En consecuencia, el crecimiento de las ciudades y el desarrollo económico no están vinculados entre sí tan estrechamente como la urbanización y el desarrollo.

Pese a todo, el alto nivel de urbanización de los países industriales y el cada vez más alto de los países menos desarrollados indican la importancia de este fenómeno. En general cabe decir que las consecuencias beneficiosas más directamente perceptibles son las que tienen que ver con la existencia de niveles de vida más elevados en las ciudades que en las zonas rurales. Las consecuencias perniciosas (delincuencia, impersonalidad, etc.) parecen deberse más al puro y simple tamaño de la población que a cualquier otro factor derivado de la aglomeración. Aunque por definición las ciudades son lugares con alta densidad de población, no parece que ello origine en las personas trastornos metabólicos o sociales importantes. Cabe también pensar que ningún ser humano se ha visto nunca expuesto a niveles de aglomeración similares a los padecidos por las ratas en el célebre experimento de Calhoun. Los humanos parecemos adaptarnos a la alta densidad poblacional mediante la definición y defensa de nuestro propio espacio personal.

## Capítulo 13

El crecimiento poblacional, la mujer y la familia.

Condiciones demográficas que facilitan la dominación masculina.

Factores demográficos que facilitan que la mujer tenga un status más elevado.

La influencia de la mortalidad, de la fecundidad de la urbanización.

Los Estados Unidos como ejemplo.

La independencia económica, elemento clave del status.

El status de la mujer y la fecundidad.

¿Por qué la elevación del status de la mujer afecta a la fecundidad?

¿Guardan alguna relación los factores demográficos con las actitudes hacia la liberación de la mujer?

Participación con la población activa y fecundidad.

Maternidad adolescente.

La situación en otros países.

El status de la mujer y la familia.

Posposición del matrimonio.

Aumento de la cohabitación.

Aumento de la ilegitimidad.

Aumento de la tasa de divorcio.

Descenso del número de nuevos matrimonios.

El futuro de la familia en los países industrializados.

Resumen y conclusiones.

## EL CRECIMIENTO POBLACIONAL, LA MUJER Y LA FAMILIA.

No tuvo tiempo para ser ella porque estaba demasiado ocupada con el cuidado de sus hijos y de su marido: una historia corriente, a fin de cuentas, que sirve sin embargo, de punzante recordatorio de la íntima relación existente entre el crecimiento demográfico y el papel desempeñado por la mujer en la sociedad. Durante miles de años (como poco, hasta el siglo XIX) la elevada mortalidad hizo necesaria la existencia de familias grandes. Esto unido a la relativa situación de dependencia de las mujeres durante el embarazo y el postparto dio lugar a una situación claramente desventajosa para las mujeres. Sin embargo en años recientes se han producido cambios significativos en el status y en el papel social de la mujer así como en el tamaño y organización de la unidad familiar, sobre todo en las sociedades industrializadas.

Aun cuando no existe una inequívoca relación de causa-efecto entre el cambio demográfico y los cambios en el rol de la mujer y en la organización de la familia, el abordar estos temas desde una perspectiva demográfica nos permitirá comprenderlos mejor. A tal efecto examinaré primero aquellos factores demográficos que tienden a facilitar la dominación de los hombres sobre las mujeres. Analizaré después los factores demográficos que en mi opinión, han contribuido a erosionar esa dominación y a elevar el status de la mujer alterando su rol social. Después daré la vuelta a la cuestión y consideraré la forma en que los cambios en el status y en el rol de la mujer pueden ser factores importantes para el mantenimiento de un nivel bajo de fecundidad (prolongando así lo ya visto en el Capítulo 5). En la segunda mitad del capítulo analizaré la interrelación existente entre los cambios demográficos y las variaciones en la estructura familiar, prestando especial atención a los cambios en la familia y a las alteraciones en el rol de la mujer.

El componente demográfico, pese a su importancia es a menudo ignorado. El lector debe tener claro, sin embargo, que no estoy tratando de crearle la impresión de

que el cambio demográfico es necesariamente la «fuerza motriz» principal tras los restantes cambios sociales que tienen lugar, mi idea es más bien que el cambio demográfico constituye probablemente una causa necesaria, pero no suficiente, de los cambios que tienen lugar tanto en la familia como en la vida de las mujeres. El movimiento de liberación de la mujer constituye, por derecho propio, un fenómeno social que, sin lugar a dudas, ha inspirado muchos de los cambios producidos. Por otro lado, todo un conjunto de fuerzas sociales han influido en la remodelación de la familia acaecida en las sociedades industriales. Dicho esto, debo indicar que mi objetivo en este capítulo es más bien limitado. No me propongo examinar todas las facetas del movimiento de liberación femenina ni todas las dimensiones del cambio familiar. Lo que voy a intentar hacer es proporcionar al lector un ejemplo de cómo la consideración desde una perspectiva demográfica de una de las principales cuestiones sociales contemporáneas puede añadirle una importante dimensión.

### **CONDICIONES DEMOGRÁFICAS QUE FACILITAN LA DOMINACIÓN MASCULINA**

El lector está ya, sin duda, familiarizado con el hecho de que las presiones pronatalistas suelen ser especialmente fuertes en las sociedades caracterizadas por altos niveles de mortalidad y de fecundidad. En dichas áreas resulta preciso tener varios hijos simplemente para garantizar que sobrevivan los suficientes para reemplazar a la generación adulta. Así pues, un componente del status social de la mujer es que, en una situación de alta mortalidad, su vida tiende a estar dominada por la gestación, crianza y cuidado de los hijos dependiendo estrechamente su posición social del éxito que alcance en esas tareas.

Por otro lado, la existencia de un alto nivel de mortalidad significa que la actividad reproductiva debe comenzar, en la mujer, a una edad temprana, ya que el riesgo de defunción, incluso para un adulto, puede ser lo suficientemente alto como para que la sociedad no pueda permitir que esos primeros y más fértiles años reproductivos sean “desperdiciados” en actividades distintas de la construcción de la familia.

En una sociedad premoderna con una esperanza de vida de unos 30 años, una tercera parte de todas las mujeres de 20 años fallecen antes de cumplir los 45, haciendo por tanto imperioso que el período reproductivo comience lo antes posible. Sin embargo una de las ironías de las sociedades de alta mortalidad es que la menarquia tiende a producirse a edades más tardías que en las sociedades con baja mortalidad como consecuencia de deficiencias dietéticas y de problemas sanitarios. El período reproductivo no suele empezar en ellas antes de los 18 ó 19 años, ahora bien, una vez iniciado se ponen en marcha fuertes presiones sociales tendentes a garantizar la continuidad de los embarazos.

Las mujeres que se casan jóvenes y empiezan a tener hijos pueden verse así sujetas a una doble maldición : habrán de pasar más años cargadas con los hijos y se encontrarán en una posición más vulnerable que facilitará su dominación por los hombres. Los hombres no necesitan casarse tan jóvenes como las mujeres, dado que no son ellos los que tienen los hijos y que, por otro lado, permanecen fértiles durante más tiempo. Cuanto más viejo y socialmente más experimentado sea un marido en relación con su mujer, más fácil le será dominarla. No es una coincidencia que en los países musulmanes de Oriente Medio, donde el grado de libertad de las mujeres es probablemente menor que en cualquier otro lugar del mundo, los maridos sean por término medio ocho años más viejos que sus mujeres. En Estados Unidos, en cambio, los maridos apenas son, por término medio, un año y medio más viejos que sus mujeres.

### **FACTORES DEMOGRÁFICOS QUE FACILITAN QUE LA MUJER TENGA UN STATUS MÁS ELEVADO.**

### **La influencia de la mortalidad, la fecundidad y de la urbanización.**

Tres son los procesos demográficos que han permitido a las mujeres ampliar su rol social: el descenso de la mortalidad, la caída de la fecundidad y el mayor grado de urbanización. La creciente liberación de la muerte temprana experimentada por los seres humanos constituye uno de los principales factores que han influido en el aumento del status social de la mujer. En la primera mitad del siglo XIX la esperanza de vida al nacer para las mujeres estadounidenses era de unos 40 años, lo que suponía que cada recién nacida contaba sólo con un 30 por 100 de probabilidades de alcanzar la edad de jubilación (es decir, los 65 años). Por otro lado, de cada 100 mujeres con 20 años de edad sólo el 45 por 100 podía esperar seguir viva a los 65.

En cambio en 1974, una mujer norteamericana tenía al nacer un 81 por 100 de probabilidades de sobrevivir hasta la edad de jubilación (como ya vimos en el Capítulo 6); y de cada 100 mujeres con 20 años de edad, 83 seguirán vivas a los 65 años. En consecuencia, y dado que las mujeres y los niños tienen ahora muchas más altas probabilidades de supervivencia que en otras épocas la presión para (o al menos la necesidad de) iniciar a edad temprana el período reproductivo y tener varios hijos puede experimentar una reducción. El descenso de la mortalidad no significa que se hayan evaporado las presiones sociales en favor de la procreación. Este dista mucho de ser el caso, como veremos más adelante. Pero sí es cierto que existen mayores probabilidades de que haya disminuido su fuerza. De hecho en la actualidad la aceptación social en Estados Unidos de que una mujer pueda quedarse soltera es mayor que nunca antes en su historia.

La mayoría de las mujeres casadas norteamericanas dedican ahora sus vidas a hacer más cosas que tener y criar hijos, ya que el número de éstos es menor que en las generaciones anteriores y por otro lado ellas viven más años. Una mujer media norteamericana que entre los 20 y 30 años tenga un hijo dedicará, en el mayor de los casos, unos 30 años a su gestación y crianza. Ese tiempo es, sin embargo, mucho más corto que el que realmente tendrá de relativa (y en realidad creciente) independencia respecto de sus obligaciones familiares: en efecto, si sus hijos están distanciados entre sí en dos años y si tuvo el primero a los 20 años, entonces cuando ella cumpla 28 años su hijo más pequeño pasará ya todo el día en el colegio, y a ella le quedarán aún 50 años más de vida. ¿Puede entonces resultar sorprendente que las mujeres hayan buscado alternativas al cuidado de la familia?

Estos descensos en la mortalidad y en la fecundidad guardan ambos relación con el desarrollo económico y éste, a su vez, con la urbanización. La mortalidad disminuyó en las ciudades antes que en las áreas rurales (Capítulo 6) y por otro lado el entorno urbano suele estar casi siempre asociado a niveles de fecundidad más bajos que los registrados en las áreas rurales (Capítulo 12). A diferencia del campo, la ciudad proporciona oportunidades ocupacionales, tanto a hombres como a mujeres, cuya consecuencia implica un desplazamiento del matrimonio (y por tanto un potencial descenso de la fecundidad) y un número deseado de hijos dentro del matrimonio más bajo. Otros aspectos del entorno urbano, y de forma particular la mayor dificultad para encontrar en él viviendas espaciales, pueden contribuir también a reducir el tamaño familiar en las ciudades.

La urbanización supuso inicialmente un proceso migratorio desde las zonas rurales a las urbanas. Para las mujeres migrantes ello significó quedar liberadas de las presiones pro-matrimoniales y pro-natalistas que quizá existían en sus hogares paternos. La migración puede así haber incrementado la capacidad individual de adaptación al entorno social de las áreas urbanas, donde los hijos tienden a ser menos valorados. Desde la perspectiva de una madre también es cierto que en las modernas sociedades urbanas e industriales el volumen de la migración puede, por sí solo, reducir su grado de implicación activa diaria con sus hijos adultos y con sus nietos. Como ya vimos en el Capítulo 7, los jóvenes adultos son especialmente

propensos a migrar, y cada uno de los que cambia de lugar de residencia puede muy bien dejar atrás a una madre. Esto no significa, por supuesto, que ésta sea menos feliz, pero sí supone que dispondrá de más tiempo libre para buscar ocupaciones alternativas y para poner en cuestión las normas sociales que prescriben que las mujeres tengan un status más bajo que los hombres y menores oportunidades para trabajar fuera del hogar.

Es posible que el proceso de urbanización ocasionara inicialmente, en el mundo occidental, un aumento en el grado de dependencia de la mujer antes de contribuir a su liberación. La razón para ello es que en Occidente el desarrollo económico abrió, generalmente, menos oportunidades de empleo urbano para las mujeres que para los hombres. Al mismo tiempo la vida en la ciudad reduce a las mujeres que permanecen en el hogar a actividades domésticas no pagadas en contraste con lo que ocurre en la sociedad rural donde la mujer tiene a menudo la oportunidad de trabajar en la agricultura y en la venta de sus productos.

Así pues, la mujer urbana desempleada puede verse reducida a desempeñar un papel económico en su familia más reducido que el de la mujer agrícola. En tales circunstancias y a medida que la esperanza de vida de las mujeres urbanas aumenta y que su actividad procreadora disminuye la falta de actividades alternativas no puede sino traducirse en presiones a favor de un cambio.

Quiero insistir una vez más en que la mortalidad, la fecundidad y la urbanización constituyen factores necesarios, pero no suficientes para originar la actual elevación del status de la mujer en las sociedades industrializadas. Es necesario, además, las circunstancias que actúen como catalizador de tales factores demográficos subyacentes. Los movimientos feministas han proporcionado dicha fuerza catalítica.

### **Los Estados Unidos como ejemplo**

Si bien en Estados Unidos la mortalidad y la fecundidad han estado disminuyendo desde el siglo XIX y la urbanización ha ido produciéndose a lo largo de todo ese tiempo, no fue sino durante la Segunda Guerra Mundial cuando se produjo la combinación particular de circunstancias económicas y demográficas que permitió cobrar impulso a la tendencia hacia la igualdad de los sexos.

La demanda de armamento y de otro material bélico a comienzos de la década de 1940 se produjo justamente al tiempo del masivo alistamiento de varones en el ejército, originándose así una creciente demanda de mano de obra civil prácticamente en todos los sectores. En épocas anteriores esta demanda hubiera sido satisfecha mediante la inmigración de trabajadores extranjeros, pero la Ley de inmigración Reed-Johnson promulgada en los años veinte (véase Capítulo 7) había establecido un sistema de cuotas nacionales que limitaba fuertemente la inmigración. Los únicos países a los que correspondían cuotas lo suficientemente grandes como para haber permitido un mayor flujo migratorio se hallaban a su vez implicados en la guerra y no constituían por tanto una fuente potencial de mano de obra.

La falta de varones y de inmigrantes para satisfacer la demanda de mano de obra vino así a abrir el camino para la integración de las mujeres en la población activa. Desde por lo menos el comienzo de este siglo la proporción de mujeres solteras que buscaba, y efectivamente encontraba, trabajo había sido sustancial, cada año entre el 45 y el 50 por 100 de las mismas eran económicamente activas. Pero a comienzos de la década de 1940 el número de mujeres solteras resultó insuficiente para satisfacer las necesidades del mercado laboral, en parte porque la mejora de la economía había facilitado también el matrimonio temprano. Así pues, fueron sobre todo las mujeres de más edad, es decir, las que habían dejado ya atrás su etapa reproductiva, las que en mayor medida respondieron a la hora de cubrir el déficit de mano de obra existente. Fueron estas mujeres las que abrieron un nuevo camino para el empleo femenino en Estados Unidos.

El cambio mayor en la tasa de participación en la población activa se registra entre las mujeres de 45 a 54 años. Si tenemos en cuenta que más del 92 por 100 de las

mismas estaban casadas, esto representó obviamente, una ruptura con el pasado. ¿Quiénes eran esas mujeres? Eran las madres del período de la Depresión, es decir, las madres que tuvieron que renunciar a las familias grandes que deseaban (véase Capítulo 5) para poder salir adelante en una de las peores crisis económicas de la historia de Estados Unidos. Se trataba, pues, de mujeres que tenían familias más reducidas que las que tuvieron sus madres y que en consecuencia estaban más predispuestas a participar en la fuerza de trabajo. Ahora bien, el tamaño ideal de la familia seguía siendo, en Estados Unidos, de más de tres hijos y al mejorar la economía los bajos niveles de fecundidad de los años treinta cedieron el paso a niveles más elevados durante los años cuarenta y los cincuenta. Las mujeres que durante la Depresión tuvieron familias pequeñas abrieron así la puerta al empleo de las mujeres casadas, pero las mujeres más jóvenes no aprovecharon esas nuevas oportunidades en las décadas de 1940 y 1950. De hecho, entre 1940 y 1950 la tasa de participación en la población activa de las mujeres de 25 a 34 años disminuyó en realidad en un 4,5 por 100. Las mujeres de esas edades, en efecto, se dedicaban más a casarse y tener hijos que a buscar un trabajo remunerado. Entre 1940 y 1950 el porcentaje de mujeres de 20 a 24 años que estaban casadas pasó del 53 al 68 por 100. En 1940 la tasa de fecundidad total era en Estados Unidos de 2,3 hijos; diez años más tarde había subido a 3,2 (es decir, había aumentado en casi un hijo por mujer). Pero no terminó ahí el incremento: a la altura de 1960 la tasa de fecundidad total había alcanzado los 3,7 hijos por mujer. El baby boom de la postguerra supuso, sin embargo, una anomalía en la historia demográfica norteamericana, una especie de gran repecho en el largo camino hacia la baja fecundidad. A finales de la década de 1960 el número de hijos por mujer reemprendió su pauta descendente.

## **LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA, ELEMENTO CLAVE DEL STATUS**

En la mayoría de los sistemas sociales las personas que pueden ocuparse de sí mismas y tienen dinero bastante para ser autosuficientes disfrutan de mayor libertad, y de un status más elevado que quienes dependen económicamente de otros. A su vez, entre los económicamente independientes suele existir una jerarquización, tendiendo los niveles de ingresos más altos a asociarse con status más elevados que los ingresos bajos. El punto de partida, en todo caso, lo constituye el ser independiente, y cada vez son más las mujeres que lo alcanzan.

Entre 1955 y 1977 se produjo un incremento sustancial en el número total y en la proporción de mujeres norteamericanas que trabajaban y tenían ingresos propios. En 1955, por ejemplo, por cada cien varones empleados a tiempo completo durante todo el año, sólo había 28 mujeres, cifra que en 1977 pasó a ser de 49 mujeres. Este aumento de la participación en la población activa se debió básicamente a las mujeres jóvenes. Las tasas correspondientes a las mujeres de más edad siguieron aumentando en la década de 1950 como lo habían hecho en la de 1940: pero en las décadas de 1960 y 1970 se produjo una incorporación en cantidades récord de mujeres jóvenes a la población activa. Por supuesto, el simple hecho de tener trabajo no garantiza sin más a una persona el tener un nivel de ingresos satisfactorio. En 1977 el salario medio de las mujeres que trabajaban a tiempo completo durante todo el año suponía sólo el 58 por 100 del salario de los varones en similares circunstancias. Como consecuencia de ello el 32 por 100 de los hogares cuyo cabeza de familia era una mujer se encontraban por debajo del nivel de pobreza, frente a sólo el 6 por 100 de los hogares cuyo cabeza de familia era un hombre.

¿Por qué existen estas diferencias de ingresos por sexo? La respuesta es que las mujeres están discriminadas tanto respecto del tipo de trabajos que pueden conseguir como de la retribución que perciben (Halaby, 1979). Como ya vimos en el Capítulo 9, las mujeres que trabajan tienden a estar concentradas en un haz bastante reducido de categorías ocupacionales. En Estados Unidos existen muy pocas mujeres que sean obreras de la construcción; pero en cambio entre los enfermeros, los maestros de

enseñanza primaria y los cajeros de banco la mayoría son mujeres. Incluso dentro de una misma ocupación las mujeres ganan menos que los hombres. En 1977 entre los contables que trabajaban a tiempo completo durante todo el año los del sexo femenino ganaban, en promedio, 11.155 dólares anuales, y los del masculino 17.312. En la Industria manufacturera los administradores del sexo femenino ganaban en promedio 11.277 dólares, y los del masculino 22.523. Incluso en el caso de los tenedores de libros (entre los que las mujeres tienden a predominar numéricamente) existían claras diferencias por sexo las mujeres ganaban 8.516 dólares frente a 13.520 los hombres. Estas diferencias parecen indicar que incluso desempeñando la misma ocupación las mujeres tienden a tener menos poder que los hombres (England, 1979). A este respecto parece interesante señalar que incluso en la Unión Soviética, donde tanto la ideología política como la ley consagran el principio de igualdad de salario a igualdad de trabajo, las mujeres sólo ganan aproximadamente el 65 por 100 de lo que, a igualdad de condiciones, ganan los hombres (Swafford, 197B).

En el fondo del túnel parece sin embargo brillar una luz, ya que los datos disponibles muestran claramente que la situación de las mujeres ha experimentado alguna mejora. Aun cuando en 1977 el 32 por 100 de los hogares que tenían por cabeza de familia a una mujer se encontraban por debajo del nivel de pobreza, esto en realidad constituía un avance respecto de 1960, fecha en que dicho porcentaje era del 42 por 100. Ya que estamos con este tema, resulta interesante señalar que las probabilidades de que un hogar con una mujer como cabeza de familia se encontrara en 1977 por debajo del nivel de pobreza, eran directamente proporcionales al número de hijos que dependían de esa mujer. Así, los hogares sin hijos sólo tenían un 9 por 100 de probabilidades de estar por debajo del nivel de pobreza; pero si la madre cabeza de familia tenía tres hijos, entonces dichas probabilidades alcanzaban el 54 por 100. Por último, prácticamente todos (el 80 por 100) los hogares que, teniendo una madre como cabeza de familia, contaban con cinco o más hijos se encontraban por debajo de dicho nivel (U.S. Bureau of Census, 1979m).

## **EL STATUS DE LA MUJER Y LA FECUNDIDAD**

Desde un punto de vista demográfico, un aspecto importante de la mejora en el status de la mujer es su potencial efecto inhibitorio de la fecundidad. Al examinar esta relación son dos las preguntas que surgen: (1) ¿Por qué el cambio en el status de uno de los sexos afecta a la fecundidad?; (2) ¿Qué pruebas existen de que realmente esto sea así?

### **¿Por qué la elevación del status de la mujer afecta a la fecundidad?**

La respuesta a esta pregunta constituye una ampliación de las teorías explicativas de la baja fecundidad consideradas en el Capítulo 5 ya que combina el enfoque social y el económico de la baja fecundidad. La explicación se basa en la idea de que si los costes de tener un nuevo hijo son percibidos como superiores a las ventajas, entonces una mujer que tenga ya dos hijos decidirá no tener un tercero; si tiene seis decidirá no tener el séptimo, etc. . . En dichos costes hay dos aspectos, cada uno de los cuales guarda una relación diferente con el status de la mujer. Los costes de cosas tales como los bienes de consumo (construirse una casa, comprarse una embarcación, etc.) pueden constituir una motivación para que la pareja, con independencia del grado de libertad personal de la mujer, limite su fecundidad. El deseo de las parejas de obtener determinados bienes materiales y de alcanzar (y aparentar, mediante un consumo ostentoso) un alto nivel de vida ha constituido, en efecto, un componente importante en la tendencia a largo plazo hacia la disminución de la natalidad registrada en los países industrializados. Dicho deseo ha contribuido a su vez a la mejora del status de la mujer al liberar una mayor parte de su tiempo y energías como individuos para actividades no familiares, como ya hemos visto antes en este capítulo.

Ahora bien, a medida que han aumentado para las mujeres las alternativas a la vida familiar (es decir, a medida que les ha sido posible optar entre permanecer solteras o sin hijos o proseguir una carrera) la procreación ha pasado a implicar un nuevo tipo de coste.

Cuando las mujeres no tenían en general la posibilidad de alcanzar un alto nivel educativo, una carrera profesional prestigiosa y un nivel de ingresos alto, el renunciar a estas cosas no era percibido lógicamente como un precio a pagar por tener hijos. Pero cuando esas posibilidades existen, el renunciar a ellas, o el aplazarlas, para en cambio criar una familia puede ser percibido como un sacrilegio. Resulta así aparente una vez más la estrecha interrelación existente entre la fecundidad y el status de la mujer: a medida que la fecundidad ha ido disminuyendo, las mujeres han ido disponiendo de más tiempo libre que dedicar a actividades vitales alternativas: y a medida que el número y el atractivo de estas alternativas ha ido aumentando también lo han hecho los costes de tener hijos.

Las ventajas, o beneficios, de tener hijos son menos tangibles pero no por ello menos importantes que los costes. Entre otras cosas incluyen una sensación de satisfacción psicológica y de ser realmente adulto, así como una mayor integración en la familia y en la comunidad. Estos dos últimos aspectos corresponden a una amplia categoría de recompensa con que la sociedad premia a la paternidad: la aprobación social. Como ya vimos en el Capítulo 5, en toda sociedad existe una considerable presión social para que la gente se case y tenga hijos, ya que mientras los hombres sigan siendo mortales ninguna sociedad puede descuidar la reproducción. Obviamente una sociedad con un bajo nivel de mortalidad se preocupará menos por esta cuestión que una sociedad con alta mortalidad, pero para que cualquier sociedad siga existiendo es preciso que un número suficiente de niños nazca, sea criado y socializado. Para garantizar que esto ocurra efectivamente así todas las sociedades han institucionalizado las presiones pro-natalistas (es decir, las presiones para que la gente se case y tenga hijos), y éstas suelen ser tan extendidas, sutiles y asimiladas que la gente suele considerar su decisión de tener hijos como voluntaria. Y sin embargo nada más lejos de la realidad. Como ha señalado Blake (1972), la procreación constituye una conducta prescrita para las mujeres norteamericanas, es decir, incuestionablemente la norma o pauta de conducta considerada como preferible. ¿Qué es lo que nos lleva a plegarnos a cumplir tales normas? En primer lugar, desde que nacemos somos socializados tanto en el aprendizaje de las mismas como en considerarlas justas. En segundo lugar, el proceso cotidiano de interacción con otros nos pone en contacto constante con el proceso de reforzamiento de las normas, dado que los demás se ven afectados por como actuemos nosotros. Así, según sea nuestra conducta, nos premiarán con su aprobación o nos castigarán con su rechazo.

Por otro lado, la mayor parte de la gente se encuentra a gusto en una familia con hijos ya que, por definición, todos nos hemos criado en un ambiente en el que, por lo menos, había un niño. Así pues, el tener hijos nos permite revivir, y aun compensar, nuestra propia infancia: recreamos el pasado y a través de nuestros hijos tratamos de quitarnos las espinas de los posibles fracasos que como adultos podamos experimentar. En un sentido más instrumental, los hijos suelen constituir un medio de establecer relaciones sociales en una comunidad a través del colegio, de los deportes organizados o de las actividades de grupo. Las ventajas de la procreación consisten fundamentalmente en la satisfacción personal y social que proporciona, ya que en la sociedad norteamericana son ciertamente escasas, por no decir ninguna, las ventajas económicas que se derivan del hecho de tener hijos.

Desde su más tierna infancia cada uno de nosotros ha estado expuesto a las ventajas y a los costes de tener y criar hijos. Uno de los mejores índices del resultado en cada persona, de este cálculo interno de los pros y contras de la vida familiar lo proporciona el rol social correspondiente a su sexo con el que se identifica. Esta identificación suele ser conceptualizada en forma de un continuo que en un extremo

tiene lo que cabría designar como orientación tradicional y en el opuesto la orientación moderna. En el caso de la mujer la identificación con un rol social femenino tradicional suele estar asociada con la percepción de que las ventajas del matrimonio y de la familia superan con mucho a sus costes. La mujer con una orientación tradicional probablemente no aspira a alcanzar una educación avanzada, o una carrera o una independencia económica, sino que se siente personalmente realizada casándose de forma tradicional (probablemente a una edad muy joven) y teniendo tantos hijos como ella y su marido piensan que pueden permitirse tener.

La mujer situada en el polo opuesto de la escala percibe en cambio más costes que ventajas en la procreación. En consecuencia y muy probablemente tenderá a posponer el matrimonio (si es que se casa) hasta haber completado sus estudios y haber maximizado sus oportunidades ocupacionales manteniendo abiertas todas sus opciones. Su carrera y su independencia económica le permitirán así con toda probabilidad tener un status igual o superior al de su marido (si es que finalmente se casa) y no es probable que desee alterar esta situación teniendo hijos.

La mayoría de las mujeres norteamericanas probablemente se encuentren en un punto medio dentro de ese continuo, es decir, en una posición en la que el coste de tener hijos se evalúa en términos de oportunidades perdidas pero en la que las ventajas de tenerlos son percibidas asimismo como demasiado grandes como para poder ignorarlas. Esto puede dar lugar a toda una serie de fórmulas de compromiso que permitan mantener baja la fecundidad sin llegar a eliminarla por completo. Algunas de estas opciones incluyen el aplazamiento del matrimonio para completar la educación e iniciar una carrera profesional y luego interrumpir ésta para tener una familia pequeña. O bien la mujer puede decidir casarse a una edad temprana, tener una familia pequeña y luego dedicarse a alguna actividad alternativa -opción ésta que la existencia de una baja mortalidad hace posible- o, como es cada vez más frecuente, la mujer puede decidir proseguir su carrera profesional y al mismo tiempo criar uno o dos hijos. Cualquiera que sea el camino escogido, la mujer que se identifica con un rol social femenino que enfatice a la vez la minimización del coste de tener hijos y la maximización de sus ventajas es ya una persona liberada de la inmersión total en la vida doméstica, pero que sigue percibiendo a la familia como una fuente de aprobación social y de gratificación personal. Dado que en Estados Unidos la diferencia entre que el número medio de hijos por mujer sea de uno o de tres equivale sencillamente a la diferencia entre una población decreciente y otra que duplica su tamaño cada 47 años, la variación que pueda darse incluso dentro de las familias pequeñas resulta de gran importancia. En definitiva, la elevación del status de la mujer resulta crucial para el futuro del tamaño de la familia y, por tanto, del crecimiento de la población. A medida que los costes de tener hijos superen a las ventajas (situación que quedará reflejada en una mayor «modernización» del rol social femenino con el que se identifiquen las mujeres) el tamaño de la familia disminuirá. Dichos costes aumentarán a medida que las alternativas a la procreación que se abran a las mujeres aumenten en cantidad y calidad, y a medida que éstas aumenten sus posibilidades de independencia económica.

### **Participación en la población activa y fecundidad**

En 1980 casi una de cada dos mujeres estaba integrada, en Estados Unidos, en la población activa. Treinta años antes, en 1950, esa proporción no llegaba a una de cada cuatro. El elemento más llamativo en este aumento de la participación femenina en la población activa registrado en los años sesenta y setenta es el incremento experimentado por el porcentaje de mujeres con hijos menores de 3 años empleadas fuera del hogar. Por ejemplo, entre 1950 y 1977 la tasa de participación en la población activa aumentó en un 95 por 100 para el conjunto de las mujeres casadas, pero lo hizo en un 259 por 100 para las que tenían hijos muy pequeños. Los cambios en las actitudes prevalecientes en la sociedad respecto de la aceptabilidad de que una

madre con hijos trabaje, facilitaron sin duda este proceso. Esta liberalización de las actitudes se debió en parte a un factor específicamente demográfico: la disminución de las enfermedades infantiles graves y de la mortalidad infantil. Hoy día es en efecto mucho menos probable que un niño contraiga una enfermedad que le obligue a guardar cama durante largo tiempo y que exija una atención más intensa, y extensa, por parte de sus padres (Hoffman, 1975). Por otro lado, el aumento en la participación en la población activa de mujeres con hijos pequeños viene a reforzar las normas sociales que definen como deseable a una familia pequeña. Como ya vimos en el Capítulo 5, en las sociedades industriales la mayoría de los individuos declara hoy preferir una familia con dos hijos. En consecuencia la mujer que decida tener una familia pequeña no se verá presionada, como antes, por el ambiente para tener más de uno o dos hijos. La iniciación del ciclo reproductivo no implica ya, por tanto, necesariamente, una sucesión permanente de embarazos. La mujer puede así, si lo desea, suspender durante algún tiempo su participación en la población activa, o quizá incluso seguir trabajando mientras tiene y cuida a sus hijos.

A pesar de que el porcentaje de madres que trabajan ha aumentado, sigue siendo cierto en alguna medida que los roles sociales de padre/madre y trabajador/a tienden a ser incompatible. El hecho de que las dos terceras partes de todas las mujeres casadas y con hijos pequeños no trabajen refleja probablemente esa incompatibilidad. Sin embargo, en caso de necesidad económica (por ejemplo, cuando la mujer enviuda, se separa o se divorcia) tenemos que más de la mitad de las que tienen hijos menores incluso de 3 años se encuentran trabajando. Esta incompatibilidad de roles puede ayudar a explicar la constante relación negativa existente entre fecundidad y participación en la población activa.

Utilizando datos procedentes del Estudio nacional longitudinal sobre la experiencia laboral de las mujeres jóvenes, Waite y Stolzenberg señalan «que entre las mujeres que planean estar trabajando a los 35 años, el tamaño familiar esperado es inferior, en promedio, en 0,767 hijos al de las mujeres que no esperan estar formando parte de la población activa a los 35 años» ( 1976:247). Su análisis permitió además comprobar a estos autores que «los planes de procreación y de participación en la población activa tienden a estar ya establecidos antes del matrimonio y que la relación entre los planes de trabajo y la fecundidad esperada es básicamente la misma entre las mujeres jóvenes casadas y las solteras" (Waite y Stolzenberg. 1976:250). Llegan así a proponer la hipótesis de que el efecto inverso de los planes de trabajo sobre la fecundidad aumenta desde los 19 a los 29 años porque durante ese periodo mejora en las mujeres el conocimiento de las exigencias de la maternidad y su información acerca de las oportunidades laborales. En consecuencia nuestro razonamiento es que la medida en que las mujeres limitan su fecundidad esperada para adaptarlas a sus planes de empleo aumenta a medida que van cumpliendo años.

La relación existente entre participación en la población activa y fecundidad se complica por el hecho de que no todos los trabajos son iguales; naturalmente algunos son más prestigiosos y requieren una mayor implicación que otros. Goyal y sus colaboradores (1976) encontraron en una encuesta realizada en 1971 en Ohio que entre los protestantes de raza blanca y una vez controlados los datos por edad, educación y duración del matrimonio las mujeres dedicadas a profesiones liberales habían tenido, en promedio, 1,9 hijos, frente a 2,4 las mujeres que desempeñaban tareas administrativas o trabajaban como vendedoras y 2,9 las mujeres que eran trabajadoras manuales. El nivel de ingresos guarda relación con el status de la ocupación y así encontramos que cuanto más gana una mujer mayores las probabilidades de que tenga pocos hijos. La conclusión que parece desprenderse es que quizá sólo los trabajos personalmente más gratificantes (que son los que están más asociados con un nivel educativo elevado) conduzcan a una fecundidad más baja (Hoffman, 1975).

En conclusión, «tanto de forma tangible como de manera intangible el nivel educativo, el tipo de trabajo y la retribución proporcionan beneficios (es decir no

tenerlos sería un coste) que reducen la motivación para tener hijos. Del análisis de Scanzoni se deduce también que entre las mujeres que trabajan es mayor la probabilidad de que exista una concepción moderna del rol social femenino que entre las que no trabajan, asimismo, entre las que trabajan, el grado de modernidad de la concepción del rol social de la mujer guarda una estrecha relación con el grado de prestigio del trabajo y con su nivel retributivo. Resulta claro por tanto que la liberación del rol tradicional femenino conduce a una fecundidad más baja porque los hijos pueden significar una traba para la educación, el trabajo y la capacidad adquisitiva de la mujer (esto es a lo que se denomina costes de oportunidad de la procreación).

En Estados Unidos existen datos bastantes para avalar la idea de que la igualación del status del hombre y la mujer debe contribuir a mantener baja la fecundidad, aun cuando no fuera realmente la causante del descenso experimentado por ésta. La pregunta que inevitablemente surge es si cabe esperar que una elevación del status de la mujer en los países menos desarrollados y con alta fecundidad suponga una reducción del nivel de fecundidad, siendo así que en realidad parece haber sido más bien el descenso mismo de la fecundidad el que, en Estados Unidos, permitió la elevación del status de la mujer. En otras palabras, ¿pueden las mujeres liberarse de la dominación masculina sin que haya tenido antes lugar el tipo de desarrollo económico y social experimentado por las naciones hoy industrializadas? La respuesta a ambas cuestiones es un sí condicionado. En mi opinión no es precisa la existencia de niveles bajos de fecundidad, aunque probablemente sí la de niveles más bajos de mortalidad, para que pueda producirse un cambio en las actitudes de, y hacia, las mujeres. Por otro lado, si se logra cambiar la forma en que la gente percibe al mundo (lo cual sin lugar a dudas constituye una tarea monumental) se habrá logrado con toda probabilidad influir indirectamente sobre el nivel de fecundidad.

¿Y cómo se puede influir sobre la percepción del mundo que tienen los individuos? Un elemento clave para lograrlo es la educación así como que las mujeres tengan libertad para permanecer solteras y sin hijos hasta haber completado sus estudios y haber establecido sus propias alternativas. Cualquiera que sea la sociedad que consideremos, uno de los principales obstáculos para la independencia femenina, y por tanto para lograr una baja fecundidad, es, sin lugar a dudas, la maternidad adolescente.

### **Maternidad adolescente**

Los roles adecuados para el propio sexo se aprenden a una edad temprana. Las niñas aprenden a ser mujeres y los niños a ser hombres, las niñas a ser madres y los niños a ser padres. La familia es una institución inherentemente pronatalista ya que prácticamente todos los hijos, incluso aquéllos cuyo nacimiento no estaba planeado, son deseados al nacer. Esto significa que los padres de cada niño tienden a valorar la paternidad, al menos en alguna medida; en consecuencia lo probable es que los hijos sean socializados en los roles y valores de la paternidad. En otras palabras, para la mayoría de los niños, y desde edades muy tempranas, resultarán muy obvias las ventajas de la procreación y la aprobación social que encuentra la paternidad. En cambio las alternativas a la procreación y a la crianza de los hijos no se hacen tan obvias sino mucho más adelante. Sólo cuando los jóvenes empiezan a desligarse de la familia en la que crecieron tienen probabilidades de evaluar de forma realista las opciones vitales que como adultos se les abren. Cuanto antes efectúe una persona (sobre todo una mujer) su elección entre las distintas alternativas, más probable resulta que escoja el matrimonio. Por el contrario, aunque una persona termine por casarse (como de hecho hace aproximadamente el 95 por 100 de los norteamericanos U.S. Bureau of Census. 1975b), si aplaza el matrimonio hasta después de la adolescencia aumentan las probabilidades de que pueda adquirir una percepción propia del rol social de su sexo y de que su evaluación de los costes y ventajas de la procreación la inclinen a preferir una familia pequeña.

Cuando una adolescente se casa o tiene un hijo se le cierran muchas oportunidades que, en caso contrario, hubiera podido tener. Las probabilidades de terminar sus estudios, de proseguir una carrera profesional o de llegar a ser económicamente independiente quedan gravemente reducidas. En cambio se elevan considerablemente las probabilidades de que acabe teniendo una familia superior en tamaño a la media. Por ejemplo, los datos del Censo estadounidense de 1970 muestran que entre las mujeres casadas por primera vez entre 1955-1964 sólo el 36 por 100 de las que se casaron con 14 a 17 años de edad habían completado en 1970 el bachillerato. En otras palabras, aún después de 6 a 15 años de matrimonio entre las mujeres que se casaron siendo adolescentes seguían predominando las que no tenían el título de bachiller. En cambio, entre las mujeres que pospusieron su matrimonio solamente hasta los 15 años el 71 por 100 había terminado el bachillerato. En cambio, sólo el 2 por 100, entre estas últimas, tenían también un título universitario, mientras que entre las mujeres que pospusieron su matrimonio hasta los 23 ó 24 años el 80 por 100 eran bachilleres y el 20 por 100, además, licenciadas universitarias.

Mientras otras mujeres continuaban estudiando, las que se casaron jóvenes tenían hijos. En 1970, incluso controlando los datos por la edad que en esa fecha se tenía, las mujeres casadas por primera vez entre los 14 y los 17 años habían tenido un número de hijos superior en un 20 por 100 al tenido por las mujeres que se casaron entre los 22 y los 24 años. He de señalar que no sólo las casadas adolescentes tienen más hijos que las mujeres que posponen su matrimonio, sino que resulta más probable que su matrimonio termine en divorcio y que sus hijos (sobre todo los concebidos prematrimonialmente) mueran en la infancia (Wecks, 1976).

La posposición de la procreación hasta después de la adolescencia es un factor decisivo para evitar la total inmersión de la mujer en las actividades familiares. En 1960 el 44 por 100 de las mujeres norteamericanas con edades entre 15 y 19 años no tenían hijos, subiendo en 1965 este porcentaje al 48 por 100 y al 50 por 100 en 1977. Una pauta similar se registra entre las mujeres de 20 a 24 años. Sencillamente, las mujeres jóvenes han ido posponiendo su matrimonio, y lo que es más importante, la procreación. Si esta tendencia continúa cabe razonablemente esperar una ampliación de las oportunidades abiertas a las mujeres y el mantenimiento de la baja fecundidad en Estados Unidos. Y si esta tendencia se extendiera a los países menos desarrollados (donde el matrimonio temprano y una rápida sucesión de hijos constituye a menudo la norma) entonces la fecundidad disminuiría rápidamente en los mismos.

## **LA SITUACIÓN EN OTROS PAISES**

En general los países que registran los niveles más evados de fecundidad presentan también las edades de matrimonio más bajas para las mujeres. Por ejemplo, en Europa y Estados Unidos, donde predomina la baja fecundidad, la edad media de contraer matrimonio es, para las mujeres, superior a 20 años de forma generalizada; en cambio, en Africa del Norte, Oriente Medio y Sur de Asia, donde predomina la alta fecundidad, la edad media de contraer matrimonio es generalizadamente inferior a 20 años (Dixon, 1971). Un importante factor a tener en cuenta a la hora de explicar esta diferencia es el porcentaje de mujeres económicamente activas, que constituye un indicador aproximado del status social de la mujer.

En la India, donde la edad media de contraer matrimonio es inferior a 17 años y donde se registra uno de los niveles de fecundidad más altos del mundo, el porcentaje de mujeres empleadas con un salario fuera de la agricultura es muy bajo. Asimismo las alternativas al matrimonio y a la formación de una familia de que disponen estas mujeres son muy reducidas, lo que constituye a la vez un síntoma de su dominación por los hombres y el origen de sus altos y estables niveles de procreación. La negativa a atribuir un status similar al hombre y a la mujer se encuentra fuertemente enraizada

en la cultura india. En 1970, en dicho país, el número de niñas de 11 a 14 años escolarizadas suponía sólo la mitad del de niños. En una encuesta realizada en 70 países en 1976, George GaÁkip encontró que sólo el 56 por 100 de las mujeres indias creían que en su país la mujer tenía las mismas oportunidades educativas que el hombre, porcentaje éste que era uno de los más bajos de todos los países estudiados (San Diego Unlon, 1977e). Una elevación del status de la mujer en la India conduciría casi con toda seguridad a un descenso de la fecundidad.

En Bangladesh, país musulmán vecino de la India, sólo el 3,3 por 100 de las mujeres residentes en ciudades estaban empleadas en actividades no agrícolas. Este bajo porcentaje de mujeres económicamente activas tiende en realidad a tener un mayor número de hijos que las mujeres que no trabajan, lo que hace pensar que la necesidad económica constituye la principal razón de su actividad laboral. En las zonas urbanas de Bangladesh la participación femenina en las actividades económicas depende en última instancia, de un cambio en los valores sociales. El Islam no parece suponer ya una barrera para el trabajo de la mujer fuera del hogar, al menos en casos de necesidad. Pero en Bangladesh la mayoría de los hombres sigue considerando que la casa y las actividades domésticas constituyen lo más adecuado para las mujeres, a las que perciben como subordinadas a ellos. La mayoría de las familias siguen esforzándose más por educar a sus hijos que a sus hijas, pues parten del supuesto de que los hijos constituyen un mejor activo económico que las hijas. Salvo que se produzca un cambio en estos valores, no resulta esperable ninguna variación sustancial en el grado de participación femenina en la población activa.

Prácticamente todos los países del mundo que cuentan con un gobierno de orientación marxista han establecido de forma oficial que el status de la mujer es igual al del hombre. Pero la clave de la baja fecundidad reside no en el establecimiento de un principio, sino en su puesta en práctica. Por ejemplo, en la Unión Soviética y en la República Popular China la clave de la baja y rápidamente decreciente fecundidad se encuentra en el hecho de que la mujer tiene realmente un acceso casi igual que el que tiene el hombre a todas las ocupaciones. En Cuba, en cambio, aunque la tasa de participación femenina en la población activa es elevada, las mujeres siguen estando relegadas a los niveles ocupacionales más bajos. En consecuencia, la fecundidad no ha disminuido en Cuba tan como de otra forma hubiera cabido esperar. En Méjico, donde la tasa de natalidad da muestras de iniciar un descenso, las mujeres tienen oficialmente el mismo status que los hombres, si bien en la práctica (sobre todo en el mercado de trabajo) hasta ahora son pocos los cambios que se han introducido para permitir que este principio se haga realidad y, por tanto, que tenga un impacto sustancial sobre la fecundidad. Menos de la quinta parte de las mujeres mejicanas forman parte de la población activa, y de ellas más de la mitad son solteras. Aún se está dando ahora en Méjico la misma pauta que se registraba hace unas décadas en Estados Unidos: las mujeres trabajan hasta que se casan, pero dejan normalmente de hacerlo tan pronto como empiezan a tener hijos.

## **EL STATUS DE LA MUJER Y LA FAMILIA**

En años recientes ha sido frecuente oír que la familia está muriendo o, al menos, que está pasada de moda. Aunque estas formulaciones distorsionan la situación real, no deja de ser cierto que se ha producido una importante metamorfosis en la estructura familiar de los países industrializados. En las secciones siguientes voy a indicar la naturaleza de dichos cambios y a analizarlos desde la perspectiva de lo hasta ahora visto sobre el cambio en el status de la mujer.

Cinco son los cambios principales que están teniendo lugar en la estructura familiar de los países industrializados: (1) la posposición del matrimonio, acompañada de (2) un aumento de la cohabitación, (3) un aumento de la ilegitimidad, (4) un aumento de la tasa de divorcio, y (5) un descenso en la tasa de nuevos matrimonios.

## **Posposición del matrimonio**

En 1956, fecha en que alcanzó su nivel más bajo la edad media de contraer matrimonio era de 20,1 años para las mujeres y de 22,5 para los varones. En 1979, en cambio, dicha edad media había subido a 22,1 años para las mujeres (lo que significó un aumento de 2,0 años) y a 24,4 años para los hombres (un aumento de 1,9 años) (U.S. Bureau of Census. 1980). El impacto de este aumento en la edad de contraer matrimonio puede percibirse de forma más clara fijándonos en el porcentaje de individuos que siguen solteros. En 1960 el 29 por 100 de las mujeres norteamericanas de 20 a 24 años permanecían solteras (es decir, no habían estado nunca casadas), porcentaje que en 1970 había subido al 36 por 100 y en 1978 al 49 por 100. En 1979 el 27 por 100 de las mujeres con 25 años de edad seguían solteras, porcentaje que era justo el doble que el registrado en 1960. Pautas similares se registran en otros países industrializados, especialmente en Suecia y Dinamarca, países que, por así decirlo, son los que tienden a imponer la moda en estas cuestiones.

La capacidad de las mujeres para ser económicamente independientes explica en buena medida esta posposición del matrimonio, ya que esa independencia les permite tener opciones alternativas al matrimonio y a los hijos y les ayuda a escoger con mayor libertad el estilo de vida preferido. Por supuesto, los hombres constituyen la otra mitad de la ecuación matrimonial, y para los hombres tanto como para las mujeres la responsabilidad y la carga económica que el matrimonio supone pueden resultar menos atractivas en una época de expectativas materiales más elevadas, de mayor competencia por los puestos de trabajo y de inflación generalizada.

## **Aumento de la cohabitación**

Como sin duda el lector ha supuesto, la elevación de la edad de contraer matrimonio no equivale sin más a la ausencia total de relaciones sexuales. Al contrario, el aumento de la cohabitación (vivir juntos sin estar casados) ha constituido, en efecto, uno de los más llamativos cambios recientes que ha llevado a pensar que la familia estaba muriendo. Resulta fácil de entender que haya quien piense que así es ya que en Estados Unidos el número de parejas no casadas pasó de totalizar medio millón en 1970 a suponer más de un millón en 1979. Como era esperable, el aumento más espectacular se ha producido entre los adultos jóvenes. Las cohortes del baby boom contribuyeron a que el número de parejas no casadas menores de 35 años se multiplicara por siete entre 1970 y 1978. En efecto, en 1970 existían sólo 80.000 parejas no casadas menores de 35 años, que representaban menos del 15 por 100 del total de parejas no casadas; en 1979, en cambio, existían 614.000 parejas no casadas menores de 35 años, que representaban el 49 por 100 de todas las parejas no casadas. Durante ese período de nueve años se produjeron pocos cambios en la proporción de personas mayores de 35 años que vivían juntas sin estar casadas.

Este aumento de la cohabitación no se debe simplemente al aumento del número de jóvenes adultos. Obsérvese que en 1970 existían 50 millones de norteamericanos con edades comprendidas entre 18 y 34 años y que en 1979 este número pasó a ser de 62 millones: es decir, se produjo un aumento del 26 por 100. Sin embargo el número de parejas no casadas con edades comprendidas entre 18 y 34 años aumentó en esos años en un 768 por 100. Debe sin embargo recordarse que las parejas no casadas representan solamente una pequeña fracción del total de parejas. De hecho en 1978 las 614.000 parejas no casadas existentes, menores de 35 años, representaban tan sólo el 3 por 100 aproximadamente del total de parejas menores de 35 años. Esta proporción está sin embargo aumentando rápidamente y en Suecia y Dinamarca, países que históricamente parecen constituir la vanguardia del cambio social en el mundo desarrollado, las parejas no casadas representan casi el 20 por 100 del total.

Dado que las mujeres tienen ahora la posibilidad de una mayor independencia,

puede ser también que estén menos dispuestas a comprometerse en una relación sin haberla antes puesto a prueba durante algún tiempo. Para ambos sexos la cohabitación puede constituir un medio de evitar la responsabilidad emocional y económica implícita quizá en el matrimonio.

Entre las mujeres más jóvenes la concepción de un hijo fuera del matrimonio sigue siendo a menudo fruto de la ignorancia acerca del ciclo menstrual y de la amplia gama de anticonceptivos disponibles. De hecho el aumento del número de hogares con un solo padre ha sido particularmente grande entre los jóvenes con un nivel educativo inferior al bachillerato. Esto suele además ir asociado a la declinación generalizada de toda responsabilidad en materia anticonceptiva por parte de los varones jóvenes. En el caso de las mujeres con más de veinte años la ilegitimidad refleja, sin embargo con toda probabilidad el deseo de tener un hijo sin un deseo paralelo de estar casada. Esta forma de pensar quizá sea particularmente característica de aquellas mujeres con un cierto grado de militancia feminista.

### **Aumento de la tasa de divorcio**

A lo largo del siglo XX el aumento de la tasa de divorcio ha supuesto un importante factor de cambio para la familia. El aumento de la tasa de divorcios se encuentra estrechamente relacionado, al menos estadísticamente, con el aumento de la longevidad. A lo largo de este siglo, si bien ha aumentado la probabilidad de que marido y mujer alcancen una edad avanzada, ha disminuido en cambio la de que sigan casados el uno con el otro al llegar a esa edad. Preston y McDonald (1979) han estimado que mientras que el 16 por 100 de todos los matrimonios contraídos en 1915 terminaron en un divorcio, el 36 por 100 de los contraídos en 1964 terminaron de esa manera. Desde 1960 el aumento en el número de personas divorciadas ha sido particularmente asombroso. Por ejemplo, en 1960 existían en Estados Unidos 35 personas divorciadas por cada 1.000 personas casadas y con su conyuge presente; en 1978 dicha cifra se había casi triplicado, pasando a ser de 92 por 1.000.

Los factores que conducen a la cohabitación en vez de al matrimonio pueden también tener importancia en este aumento de la tasa de divorcio. La mayor posibilidad de independencia de la mujer ha aumentado su capacidad para abandonar a un compañero insatisfactorio sin sufrir por ello consecuencias sociales y económicas tan desastrosas como antaño. Por otro lado esa mayor independencia femenina ha atenuado asimismo, probablemente, la medida en que el hombre se siente implicado en un matrimonio que le resulta insatisfactorio (sobre todo si no hay niños por medio).

### **Descenso del número de nuevos matrimonios**

Durante la mayor parte de este siglo el divorcio solía dar lugar en seguida a un nuevo matrimonio, dando así lugar a la creencia popular de que los norteamericanos estaban derivando hacia la monogamia seriada (o, quizá, poligamia seriada). Este diagnóstico resultó sin embargo prematuro, ya que en Estados Unidos la tasa de nuevos matrimonios comenzó a decrecer a mediados de la década de 1970, de modo similar a como había pasado antes en Suecia. Este cambio (como cada uno de los cambios que hemos visto antes) influyó sobre el tamaño medio de la familia norteamericana. Dado que el número de nuevos matrimonios disminuyó y que el primer matrimonio era pospuesto, entre 1970 y 1979, y a pesar de la cohabitación, el número de norteamericanos de 18 a 34 años que vivían solos casi se triplicó. Además, entre 1960 y 1977, el aumento tanto de la tasa de ilegitimidad como de divorcio, unido al descenso en la tasa de nuevos matrimonios, se tradujo en la duplicación del porcentaje de hijos menores de 18 años que vivían con uno solo de sus padres (9 por 100 en 1960, 18 por 100 en 1977).

La tasa de nuevos matrimonios aumentó durante años de forma paralela a la de

divorcios, porque las alternativas al matrimonio o resultaban socialmente inaceptables o económicamente demasiado complejas. Sin embargo la creciente aceptación social de la cohabitación y de las relaciones sexuales no matrimoniales, junto con la aceptación (tanto legal como social) de las familias con un único padre y la mayor capacidad de los hogares encabezados por una mujer para salir adelante, han contribuido a reducir la anterior necesidad de un rápido nuevo matrimonio.

En Estados Unidos los cambios que están teniendo lugar en la estructura familiar se están produciendo fundamentalmente en las cohortes del baby boom. Sin embargo, cambios similares se produjeron con anterioridad en Europa (sobre todo en Suecia y Dinamarca) donde no tuvo lugar ningún baby boom. Westoff ha sugerido que las instituciones del matrimonio y la familia registran indicios de cambio porque «la transformación económica de la sociedad se ha producido mediante la disminución de la autoridad tradicional y religiosa, la difusión de un ethos de racionalidad e individualismo la educación universal de ambos sexos, la creciente igualdad de las mujeres, la mayor supervivencia de los niños y la emergencia de una cultura orientada hacia el consumidor que tiende cada vez más a maximizar la gratificación personal». Si bien estos cambios resultan fáciles de explicar, la pregunta que podemos hacernos es si son simplemente cambios temporales o si, por el contrario, representan cambios más permanentes en el paisaje familiar.

## **EL FUTURO DE LA FAMILIA EN LOS PAISES INDUSTRIALIZADOS**

Por lo general los demógrafos son remisos a predecir el futuro, mostrando esa misma cautela que conviene a todo científico social. Sin embargo, muchas de las pautas de cambio demográfico observadas son lo suficientemente estables como para permitirnos aventurar cuál será el curso futuro de los cambios que está experimentando la familia. Parece probable que no se produzca una reducción de la amplia gama de formas alternativas de vida ahora encontrables, y ello porque a su vez parece improbable que tenga lugar una marcha atrás tanto en el status de la mujer como en el bajo nivel de fecundidad.

Esta sugerencia de que la fecundidad se mantendrá baja requiere una explicación, dado que: (1) en el Capítulo 5 señalé que en Estados Unidos la tasa de natalidad había aumentado ligeramente a finales de la década de 1970, y (2) que las cohortes que en la década de 1990 llegarán en Estados Unidos a la edad adulta serán menores en tamaño que la generación del «baby boom». El lector que en los Capítulos 2 y 5 siguiera de cerca la argumentación de Easterlin llegará a la conclusión de que, a medida que dichas cohortes más pequeñas lleguen a la edad adulta, resultará más fácil para los hombres encontrar trabajo y eso animará a las mujeres a casarse y tener hijos. Este curso de los acontecimientos es posible pero improbable ya que no es pensable que las mujeres renuncien fácilmente a las mejoras logradas en el terreno laboral y en otras dimensiones, incluso en una situación de menor incertidumbre económica. En realidad lo esperable es que continúen las presiones en favor de la igualdad sexual. Por otro lado los problemas económicos que han contribuido a integrar a las mujeres en la población activa no dan muestras de ir a desaparecer en el futuro inmediato. El crecimiento demográfico mundial, que constituye prácticamente una certeza, incrementará la demanda de recursos, dando así lugar a una elevación de los precios en todo el mundo. Y en Estados Unidos las cohortes más jóvenes habrán de enfrentarse, al llegar a la edad adulta, con la competencia de los inmigrantes, aun cuando la legislación sea cambiada para limitar de nuevo la inmigración legal (que no resulta muy probable). La migración ilegal (con independencia de la legislación vigente) seguirá siendo mayor que en el pasado, como ya vimos en el Capítulo 7.

Quiero añadir que, en mi opinión, los principales cambios referidos a la familia han tenido ya lugar; las variaciones futuras serán pequeñas y en la misma dirección apuntada en las secciones precedentes. Considero improbable un retorno a las

tempranas edades de contraer matrimonio características de los años cincuenta. La tendencia actual hacia niveles más allá de participación en la educación superior, sobre todo en el caso de las mujeres, contribuirá probablemente a mantener elevada la edad del matrimonio y a impulsar a las mujeres hacia ocupaciones que pueden competir con las actividades familiares.

El alto coste de la vivienda puede contribuir también a la posposición del matrimonio y a fomentar la permanencia de las mujeres en la población activa. Unido esto a una mayor aceptación de la cohabitación puede dar lugar a un auge de esta forma de convivencia, aunque quizá no tan espectacular como el experimento durante los años setenta. Las presiones en favor de la baja fecundidad por razones económicas junto con la clara capacidad para controlarla y la independencia económica, que se mantendrá, de las mujeres hacen muy probable que continúen dándose proporciones sustancialmente altas de hogares con un solo padre.

Si en el futuro las presiones económicas siguen siendo fuertes, cabe también esperar un aumento en el número de hogares con múltiples generaciones. Incluso en la actualidad los hijos adultos parecen permanecer durante más tiempo en la casa paterna (o regresar a ella tras un breve intento de independencia). Resulta también posible que algunos adultos jóvenes casados encuentren ventajoso vivir con los padres de uno de ellos. Este arreglo resulta más probable si ambas parejas (la de los padres y la de los hijos) tienen sólo uno o dos hijos. Por su parte los miembros más viejos de la sociedad pueden encontrar ventajoso compartir sus hogares con nietos casados, con otros parientes o incluso con personas sin lazo alguno de parentesco, como forma de compartir gastos en un mundo cada vez más caro.

En resumen, resulta probable que el gran cambio en la familia sea el experimentado en la década de 1970: los cambios futuros serán probablemente menos dramáticos e irán en la misma dirección que los que tuvieron lugar en los años setenta. No debe sin embargo olvidarse que la inmensa mayoría de todos los norteamericanos (más del 90 por 100) sigue contrayendo matrimonio y que la mayoría de los residentes en Estados Unidos (el 62 por 100 en 1979) forman parte de un hogar que consta de marido y mujer. Por otro lado, la mayoría de los hijos menores de 18 años (el 77 por 100 en 1979) viven con su padre y con su madre. El matrimonio y la familia no son instituciones universales ni en Estados Unidos ni en ninguna otra sociedad industrial, pero siguen constituyendo la forma de convivencia predominante en el mundo industrializado.

## **RESUMEN Y CONCLUSIONES**

Varios factores demográficos han influido sobre el status de la mujer sobre todo la disminución de la mortalidad, el descenso de la fecundidad y la urbanización. La dependencia de la mujer respecto del hombre ha disminuido a medida que su vida se ha alargado y que pasa una mayor parte de la misma sin hijos en un entorno urbano donde existen alternativas a la procreación y a la vida familiar. A su vez la elevación del status de la mujer parece jugar un papel importante en el mantenimiento de la fecundidad a un nivel bajo, y puede constituir un factor potencialmente importante para reducirla en los países menos desarrollados. Esta influencia parece producirse mediante la elevación de los costes (tanto directos como de oportunidad) de tener hijos incrementando al mismo tiempo la conciencia de las ventajas que tenerlos puede significar. Un factor especialmente decisivo a la hora de ampliar el rol social femenino es la posposición del matrimonio y de la procreación hasta después de la adolescencia. pues ello aumenta las probabilidades de que surjan posibilidades alternativas.

El crecimiento demográfico y el status de la mujer son factores importantes subyacentes en los cambios que la familia ha experimentado. La independencia económica de las mujeres y las presiones económicas se han combinado con otra amplia serie de cambios sociales (tales como una mayor tolerancia sexual y un menor

control social sobre la familia) para producir la posposición del matrimonio, el aumento de la cohabitación, el aumento de la ilegitimidad, el aumento de la tasa de divorcios, una disminución en el número de nuevos matrimonios y una disminución general del tamaño de la familia. Resulta probable que la década de 1970 registrase el cambio más rápido en la familia y que el futuro traiga únicamente la prolongación de las pautas actuales sin ninguna alteración espectacular.

El futuro nos traerá, sin embargo, una variación espectacular al menos en un segmento de la sociedad: el de la población anciana. En el próximo capítulo analizaremos la relación entre el crecimiento de la población y su envejecimiento.

## Capítulo 14

Crecimiento poblacional y envejecimiento de la población.

¿Qué se considera viejo?

Aspectos biológicos del envejecimiento.

Aspectos sociales del envejecimiento.

¿Cuántas personas de edad avanzada existen?.

Crecimiento de la población de edad avanzada en Estados Unidos.

Características demográficas de la población de edad avanzada.

Edad y sexo.

Estado civil y formas de convivencia.

Educación.

Participación en la población activa e ingresos.

¿Con cuánto dinero cuentan los ancianos norteamericanos para vivir?

Las personas de edad de los grupos minoritarios.

El envejecimiento y el futuro de la sociedad.

Resumen y conclusiones.

## CRECIMIENTO POBLACIONAL Y ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

Casi todos los viejos son básicamente iguales: han perdido el interés por lo sexual, se encuentran mal la mayor parte del tiempo, no rinden laboralmente tanto como la gente más joven y tienen ingresos por debajo del nivel de pobreza. Pues bien, si el lector cree todo esto realmente está mal informado. La verdad, en efecto, es que en Estados Unidos (y en realidad en cualquier otro país) los viejos no son todos básicamente iguales. Al contrario, tras varias décadas de historia personal y de exposición a múltiples pautas distintas de interacción social, los viejos tienden a parecerse entre sí menos aún que las personas de edades menos avanzadas. Entre las personas de edad avanzada existe una gran diversidad en cuanto a interés por lo sexual, a satisfacción vital (habiendo quien es muy desgraciado y quien es extremadamente feliz), a rendimiento laboral y a nivel de ingresos. Quiere esto decir que quien se lance alegremente a fáciles estereotipaciones de los viejos asume un riesgo de equivocarse elevado, y además creciente, ya que la población anciana está aumentando en el mundo, y sobre todo en los países industrializados, a un ritmo rápido.

El descenso mundial de la mortalidad no sólo ha supuesto que más recién nacidos logren sobrevivir hasta llegar a adultos: ha significado también que más adultos logren sobrevivir hasta llegar a viejos. En consecuencia, las mismas sociedades que se han visto ante la necesidad urgente de proporcionar educación, trabajo y alimentos a un sector juvenil en rápida expansión, tendrán que enfrentarse también con el problema de atender a un número cada vez mayor de ancianos, a medida que dichas cohortes jóvenes vayan avanzando a lo largo del ciclo vital. En este capítulo vamos a considerar tanto las causas como las consecuencias de este aumento en el número de personas de edad avanzada. Comenzaré definiendo lo que se entiende por población de edad avanzada para después examinar su tamaño y distribución geográfica por el mundo y analizar por qué, y con qué ritmo, está creciendo. A continuación me centraré en la situación existente en Estados Unidos, analizando no sólo el aumento, en proporción y en números absolutos, de la población anciana sino también sus características demográficas. Este análisis de las características de la población de edad avanzada preparará el

terreno para el análisis de la manera en que el proceso de envejecimiento puede influir con toda probabilidad, sobre el curso futuro de la sociedad, sobre todo en Estados Unidos.

### **¿Qué se considera viejo?**

La edad, tal y como generalmente la concebimos, es algo socialmente construido; es decir, algo de lo que hablamos y que definimos y redefinimos a partir de categorías sociales y no pura y simplemente biológicas. La célebre pregunta de Satchel Paige: “¿Qué edad tendrías si no supieras la edad que tienes?”, o incluso el conocido lugar común: “Sólo es viejo quien se siente viejo”, expresan claramente la idea de que la edad viene definida por nuestra interacción con otros individuos en el mundo social. Si los demás me definen como una persona vieja, me tratarán como a una persona vieja, con independencia de que yo sienta o no que efectivamente lo soy.

La vejez no tiene un umbral cronológico explícito. No obstante, en Estados Unidos, y en la mayoría de los países del mundo, suele definirse la vejez como el período de la vida que empieza a los 65 años. Esta cifra tiene un carácter casi mítico en Estados Unidos, ya que es la edad en que se alcanza el derecho a disfrutar de importantes ayudas estatales como la seguridad social y la atención gratuita médica y hospitalaria. En 1935, cuando el actual sistema de seguridad social estadounidense fue diseñado, se estableció el requisito de contar con 65 años, y no otra edad, más por costumbre que por elección deliberada. Esa era en efecto la edad establecida normalmente para la jubilación en los escasos fondos de pensiones norteamericanos entonces existentes así como en el sistema de seguridad social alemán. La Older American Act (Ley sobre los norteamericanos de más edad) aprobada en 1965 por el Congreso de los Estados Unidos estableció ayudas, en algunos de sus programas, para las personas de 60 o más años, pero en general la edad de 65 años constituye un punto de referencia firmemente asentado en el mundo occidental, y en consecuencia es la que adoptaré en este capítulo para definir la vejez. El lector debe sin embargo tener bien claro que se trata de una decisión arbitraria, y que por el simple hecho de cumplir sin más 65 años una persona no pasa a tener automáticamente todos los rasgos definitorios de la vejez. De hecho, la mayor parte de los individuos no se perciben a sí mismos como viejos sino mucho más allá de esa edad.

Nuestro interés demográfico por las personas de edad avanzada se deriva del hecho de que, a medida que el número de las mismas aumenta en términos absolutos y proporcionales, tienen lugar importantes cambios en la organización de la sociedad. Las instituciones legales, políticas, educativas, familiares y económicas experimentan, por igual, cambios a medida que en la sociedad aumenta, aunque sólo sea levemente, el peso relativo de la población de edad avanzada. Ello se debe al hecho de que el envejecimiento introduce variaciones tanto biológicas como sociales en la vida de los individuos.

### **Aspectos biológicos del envejecimiento**

El envejecimiento biológico se caracteriza por un conjunto de procesos concurrentes designado globalmente como senectud, que consiste en una disminución de la capacidad física junto con un aumento de la vulnerabilidad ante la enfermedad. Algunas de las principales generalizaciones que pueden hacerse sobre el envejecimiento son las siguientes: (1) los cambios fisiológicos que se producen tienden a ser irreversibles pero graduales a todo lo largo del período que va desde la edad adulta a la vejez; (2) a mayor complejidad de una función corporal, mayor la rapidez de su declive; (3) los

individuos envejecen con ritmos diferentes, y dentro de una misma persona los distintos tejidos y sistemas pueden asimismo envejecer con ritmos desiguales; (4) el envejecimiento origina una disminución de la capacidad de reaccionar ante el stress; (5) el envejecimiento comporta una menor resistencia ante la enfermedad. La explicación actualmente más aceptada de por qué la gente se hace más vulnerable ante la enfermedad y la muerte a medida que envejece es que con la edad disminuye la eficacia del sistema inmunológico del organismo. La alimentación desempeña también un papel importante en el envejecimiento biológico (de forma similar a como afecta a la salud en todas las edades): las probabilidades de defunción son mayores en aquellas personas ancianas que no tienen una dieta adecuada.

Es importante no confundir la senectud, o proceso biológico de envejecimiento, con la senilidad. Este segundo término alude a la pérdida de facultades mentales que, según sabemos hoy, es producto de un amplio número de enfermedades muchas de las cuales son, de hecho, remediabiles.

Cuando somos jóvenes tendemos a menudo a percibir de forma exagerada los cambios físicos que realmente conlleva el hecho de envejecer. El carácter gradual de dichos cambios permiten generalmente una progresiva adaptación a los mismos; por otro lado los cambios más significativos pueden tener lugar más tarde, o ser diferentes en naturaleza, de lo que sospechábamos cuando éramos más jóvenes. Por ejemplo, una de las ideas más estereotipadas sobre la vejez se refiere a la actividad sexual de las personas de edad avanzada. En realidad, dicha actividad sexual tiende a mantenerse, y en un nivel sustancialmente elevado, hasta edades muy avanzadas, al menos hasta el fallecimiento de uno de los cónyuges. El grado de frecuencia y de satisfacción de las relaciones sexuales en la vejez parece depender más de las preferencias individuales que de la edad en sí misma. Es decir, resulta probable que quienes de jóvenes disfrutaron de una vida sexual activa sigan teniéndola de viejos. Sin duda la capacidad física de una persona para tener relaciones sexuales puede disminuir con la edad: pero con toda probabilidad su nivel de actividad sexual estará influido más por factores sociales que por factores biológicos.

### **Aspectos sociales del envejecimiento**

El mundo social de los ancianos es diferente del de las personas más jóvenes porque prácticamente todas las sociedades cuentan con un sistema de estratificación por edad, o lo que es igual, de asignación de papeles y status sociales sobre la base de la edad. A medida que los individuos envejecen cambian las obligaciones y expectativas sociales a ellos referidas. Por otro lado determinados tipos de conducta son considerados apropiados para algunas edades pero no para otras.

En los países occidentales quizá el aspecto más crucial de la estratificación por edad sea la relegación de los ancianos a un status más bajo que el de las personas más jóvenes. Distintos indicadores de status, tales como grado de participación en los recursos económicos, influencia en los procesos de toma de decisiones y amplitud de las relaciones sociales, concurren en sugerir que en la sociedad occidental el envejecimiento conlleva una pérdida de status. ¿Por qué es esto así? ¿Por qué los países industrializados occidentales difieren en este terreno de las sociedades agrícolas tradicionales? La explicación más conocida de este fenómeno es la propuesta por Donald Cowgill (1979). Su teoría se basa en el modelo causal en el que cuatro factores básicos inherentes al proceso de modernización (tecnología sanitaria, tecnología económica, urbanización y educación) se combinan para dar lugar a una disminución del status de la población de edad avanzada.

La tecnología sanitaria que acompaña a todo proceso de modernización

aumenta la longevidad, como ya sabemos. A su vez, la mayor longevidad genera una competencia intergeneracional por los puestos de trabajo, dado que no es ya probable que se produzcan fallecimientos que permitan a los jóvenes integrarse, y prosperar, en el mercado laboral. Esta competencia ha dado lugar al fenómeno que denominamos jubilación. El trabajo constituye una actividad altamente valorada en la sociedad, ya que el trabajo origina ingresos; y dado que los ingresos constituyen uno de los principales factores definitorios del status, la jubilación conlleva inexorablemente una pérdida de status.

La tecnología económica que acompaña al proceso de modernización implica la creación de ocupaciones nuevas, fundamentalmente urbanas. Dado que hay más probabilidades de que los jóvenes, y no los viejos, sean quienes emigren a las ciudades, y que las ocupaciones urbanas tienden a estar mejor pagadas que las rurales, el resultado es “una inversión de status, derivado del hecho de que los hijos logran alcanzar un status más elevado que el de sus padres. en vez de simplemente pasar a ocupar el status de éstos, como en la mayoría de las sociedades premodernas”.

El tercer factor que según Cowgill origina una disminución del status de los viejos es la urbanización. Además de guardar relación con la movilidad geográfica y la inversión de status, como ha sido ya mencionado, la urbanización da lugar a una segregación residencial entre viejos y jóvenes. Esto a su vez origina una mayor distancia social entre generaciones, relegando a los padres a un papel más periférico en la vida de sus hijos. La mayor distancia física entre los componentes de las distintas generaciones contribuye así a aumentar la distancia social y a reducir aún más el status de los viejos.

El proceso de modernización guarda una estrecha asociación con el aumento de la educación formal. En las sociedades prelitterarias la educación consiste fundamentalmente en la transmisión, por parte de los ancianos, de sus experiencias en la vida. La idea de que se aprende a fuerza de darse golpes, y de que la experiencia es el mejor maestro (ideas éstas que incrementan el status de los viejos) son ampliamente predominantes. La modernización, por el contrario, tiende a institucionalizar la educación formal de masas, cuyo contenido es más técnico que vivencial. Los nuevos programas educativos son dirigidos siempre fundamentalmente a los jóvenes. En consecuencia éstos terminan teniendo un nivel educativo superior al de sus padres. El resultado de todo ello es el empeoramiento de la posición de los viejos al aumentar la distancia intelectual y moral (es decir, de valores) entre generaciones. La educación trae consigo (de hecho forma parte de) un cambio en el sistema de valores de la sociedad. La espiral creciente del proceso educativo se traduce en la variación de los valores y de los niveles intelectuales de una generación a otra.

A medida que las fuerzas históricas moldean y determinan el status de los viejos en la sociedad, contribuyen también a configurar el carácter mismo de éstos. Esta es justamente la idea que subyace en el concepto de flujo de cohorte, que alude a la evolución a lo largo del tiempo de un grupo de personas. Matilda White Riley ha explicado claramente este concepto al indicar que cada cohorte “está vinculada a la historia de la sociedad a través de su fecha de nacimiento. En consecuencia el envejecimiento de cada cohorte se ve influido por la especial situación en la historia de la época a la que pertenece”. Así pues, en una era de cambio social acelerado como la del último siglo, cabe esperar que cada nueva generación que alcanza la vejez difiera sustancialmente de la anterior. Esto tiene importantes implicaciones para el futuro de la sociedad, como veremos más adelante en este capítulo, ya que lo que viene a implicar es que el cambio social y la innovación no son

solamente cosa de jóvenes. Empezamos ahora a comprender que los cambios sociales experimentados por las personas más jóvenes transforman también a la población de edad avanzada, a medida que dichas cohortes vayan llegando a la vejez.

### **¿Cuántas personas de edad avanzada existen?**

En 1980 existían en el mundo unos 260 millones de personas con 65 o más años de edad. Si todos vivieran bajo una misma bandera constituirían, sencillamente, el cuarto país más grande del mundo. Dicha población anciana representaba el 6 por 100 de la población mundial total. Ahora bien, no hay que olvidar que este porcentaje varía considerablemente de unos lugares del mundo a otros. Por ejemplo, en 1980 los países más desarrollados comprendían sólo el 27 por 100 de la población total mundial, pero el 48 por 100 de la población mundial de más de 65 años.

Estas amplias diferencias entre distintas regiones del mundo en cuanto al número de ancianos están influidas, por supuesto, por las diferencias existentes en cuanto a la mortalidad. En los países más desarrollados la esperanza media de vida al nacer es de 71 años, frente a sólo 56 en los países menos desarrollados. El tamaño total de la población influye también en esta cuestión. Por ejemplo, la población de China continental es tan grande que aun cuando sólo el 5 por 100 de la misma (frente a un promedio del 10 por 100 en los países más desarrollados) tiene 65 o más años, China es el país del mundo con mayor número absoluto de ancianos: 48 millones en 1979. Estados Unidos y la Unión Soviética ocupan el segundo lugar con unos 25 millones de viejos cada uno. La India, pese a ser el segundo país más poblado del mundo, aparece sólo en cuarto lugar en cuanto a número total de ancianos, con 20 millones. En conjunto, el 45 por 100 de todas las personas con 65 o más años existentes en el mundo viven en los cuatro países más poblados.

La proporción existente de personas de 65 o más años respecto del total de población de un país depende fundamentalmente de la tasa de natalidad: una tasa de natalidad baja eleva la proporción relativa de viejos sobre el total; una tasa de natalidad alta la reduce. La mortalidad, y, en menor medida la migración tienen sin embargo también alguna influencia sobre la proporción de viejos existentes en un país. En consecuencia, la mayor proporción de población anciana se registrará en una sociedad que tenga una baja tasa de natalidad, una baja tasa de mortalidad y un saldo migratorio negativo, es decir, más emigración que inmigración (ya que los emigrantes suelen ser adultos jóvenes). La República Democrática Alemana (Alemania oriental) constituye a este respecto un buen ejemplo, ya que reúne estos tres requisitos; en consecuencia registra el porcentaje más elevado del mundo de población mayor de 64 años (16 por 100). Inversamente, la menor proporción de personas ancianas se registrará en un país con alta natalidad, alta mortalidad y saldo migratorio positivo, es decir, más inmigración que emigración. Mali presenta como mínimo los dos primeros requisitos y cuenta con la proporción más baja, a nivel mundial, de población mayor de 65 años: tan sólo el 1 por 100 de sus 6 millones de habitantes tienen esa edad u otra superior. En conjunto África es la región del mundo con menor proporción de viejos en su población: tan sólo el 3 por 100, en promedio.

### **Crecimiento de la población de edad avanzada en Estados Unidos**

En el año 1900, Estados Unidos contaba solamente con algo más de 3 millones de personas con 65 o más años y con sólo 122.000 personas con más de 85 años. En 1980 el número estimado de personas mayores de 65

años alcanzaba casi los 25 millones (lo cual suponía un aumento del 800 por 100 en 80 años), mientras que la población mayor de 85 años superaba los 2 millones (un aumento, por tanto, del 700 por 100). Al final de este siglo existirán casi 31 millones de norteamericanos ancianos, de los cuales más de 3 millones tendrán más de 84 años. Entre 1950 y 1980, cuando la población mundial registró un crecimiento explosivo, del 2 por 100 anual, la población de edad avanzada aumentó en Estados Unidos en un 2,3 por 100 anual. En realidad la población de más de 85 años de edad aumentó en Estados Unidos a lo largo de ese período a un ritmo del 4,2 por 100 anual. Estas cifras explican la creciente preocupación por las condiciones de vida de los ancianos, y el rápido aumento, en Estados Unidos, de las partidas presupuestarias destinadas a ayudar a la población de edad avanzada.

A la hora de estimar el posible crecimiento futuro de la población anciana estadounidense resulta posible realizar proyecciones muy razonables para, al menos, los próximos 65 años, dado que esos futuros viejos han nacido ya y que no es probable que se produzcan cambios sustanciales en la mortalidad durante las próximas décadas. La baja tasa de natalidad registrada durante la Depresión significa que a medida que los nacidos durante ese período vayan llegando a los sesenta años, a finales de este siglo se producirá una disminución temporal del crecimiento de la población anciana. Cabe en efecto esperar que entre 1890 y el año 2000 la población de 65 y más años aumente sólo en unos 2 millones (pasando de 29,8 a 31,8 millones), aumento reducido si lo comparamos con el registrado en las décadas de 1970 y 1980 (5 millones en cada una). Por supuesto, a medida que la generación del "baby boom" vaya alcanzando la vejez, lo cual se producirá entre el año 2010 y el 2030, se producirá una explosión en el número de ancianos, que pasará de 34,8 millones en 2010 a 55 millones en 2030. Tras esto, la baja fecundidad de los últimos años de la década de 1960 y de la década de 1970 dará lugar a la estabilización del tamaño de la población anciana norteamericana (datos tomados de U.S. Bureau of Census, 1978b).

### **Características demográficas de la población de edad avanzada**

En las páginas siguientes exploraremos las características demográficas de la población anciana. Centraremos nuestra atención en el caso de Estados Unidos, ya que es el país para el que disponemos de mayor información, pero cuando sea posible recogeré también datos referidos a otras sociedades. Vamos a considerar la distribución por sexo y edad de la población mayor de 65 años, su nivel educativo, su ocupación y grado de participación en la población activa, sus ingresos, su estado civil, sus formas de convivencia y su raza.

#### **Edad y sexo**

No hay que olvidar que la población anciana rara vez constituye un grupo homogéneo. El definir como vieja a la población con edades superiores a 65 años implica tomar en consideración una gran variedad de edades. Por ejemplo, no resulta infrecuente en Estados Unidos que personas de 65 años sigan teniendo vivos a uno de sus padres al menos. A medida que las generaciones más jóvenes vayan envejeciendo esto será aún más frecuente, ya que la edad en que las mujeres completan su ciclo reproductivo ha ido disminuyendo y por tanto se ha reducido la diferencia de edad entre padres e hijos. haciendo en consecuencia más probable su supervivencia conjunta hasta edades avanzadas. Así pues, el "bache generacional" que probablemente parecía tan obvio cuando padres e hijos eran jóvenes, puede seguir vigente en las relaciones interpersonales pero camuflado por el hecho

de que ambas partes serán ya ancianas.

Desde el punto de vista de la sociedad, la composición por edad y sexo de la población anciana incide sobre el tipo y nivel de servicios a proporcionar para mantener la calidad de vida inalterada. Dado que generalmente la salud se deteriora más rápidamente después de los 75 años, aproximadamente, el tamaño de la población "vieja-joven" (es decir, la comprendida entre los 65 y los 79 años) en relación con el de la población "vieja-vieja" (es decir, la mayor de 80 años) resulta de gran importancia. Por otro lado, dado que las mujeres tienden a sobrevivir a los hombres, el número de viudas existentes en las edades avanzadas afecta también a la estructura social (estado civil, formas de convivencia, ingresos y pautas de interacción social, de la población anciana.

Aun cuando el número absoluto de ancianos crecerá, en el futuro inmediato, a un ritmo inferior al registrado durante el período 1950-1980, el hecho de que la población anciana se vaya haciendo proporcionalmente más vieja seguir creando la necesidad de dedicar recursos a la población de edad avanzada. Esta necesidad se incrementará sobre todo en lo referido a atención sanitaria, cuidados a largo plazo, transportes, viviendas subvencionadas, cuidados diurnos, comidas preparadas, aseo personal y ayuda doméstica.

En 1977 el gasto medio en atención sanitaria por persona mayor de 65 años ascendió a 1.745 dólares. Aunque este dinero procedía de distintas fuentes (seguros privados, gobierno federal o estatal o los mismos particulares) la mayor parte, en realidad el 67 por 100, era dinero público. En conjunto, 41.000 millones de dólares se gastaron en 1977, en Estados Unidos, para proporcionar atención sanitaria a los ancianos. Esta cifra supuso un espectacular aumento en comparación con los 8.000 millones gastados, con ese mismo fin, en 1966. Como han señalado Gibson y Fisher, esta cantidad seguirá aumentando.

Dentro del grupo de los mayores de 65 años, la proporción de personas con 75 o más está creciendo. Dado que las personas de mayor edad tienden a padecer enfermedades crónicas (casi la mitad del total de personas con más de 65 años se ven limitadas en su actividad como consecuencia de alguna dolencia crónica) y que las enfermedades y heridas tienen mayor incidencia en ellas, suelen ser hospitalizadas con mayor frecuencia y durante periodos más prolongados.

Por ejemplo, en Estados Unidos el número medio de días de estancia en un hospital era de 8,3 para las personas mayores de 85 años, pero de sólo 3 para las que tenían entre 65 y 69 años. El uso anual de las casas de convalecencia por las personas mayores de 85 años era de 86 días al año, en promedio, cifra cinco veces mayor que la correspondiente al conjunto de todos los mayores de 65 años. Dado que la mayor parte del coste de estas hospitalizaciones es sufragada con fondos públicos, resulta claro que el envejecimiento de la población anciana, así como el aumento global en el número de viejos, se traducirán en una presión creciente sobre el presupuesto nacional.

### **Distribución por sexo de la población de edad avanzada.**

Es bien sabido que las mujeres tienden a vivir más que los hombres. En Estados Unidos existen aproximadamente 146 mujeres mayores de 65 años por cada 100 hombres. Por lo general ésta es la pauta en las sociedades industrializadas (incluso, de forma más general, en las sociedades occidentalizadas). En Suecia, en 1976, había 128 mujeres mayores de 65 años por cada 100 hombres de esas edades; en Japón la razón era 132:100, y en Méjico 112:100. En la mayoría de las sociedades las mujeres llevan la delantera, en cuanto a capacidad de supervivencia, desde el momento mismo

de la concepción y en algunos países, como por ejemplo Estados Unidos, las diferencias a este respecto entre hombres y mujeres se acrecientan con la edad. Esta pauta, sin embargo, no se registra de forma universal en todas las sociedades.

En la India, en 1977, había sólo 93 mujeres mayores de 65 años por cada 100 hombres de esas edades. La India es, en efecto, uno de los 24 países en los que la población anciana masculina supera en tamaño a la femenina. De esos 24 países, 22 se encuentran o en África o en Asia occidental, Asia y Oriente Medio. Casi todos son países en los que predominan religiones tradicionales locales, o bien el Islam, factor éste que tiene importancia, ya que en ese tipo de sociedades el status de la mujer tiende a ser más bajo. En al menos cuatro casos la religión islámica es la religión oficial del estado; por otro lado en la lista se encuentran el segundo y tercer países con mayor número de población musulmana: la India y Bangladesh. En África (sobre todo en la región septentrional) y en la parte occidental de Asia (incluyendo a Oriente Medio) el status de la mujer es particularmente bajo en relación con el nivel medio mundial. Resulta así probable que en esos países las mujeres se encuentren en desventaja en cuanto a alimentación y atención sanitaria (incluyendo la protección contra los riesgos de la mortalidad materna en los países de alta fecundidad) y que esa desventaja se traduzca en la existencia de menores proporciones de mujeres que lleguen a ancianas.

### **Estado civil y formas de convivencia**

El desequilibrio que en la mayoría de las sociedades se produce en la proporción de hombres y mujeres viejos refleja la existencia de cambios en el estado civil que a su vez implican cambios en las formas de convivencia para muchos individuos a medida que envejecen. En Estados Unidos, en 1976, el 79 por 100 de todas las mujeres de 35 a 39 años estaban casadas y vivían con sus esposos: entre las de 65 a 74 años este porcentaje había pasado a ser del 47 por 100 y entre las mujeres de 75 o más años sólo el 22 por 100 seguían casadas y viviendo con su esposo. De hecho, entre las mujeres norteamericanas mayores de 75 años más de las dos terceras partes son viudas. La situación existente en Estados Unidos a este respecto constituye un reflejo de la encontrable en el resto del mundo. Las probabilidades de que, al envejecer, los hombres experimenten un cambio en su estado civil son, lógicamente, menores ya que lo usual es que sus esposas les sobrevivan.

El cambio de estado civil, ¿afecta a las formas de convivencia? La respuesta es sí, puesto que son más las mujeres que terminan viviendo solas. Por otro lado, la creencia común de que los viejos suelen terminar en un asilo es, como quizá ha supuesto el lector, un mito. Tan sólo el 5 por 100, aproximadamente, de los ancianos norteamericanos reside en viviendas colectivas especialmente diseñadas para acoger ancianos. En otras palabras, para las mujeres, en Estados Unidos, la vejez supone con mayor probabilidad vivir sola que hacerlo en una institución o con otras personas de edad. En 1978 el 36 por 100 de todas las mujeres con edades entre 65 y 74 años vivían solas, porcentaje que subía al 48 por 100 entre las mayores de 75 años. Entre los hombres, el vivir solo es menos frecuente: entre los que tenían entre 65 y 74 años el 13 por 100 vivían solos, mientras que entre los que tenían más de 75 años, ese porcentaje era del 21 por 100. En las sociedades norteamericana y europea, los ancianos viven mucho más distanciados de sus hijos que en sociedades asiáticas como, por ejemplo, Japón. En Japón no sólo es corriente que cuando uno de los cónyuges muere el superviviente vaya a vivir con sus hijos, sino que incluso las tres cuartas partes de las parejas ancianas viven con un hijo. Esta forma de convivencia se da en menos del 20 por 100 de todas las parejas ancianas estadounidenses. ¿Se

occidentalizarán a este respecto los japoneses y, en consecuencia, variar esta pauta de convivencia de los ancianos con sus hijos? Quizá sí, pero de ser así el proceso será probablemente muy lento, ya que no es probable que en el transcurso de una sola generación se erosione el respeto y dignidad de que los ancianos gozan en Japón. Aun cuando la proporción de padres ancianos que viven con sus hijos está disminuyendo en dicho país, sobre todo en las áreas urbanas y entre las personas de mayor nivel educativo (como cabría esperar según la teoría de Cowgill), de seguir la pauta actual, más de las dos terceras partes de todos los ancianos seguirán viviendo con sus hijos en el año 2000.

### **Educación**

En la actualidad, en el mundo, los viejos tienen niveles educativos más bajos que los adultos jóvenes. En Estados Unidos en 1978, por ejemplo, las personas de 25 a 34 años tenían casi dos veces más probabilidades que las mayores de 65 años de ser bachilleres; y dichos adultos jóvenes tenían tres veces más probabilidades de ser graduados universitarios. La razón de esto, como ya indiqué antes, es que las personas de más edad crecieron en una época en la que no era tan corriente el ir a la universidad o, incluso, el terminar el bachillerato. De hecho, en tan sólo los 8 años que van de 1970 a 1978 la proporción de personas mayores de 65 años que, en Estados Unidos, tenían el título de bachiller aumentó del 16 al 22 por 100. Este incremento se debió exclusivamente a la existencia de un nivel educativo más elevado entre las nuevas cohortes que llegaban a la vejez, no a los recientes y todavía aislados intentos de volver a conectar a la población de edad avanzada con el sistema educativo.

Si los viejos tienen, en promedio, un nivel educativo más bajo no es porque sean menos competentes, o estén menos capacitados para seguir estudios superiores o incluso porque sean menos ambiciosos, sino más bien porque el mundo ha experimentado, a lo largo de los últimos dos o tres siglos, una verdadera escalada educacional como consecuencia de la cual cada generación tiende a tener un nivel educativo superior al de la anterior. Por ejemplo, en Italia en 1981 menos del 20 por 100 de las mujeres con 71 o más años de edad sabían leer y escribir, mientras que entre las de 21 a 30 años este porcentaje era del 40 por 100. Diferencias similares se daban entre los hombres y podían también hallarse en otras sociedades europeas decimonónicas.

A partir de la consideración del nivel educativo alcanzado por las personas que en 1980 tenían entre 30 y 39 años, podemos estimar el nivel educativo que en el año 2015 tendrán las personas de 65 a 74 años. Ahora bien, si se producen modificaciones en el sistema educativo en el sentido de que las personas de todas las edades tengan un mayor acceso a la educación, entonces en el futuro las diferencias, en cuanto a nivel educativo alcanzado, entre los sectores más jóvenes y más viejos de la población disminuirán.

### **Participación en la población activa e ingresos**

En las sociedades industrializadas la vejez constituye por definición el período en que se abandona la población activa. La aprobación en Estados Unidos de la Social Security Act (Ley de la seguridad social) a mediados de la Gran Depresión de los años treinta obedeció al propósito explícito de motivar a la gente para dejar de trabajar. La idea era permitir que las personas empleadas de más edad dejaran el sitio a los trabajadores jóvenes, disminuyendo así entre éstos la tasa de desempleo. La edad arbitrariamente escogida de 65 años quedó consagrada como la edad de jubilación. La

mayoría de las empresas y de los organismos oficiales hicieron de los 65 años la edad obligatoria de retiro.

Una rápida consideración de las prestaciones de la seguridad social permite detectar los incentivos que tiene un trabajador jubilado para seguir inactivo tras su jubilación. Entre los 65 y 72 años de edad una persona no puede compatibilizar las prestaciones que recibe de la seguridad social con un trabajo en el que percibe más de unos pocos miles de dólares anuales (los ingresos procedentes de pensiones e inversiones no cuentan a estos efectos, con lo cual esta regla no afecta de la misma manera a los más ricos). Sólo a partir de los 72 años una persona puede trabajar a tiempo completo y al mismo tiempo percibir, íntegramente, las prestaciones de la seguridad social. Este sistema, combinado con la jubilación forzosa, ha funcionado bien como mecanismo de expulsión de la población de edad avanzada de la población activa. En efecto, en 1890 el 75 por 100 de todos los varones seguían trabajando después de los 64 años mientras que en 1977 sólo el 20 por 100 seguían empleados después de esa edad.

La disminución de la participación de la población de edad avanzada en la fuerza de trabajo ha experimentado una aceleración considerable en años recientes. Por ejemplo, en 1960 más del 33 por 100 de todos los hombres con 65 o más años seguían trabajando (al menos a tiempo parcial), mientras que en 1977 ese porcentaje era tan sólo del 20 por 100. La tasa de empleo de las mujeres de edad ha disminuído también, aunque no tanto. En 1960, el 11 por 100 de las ancianas seguían trabajando, frente a sólo el 8 por 100 en 1978. Entre los hombres la pauta es similar para blancos y negros; en cambio las probabilidades de que las mujeres negras sigan trabajando en la vejez son inferiores en un 50 por 100 a las de las mujeres blancas. El tipo de persona con mayores probabilidades de seguir trabajando en edades avanzadas corresponde al varón, casado y que vive con su esposa.

No parece preciso indicar que cuando una persona abandona la población activa lo más probable es que su nivel de ingresos disminuya. La pensión mínima que concede la seguridad social se encuentra por debajo del nivel de pobreza si bien el establecimiento en 1974 del SSI (Supplemental Security Income: Ingresos suplementarios de la seguridad social) para los ancianos ha venido a significar que la mayoría de éstos tienen ahora garantizado, en Estados Unidos, un nivel de ingresos superior al nivel de pobreza. De hecho, entre 1959 y 1976 el porcentaje de ancianos con ingresos por debajo del nivel de pobreza disminuyó, en Estados Unidos, del 35 al 15 por 100. Con todo, esta segunda cifra sigue siendo superior a la media total nacional. que en 1976 era del 12 por 100.

### **¿Con cuánto dinero cuentan los ancianos norteamericanos para vivir?**

En 1977 la renta media de las familias a cuya cabeza se encontraba una persona de 65 o más años era de 9.110 dólares anuales, es decir, apenas algo más de la mitad de la media general de todas las rentas familiares, que ascendía a 16.009 dólares. En gran medida esta diferencia se debe al hecho de que los ancianos no forman parte de la población activa. Obsérvese que en 1977 las personas de 65 o más años cuyos únicos ingresos eran los procedentes de un trabajo ganaban en promedio 15.304 dólares al año, es decir, una cifra muy cercana a la media total familiar. En cambio las familias de ancianos sin más ingresos que las pensiones de la seguridad social ganaban al año un promedio de tan sólo 4.370 dólares. Afortunadamente en 1977 sólo el 7 por 100 de las familias norteamericanas encabezadas por una persona de 65 o más años tenían como único ingreso la pensión de la seguridad social. Casi todas las familias lograban combinar las prestaciones de la seguridad social con otras fuentes de ingresos tales como pensiones,

dividendos o intereses, rendimientos de propiedades inmobiliarias, retribuciones por trabajo (incluyendo el caso de los auto-empleados) o asistencia pública. En la vejez, el hecho de ser propietario de la propia casa sin duda aumenta la sensación de seguridad: pues bien, el 70 por 100 de todos los ancianos estadounidenses son dueños de sus casas.

Desgraciadamente la inflación mundial de la década de 1970 ha socavado el nivel de ingresos de los ancianos, especialmente los de aquéllos que reciben pensiones no actualizables en función del nivel de precios. El resultado era fácil de predecir: un lento, pero perceptible, aumento del número de jubilados que vuelven a integrarse en la población activa, empezando una nueva carrera.

Por supuesto, no todos los ancianos viven en familias. Muchos, especialmente aquéllos que se encuentran en la octava o novena década de vida, viven solos como individuos sin parientes: ése era el caso, en 1977, en Estados Unidos, de casi la mitad de todos los ancianos. La renta media de estas personas era de sólo 3.829 dólares, mientras que la renta media de todas las personas que en Estados Unidos vivían solas sin parientes era de 5.907 dólares. El 17 por 100 de estas personas viejas y sin parientes contaban, para vivir, exclusivamente con la pensión de la seguridad social, lo que suponía unos ingresos medios anuales de 2.768 dólares: el resto contaba con al menos una fuente adicional de ingresos. En conjunto la conclusión es clara: quien no cuente en su vejez con más ingresos que la pensión de la seguridad social bordear el nivel de pobreza.

### **¿Cómo puede una persona aumentar sus probabilidades de tener una situación favorable cuando llegue a vieja?**

La respuesta es: teniendo de joven una situación favorable. Por ejemplo, el nivel educativo alcanzado guarda una estrecha relación con el nivel de ingresos que se tiene en la vejez. En Estados Unidos, en 1977, las personas con 65 o más años que habían completado cinco o más años de estudios universitarios tenían una renta promedio de 21.706 dólares anuales. De ellas el 19 por 100 seguía aún trabajando, a tiempo completo, todo el año. En cambio las personas que después de obtener el título de bachiller no siguieron estudiando tenían, en promedio, unos ingresos de 10.780 dólares anuales y sólo el 11 por 100 seguía trabajando después de los 65 años a tiempo completo y todo el año. Cada año de estudios en la juventud reporta en promedio, en la vejez, unos 1.500 dólares anuales adicionales (en dólares de 1977).

Sin embargo, al menos para un sector de la población norteamericana, el de los ancianos pertenecientes a grupos minoritarios, la obtención de un nivel de vida decoroso en la vejez resulta más difícil como consecuencia de la falta de oportunidades padecida en la juventud.

### **Las personas de edad de los grupos minoritarios**

Suele decirse que las personas que son a la vez viejas e integrantes de un grupo étnico minoritario se encuentran ante un doble handicap. Como miembros de un grupo minoritario han tenido que pasarse la vida haciendo frente al prejuicio y la discriminación: como personas ancianas han de enfretarse además con la discriminación y el prejuicio de que es objeto toda persona por el solo hecho de ser vieja. En realidad, y para empezar, las personas pertenecientes a grupos minoritarios cuentan con menos probabilidades que las pertenecientes a los grupos mayoritarios de llegar a viejas. Pero cuando llegan tienen asimismo menos probabilidades de hacerlo en buena situación económica.

La estrechez económica de los ancianos pertenecientes a grupos minoritarios queda reflejada en la proporción de los mismos que se encuentra por debajo del nivel de pobreza: en 1977, mientras que sólo el 12 por 100 de los blancos con 65 o más años vivían por debajo de dicho nivel, lo hacían el 36 por 100 de los negros de esas mismas edades. En 1969 la mitad exactamente de todos los ancianos negros se encontraba por debajo del nivel de pobreza. Entre las personas de origen hispánico el 22 por 100 tenían en 1977 un nivel de vida inferior al nivel de pobreza.

En términos de ingresos, las pautas correspondientes a los ancianos son similares a las registrables entre las personas más jóvenes, sólo que a un nivel más bajo. En 1977 la renta promedio familiar para los varones de 65 y más años de origen hispánico era de 8.971 dólares, y de 6.720 para los ancianos negros. Para las mujeres de esas mismas edades las cifras correspondientes eran 10.129 dólares para las de origen hispánico y 6.215 para las negras (U.S. Bureau of Census, 1979d). Dos cosas resaltan en estos datos: en primer lugar, el hecho de que los ingresos de los ancianos de origen hispánico están mucho más cerca de los de los ancianos blancos (suponen el 83 por 100 de los ingresos de los blancos, en el caso de los hombres, y el 100 por 100 en el de las mujeres) de lo que lo están los ingresos de los ancianos negros (que representan el 70 por 100 de los ingresos de los blancos, en el caso de los hombres, y el 62 por 100 en el de las mujeres). En segundo lugar, las diferencias entre los ingresos de los ancianos negros y de los de origen hispánico respecto de los ingresos de miembros más jóvenes de dichas minorías (las personas con edades entre 55 y 59 años) son más reducidas que las encontrables entre los blancos. Por ejemplo, en 1977 los varones blancos de 65 y más años vivían en familias cuyos ingresos medios suponían sólo el 47 por 100 del nivel de ingresos de los blancos de 55 a 59 años. Entre los varones de origen hispánico y entre los varones negros dicho porcentaje era el mismo: 58 por 100. Una pauta análoga existía en el caso de las mujeres. La explicación de este hecho puede ser que los miembros de los grupos minoritarios no ganan, por lo general, tanto cuando son jóvenes como los blancos: por lo tanto, al envejecer tienen menos que perder que éstos. Desgraciadamente esto ha llevado a veces a la idea errónea de que los ancianos de los grupos minoritarios pueden adaptarse más fácilmente a la jubilación que los blancos, ya que la disminución en el nivel de vida que ésta comporta es menor para ellos que para éstos.

El hecho de tener ingresos más bajos supone importantes variaciones, en cuanto a estilos de vida, para los ancianos de los grupos étnicos minoritarios. Ello incluye el tipo de vivienda de que pueden disponer. En las residencias de ancianos la proporción de personas pertenecientes a las minorías étnicas es mucho menor de lo que debería corresponder a su peso relativo en la población total. Esta cifra desproporcionadamente pequeña puede deberse en parte a la falta de interés por parte de los miembros de las minorías étnicas en residir en ese tipo de lugares (si bien hay pocas pruebas en las que apoyar esta idea) o bien puede deberse a la discriminación (y aquí sí que hay pruebas a favor de esta hipótesis). Sin embargo, el factor más importante no es, probablemente, ni el grado de aceptación de esas residencias, ni la discriminación, sino más bien el hecho mismo del coste de esas residencias de ancianos. Por otro lado, el coste de las viviendas disminuye las probabilidades de que los miembros de los grupos minoritarios sean dueños de sus casas al llegar a viejos. En 1976, en Estados Unidos, el 72 por 100 de todos los blancos con 65 o más años eran dueños de sus viviendas, frente a sólo el 58 por 100 de los negros y el 55 por 100 de las personas de origen hispánico.

Por otro lado, el menor nivel de ingresos de los ancianos de los grupos

minoritarios, así como su situación minoritaria general, influyen sobre el tipo de ayudas que reciben: resulta en efecto más probable que entre los mismos el grado de ayuda recibido de parientes y amigos, más que de instituciones privadas o públicas, sea más alto que entre los blancos. Esto es cierto sobre todo en el caso de los ancianos de origen mejicano, pero también en el de los ancianos negros y asiáticos. La asistencia pública que, como consecuencia de la Older American Act de 1965 pueden obtener los ancianos norteamericanos, suele alcanzar menos a los ancianos pertenecientes a las minorías que a los ancianos blancos. A este respecto la lengua suele constituir una barrera importante. Por otro lado, los ancianos de los grupos minoritarios que logran tener acceso a las prestaciones estatales (tales como comidas subvencionadas, transporte, atención sanitaria y servicios legales) pueden encontrarse con que éstas son culturalmente inadecuadas para ellos. Un ejemplo clásico es el caso de las comidas subvencionadas ofrecidas a los ancianos sin tomar en cuenta sus hábitos y preferencias alimenticias.

Dado que el número de ancianos pertenecientes a grupos minoritarios está aumentando, su nivel de ingresos, los tipos de alojamiento, las redes asistenciales y la disponibilidad y adecuación de la asistencia pública serán temas cada vez más importantes en los años venideros. En realidad, dado que la población estadounidense de edad avanzada está aumentando de tamaño tanto en números absolutos como proporcionalmente (mientras que la población anciana mundial está ciertamente aumentando también en números absolutos, pero aún no en términos relativos). Podemos pensar que en el futuro la influencia de los ancianos ser mayor, con toda probabilidad, que nunca antes en la historia.

### **El envejecimiento y el futuro de la sociedad**

¿Cómo será el futuro para los ancianos? ¿Qué influencia tendrá sobre el futuro de la sociedad el creciente número de ancianos? Ambos lados de la moneda tienen un interés considerable, y dada su estrecha interrelación los trataré conjuntamente.

En Estados Unidos el futuro traerá la existencia de muchas más personas con más de 75 años y de muchos más ancianos pertenecientes a los grupos minoritarios. Será preciso realizar ajustes para acoger esos incrementos, tanto en el sistema familiar como en los sistemas públicos de asistencia. Es posible que el crecimiento de la población anciana, junto con el descenso de la fecundidad registrado en los años sesenta y setenta, desvie el foco de la atención familiar de los niños hacia los ancianos. Al mismo tiempo esto puede aumentar la intensidad de la interacción entre las generaciones viejas y jóvenes y hacer que aumenten las medidas referidas a los ancianos.

Una medida que, en este sentido, constituye ya un hito fue la aprobación por el Congreso, en 1978, de una ley que anulaba la jubilación forzosa a los 65 años para todas las categorías ocupacionales (con sólo unas pocas excepciones). No es, por lo tanto, ya posible que una empresa obligue a una persona a jubilarse por razones simplemente de edad (siempre que ésta, claro está, sea inferior a 70 años). Por supuesto, aquellas personas que sigan trabajando después de los 64 años verán reducidas las prestaciones de la seguridad social hasta que alcancen los 72 años: pero así y todo es posible que experimentemos un retorno a una situación de vidas laborales más prolongadas, como la existente antes de la Depresión. Esto podría incrementar las posibilidades de independencia económica de los ancianos, sobre todo de las mujeres, que constituyen la parte principal de la población de edad avanzada (Campbell, 1979). Mientras la tasa de natalidad siga siendo baja y el número de nuevos integrantes de la población activa no supere excesivamente el número de puestos de trabajo disponibles, el grado de

conflicto intergeneracional respecto de la integración en la fuerza de trabajo deber de ser mínimo. Ahora bien, si los nuevos integrantes de la población activa (incluyendo entre ellos a muchas mujeres jóvenes) encuentran que sus oportunidades de empleo están bloqueadas por la permanencia laboral de los ancianos, aumentarán las probabilidades de conflicto.

Una de las principales ventajas de esta vida laboral potencialmente más larga es por supuesto, que contribuir a aliviar la situación de los sistemas de seguridad social. A medida, en efecto, que la generación del baby boom vaya envejeciendo y pueda aspirar a las ayudas establecidas para los ancianos, aumentará la razón entre los beneficiarios de ayuda estatal y el número de personas activas. En consecuencia, la carga económica (es decir, la carga impositiva) sobre las generaciones más jóvenes (es decir, los individuos que ahora están en la infancia o que acaban de nacer) será enorme. Ello originará, probablemente, presiones para que los ancianos sean algo más autosuficientes, no sólo prolongando su vida laboral sino también creando organizaciones de ayuda mutua que alivien a los organismos públicos de parte de su peso. No deja de resultar irónico que el sistema de seguridad social, diseñado en gran medida para animar a las personas de edad avanzada a dejar de trabajar, pueda salvarse en el futuro justamente porque la gente permanezca activa durante más tiempo.

Las opciones abiertas a los ancianos están aumentando ya. Entre ellas cabe citar la posibilidad de trabajar más años, las mayores posibilidades de seguir estudiando (gracias a los cursos universitarios diseñados para alumnos de todas las edades) y descuentos en los transportes que abren oportunidades de viajar antes inexistentes. Lo más probable es que estas tendencias se mantengan incambiadas hasta bien entrado el siglo XXI como consecuencia del flujo de cohortes antes mencionado, por ejemplo, la mayor participación de la mujer en la población activa y su consiguiente mayor independencia económica le permitirán tener un mayor sentido de libertad personal a medida que vaya envejeciendo.

Por otro lado, el alto nivel de incidencia sobre la vida política que la juventud alcanzó en los años sesenta probablemente cederá el lugar a una influencia aún mayor de los ancianos cuando dichos jóvenes lleguen a la vejez. Tenemos ya, por ejemplo, que las personas de 55 a 64 años son las que, en elecciones nacionales, registran un grado menor de abstención, seguidas de cerca por las personas de 65 a 74 años. A medida que la actual generación de jóvenes vaya envejeciendo, la población de edad avanzada se hará, probablemente, más tolerante respecto de una amplia variedad de estímulos vitales y mostrar un mayor grado de comprensión respecto de las cuestiones y problemas de los ancianos.

Es así probable que, como consecuencia del flujo de cohortes, los diez objetivos originales de la Older American Act de 1965 puedan finalmente ser alcanzados. Esos objetivos son:

1. Un nivel de ingresos adecuado.
2. La mejor salud física y mental posible.
3. Una vivienda adecuada.
4. Servicios de rehabilitación y curación completos.
5. Oportunidad de empleo sin discriminación por edad.
6. Jubilación con salud, honor y dignidad.
7. Dedicación a actividades útiles o significativas.
8. Servicios comunitarios suficientes en caso de necesidad.
9. Aprovechamiento inmediato de los hallazgos y adelantos de la investigación.
10. Libertad, independencia y libre ejercicio de la iniciativa individual.

La meta original de quienes abogaban en favor de los ancianos era la seguridad en la vejez; las metas de la Older Americans Act van, sin embargo, más allá de la simple seguridad: apuntan hacia la autonomía. “La idea de la vejez como etapa vital está cediendo el paso a la idea del envejecimiento como proceso vital” (Fiseher. 979:65).

El futuro de estos objetivos parece ser especialmente optimista si tenemos en cuenta que muchos de los que contribuyeron a su establecimiento están ahora empezando a alcanzar la vejez.

### **Resumen y conclusiones**

Al mismo tiempo que la mortalidad y la fecundidad se mantienen en un nivel bajo en los países desarrollados, las poblaciones se están haciendo más viejas. A medida que una población envejece se producen cambios en muchos aspectos de la organización social, ya que el proceso de envejecimiento comporta numerosos cambios en los mismos individuos, tanto biológicos como sociales. Los cambios biológicos guardan relación con el deterioro gradual del funcionamiento del organismo y la consiguiente mayor vulnerabilidad ante la enfermedad. Los cambios sociales guardan relación fundamentalmente con el sistema de estratificación por edad que, en las modernas sociedades industriales, ha relegado a los ancianos a un status más bajo que el que solían tener en las sociedades agrícolas, menos desarrolladas. Esta pérdida de status parece ser el resultado combinado de la mayor longevidad (que da lugar a la jubilación, que tiene un status más bajo que la actividad laboral); de la tecnología económica (que convierte en obsoleta la capacitación laboral de los ancianos); de la urbanización (que segrega a las generaciones y refuerza la inversión de status entre ellas; y de las mejoras en la educación (que hacen que los hijos tengan un nivel educativo más elevado que los padres). En relación con estos cambios históricos está, por otro lado, el hecho de que cada cohorte es única en cuanto a las experiencias históricas y sociales que vive a medida que avanza por el ciclo vital. Esto introduce un elemento dinámico en el proceso de envejecimiento, que permite anticipar los cambios futuros en las características demográficas y en los estilos de vida de los ancianos.

La población de edad avanzada estadounidense se caracteriza por el desequilibrio de la razón entre sexos debida al hecho de que la mortalidad masculina es superior a la femenina. Esto significa que, a medida que las mujeres envejecen, aumentan las probabilidades de que enviuden y pasen a vivir solas. La vejez suele suponer también una dramática disminución de ingresos, ya que la gente es obligada a dejar de trabajar. Los ancianos pertenecientes a las minorías étnicas se enfrentan con un handicap doble, ya que, cuando son jóvenes, tienen menos probabilidades de acceder a la educación superior y a las categorías ocupacionales que permiten tener en la vejez ingresos elevados.

Las perspectivas de futuro de la población anciana varían según el nivel de desarrollo de cada sociedad. Si la teoría de Cowgill respecto de la influencia de la modernización sobre el status de los viejos es correcta, entonces cabe pensar que la esperable cada vez mayor modernización de los países en vías de desarrollo se traduzca, en el futuro, en una pérdida de status de la población anciana. Por otro lado en los países desarrollados el futuro aumento en el número y proporción de ancianos, combinado con los cambios que se producirán a medida que las cohortes más jóvenes vayan envejeciendo, sin duda darán lugar a una elevación del status de los ancianos. De hecho ya han aparecido medidas gubernamentales dirigidas a mejorar, en Estados Unidos, la vida de los ancianos y su impacto ha sido

razonablemente eficaz. Resulta, sin embargo, muy poco usual que las medidas gubernamentales tengan un impacto tan perceptible sobre la vida de las personas, como vamos a ver en el siguiente capítulo cuando consideremos las políticas demográficas cuyo objetivo es influir sobre el crecimiento demográfico.

## Capítulo 14

Crecimiento poblacional y envejecimiento de la población.

¿Qué se considera viejo?

Aspectos biológicos del envejecimiento.

Aspectos sociales del envejecimiento.

¿Cuántas personas de edad avanzada existen?.

Crecimiento de la población de edad avanzada en Estados Unidos.

Características demográficas de la población de edad avanzada.

Edad y sexo.

Estado civil y formas de convivencia.

Educación.

Participación en la población activa e ingresos.

¿Con cuánto dinero cuentan los ancianos norteamericanos para vivir?

Las personas de edad de los grupos minoritarios.

El envejecimiento y el futuro de la sociedad.

Resumen y conclusiones.

## CRECIMIENTO POBLACIONAL Y ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

Casi todos los viejos son básicamente iguales: han perdido el interés por lo sexual, se encuentran mal la mayor parte del tiempo, no rinden laboralmente tanto como la gente más joven y tienen ingresos por debajo del nivel de pobreza. Pues bien, si el lector cree todo esto realmente está mal informado. La verdad, en efecto, es que en Estados Unidos (y en realidad en cualquier otro país) los viejos no son todos básicamente iguales. Al contrario, tras varias décadas de historia personal y de exposición a múltiples pautas distintas de interacción social, los viejos tienden a parecerse entre sí menos aún que las personas de edades menos avanzadas. Entre las personas de edad avanzada existe una gran diversidad en cuanto a interés por lo sexual, a satisfacción vital (habiendo quien es muy desgraciado y quien es extremadamente feliz), a rendimiento laboral y a nivel de ingresos. Quiere esto decir que quien se lance alegremente a fáciles estereotipaciones de los viejos asume un riesgo de equivocarse elevado, y además creciente, ya que la población anciana está aumentando en el mundo, y sobre todo en los países industrializados, a un ritmo rápido.

El descenso mundial de la mortalidad no sólo ha supuesto que más recién nacidos logren sobrevivir hasta llegar a adultos: ha significado también que más adultos logren sobrevivir hasta llegar a viejos. En consecuencia, las mismas sociedades que se han visto ante la necesidad urgente de proporcionar educación, trabajo y alimentos a un sector juvenil en rápida expansión, tendrán que enfrentarse también con el problema de atender a un número cada vez mayor de ancianos, a medida que dichas cohortes jóvenes vayan avanzando a lo largo del ciclo vital. En este capítulo vamos a considerar tanto las causas como las consecuencias de este aumento en el número de personas de edad avanzada. Comenzaré definiendo lo que se entiende por población de edad avanzada para después examinar su tamaño y distribución geográfica por el mundo y analizar por qué, y con qué ritmo, está creciendo. A continuación me centraré en la situación existente en Estados Unidos, analizando no sólo el aumento, en proporción y en números absolutos, de la población anciana sino también sus características demográficas. Este análisis de las características de la población de edad avanzada preparará el

terreno para el análisis de la manera en que el proceso de envejecimiento puede influir con toda probabilidad, sobre el curso futuro de la sociedad, sobre todo en Estados Unidos.

### **¿Qué se considera viejo?**

La edad, tal y como generalmente la concebimos, es algo socialmente construido; es decir, algo de lo que hablamos y que definimos y redefinimos a partir de categorías sociales y no pura y simplemente biológicas. La célebre pregunta de Satchel Paige: “¿Qué edad tendrías si no supieras la edad que tienes?”, o incluso el conocido lugar común: “Sólo es viejo quien se siente viejo”, expresan claramente la idea de que la edad viene definida por nuestra interacción con otros individuos en el mundo social. Si los demás me definen como una persona vieja, me tratarán como a una persona vieja, con independencia de que yo sienta o no que efectivamente lo soy.

La vejez no tiene un umbral cronológico explícito. No obstante, en Estados Unidos, y en la mayoría de los países del mundo, suele definirse la vejez como el período de la vida que empieza a los 65 años. Esta cifra tiene un carácter casi mítico en Estados Unidos, ya que es la edad en que se alcanza el derecho a disfrutar de importantes ayudas estatales como la seguridad social y la atención gratuita médica y hospitalaria. En 1935, cuando el actual sistema de seguridad social estadounidense fue diseñado, se estableció el requisito de contar con 65 años, y no otra edad, más por costumbre que por elección deliberada. Esa era en efecto la edad establecida normalmente para la jubilación en los escasos fondos de pensiones norteamericanos entonces existentes así como en el sistema de seguridad social alemán. La Older American Act (Ley sobre los norteamericanos de más edad) aprobada en 1965 por el Congreso de los Estados Unidos estableció ayudas, en algunos de sus programas, para las personas de 60 o más años, pero en general la edad de 65 años constituye un punto de referencia firmemente asentado en el mundo occidental, y en consecuencia es la que adoptaré en este capítulo para definir la vejez. El lector debe sin embargo tener bien claro que se trata de una decisión arbitraria, y que por el simple hecho de cumplir sin más 65 años una persona no pasa a tener automáticamente todos los rasgos definitorios de la vejez. De hecho, la mayor parte de los individuos no se perciben a sí mismos como viejos sino mucho más allá de esa edad.

Nuestro interés demográfico por las personas de edad avanzada se deriva del hecho de que, a medida que el número de las mismas aumenta en términos absolutos y proporcionales, tienen lugar importantes cambios en la organización de la sociedad. Las instituciones legales, políticas, educativas, familiares y económicas experimentan, por igual, cambios a medida que en la sociedad aumenta, aunque sólo sea levemente, el peso relativo de la población de edad avanzada. Ello se debe al hecho de que el envejecimiento introduce variaciones tanto biológicas como sociales en la vida de los individuos.

### **Aspectos biológicos del envejecimiento**

El envejecimiento biológico se caracteriza por un conjunto de procesos concurrentes designado globalmente como senectud, que consiste en una disminución de la capacidad física junto con un aumento de la vulnerabilidad ante la enfermedad. Algunas de las principales generalizaciones que pueden hacerse sobre el envejecimiento son las siguientes: (1) los cambios fisiológicos que se producen tienden a ser irreversibles pero graduales a todo lo largo del período que va desde la edad adulta a la vejez; (2) a mayor complejidad de una función corporal, mayor la rapidez de su declive; (3) los

individuos envejecen con ritmos diferentes, y dentro de una misma persona los distintos tejidos y sistemas pueden asimismo envejecer con ritmos desiguales; (4) el envejecimiento origina una disminución de la capacidad de reaccionar ante el stress; (5) el envejecimiento comporta una menor resistencia ante la enfermedad. La explicación actualmente más aceptada de por qué la gente se hace más vulnerable ante la enfermedad y la muerte a medida que envejece es que con la edad disminuye la eficacia del sistema inmunológico del organismo. La alimentación desempeña también un papel importante en el envejecimiento biológico (de forma similar a como afecta a la salud en todas las edades): las probabilidades de defunción son mayores en aquellas personas ancianas que no tienen una dieta adecuada.

Es importante no confundir la senectud, o proceso biológico de envejecimiento, con la senilidad. Este segundo término alude a la pérdida de facultades mentales que, según sabemos hoy, es producto de un amplio número de enfermedades muchas de las cuales son, de hecho, remediabiles.

Cuando somos jóvenes tendemos a menudo a percibir de forma exagerada los cambios físicos que realmente conlleva el hecho de envejecer. El carácter gradual de dichos cambios permiten generalmente una progresiva adaptación a los mismos; por otro lado los cambios más significativos pueden tener lugar más tarde, o ser diferentes en naturaleza, de lo que sospechábamos cuando éramos más jóvenes. Por ejemplo, una de las ideas más estereotipadas sobre la vejez se refiere a la actividad sexual de las personas de edad avanzada. En realidad, dicha actividad sexual tiende a mantenerse, y en un nivel sustancialmente elevado, hasta edades muy avanzadas, al menos hasta el fallecimiento de uno de los cónyuges. El grado de frecuencia y de satisfacción de las relaciones sexuales en la vejez parece depender más de las preferencias individuales que de la edad en sí misma. Es decir, resulta probable que quienes de jóvenes disfrutaron de una vida sexual activa sigan teniéndola de viejos. Sin duda la capacidad física de una persona para tener relaciones sexuales puede disminuir con la edad: pero con toda probabilidad su nivel de actividad sexual estará influido más por factores sociales que por factores biológicos.

### **Aspectos sociales del envejecimiento**

El mundo social de los ancianos es diferente del de las personas más jóvenes porque prácticamente todas las sociedades cuentan con un sistema de estratificación por edad, o lo que es igual, de asignación de papeles y status sociales sobre la base de la edad. A medida que los individuos envejecen cambian las obligaciones y expectativas sociales a ellos referidas. Por otro lado determinados tipos de conducta son considerados apropiados para algunas edades pero no para otras.

En los países occidentales quizá el aspecto más crucial de la estratificación por edad sea la relegación de los ancianos a un status más bajo que el de las personas más jóvenes. Distintos indicadores de status, tales como grado de participación en los recursos económicos, influencia en los procesos de toma de decisiones y amplitud de las relaciones sociales, concurren en sugerir que en la sociedad occidental el envejecimiento conlleva una pérdida de status. ¿Por qué es esto así? ¿Por qué los países industrializados occidentales difieren en este terreno de las sociedades agrícolas tradicionales? La explicación más conocida de este fenómeno es la propuesta por Donald Cowgill (1979). Su teoría se basa en el modelo causal en el que cuatro factores básicos inherentes al proceso de modernización (tecnología sanitaria, tecnología económica, urbanización y educación) se combinan para dar lugar a una disminución del status de la población de edad avanzada.

La tecnología sanitaria que acompaña a todo proceso de modernización

aumenta la longevidad, como ya sabemos. A su vez, la mayor longevidad genera una competencia intergeneracional por los puestos de trabajo, dado que no es ya probable que se produzcan fallecimientos que permitan a los jóvenes integrarse, y prosperar, en el mercado laboral. Esta competencia ha dado lugar al fenómeno que denominamos jubilación. El trabajo constituye una actividad altamente valorada en la sociedad, ya que el trabajo origina ingresos; y dado que los ingresos constituyen uno de los principales factores definitorios del status, la jubilación conlleva inexorablemente una pérdida de status.

La tecnología económica que acompaña al proceso de modernización implica la creación de ocupaciones nuevas, fundamentalmente urbanas. Dado que hay más probabilidades de que los jóvenes, y no los viejos, sean quienes emigren a las ciudades, y que las ocupaciones urbanas tienden a estar mejor pagadas que las rurales, el resultado es “una inversión de status, derivado del hecho de que los hijos logran alcanzar un status más elevado que el de sus padres. en vez de simplemente pasar a ocupar el status de éstos, como en la mayoría de las sociedades premodernas”.

El tercer factor que según Cowgill origina una disminución del status de los viejos es la urbanización. Además de guardar relación con la movilidad geográfica y la inversión de status, como ha sido ya mencionado, la urbanización da lugar a una segregación residencial entre viejos y jóvenes. Esto a su vez origina una mayor distancia social entre generaciones, relegando a los padres a un papel más periférico en la vida de sus hijos. La mayor distancia física entre los componentes de las distintas generaciones contribuye así a aumentar la distancia social y a reducir aún más el status de los viejos.

El proceso de modernización guarda una estrecha asociación con el aumento de la educación formal. En las sociedades preliterarias la educación consiste fundamentalmente en la transmisión, por parte de los ancianos, de sus experiencias en la vida. La idea de que se aprende a fuerza de darse golpes, y de que la experiencia es el mejor maestro (ideas éstas que incrementan el status de los viejos) son ampliamente predominantes. La modernización, por el contrario, tiende a institucionalizar la educación formal de masas, cuyo contenido es más técnico que vivencial. Los nuevos programas educativos son dirigidos siempre fundamentalmente a los jóvenes. En consecuencia éstos terminan teniendo un nivel educativo superior al de sus padres. El resultado de todo ello es el empeoramiento de la posición de los viejos al aumentar la distancia intelectual y moral (es decir, de valores) entre generaciones. La educación trae consigo (de hecho forma parte de) un cambio en el sistema de valores de la sociedad. La espiral creciente del proceso educativo se traduce en la variación de los valores y de los niveles intelectuales de una generación a otra.

A medida que las fuerzas históricas moldean y determinan el status de los viejos en la sociedad, contribuyen también a configurar el carácter mismo de éstos. Esta es justamente la idea que subyace en el concepto de flujo de cohorte, que alude a la evolución a lo largo del tiempo de un grupo de personas. Matilda White Riley ha explicado claramente este concepto al indicar que cada cohorte “está vinculada a la historia de la sociedad a través de su fecha de nacimiento. En consecuencia el envejecimiento de cada cohorte se ve influido por la especial situación en la historia de la época a la que pertenece”. Así pues, en una era de cambio social acelerado como la del último siglo, cabe esperar que cada nueva generación que alcanza la vejez difiera sustancialmente de la anterior. Esto tiene importantes implicaciones para el futuro de la sociedad, como veremos más adelante en este capítulo, ya que lo que viene a implicar es que el cambio social y la innovación no son

solamente cosa de jóvenes. Empezamos ahora a comprender que los cambios sociales experimentados por las personas más jóvenes transforman también a la población de edad avanzada, a medida que dichas cohortes vayan llegando a la vejez.

### **¿Cuántas personas de edad avanzada existen?**

En 1980 existían en el mundo unos 260 millones de personas con 65 o más años de edad. Si todos vivieran bajo una misma bandera constituirían, sencillamente, el cuarto país más grande del mundo. Dicha población anciana representaba el 6 por 100 de la población mundial total. Ahora bien, no hay que olvidar que este porcentaje varía considerablemente de unos lugares del mundo a otros. Por ejemplo, en 1980 los países más desarrollados comprendían sólo el 27 por 100 de la población total mundial, pero el 48 por 100 de la población mundial de más de 65 años.

Estas amplias diferencias entre distintas regiones del mundo en cuanto al número de ancianos están influidas, por supuesto, por las diferencias existentes en cuanto a la mortalidad. En los países más desarrollados la esperanza media de vida al nacer es de 71 años, frente a sólo 56 en los países menos desarrollados. El tamaño total de la población influye también en esta cuestión. Por ejemplo, la población de China continental es tan grande que aun cuando sólo el 5 por 100 de la misma (frente a un promedio del 10 por 100 en los países más desarrollados) tiene 65 o más años, China es el país del mundo con mayor número absoluto de ancianos: 48 millones en 1979. Estados Unidos y la Unión Soviética ocupan el segundo lugar con unos 25 millones de viejos cada uno. La India, pese a ser el segundo país más poblado del mundo, aparece sólo en cuarto lugar en cuanto a número total de ancianos, con 20 millones. En conjunto, el 45 por 100 de todas las personas con 65 o más años existentes en el mundo viven en los cuatro países más poblados.

La proporción existente de personas de 65 o más años respecto del total de población de un país depende fundamentalmente de la tasa de natalidad: una tasa de natalidad baja eleva la proporción relativa de viejos sobre el total; una tasa de natalidad alta la reduce. La mortalidad, y, en menor medida la migración tienen sin embargo también alguna influencia sobre la proporción de viejos existentes en un país. En consecuencia, la mayor proporción de población anciana se registrará en una sociedad que tenga una baja tasa de natalidad, una baja tasa de mortalidad y un saldo migratorio negativo, es decir, más emigración que inmigración (ya que los emigrantes suelen ser adultos jóvenes). La República Democrática Alemana (Alemania oriental) constituye a este respecto un buen ejemplo, ya que reúne estos tres requisitos; en consecuencia registra el porcentaje más elevado del mundo de población mayor de 64 años (16 por 100). Inversamente, la menor proporción de personas ancianas se registrará en un país con alta natalidad, alta mortalidad y saldo migratorio positivo, es decir, más inmigración que emigración. Mali presenta como mínimo los dos primeros requisitos y cuenta con la proporción más baja, a nivel mundial, de población mayor de 65 años: tan sólo el 1 por 100 de sus 6 millones de habitantes tienen esa edad u otra superior. En conjunto África es la región del mundo con menor proporción de viejos en su población: tan sólo el 3 por 100, en promedio.

### **Crecimiento de la población de edad avanzada en Estados Unidos**

En el año 1900, Estados Unidos contaba solamente con algo más de 3 millones de personas con 65 o más años y con sólo 122.000 personas con más de 85 años. En 1980 el número estimado de personas mayores de 65

años alcanzaba casi los 25 millones (lo cual suponía un aumento del 800 por 100 en 80 años), mientras que la población mayor de 85 años superaba los 2 millones (un aumento, por tanto, del 700 por 100). Al final de este siglo existirán casi 31 millones de norteamericanos ancianos, de los cuales más de 3 millones tendrán más de 84 años. Entre 1950 y 1980, cuando la población mundial registró un crecimiento explosivo, del 2 por 100 anual, la población de edad avanzada aumentó en Estados Unidos en un 2,3 por 100 anual. En realidad la población de más de 85 años de edad aumentó en Estados Unidos a lo largo de ese período a un ritmo del 4,2 por 100 anual. Estas cifras explican la creciente preocupación por las condiciones de vida de los ancianos, y el rápido aumento, en Estados Unidos, de las partidas presupuestarias destinadas a ayudar a la población de edad avanzada.

A la hora de estimar el posible crecimiento futuro de la población anciana estadounidense resulta posible realizar proyecciones muy razonables para, al menos, los próximos 65 años, dado que esos futuros viejos han nacido ya y que no es probable que se produzcan cambios sustanciales en la mortalidad durante las próximas décadas. La baja tasa de natalidad registrada durante la Depresión significa que a medida que los nacidos durante ese período vayan llegando a los sesenta años, a finales de este siglo se producirá una disminución temporal del crecimiento de la población anciana. Cabe en efecto esperar que entre 1890 y el año 2000 la población de 65 y más años aumente sólo en unos 2 millones (pasando de 29,8 a 31,8 millones), aumento reducido si lo comparamos con el registrado en las décadas de 1970 y 1980 (5 millones en cada una). Por supuesto, a medida que la generación del "baby boom" vaya alcanzando la vejez, lo cual se producirá entre el año 2010 y el 2030, se producirá una explosión en el número de ancianos, que pasará de 34,8 millones en 2010 a 55 millones en 2030. Tras esto, la baja fecundidad de los últimos años de la década de 1960 y de la década de 1970 dará lugar a la estabilización del tamaño de la población anciana norteamericana (datos tomados de U.S. Bureau of Census, 1978b).

### **Características demográficas de la población de edad avanzada**

En las páginas siguientes exploraremos las características demográficas de la población anciana. Centraremos nuestra atención en el caso de Estados Unidos, ya que es el país para el que disponemos de mayor información, pero cuando sea posible recogeré también datos referidos a otras sociedades. Vamos a considerar la distribución por sexo y edad de la población mayor de 65 años, su nivel educativo, su ocupación y grado de participación en la población activa, sus ingresos, su estado civil, sus formas de convivencia y su raza.

#### **Edad y sexo**

No hay que olvidar que la población anciana rara vez constituye un grupo homogéneo. El definir como vieja a la población con edades superiores a 65 años implica tomar en consideración una gran variedad de edades. Por ejemplo, no resulta infrecuente en Estados Unidos que personas de 65 años sigan teniendo vivos a uno de sus padres al menos. A medida que las generaciones más jóvenes vayan envejeciendo esto será aún más frecuente, ya que la edad en que las mujeres completan su ciclo reproductivo ha ido disminuyendo y por tanto se ha reducido la diferencia de edad entre padres e hijos. haciendo en consecuencia más probable su supervivencia conjunta hasta edades avanzadas. Así pues, el "bache generacional" que probablemente parecía tan obvio cuando padres e hijos eran jóvenes, puede seguir vigente en las relaciones interpersonales pero camuflado por el hecho

de que ambas partes serán ya ancianas.

Desde el punto de vista de la sociedad, la composición por edad y sexo de la población anciana incide sobre el tipo y nivel de servicios a proporcionar para mantener la calidad de vida inalterada. Dado que generalmente la salud se deteriora más rápidamente después de los 75 años, aproximadamente, el tamaño de la población "vieja-joven" (es decir, la comprendida entre los 65 y los 79 años) en relación con el de la población "vieja-vieja" (es decir, la mayor de 80 años) resulta de gran importancia. Por otro lado, dado que las mujeres tienden a sobrevivir a los hombres, el número de viudas existentes en las edades avanzadas afecta también a la estructura social (estado civil, formas de convivencia, ingresos y pautas de interacción social, de la población anciana.

Aun cuando el número absoluto de ancianos crecerá, en el futuro inmediato, a un ritmo inferior al registrado durante el período 1950-1980, el hecho de que la población anciana se vaya haciendo proporcionalmente más vieja seguir creando la necesidad de dedicar recursos a la población de edad avanzada. Esta necesidad se incrementará sobre todo en lo referido a atención sanitaria, cuidados a largo plazo, transportes, viviendas subvencionadas, cuidados diurnos, comidas preparadas, aseo personal y ayuda doméstica.

En 1977 el gasto medio en atención sanitaria por persona mayor de 65 años ascendió a 1.745 dólares. Aunque este dinero procedía de distintas fuentes (seguros privados, gobierno federal o estatal o los mismos particulares) la mayor parte, en realidad el 67 por 100, era dinero público. En conjunto, 41.000 millones de dólares se gastaron en 1977, en Estados Unidos, para proporcionar atención sanitaria a los ancianos. Esta cifra supuso un espectacular aumento en comparación con los 8.000 millones gastados, con ese mismo fin, en 1966. Como han señalado Gibson y Fisher, esta cantidad seguirá aumentando.

Dentro del grupo de los mayores de 65 años, la proporción de personas con 75 o más está creciendo. Dado que las personas de mayor edad tienden a padecer enfermedades crónicas (casi la mitad del total de personas con más de 65 años se ven limitadas en su actividad como consecuencia de alguna dolencia crónica) y que las enfermedades y heridas tienen mayor incidencia en ellas, suelen ser hospitalizadas con mayor frecuencia y durante periodos más prolongados.

Por ejemplo, en Estados Unidos el número medio de días de estancia en un hospital era de 8,3 para las personas mayores de 85 años, pero de sólo 3 para las que tenían entre 65 y 69 años. El uso anual de las casas de convalecencia por las personas mayores de 85 años era de 86 días al año, en promedio, cifra cinco veces mayor que la correspondiente al conjunto de todos los mayores de 65 años. Dado que la mayor parte del coste de estas hospitalizaciones es sufragada con fondos públicos, resulta claro que el envejecimiento de la población anciana, así como el aumento global en el número de viejos, se traducir en una presión creciente sobre el presupuesto nacional.

### **Distribución por sexo de la población de edad avanzada.**

Es bien sabido que las mujeres tienden a vivir más que los hombres. En Estados Unidos existen aproximadamente 146 mujeres mayores de 65 años por cada 100 hombres. Por lo general ésta es la pauta en las sociedades industrializadas (incluso, de forma más general, en las sociedades occidentalizadas). En Suecia, en 1976, había 128 mujeres mayores de 65 años por cada 100 hombres de esas edades; en Japón la razón era 132:100, y en Méjico 112:100. En la mayoría de las sociedades las mujeres llevan la delantera, en cuanto a capacidad de supervivencia, desde el momento mismo

de la concepción y en algunos países, como por ejemplo Estados Unidos, las diferencias a este respecto entre hombres y mujeres se acrecientan con la edad. Esta pauta, sin embargo, no se registra de forma universal en todas las sociedades.

En la India, en 1977, había sólo 93 mujeres mayores de 65 años por cada 100 hombres de esas edades. La India es, en efecto, uno de los 24 países en los que la población anciana masculina supera en tamaño a la femenina. De esos 24 países, 22 se encuentran o en África o en Asia occidental, Asia y Oriente Medio. Casi todos son países en los que predominan religiones tradicionales locales, o bien el Islam, factor éste que tiene importancia, ya que en ese tipo de sociedades el status de la mujer tiende a ser más bajo. En al menos cuatro casos la religión islámica es la religión oficial del estado; por otro lado en la lista se encuentran el segundo y tercer países con mayor número de población musulmana: la India y Bangladesh. En África (sobre todo en la región septentrional) y en la parte occidental de Asia (incluyendo a Oriente Medio) el status de la mujer es particularmente bajo en relación con el nivel medio mundial. Resulta así probable que en esos países las mujeres se encuentren en desventaja en cuanto a alimentación y atención sanitaria (incluyendo la protección contra los riesgos de la mortalidad materna en los países de alta fecundidad) y que esa desventaja se traduzca en la existencia de menores proporciones de mujeres que lleguen a ancianas.

### **Estado civil y formas de convivencia**

El desequilibrio que en la mayoría de las sociedades se produce en la proporción de hombres y mujeres viejos refleja la existencia de cambios en el estado civil que a su vez implican cambios en las formas de convivencia para muchos individuos a medida que envejecen. En Estados Unidos, en 1976, el 79 por 100 de todas las mujeres de 35 a 39 años estaban casadas y vivían con sus esposos: entre las de 65 a 74 años este porcentaje había pasado a ser del 47 por 100 y entre las mujeres de 75 o más años sólo el 22 por 100 seguían casadas y viviendo con su esposo. De hecho, entre las mujeres norteamericanas mayores de 75 años más de las dos terceras partes son viudas. La situación existente en Estados Unidos a este respecto constituye un reflejo de la encontrable en el resto del mundo. Las probabilidades de que, al envejecer, los hombres experimenten un cambio en su estado civil son, lógicamente, menores ya que lo usual es que sus esposas les sobrevivan.

El cambio de estado civil, ¿afecta a las formas de convivencia? La respuesta es sí, puesto que son más las mujeres que terminan viviendo solas. Por otro lado, la creencia común de que los viejos suelen terminar en un asilo es, como quizá ha supuesto el lector, un mito. Tan sólo el 5 por 100, aproximadamente, de los ancianos norteamericanos reside en viviendas colectivas especialmente diseñadas para acoger ancianos. En otras palabras, para las mujeres, en Estados Unidos, la vejez supone con mayor probabilidad vivir sola que hacerlo en una institución o con otras personas de edad. En 1978 el 36 por 100 de todas las mujeres con edades entre 65 y 74 años vivían solas, porcentaje que subía al 48 por 100 entre las mayores de 75 años. Entre los hombres, el vivir solo es menos frecuente: entre los que tenían entre 65 y 74 años el 13 por 100 vivían solos, mientras que entre los que tenían más de 75 años, ese porcentaje era del 21 por 100. En las sociedades norteamericana y europea, los ancianos viven mucho más distanciados de sus hijos que en sociedades asiáticas como, por ejemplo, Japón. En Japón no sólo es corriente que cuando uno de los cónyuges muere el superviviente vaya a vivir con sus hijos, sino que incluso las tres cuartas partes de las parejas ancianas viven con un hijo. Esta forma de convivencia se da en menos del 20 por 100 de todas las parejas ancianas estadounidenses. ¿Se

occidentalizarán a este respecto los japoneses y, en consecuencia, variar esta pauta de convivencia de los ancianos con sus hijos? Quizá sí, pero de ser así el proceso será probablemente muy lento, ya que no es probable que en el transcurso de una sola generación se erosione el respeto y dignidad de que los ancianos gozan en Japón. Aun cuando la proporción de padres ancianos que viven con sus hijos está disminuyendo en dicho país, sobre todo en las áreas urbanas y entre las personas de mayor nivel educativo (como cabría esperar según la teoría de Cowgill), de seguir la pauta actual, más de las dos terceras partes de todos los ancianos seguirán viviendo con sus hijos en el año 2000.

### **Educación**

En la actualidad, en el mundo, los viejos tienen niveles educativos más bajos que los adultos jóvenes. En Estados Unidos en 1978, por ejemplo, las personas de 25 a 34 años tenían casi dos veces más probabilidades que las mayores de 65 años de ser bachilleres; y dichos adultos jóvenes tenían tres veces más probabilidades de ser graduados universitarios. La razón de esto, como ya indiqué antes, es que las personas de más edad crecieron en una época en la que no era tan corriente el ir a la universidad o, incluso, el terminar el bachillerato. De hecho, en tan sólo los 8 años que van de 1970 a 1978 la proporción de personas mayores de 65 años que, en Estados Unidos, tenían el título de bachiller aumentó del 16 al 22 por 100. Este incremento se debió exclusivamente a la existencia de un nivel educativo más elevado entre las nuevas cohortes que llegaban a la vejez, no a los recientes y todavía aislados intentos de volver a conectar a la población de edad avanzada con el sistema educativo.

Si los viejos tienen, en promedio, un nivel educativo más bajo no es porque sean menos competentes, o estén menos capacitados para seguir estudios superiores o incluso porque sean menos ambiciosos, sino más bien porque el mundo ha experimentado, a lo largo de los últimos dos o tres siglos, una verdadera escalada educacional como consecuencia de la cual cada generación tiende a tener un nivel educativo superior al de la anterior. Por ejemplo, en Italia en 1981 menos del 20 por 100 de las mujeres con 71 o más años de edad sabían leer y escribir, mientras que entre las de 21 a 30 años este porcentaje era del 40 por 100. Diferencias similares se daban entre los hombres y podían también hallarse en otras sociedades europeas decimonónicas.

A partir de la consideración del nivel educativo alcanzado por las personas que en 1980 tenían entre 30 y 39 años, podemos estimar el nivel educativo que en el año 2015 tendrán las personas de 65 a 74 años. Ahora bien, si se producen modificaciones en el sistema educativo en el sentido de que las personas de todas las edades tengan un mayor acceso a la educación, entonces en el futuro las diferencias, en cuanto a nivel educativo alcanzado, entre los sectores más jóvenes y más viejos de la población disminuirán.

### **Participación en la población activa e ingresos**

En las sociedades industrializadas la vejez constituye por definición el período en que se abandona la población activa. La aprobación en Estados Unidos de la Social Security Act (Ley de la seguridad social) a mediados de la Gran Depresión de los años treinta obedeció al propósito explícito de motivar a la gente para dejar de trabajar. La idea era permitir que las personas empleadas de más edad dejaran el sitio a los trabajadores jóvenes, disminuyendo así entre éstos la tasa de desempleo. La edad arbitrariamente escogida de 65 años quedó consagrada como la edad de jubilación. La

mayoría de las empresas y de los organismos oficiales hicieron de los 65 años la edad obligatoria de retiro.

Una rápida consideración de las prestaciones de la seguridad social permite detectar los incentivos que tiene un trabajador jubilado para seguir inactivo tras su jubilación. Entre los 65 y 72 años de edad una persona no puede compatibilizar las prestaciones que recibe de la seguridad social con un trabajo en el que percibe más de unos pocos miles de dólares anuales (los ingresos procedentes de pensiones e inversiones no cuentan a estos efectos, con lo cual esta regla no afecta de la misma manera a los más ricos). Sólo a partir de los 72 años una persona puede trabajar a tiempo completo y al mismo tiempo percibir, íntegramente, las prestaciones de la seguridad social. Este sistema, combinado con la jubilación forzosa, ha funcionado bien como mecanismo de expulsión de la población de edad avanzada de la población activa. En efecto, en 1890 el 75 por 100 de todos los varones seguían trabajando después de los 64 años mientras que en 1977 sólo el 20 por 100 seguían empleados después de esa edad.

La disminución de la participación de la población de edad avanzada en la fuerza de trabajo ha experimentado una aceleración considerable en años recientes. Por ejemplo, en 1960 más del 33 por 100 de todos los hombres con 65 o más años seguían trabajando (al menos a tiempo parcial), mientras que en 1977 ese porcentaje era tan sólo del 20 por 100. La tasa de empleo de las mujeres de edad ha disminuído también, aunque no tanto. En 1960, el 11 por 100 de las ancianas seguían trabajando, frente a sólo el 8 por 100 en 1978. Entre los hombres la pauta es similar para blancos y negros; en cambio las probabilidades de que las mujeres negras sigan trabajando en la vejez son inferiores en un 50 por 100 a las de las mujeres blancas. El tipo de persona con mayores probabilidades de seguir trabajando en edades avanzadas corresponde al varón, casado y que vive con su esposa.

No parece preciso indicar que cuando una persona abandona la población activa lo más probable es que su nivel de ingresos disminuya. La pensión mínima que concede la seguridad social se encuentra por debajo del nivel de pobreza si bien el establecimiento en 1974 del SSI (Supplemental Security Income: Ingresos suplementarios de la seguridad social) para los ancianos ha venido a significar que la mayoría de éstos tienen ahora garantizado, en Estados Unidos, un nivel de ingresos superior al nivel de pobreza. De hecho, entre 1959 y 1976 el porcentaje de ancianos con ingresos por debajo del nivel de pobreza disminuyó, en Estados Unidos, del 35 al 15 por 100. Con todo, esta segunda cifra sigue siendo superior a la media total nacional. que en 1976 era del 12 por 100.

### **¿Con cuánto dinero cuentan los ancianos norteamericanos para vivir?**

En 1977 la renta media de las familias a cuya cabeza se encontraba una persona de 65 o más años era de 9.110 dólares anuales, es decir, apenas algo más de la mitad de la media general de todas las rentas familiares, que ascendía a 16.009 dólares. En gran medida esta diferencia se debe al hecho de que los ancianos no forman parte de la población activa. Obsérvese que en 1977 las personas de 65 o más años cuyos únicos ingresos eran los procedentes de un trabajo ganaban en promedio 15.304 dólares al año, es decir, una cifra muy cercana a la media total familiar. En cambio las familias de ancianos sin más ingresos que las pensiones de la seguridad social ganaban al año un promedio de tan sólo 4.370 dólares. Afortunadamente en 1977 sólo el 7 por 100 de las familias norteamericanas encabezadas por una persona de 65 o más años tenían como único ingreso la pensión de la seguridad social. Casi todas las familias lograban combinar las prestaciones de la seguridad social con otras fuentes de ingresos tales como pensiones,

dividendos o intereses, rendimientos de propiedades inmobiliarias, retribuciones por trabajo (incluyendo el caso de los auto-empleados) o asistencia pública. En la vejez, el hecho de ser propietario de la propia casa sin duda aumenta la sensación de seguridad: pues bien, el 70 por 100 de todos los ancianos estadounidenses son dueños de sus casas.

Desgraciadamente la inflación mundial de la década de 1970 ha socavado el nivel de ingresos de los ancianos, especialmente los de aquéllos que reciben pensiones no actualizables en función del nivel de precios. El resultado era fácil de predecir: un lento, pero perceptible, aumento del número de jubilados que vuelven a integrarse en la población activa, empezando una nueva carrera.

Por supuesto, no todos los ancianos viven en familias. Muchos, especialmente aquéllos que se encuentran en la octava o novena década de vida, viven solos como individuos sin parientes: ése era el caso, en 1977, en Estados Unidos, de casi la mitad de todos los ancianos. La renta media de estas personas era de sólo 3.829 dólares, mientras que la renta media de todas las personas que en Estados Unidos vivían solas sin parientes era de 5.907 dólares. El 17 por 100 de estas personas viejas y sin parientes contaban, para vivir, exclusivamente con la pensión de la seguridad social, lo que suponía unos ingresos medios anuales de 2.768 dólares: el resto contaba con al menos una fuente adicional de ingresos. En conjunto la conclusión es clara: quien no cuente en su vejez con más ingresos que la pensión de la seguridad social bordear el nivel de pobreza.

### **¿Cómo puede una persona aumentar sus probabilidades de tener una situación favorable cuando llegue a vieja?**

La respuesta es: teniendo de joven una situación favorable. Por ejemplo, el nivel educativo alcanzado guarda una estrecha relación con el nivel de ingresos que se tiene en la vejez. En Estados Unidos, en 1977, las personas con 65 o más años que habían completado cinco o más años de estudios universitarios tenían una renta promedio de 21.706 dólares anuales. De ellas el 19 por 100 seguía aún trabajando, a tiempo completo, todo el año. En cambio las personas que después de obtener el título de bachiller no siguieron estudiando tenían, en promedio, unos ingresos de 10.780 dólares anuales y sólo el 11 por 100 seguía trabajando después de los 65 años a tiempo completo y todo el año. Cada año de estudios en la juventud reporta en promedio, en la vejez, unos 1.500 dólares anuales adicionales (en dólares de 1977).

Sin embargo, al menos para un sector de la población norteamericana, el de los ancianos pertenecientes a grupos minoritarios, la obtención de un nivel de vida decoroso en la vejez resulta más difícil como consecuencia de la falta de oportunidades padecida en la juventud.

### **Las personas de edad de los grupos minoritarios**

Suele decirse que las personas que son a la vez viejas e integrantes de un grupo étnico minoritario se encuentran ante un doble handicap. Como miembros de un grupo minoritario han tenido que pasarse la vida haciendo frente al prejuicio y la discriminación: como personas ancianas han de enfrentarse además con la discriminación y el prejuicio de que es objeto toda persona por el solo hecho de ser vieja. En realidad, y para empezar, las personas pertenecientes a grupos minoritarios cuentan con menos probabilidades que las pertenecientes a los grupos mayoritarios de llegar a viejas. Pero cuando llegan tienen asimismo menos probabilidades de hacerlo en buena situación económica.

La estrechez económica de los ancianos pertenecientes a grupos minoritarios queda reflejada en la proporción de los mismos que se encuentra por debajo del nivel de pobreza: en 1977, mientras que sólo el 12 por 100 de los blancos con 65 o más años vivían por debajo de dicho nivel, lo hacían el 36 por 100 de los negros de esas mismas edades. En 1969 la mitad exactamente de todos los ancianos negros se encontraba por debajo del nivel de pobreza. Entre las personas de origen hispánico el 22 por 100 tenían en 1977 un nivel de vida inferior al nivel de pobreza.

En términos de ingresos, las pautas correspondientes a los ancianos son similares a las registrables entre las personas más jóvenes, sólo que a un nivel más bajo. En 1977 la renta promedio familiar para los varones de 65 y más años de origen hispánico era de 8.971 dólares, y de 6.720 para los ancianos negros. Para las mujeres de esas mismas edades las cifras correspondientes eran 10.129 dólares para las de origen hispánico y 6.215 para las negras (U.S. Bureau of Census, 1979d). Dos cosas resaltan en estos datos: en primer lugar, el hecho de que los ingresos de los ancianos de origen hispánico están mucho más cerca de los de los ancianos blancos (suponen el 83 por 100 de los ingresos de los blancos, en el caso de los hombres, y el 100 por 100 en el de las mujeres) de lo que lo están los ingresos de los ancianos negros (que representan el 70 por 100 de los ingresos de los blancos, en el caso de los hombres, y el 62 por 100 en el de las mujeres). En segundo lugar, las diferencias entre los ingresos de los ancianos negros y de los de origen hispánico respecto de los ingresos de miembros más jóvenes de dichas minorías (las personas con edades entre 55 y 59 años) son más reducidas que las encontrables entre los blancos. Por ejemplo, en 1977 los varones blancos de 65 y más años vivían en familias cuyos ingresos medios suponían sólo el 47 por 100 del nivel de ingresos de los blancos de 55 a 59 años. Entre los varones de origen hispánico y entre los varones negros dicho porcentaje era el mismo: 58 por 100. Una pauta análoga existía en el caso de las mujeres. La explicación de este hecho puede ser que los miembros de los grupos minoritarios no ganan, por lo general, tanto cuando son jóvenes como los blancos: por lo tanto, al envejecer tienen menos que perder que éstos. Desgraciadamente esto ha llevado a veces a la idea errónea de que los ancianos de los grupos minoritarios pueden adaptarse más fácilmente a la jubilación que los blancos, ya que la disminución en el nivel de vida que ésta comporta es menor para ellos que para éstos.

El hecho de tener ingresos más bajos supone importantes variaciones, en cuanto a estilos de vida, para los ancianos de los grupos étnicos minoritarios. Ello incluye el tipo de vivienda de que pueden disponer. En las residencias de ancianos la proporción de personas pertenecientes a las minorías étnicas es mucho menor de lo que debería corresponder a su peso relativo en la población total. Esta cifra desproporcionadamente pequeña puede deberse en parte a la falta de interés por parte de los miembros de las minorías étnicas en residir en ese tipo de lugares (si bien hay pocas pruebas en las que apoyar esta idea) o bien puede deberse a la discriminación (y aquí sí que hay pruebas a favor de esta hipótesis). Sin embargo, el factor más importante no es, probablemente, ni el grado de aceptación de esas residencias, ni la discriminación, sino más bien el hecho mismo del coste de esas residencias de ancianos. Por otro lado, el coste de las viviendas disminuye las probabilidades de que los miembros de los grupos minoritarios sean dueños de sus casas al llegar a viejos. En 1976, en Estados Unidos, el 72 por 100 de todos los blancos con 65 o más años eran dueños de sus viviendas, frente a sólo el 58 por 100 de los negros y el 55 por 100 de las personas de origen hispánico.

Por otro lado, el menor nivel de ingresos de los ancianos de los grupos

minoritarios, así como su situación minoritaria general, influyen sobre el tipo de ayudas que reciben: resulta en efecto más probable que entre los mismos el grado de ayuda recibido de parientes y amigos, más que de instituciones privadas o públicas, sea más alto que entre los blancos. Esto es cierto sobre todo en el caso de los ancianos de origen mejicano, pero también en el de los ancianos negros y asiáticos. La asistencia pública que, como consecuencia de la Older American Act de 1965 pueden obtener los ancianos norteamericanos, suele alcanzar menos a los ancianos pertenecientes a las minorías que a los ancianos blancos. A este respecto la lengua suele constituir una barrera importante. Por otro lado, los ancianos de los grupos minoritarios que logran tener acceso a las prestaciones estatales (tales como comidas subvencionadas, transporte, atención sanitaria y servicios legales) pueden encontrarse con que éstas son culturalmente inadecuadas para ellos. Un ejemplo clásico es el caso de las comidas subvencionadas ofrecidas a los ancianos sin tomar en cuenta sus hábitos y preferencias alimenticias.

Dado que el número de ancianos pertenecientes a grupos minoritarios está aumentando, su nivel de ingresos, los tipos de alojamiento, las redes asistenciales y la disponibilidad y adecuación de la asistencia pública serán temas cada vez más importantes en los años venideros. En realidad, dado que la población estadounidense de edad avanzada está aumentando de tamaño tanto en números absolutos como proporcionalmente (mientras que la población anciana mundial está ciertamente aumentando también en números absolutos, pero aún no en términos relativos). Podemos pensar que en el futuro la influencia de los ancianos ser mayor, con toda probabilidad, que nunca antes en la historia.

### **El envejecimiento y el futuro de la sociedad**

¿Cómo será el futuro para los ancianos? ¿Qué influencia tendrá sobre el futuro de la sociedad el creciente número de ancianos? Ambos lados de la moneda tienen un interés considerable, y dada su estrecha interrelación los trataré conjuntamente.

En Estados Unidos el futuro traerá la existencia de muchas más personas con más de 75 años y de muchos más ancianos pertenecientes a los grupos minoritarios. Será preciso realizar ajustes para acoger esos incrementos, tanto en el sistema familiar como en los sistemas públicos de asistencia. Es posible que el crecimiento de la población anciana, junto con el descenso de la fecundidad registrado en los años sesenta y setenta, desvie el foco de la atención familiar de los niños hacia los ancianos. Al mismo tiempo esto puede aumentar la intensidad de la interacción entre las generaciones viejas y jóvenes y hacer que aumenten las medidas referidas a los ancianos.

Una medida que, en este sentido, constituye ya un hito fue la aprobación por el Congreso, en 1978, de una ley que anulaba la jubilación forzosa a los 65 años para todas las categorías ocupacionales (con sólo unas pocas excepciones). No es, por lo tanto, ya posible que una empresa obligue a una persona a jubilarse por razones simplemente de edad (siempre que ésta, claro está, sea inferior a 70 años). Por supuesto, aquellas personas que sigan trabajando después de los 64 años verán reducidas las prestaciones de la seguridad social hasta que alcancen los 72 años: pero así y todo es posible que experimentemos un retorno a una situación de vidas laborales más prolongadas, como la existente antes de la Depresión. Esto podría incrementar las posibilidades de independencia económica de los ancianos, sobre todo de las mujeres, que constituyen la parte principal de la población de edad avanzada (Campbell, 1979). Mientras la tasa de natalidad siga siendo baja y el número de nuevos integrantes de la población activa no supere excesivamente el número de puestos de trabajo disponibles, el grado de

conflicto intergeneracional respecto de la integración en la fuerza de trabajo deber de ser mínimo. Ahora bien, si los nuevos integrantes de la población activa (incluyendo entre ellos a muchas mujeres jóvenes) encuentran que sus oportunidades de empleo están bloqueadas por la permanencia laboral de los ancianos, aumentarán las probabilidades de conflicto.

Una de las principales ventajas de esta vida laboral potencialmente más larga es por supuesto, que contribuir a aliviar la situación de los sistemas de seguridad social. A medida, en efecto, que la generación del baby boom vaya envejeciendo y pueda aspirar a las ayudas establecidas para los ancianos, aumentará la razón entre los beneficiarios de ayuda estatal y el número de personas activas. En consecuencia, la carga económica (es decir, la carga impositiva) sobre las generaciones más jóvenes (es decir, los individuos que ahora están en la infancia o que acaban de nacer) será enorme. Ello originará, probablemente, presiones para que los ancianos sean algo más autosuficientes, no sólo prolongando su vida laboral sino también creando organizaciones de ayuda mutua que alivien a los organismos públicos de parte de su peso. No deja de resultar irónico que el sistema de seguridad social, diseñado en gran medida para animar a las personas de edad avanzada a dejar de trabajar, pueda salvarse en el futuro justamente porque la gente permanezca activa durante más tiempo.

Las opciones abiertas a los ancianos están aumentando ya. Entre ellas cabe citar la posibilidad de trabajar más años, las mayores posibilidades de seguir estudiando (gracias a los cursos universitarios diseñados para alumnos de todas las edades) y descuentos en los transportes que abren oportunidades de viajar antes inexistentes. Lo más probable es que estas tendencias se mantengan incambiadas hasta bien entrado el siglo XXI como consecuencia del flujo de cohortes antes mencionado, por ejemplo, la mayor participación de la mujer en la población activa y su consiguiente mayor independencia económica le permitirán tener un mayor sentido de libertad personal a medida que vaya envejeciendo.

Por otro lado, el alto nivel de incidencia sobre la vida política que la juventud alcanzó en los años sesenta probablemente cederá el lugar a una influencia aún mayor de los ancianos cuando dichos jóvenes lleguen a la vejez. Tenemos ya, por ejemplo, que las personas de 55 a 64 años son las que, en elecciones nacionales, registran un grado menor de abstención, seguidas de cerca por las personas de 65 a 74 años. A medida que la actual generación de jóvenes vaya envejeciendo, la población de edad avanzada se hará, probablemente, más tolerante respecto de una amplia variedad de estímulos vitales y mostrar un mayor grado de comprensión respecto de las cuestiones y problemas de los ancianos.

Es así probable que, como consecuencia del flujo de cohortes, los diez objetivos originales de la Older American Act de 1965 puedan finalmente ser alcanzados. Esos objetivos son:

1. Un nivel de ingresos adecuado.
2. La mejor salud física y mental posible.
3. Una vivienda adecuada.
4. Servicios de rehabilitación y curación completos.
5. Oportunidad de empleo sin discriminación por edad.
6. Jubilación con salud, honor y dignidad.
7. Dedicación a actividades útiles o significativas.
8. Servicios comunitarios suficientes en caso de necesidad.
9. Aprovechamiento inmediato de los hallazgos y adelantos de la investigación.
10. Libertad, independencia y libre ejercicio de la iniciativa individual.

La meta original de quienes abogaban en favor de los ancianos era la seguridad en la vejez; las metas de la Older Americans Act van, sin embargo, más allá de la simple seguridad: apuntan hacia la autonomía. "La idea de la vejez como etapa vital está cediendo el paso a la idea del envejecimiento como proceso vital" (Fiseher. 979:65).

El futuro de estos objetivos parece ser especialmente optimista si tenemos en cuenta que muchos de los que contribuyeron a su establecimiento están ahora empezando a alcanzar la vejez.

### **Resumen y conclusiones**

Al mismo tiempo que la mortalidad y la fecundidad se mantienen en un nivel bajo en los países desarrollados, las poblaciones se están haciendo más viejas. A medida que una población envejece se producen cambios en muchos aspectos de la organización social, ya que el proceso de envejecimiento comporta numerosos cambios en los mismos individuos, tanto biológicos como sociales. Los cambios biológicos guardan relación con el deterioro gradual del funcionamiento del organismo y la consiguiente mayor vulnerabilidad ante la enfermedad. Los cambios sociales guardan relación fundamentalmente con el sistema de estratificación por edad que, en las modernas sociedades industriales, ha relegado a los ancianos a un status más bajo que el que solían tener en las sociedades agrícolas, menos desarrolladas. Esta pérdida de status parece ser el resultado combinado de la mayor longevidad (que da lugar a la jubilación, que tiene un status más bajo que la actividad laboral); de la tecnología económica (que convierte en obsoleta la capacitación laboral de los ancianos); de la urbanización (que segrega a las generaciones y refuerza la inversión de status entre ellas; y de las mejoras en la educación (que hacen que los hijos tengan un nivel educativo más elevado que los padres). En relación con estos cambios históricos está, por otro lado, el hecho de que cada cohorte es única en cuanto a las experiencias históricas y sociales que vive a medida que avanza por el ciclo vital. Esto introduce un elemento dinámico en el proceso de envejecimiento, que permite anticipar los cambios futuros en las características demográficas y en los estilos de vida de los ancianos.

La población de edad avanzada estadounidense se caracteriza por el desequilibrio de la razón entre sexos debida al hecho de que la mortalidad masculina es superior a la femenina. Esto significa que, a medida que las mujeres envejecen, aumentan las probabilidades de que enviuden y pasen a vivir solas. La vejez suele suponer también una dramática disminución de ingresos, ya que la gente es obligada a dejar de trabajar. Los ancianos pertenecientes a las minorías étnicas se enfrentan con un handicap doble, ya que, cuando son jóvenes, tienen menos probabilidades de acceder a la educación superior y a las categorías ocupacionales que permiten tener en la vejez ingresos elevados.

Las perspectivas de futuro de la población anciana varían según el nivel de desarrollo de cada sociedad. Si la teoría de Cowgill respecto de la influencia de la modernización sobre el status de los viejos es correcta, entonces cabe pensar que la esperable cada vez mayor modernización de los países en vías de desarrollo se traduzca, en el futuro, en una pérdida de status de la población anciana. Por otro lado en los países desarrollados el futuro aumento en el número y proporción de ancianos, combinado con los cambios que se producirán a medida que las cohortes más jóvenes vayan envejeciendo, sin duda darán lugar a una elevación del status de los ancianos. De hecho ya han aparecido medidas gubernamentales dirigidas a mejorar, en Estados Unidos, la vida de los ancianos y su impacto ha sido

razonablemente eficaz. Resulta, sin embargo, muy poco usual que las medidas gubernamentales tengan un impacto tan perceptible sobre la vida de las personas, como vamos a ver en el siguiente capítulo cuando consideremos las políticas demográficas cuyo objetivo es influir sobre el crecimiento demográfico.